

ROSA – CRUZ

Novela de Ocultismo Iniciático

LOS “ROSA - CRUZ”

I

El castillo de Chapultepec brillaba aquella noche como un árbol de Navidad, con sus múltiples lucecitas. Parecía una visión de ensueño, un cuento de hadas hecho realidad, una fatamorgana que hubiese descendido del aire y ante la mirada atónita del caminante se hubiese convertido y concretado en bloques de granito, en luz y en rumor bullicioso.

La causa de este bullicio y de esta iluminación era una ostentosa fiesta que en el castillo tenía lugar: Carranza, el célebre presidente de la patria que un día fue de los aztecas, celebra el aniversario de su natalicio. ¿Qué mayor motivo de fiesta y ornato podía darse en el castillo, que el de celebrar el natalicio de su morador, del creador del México moderno, el promulgador de la nueva constitución, el mandatario más grande que ha tenido México después de Juárez y Madero y cuyo igual no lo verá la generación actual?

Las avenidas y la gradería central eran todo movimiento. Hasta entrada la noche habían circulado por aquellas, soberbios carruajes que, ora con diplomáticos o militares vestidos de gala, ora con toda clase de dignatarios vestidos de rigurosa etiqueta, ora con hermosas y aristocráticas damas, habían dado quehacer a los guardias encargados de mantener el orden de sus movimientos y paradas.

En el interior el movimiento era aun más intenso, más variado; los salones, entre raudales de luz, parecían cual gigantescos caleidoscopios que, con el movimiento de los uniformes y trajes ostentosos de los caballeros, y las sedas, joyas y pedrería de las señoras, cambiase constantemente de aspecto, mostrando cuadros de variedad infinita.

Centenares de personajes invitados, esperaban en el gran salón de recepciones a que el Ministro del Interior pronunciase el discurso con que había de saludar al jefe de estado. La mesa para el gran banquete en que aquel día tomarían parte todo aquel conjunto de personas importantes, estaba dispuesta en semicírculo y en ella se hallaba la vajilla del Emperador Maximiliano, de oro macizo, y el tapete doble de seda en que se ve bordado en oro el escudo nacional. Ningún castillo europeo, ni aun los que produjera la fantasía de Luis II de Baviera, pudo jamás compararse en lujo y riqueza a Chapultepec, el palacio mas magnifico de México, la ciudad que el celebre barón Alejandro de Humboldt llamó “ciudad de los palacios”.

Entre toda aquella multitud de personalidades cuya conversación, que comenzara reservada y tímida, se hallaba a la sazón animadísima, había un hombre cuyo porte reservado y silencioso pudiera haber llamado la atención a quien no la tuviese demasiado ocupada con los múltiples requisitos del día. Era este hombre un oficial del Estado Mayor mexicano; el Comandante Montenero.

Su mirada, con relámpagos de impaciencia, dirigíase hacia la puerta frecuentemente, cual si esperase algo. En esta actitud de expectación y un tanto de ansiedad, se mantuvo durante algún tiempo, ajeno a cuanto le rodeaba y sin que al parecer le interesase nada de lo que en el castillo ocurría; hasta que uno de los ujieres, llegándose a él entre respetuoso y disimulado, púsole en la mano un billetito y lo dejó discretamente.

Tomó Montenero el papel más ansioso que sorprendido y suspirando hondamente dijo:

— ¡Por fin!

Leyó entonces le esquelita que él diera el ujier y se detuvo un momento como abstraído. Después, volviéndose hacia un caballero de cierta edad con el que había mantenido escasa conversación y que se hallaba sentado cerca de él, le dijo:

— Siento mucho abandonarle, pero un asunto urgente me requiere y debo salir.

— ¡Cómo! ¿Es posible que deje usted la fiesta en este momento? —contestó su interlocutor.

— En verdad —contestó Montenegro— parece un desaire a la fiesta; pero...

— No —replicó el otro—, no creo yo que vaya la fiesta a darse por aludida, ni menos ofendida, si usted se marcha; pero, ¿no le parece a usted que vale la pena el permanecer aquí aunque sea dejando de acudir a una cita... y aunque esa cita sea amorosa?

— ¡Oh! — dijo Montenero sonriendo levemente—, le he de advertir que no se trata de una cita amorosa, sino de algo mucho más serio y más importante para mí.

Su interlocutor le miró con un gesto de asombro un tanto fingido y dijo enfáticamente:

— ¡Supongo que no se tratará de un duelo!

— Ciertamente que no —aclaró Montenero—; pero tiene para mí tanta importancia como si lo fuera.

— Bien —dijo más reposadamente el caballero—; no se detenga usted pues, por mí, que no le molestaré más con mis absurdas suposiciones. Ya veo que no es posible detenerle de ningún modo. Siento, sin embargo, que pierda usted la fiesta, que promete ser magnífica.

—Gracias por su buen deseo. Quizá pueda volver antes de acabada. Le ruego que si durante mi ausencia alguien preguntase por mí, tenga a bien disculparme.

Cambiaron las ultimas palabras de despedida, un cordial apretón de manos y Montenero con aire distraído dejó el salón y, evitando la salida central por si tropezaba con quien pudiera entretenerle, salió a uno de los jardines y de éste a una de las avenidas laterales.

Anduvo por ella un momento dando la vuelta al cerro de Chapultepec, siguiendo la dirección de las fuentes que construyera el presidente Madero. El camino parecía desierto. Montenero miró en derredor tratando de descubrir a alguien. Acordóse entonces de la señal convenida y poniéndose los dedos en los labios silbó con fuerza.

Al conjuro de su silbido presentóse ante sus ojos, cual salido de la tierra, un indígena vestido con el típico calzón, poncho y sombrero del país.

— Buenas noches, mi Mayor. Aquí estoy para que usted me mande.

— ¡Hola, amigo! ¿Usted por aquí?

Comprendió enseguida Montenero que éste era el hombre con quien debía de encontrarse.

Como ya eran amigos, le entró de pronto un sentimiento de confianza y le dijo:

— Ahora eres tú quien debe mandar, puesto que debes guiarme.

— Bueno; entonces, sígame por acá. Apenas habían andado unos quinientos pasos más, cuando el indígena, deteniéndose, volvióse hacia Montenero y le dijo:

— Ya hemos llegado. Tengamos cuidado de que nadie nos vea, no es conveniente.

Procure usted vigilar para que no seamos sorprendidos.

Agachóse y después de escarbar un momento en la tierra, extrajo una cadenita, después de volverse a cerciorar de que nadie los veía, tiró de ella. Abrióse entonces la montaña y apareció ante ellos la abertura que daba acceso a una a modo de gruta en la que el indígena introdujo a Montenero. Apenas entraron, cogió el indígena otra cadena y tirando de ella cerró de nuevo la entrada para preservarla de las miradas curiosas.

Entonces el indígena cogió de la mano a Montenero y le condujo por el socavón hacia delante.

Montenero estaba atónito. Recordó entonces que el padre Sagahún, que describe a México con infinidad de detalles, nunca mencionó que el cerro de Chapultepec fuese hueco.

El indio vio lo perplejo que Montenero se encontraba y le preguntó:

— ¿Qué le parece todo esto?

— Me parece raro esto.

¿Es esto el estado de Jinas, o sea, un fenómeno de la cuarta dimensión?

— Sí, Mayor; esto solo lo vemos nosotros; el vulgo no se da cuenta de que existen estas cosas. Pero deje usted esta preocupación, que ya se le explicará todo.

¿Qué le parece el cerro ahora?

— ¿Aquí? Decididamente que allá arriba estaba mucho mejor.

— Ya verá usted cosas espléndidas que le admirarán — replicó el indígena.

— ¿Sí? — preguntó Montenero—, ¿más aún que el banquete con el tapete bordado en oro y con la vajilla maciza del mismo metal?

— ¡Oro! ¡Bah! Los “Rosa - Cruz” convierten sin esfuerzo el plomo en oro.

Continuaron mientras así hablaban por la galería hasta que ambos se encontraron ante una puerta cerrada.

El indígena golpeó tres veces en la puerta acompasadamente, y al punto se escuchó en el interior una voz que decía:

— ¡Deteneos! Ningún profano debe traspasar el umbral de esta mansión.

— Traigo a un neófito que busca la luz, la santa ley de los Nahuas.

— ¿Respondes tú por él? ¿Es digno de acercarse a la Cruz y ver el Santo Graal? — exclamó de nuevo la voz desde el interior.

— Lo traigo por orden del Maestro.

Abrióse entonces la puerta y se hallaron en otro recinto, al lado de cuya puerta había un hombre armado con una espada flamígera, que con un ademán les dejó el paso franco.

A poco, hallaron una nueva puerta.

— Hemos llegado a la tercera puerta —dijo el guía. Hasta aquí se nos ha permitido la entrada. Pero ahora debo vendarle los ojos. Sin este requisito no nos dejarían avanzar más. Tenga en cuenta que, caso de que no llegara a iniciarse, volvería a traerle a este sitio, y sobre todo cuanto hubiese visto y oído habría de guardar eterno silencio. Montenero nada dijo y su compañero sacó un pañuelo del bolsillo con el que le vendó los ojos. Giró entonces la puerta sobre sus goznes pesadamente, y marcharon los dos hacia adelante, caminando Montenero con pasos indecisos y tanteando con los pies.

—Así andan los hombres por la vida —dijo el guía—: con los ojos del espíritu vendados. Y así a tientas buscan el camino desde la cuna al sepulcro.

De pronto clamó una voz:

—¿Quiénes son los osados que se atreven a acercarse al Santuario? Sabed que nadie que se acerca a sus pozos por mera curiosidad, regresa vivo. Estáis en el imperio del Lucifer Nahuas que destruye a quien se acerca por ambición; pero que vivifica al que por sí mismo lo busca.

Acercóse el indígena al oído de Montenero y le dijo en voz baja:

—Es la voz del Maestro.

Montenero sintió de repente en su pecho algo punzante, cual si algo metálico le tocara sobre la carne, y tan frío, que parecía una evaporación de metileno o uno de esos gases de evaporación frígida.

La voz del Maestro volvió a resonar:

—¿Que siente el discípulo?

—Siento un frío que me traspasa —respondió Montenero.

—Es la desnudez de la Cruz cuando la Rosa se aleja. Es el frío del alma cuando no recibe el calor de la caridad. Es el frío del arrepentimiento que entra en la conciencia, del arrepentimiento de haber atentado contra la divina justicia. Ya pronto la vida y el calor del Santo Graal vendrán a asistirle en todas sus empresas, que van encaminadas hacia el bien y el amor.

De la resonancia de sus pasos dedujo el comandante que se encontraba en un espacioso recinto. La voz interrogante se oía cada vez más cerca. Alguien le invitó a sentarse.

—¿Qué pretende usted de nosotros? —volvió a decir la voz de nuevo.

—Busco la luz del espíritu —respondió Montenero con resolución—. Tengo un deseo ferviente de comprender lo Eterno, lo Ignoto, el principio original de nuestro ser.

—¿Por qué supone usted que podemos nosotros conducirlo a la luz y resolverle esos problemas?

—No sé, pero busco la luz. ¿No dicen las Escrituras Sagradas: “Buscad y hallaréis”?

Hace tiempo que supe que en México existía una Logia Blanca que podía descubrir al discípulo la secreta sabiduría de los Nahuas. Yo espero recibir aquí esta luz y este conocimiento.

—Y la iglesia ortodoxa con sus dogmas ¿no le ha dado el esclarecimiento y la luz que busca?

—No, la iglesia ortodoxa con sus dogmas no ha satisfecho mi ansia de conocimiento.

Aunque en verdad, el divino Amor del Nazareno me ha hecho concebir esperanza.

—Y la filosofía ¿no ha satisfecho tampoco los anhelos de su corazón?

—No; mi sed inextinguible no ha podido ser apagada por la filosofía tampoco; por ella menos que por la religión, por su frío razonamiento. Ya os he respondido que la Biblia dice: “Buscad y hallareis” y luego añade: “Llamad y os abrirán”, y por último: “Pedid y se os dará”. Yo os pido ateniéndome a los preceptos de las Escrituras.

—¿Tiene usted conocimiento de la Ciencia Hermética? ¿Sabe usted algo de los Rosa-Cruz?— He leído mucho. Tengo predilección por las obras de Papus, Franz Hartmann, conozco la labor de Blavatsky y he pertenecido a diversas asociaciones espiritualistas, entre ellas he pertenecido a la sociedad teosófica, que no me ofreció nada de nuevo.

Siempre he sentido, no obstante, la necesidad de que un día se me descubriese una mayor verdad, una verdad oculta a la mayor parte de las gentes. Quiso la casualidad que conociese a este indígena amigo, el que me ha conducido aquí esta noche, el cual después de tratarme durante algún tiempo y someterme a pruebas diversas, me hablo de este lugar, en donde podría por fin hallar el logro de mis aspiraciones. Aquí me encuentro ignorante de lo que pueda sucederme. Tan solo sé o presiento, que aquí se han de colmar mis esperanzas. Me encuentro cansado de aprender y quiero por fin saber.

—Mucho agradezco a usted su categórica respuesta. Ya sabía que se ocupaba usted tiempo ha en indagar los conocimientos ocultos y por esto accedí a la solicitud del indígena para traerlo aquí. Por última vez debo *llamarle la atención* sobre los motivos que le inducen a penetrar aquí, por si éstos

fueran mera curiosidad. La iniciación es una espada de dos filos; a los puros y resueltos los defiende y da vida; a los curiosos e impuros los hiere y destruye.

Pausadamente acabó con estas palabras el Maestro y después dirigiéndose al indígena, agregó:

—Hermano de Servicio, ¿estáis satisfecho de las investigaciones que habéis hecho acerca de este señor?

—Sí, Maestro; puedo recomendarlo con plena seguridad; es un hombre sincero y altruista; los signos de su mano son justos y perfectos —contestó éste.

Entonces la voz dirigióse a Montenero nuevamente:

—Usted dijo que la casualidad había puesto en su camino al indígena. ¿Cree usted ahora en la casualidad? Nada hay casual; todo tiene una causa. La humanidad confunde la causa con el efecto, la predestinación con la casualidad, el ensueño con la intuición. Nosotros somos instrumentos de fuerzas desconocidas para la vulgaridad.

¿Desde cuándo conoce usted al indígena?

—¿Qué cuánto tiempo ha que le conozco? —replicó Montenero, tratando de recordar. Y en su esfuerzo por ver en el pasado, notó como una luz brillante que penetraba por sus ojos a la vez que por todo su cuerpo; y a través de su Ego actual pudo discernir una larga serie de egos propios durante otras vidas de las cuales se encontrara en relación con aquel a quien entonces veía como el indígena. Él a modo de denso velo por que antes se encontraba limitado, había desaparecido; el tiempo y el espacio no existían para él. Entonces percibió la realidad de la cuarta dimensión; y todo su ser se encontraba invadido por una sensación voluptuosa. Quiso contestar a su propia pregunta, pero, anonadado como se encontraba por su propio despertar, solo pudo decir:

—El tiempo... No sé; no conozco el tiempo...

Era verdad que no lo conocía. No podía recordar, pues al anularse el tiempo, se anulaba el recuerdo; pero podía revivir en un instante todo el pasado.

—Antes de admitir a usted en nuestro seno —dijo la voz de nuevo—, necesito hacer a usted algunas preguntas: ¿Cuál es la fecha de su nacimiento?. Aquí Montenero quiso responder como lo hubiera hecho a cualquier autoridad civil que le hubiese dirigido la misma pregunta; pero el mismo extraño estado anterior se apoderó de él. La voz no llegó a brotar de su garganta, y vio innumerables nacimientos en lo pasado y aun en lo futuro.

—Ahora... no sé cuando nací —hubo de responder de nuevo...

Es otra vez una cuestión de tiempo...

El tiempo... No sé; no conozco el tiempo.

Pero se dijo: Si no existe el tiempo, el espacio tampoco debe existir.

—Hace tiempo que buscaba usted la luz. ¿Que clase de luz buscaba usted?

—Quise decir la luz de la verdad —dijo Montenegro.

—¿Que es la verdad?

—La verdad... la verdad es... —repetía mientras pensaba Montenegro— la realidad, la esencia, la realidad indestructible de la naturaleza.

—Bien; y ¿qué es la mentira?

—La mentira es la sombra.

—Sí, en verdad; la verdad es de Dios y en Dios. ¿No es así?

—Sí —dijo Montenegro—, la mentira es de los hombres; nosotros hemos creado la mentira.

—Bien —explicó el Rosa-Cruz—, la mentira es de los hombres; nosotros hemos creado la mentira.

—Bien —explicó el Rosa-Cruz—, Dios es la verdad misma, y solo la verdad en nosotros puede conocer la verdad divina. Hay que alcanzarla y vivirla en nuestro interior para llegar a conocerla. La verdad está fuera del tiempo, más allá del espacio.

Solo por el conocimiento del Yo verdadero, llega el hombre al conocimiento de la verdad. Dios como generador y espíritu universal, es la verdad generalizada. La verdad manifiesta es el Hijo; y por eso el Espíritu Santo es el conocimiento del Yo divino en nosotros. El hombre en su envoltura física es transitorio, y solo es eterna la verdad del verdadero Yo. Nuestra conciencia y nuestra inteligencia pertenecen al ego transitorio que desaparece con el cuerpo físico. Tanto la una como la otra está expuestas a engaño; solo es infalible la conciencia superior, el conocimiento intuitivo del verdadero Yo. En todos los seres existe una chispa divina, para ponerse en relación con la cual es preciso seguir ciertos métodos, cuya clave poseemos los Rosa-Cruz.

¿Conoce usted alguna parte de la Biblia que tenga relación con esto?

—Creo que sí —dijo Montenegro—. San Pablo dice: “¿No sabéis que sois templos de Dios y que Él mora en vosotros?”

—Sí, a esto mismo me referí yo también —respondió afirmativamente el Maestro—.

Y ved cómo si se trata de una partícula del Omnipotente, ha de tener ésta en sí un ilimitado poder creador, que le permita manifestar obras tales, como las que el mundo llama milagros, tales como los que Jesús de Nazaret realizó; como debemos todos realizarlos conociendo la clave, el misterio.

¡Qué claras resultan ahora las palabras bíblicas!: “Si tuvierais fe, como un grano de mostaza, moverías montañas”. La fe, empero, es un poder que radica en el conocimiento divino; la realización de nuestra propia divinidad.

No es la fe, en modo alguno, lo que han dado en creer los pseudos sacerdotes, los cultos, no es la mera aceptación de creencias ni de teorías religiosas ajenas y acatadas como indiscutibles y bajo la férula de las cuales se mueven apenas las inteligencias de millones de seres. La fe no es esto; antes por el contrario, es un poder, el poder semejante a la voluntad; pero es la voluntad de hacer bien; la voluntad de hacer manifiesto al Dios que mora en nuestro interior. El hombre puede todo lo que quiere, cuando lo que quiere es la justicia misma.

Es el hombre un acumulador, un centro en que coinciden las ondas de luz y fuerza emanantes de las bendiciones de los justos y de los bienaventurados y que tienden a la armonía. Usted busca la verdad en un mundo en que todo es relativo con la única excepción de la certidumbre del fin de la vida, de la muerte.

En el frontispicio de un antiguo templo, leíase: “Nosce te ipsum”; esto es: “Conócete a ti mismo”. El hombre debe indagar todo lo que esta pregunta envuelve, es decir, de dónde venimos, qué somos y lo que después seremos. El hombre en su complejidad lo tiene todo: cielo e infierno, Dios y Naturaleza, lo más grande y lo más íntimo, y solo cuando el hombre se conoce a sí mismo puede comprender lo que es la fe.

¿Cree usted también en la vida más allá de la tumba?

—Sí —contestó Montenero—, creo con tanta firmeza, como creo en la existencia actual. Soy espiritualista.

Entonces una voz desconocida preguntó:

—¿Cree usted que ésta sea una sociedad espíritu análoga a las que usted ha conocido?

—¿Por qué no habrá hecho esta pregunta el mismo Maestro? —se dijo Montenero para sí—. ¿Qué tienen que ver los espíritus con esto?

Pero no tuvo tiempo de pensar mucho, pues el mismo que interrogara contestó:

—Es de suponer que se nos considere de tendencias análogas, pues también nuestro esfuerzo se dirige hacia un mundo espiritual. Solo nos diferenciamos en el medio de que nos valemos para la comunicación con los mundos invisibles.

—Sí —contestó otra voz—; nosotros no somos ajenos al movimiento espiritista, como lo son los materialistas, que niegan toda existencia de las fuerzas espirituales. Lo que nos diferencia es la forma de los métodos que empleamos para indagar en el mundo de los espíritus. Nosotros rechazamos el espiritismo, porque los espiritistas, no tan solo usan, sino que abusan de las fuerzas ocultas de la naturaleza, que por otra parte desconocen, lo que ha dado ocasión para que a veces produzcan mas perjuicios que beneficios a la humanidad. Los fenómenos del espiritismo no pueden ni deben ser negados; pero su causa no son siempre los verdaderos espíritus, como creen los incautos, sino que son los elementales. Además, el espiritista abusa de los hombres, del mismo modo que el vivisector abusa de los animales, a los cuales martiriza. El espiritista emplea un *médium* cuyo cuerpo astral usan los seres que pululan en lo invisible; y por este medio creen los espiritistas, que alcanzan las esferas superiores.

La diferencia que hay entre el espiritismo y nuestra doctrina y métodos que llamamos herméticos, consiste principalmente en que mientras aquel se vale del cuerpo astral de los mediums para sus investigaciones, el hermetista o Rosa-Cruz, en su cuerpo astral, se puede trasladar por sí al mundo de lo invisible. El espiritista se vale de seres a los que no puede gobernar para experimentar con ellos, mientras que el hermetista puede a voluntad dejar su cuerpo para investigar en los mundos ocultos con plena conciencia de ello. Todo hermetista debe desarrollar la clarividencia consciente. Si los discípulos de Allan Kardec se dejaran guiar por nosotros, lograrían mucho. Lograrían más que los teósofos, pues estos están desencaminados en los últimos años.

La humanidad está confinada, en sus investigaciones, a los sentidos. La ciencia le ha proporcionado el microscopio y el telescopio para que por su medio ensanchase el límite de los sentidos. El hermetista, o lo que es lo mismo, el ocultista o Rosa-cruz, desarrolla las facultades y poderes del Yo interno que en él reside, hasta sobrepasar al microscopio y telescopio.

Montenero quiso decir algo sobre esta materia, pero la voz desconocida continuó enseguida diciendo:

—Ahora hemos de someterle a varias pruebas para saber el grado de voluntad y el desenvolvimiento por usted alcanzado en su presente personalidad. ¿Se encuentra usted en disposición de someterse a estas pruebas?

El deseo ferviente de averiguar cuáles fueran los límites del ocultismo, hubiera arrojado a Montenero a toda clase de pruebas y empresas. No era Montenero, sin embargo, de aquellos individuos nacidos con vocación, que, después de una metódica preparación y de diversas experiencias en las vidas pasadas, se encuentran convenientemente preparados para recibir la iniciación. Aun no era de los que pueden recibir la explicación de los misterios con el corazón por completo entregado. Se aferraba todavía al mundo pasional, pues no había alcanzado el estado en que se renuncia a todo lo efímero y pasajero en aras de un ideal de eternidad.

No obstante, contestó, con buena voluntad y decisión:

—Estoy dispuesto a someterme a cuantas pruebas se consideren necesarias.

—Entonces acercaos —indicó alguien.

Sintió en este momento Montenero una inquietud y una zozobra que no podía dominar. Le pareció que la venda no solamente le cegaba, sino que no le dejaba oír bien. El indígena, al ponérsela, le había cubierto con ella los orificios del oído. Sin embargo, avanzó decidido en dirección al Maestro.

—Pero... ¿qué es esto? —exclamó de pronto.

Sus pies habían perdido tierra firme y había caído en el vacío. Encontróse en una profundidad, quizá un pozo, con las manos y los pies hundidos en tierra blanda y húmeda. Le parecía oler a ozono. Era como si la tierra que le rodeaba se encontrase cargada de fluido especial que no tiene la tierra común. Ciertamente debía haber caído en un pozo; pero a la vez le parecía que no había sentido la caída, que no había habido agujero. Era todo ello muy vago, enigmático e inexplicable. El tiempo que había mediado entre la caída y el momento en que se diera cuenta de su situación, había sido el de un relámpago; a él le parecía, sin embargo, una eternidad. En aquel conjuro de extrañas sensaciones sintió cual si viviese de nuevo toda su vida, cual es la experiencia de algunos suicidas que no han llegado a

lograr su objetivo, según han confesado después por sí mismos. Todo esto le sucedía con una rapidez vertiginosa.

El mismo llegó a dudar de sí estaba muerto o vivo.

Instintivamente buscó con las manos a qué pudiera asirse, y al levantarlas tropezó con un objeto que parecía una piedra. El no podía discernir lo que era; pero se agarró a ella con fuerza, como se agarra el náufrago a una tabla. No bien se hubo asido, brotó un chorro de agua que manaba de un surtidor desconocido. Rápidamente el agua inundó el pozo amenazando ahogarle por momentos. Pronto llegó a tal altura que hubo de elevarse sobre las puntas de los pies, para poder respirar evitando que el agua le llenase la boca.

Como anteriormente le sucediera en la tierra, aquella agua pronta a anegarle, le parecía distinta del agua común, cual si hubiese sido creada de un fluido singular. De repente le sobrecogió el espanto de la muerte. Si el agua ascendía un poco más o él dejaba de sostener su cabeza en erección, estaba materialmente perdido. Por un momento le pareció que los pies perdían la fuerza suficiente para sostenerle y con angustia mortal hizo un supremo esfuerzo; por instinto de conservación levantó las manos a lo alto tratando de buscar apoyo en lo desconocido, y sea por casualidad, sea porque ya estuviese preparada al efecto, dio su mano con una cadena a la que se agarró con fuerza inaudita; y en aquel mismo momento el agua desapareció como tragada por la tierra. No tuvo, a pesar de esto, mucho tiempo para rehacerse, pues al par que el agua había desaparecido, parecía que el infierno hubiese abierto sus ígneas fauces sobre Montenero y parecía vomitar fuego sobre él. Empezó a sentir una sed voraz, y trató de aliviarla aspirando el aire fresco de antes a bocanadas; pero las llamas le envolvían. De nuevo le pareció que las llamas que le rodeaban no eran del género de fuego que él conocía, ni se dejaba sentir en la misma forma. Como la tierra y el agua, parecía algo magnético más bien que físico. Él, sin embargo, se abrasaba.

En su imaginación angustiada, creyendo próxima la muerte, ocurriósele aquella frase de la cruz, que lleno de fe, con las manos juntas, en oración, repetía:

—Señor, no me abandones; sálvame...

El sonido de su propia voz, en este instante diferente de lo común, que vibraba en su imaginación, le indujo maquinalmente a reproducir los mismos sonidos, pero su boca abierta por el afán de aspirar un poco de aire, tan solo reprodujo el sonido de las vocales a cuya vibración encontró un auxilio inesperado. En efecto, el calor abrasador que recibía de aquel ardor llameante, desapareció como por encanto, y el fuego todo, se disipó. Así Montenero pudo descubrir en el sonido de las vocales el poder maravilloso de disipar el fuego.

Vio dentro de sí una I que le hizo recordar el Ignis del latín = fuego = alma Δ , una A = Aqua = agua = materia = cuerpo ∇ , y por último una O = Origo = principio = espíritu.

Esta I, A, O., el primer mantram, se encuentra en las inscripciones de muchos templos antiguos. Montenero no recibía instrucción ninguna sobre estas I. A. O., pero había sentido pasar la vibración de su pronunciación hasta los pies y esto era una enseñanza que no olvidaría. Seguía meditando sobre esto.

Un extraño silencio le envolvía entonces. Sintióse a solas con su Dios. Lanzó una mirada en derredor sin notar más que la más profunda oscuridad; pero en el mismo instante, se acordó que tenía la

venda puesta. Palpóse con la mano. Sí, estaba allí. Se encontraba aún extraño a sí mismo. La voz del Maestro, que vibró de nuevo, le volvió en sí algún tanto.

—Habéis salido airoso de la prueba. Los cuatro elementos, tierra agua, fuego y aire, os han purificado, el I. A. O., que habéis pronunciado, os ha salvado. Montenero percibió que el Maestro no estaba solo.

Su voz sacerdotal, resonó en la estancia:

—¡En un principio fue la luz! ¡Que la luz sea con el discípulo! ¡Que se una el E-U, y son las cinco! ¡Es la hora del primer grado! La palabra es justa y perfecta. Arrancada por mano invisible, la venda cayó de los ojos de Montenero, que atónito y lleno de asombro contempló el espectáculo que le rodeaba. Se encontraba en una sala vastísima, deslumbrante de oro y luz. La claridad era tan portentosa que la del castillo de Chapultepec no podía ni con mucho comparársele. Era una luz viva aquella, compenetrada de vida y espíritu. Y era lo más maravilloso del caso, que Montenero no podía descubrir de dónde venía. En el techo no había lámpara ninguna y tampoco podía proceder de puerta ni de ventana alguna. Venía de todas partes y no producía sombra alguna. Observábase, sin embargo, detrás del Maestro, que dentro de una roca había una especie de Custodia-cáliz, de un color verde rojo, del cual salía la luz, tan vivificante como rara, y más adelante una cruz radiante a la que rodeaba una corona de rosas. Y fijándose bien en ella, vio Montenero que en medio de la cruz había un calendario azteca, con la diferencia de que estaba rodeado por siete rosas.

—Así deberán usarlo siempre los Rosa-Cruz -pensó Montenero.

Su mirada cruzóse con la del indígena, el cual parecía preguntarle:

—¿No le parece que todo esto vale más que lo que ha visto usted en los salones de Chapultepec? ¿No siente usted la intensidad de esta luz, que esparcen la cruz y el cáliz?

Era en efecto una luz que podría llamarse divina. La lámpara más perfecta que el tecnicismo pudiera crear, hubiera dado una luz que ante aquella hubiera semejado la de una mísera bujía de sebo. Se sentía que esta luz no solo tenía, sino que era vida, en sí. La magnificencia de la sala era extraordinaria. La luz que salía del cáliz parecía comunicarse a todos los objetos, dándoles vida propia; era armonía de todo. ¿Qué era todo el oro de la vajilla del emperador Maximiliano al lado de aquellas riquezas incomparables? Las paredes, el techo, las columnas, todo resplandecía e oro, todo era de oro macizo. Pero ¿de dónde procedería toda aquella riqueza? ¿Qué mina la habría producido? ¿Qué artista la habría cincelado?

Todo aquello pertenecía a un mundo a que Montenero no estaba acostumbrado y le producía un cierto anonadamiento. No sabía a dónde dirigir las miradas en aquellos momentos, Los Rosa-Cruz, ex profeso, le habían dejado tiempo para que las profundas impresiones llegaran a hacerse indelebles. Seguramente que las impresiones de aquella jornada no se borrarían ya más de su mente. Por fin su mirada se encontró con la del Maestro, del que, hasta entonces, tan solo había oído la voz.

Tenía este una figura venerable, alta, con barba algo canosa y bien cuidada, la cual se adivinaba había sido rubia. Tenía, a pesar de su aspecto de anciano, una lozanía excepcional. Rasmussen, pues por tal nombre era conocido, era de una edad indescifrable: Lo mismo podría atribuírsele la de 45 que la de 70 años. En él todo era noble. Su nariz era recta, su frente alta, sus ojos de un azul verdoso y

penetrantes como los de un bardo. Debía de ser oriundo del norte de Europa; tal vez de la Silesia o de Dinamarca.

Rasmussen era muy bien conocido socialmente y gozaba de cierta popularidad. En la colonia alemana de México era consejero, y el gobierno de aquella nación le debía señalados servicios. Su reputación era intachable. Desde hacía muchos años ocupaba el cargo de cónsul general de Noruega. Y no tan solo para los noruegos, sino para los daneses, suecos y alemanes, tenía Rasmussen la casa siempre abierta. Tenía su residencia en la colonia Juárez, con todo confort. Era creencia general entre las personas que lo conocían, que poseía conocimientos extraordinarios. Era además poseedor de una cuantiosa fortuna que nadie sabía como había adquirido, y que la mayor parte creían heredada. Decíase que poseía minas de plata en los Estados del Norte, pero que nunca se acordaba de ellas. Todos coincidían, no obstante, en la opinión de que sus riquezas eran adquiridas honradamente. En los bancos y compañías financieras importantes, ocupaba cargos de Presidente o miembro del Consejo de Administración. Lo que nadie sabía, era que se ocupaba en las ciencias ocultas. Se sabía, sin embargo, que ocupaba un cargo de importancia en la Orden de San Martín de Pascalis, Orden que tiene entre sus filas personas aristocráticas de todos los países y que se ocupa en actividades benéficas.

—Sí; sin duda —pensó Montenero pasándose la mano por la frente— así debe ser un Maestro—. Y mientras repasaba en su mente los antecedentes de aquel hombre, se extrañaba él mismo de no haberlo adivinado antes. Todos estos pensamientos fueron interrumpidos por la voz de Rasmussen:

—Comandante Montenero, ha vencido usted en todas las pruebas y me permito saludar a usted como hermano nuestro. He de agregar que cuanto le acaba de ocurrir en estos momentos, ha sido meramente una sugestión. En realidad no se ha movido usted del lugar en que fue colocado. La tierra que tocaba, el agua que le ahogaba, el fuego que le abrasaba y el aire que desvanecía las llamas no eran materiales. Ya sabrá usted mas adelante como se produce todo eso. Nosotros no tenemos necesidad de someter a los novicios a pruebas materiales: conocemos mejor a los hombres que ellos mismos. Tenemos a nuestro alcance medios y métodos secretos para penetrar en el mismo fondo de las conciencias. Ahora ha adquirido usted el deber de estudiar todo el simbolismo que le rodea.

Tenemos nuestras reuniones y nuestro simbolismo secreto, porque no consideramos útil dar a las masas lo que para la mayor parte no representaría nada por tratarse de cosas que no pueden comprender. La Biblia nos advierte de esto cuando dice: “Mas hablamos sabiduría de Dios en misterio, la *sabiduría oculta*, la cual Dios predestinó antes de los siglos para nuestra gloria”.

Esto es textual del libro de los Corintios 2, versículo 7, y obliga a los buenos católicos a meditar...

Así como este versículo es tan claro, tan preciso, otros son vedados; pero todas las palabras divulgadas por Cristo a los Apóstoles, explicando parábolas o dando enseñanzas, revelan un sentido oculto. Las sagradas escrituras, como clave oculta, son tan maravillosamente grandes, que llevan en sí el sello inextinguible de la Divinidad. Los hombres por muy sabios que hubieran sido, no habrían podido redactar algo tan perfecto; por eso la Biblia es la Gran Luz, en ella está el Misterio del Graal.

Los Rosa-Cruz forman un círculo interno y otro externo. Usted pertenece ya al externo y tiene usted en lo futuro la oportunidad de ser recibido en el Oriente interno.

Su conciencia física ha penetrado en este círculo externo. En el interno, en la verdadera fraternidad, no podemos entrar sino en cuerpo astral, cuando se alcanza la verdadera iniciación. No se

puede predecir de nadie, cuándo ha de llegar a la verdadera iniciación; puede alcanzarse en la presente vida, puede ser que no se alcance hasta después de algunas vidas. Nuestro cuerpo físico se parece a un violín que el hombre ha de aprender a templar y a pulsar. Podemos, como hacen los niños, jugar con él y echarlo a perder por no saber usarlo. No conviene, pues, olvidar que en este instrumento esta Dios mismo, según dice la epístola de los Corintios: “¿Ignoras que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros?”

Hizo entonces una pausa y agregó:

—¿Quiere usted que le explique algo más, o tiene alguna pregunta que hacerme?

Tanto mis hermanos como yo, estamos pronto a responder a sus preguntas.

Agregar quisiera todavía, que este centro que llamamos Logia Blanca, vino de España; la trajeron algunos padres iniciados que vinieron de allá, de aquel país que, como usted sabe, aquí llaman la madre patria. Allá existe la Logia de grado superior.

El cáliz que tenemos aquí, no es más que una imitación del verdadero que se guarda en estado de Jinas, en la montaña de Montserrat, en la tierra catalana. Si seguís todas nuestras instrucciones, la pronunciación diaria de las vocales que habéis visto en astral, puede que yendo allí, el ascenso os sea ofrecido, pero esto será mas tarde...

—Maestro —dijo entonces Montenero—, yo he leído durante muchos años literatura ocultista; pero siempre he leído como en zigzag, todo cuanto a las manos me ha venido. Esta es la razón, quizá, por la que siempre he quedado a oscuras; de Montserrat nunca me han hablado.

—¿Qué es lo que le ha sorprendido mas de cuanto he visto y oído en el momento de su recepción entre nosotros?

Montenero no lo sabía; no podía darse él cuenta cabal de qué era lo que más le había impresionado. Mas sus ojos se fijaron en aquel momento en la cruz resplandeciente y recordó que lo que más le había llamado la atención era precisamente el calendario azteca que en ella había. La cruz y el cáliz le parecían más naturales, por lo que había leído antes, en obras ocultistas.

Entonces preguntó al Maestro:

—¿Cuál es la relación que existe entre la cruz cristiana y el calendario azteca?

—Responder a esta pregunta fuera resolver ya un problema del provenir. Por ahora solo puedo darle algunas indicaciones. La Reforma de la Iglesia en el siglo XVI, levantó algo el velo que cubría el origen de la cruz del Gólgota en su forma svástica.

La raza germana, a impulsos de la religión de los antiguos germanos, ha sido llevada a un grado de desenvolvimiento especial. El culto al sol de los antiguos mexicanos, es más antiguo aun que el de los germanos y es de mas valor esotérico que el cristianismo. Hay un lazo que une esas dos civilizaciones en el pasado. Así como la vida del Cristo es el símbolo de la vida de cada uno de nosotros en particular, representa también la vida de los pueblos, los cuales, sin sospecharlo, son un reflejo de la vida del Salvador, el mayor de los Iniciados. Así como Jesucristo murió crucificado y resucitó, así como renacerá el pueblo alemán después de haber sufrido el dolor de la crucifixión,

después de haber apurado el cáliz de amargura; así como renacerán los que, en el cumplimiento de su deber, perecieron en el campo de batalla.

Tenemos razones para asegurar que todos estos hombres muertos en la guerra, de tantos países, renacerán al mismo tiempo y en un cercano porvenir; es de comprender que la muerte prematura de tantos miles de hombres en un país, traiga al mismo la necesidad de un número extraordinario de nacimientos. Esta última guerra fue necesaria para que la raza, sumida en el materialismo, reaccionara y viniera una época de espiritualidad que ahora se inicia. De aquí a unos cuantos años veremos cosas raras. Hoy el ocultismo se impone. No habéis encontrado coincidencias raras entre las inscripciones de estas pirámides, las de Egipto, y las piedras drúidicas de Alemania. Los grandes iniciados de Osiris, hablaban de los leones del norte, que debían renacer allende los mares. La reencarnación la veis expuesta por todas las grandes religiones y hasta se dice en los evangelios que Juan al hablar de Jesús dijo que era Elías. También en el Evangelio de San Juan dice Jesús: “En verdad, en verdad os digo, que si no naciereis de nuevo, no entraréis en el reino de los cielos”.

Oscuras y muy discutidas son también las palabras del Nazareno cuando habla de su renacimiento y del renacimiento de los pueblos. En cierto lugar dice: “En verdad os digo, que este pueblo no sucumbirá hasta que todo se realice”. Ahora le invito a pensar que todo lo que pasa en el mundo físico es un reflejo de los mundos superiores.

—Y ¿cómo debo entender la cruz? —preguntó Montenero mientras su mirada se posaba sobre las letras I.N.R.I.

El significado de estas letras —dijo el Maestro— se explica con las palabras, *Jesús Nazarenus Rex Judeorum*. Sin embargo, los Rosa-Cruz lo explicamos de esta manera: *Igne natura renovature integra*, es decir, el fuego remueve incesantemente la naturaleza. Del mismo modo podríamos decir los elementos, pues ya veréis mas adelante que la llama encierra todos los demás elementos. La palabra INRI tiene un papel importante en la vida de Cristo antes de llegar a su trágico fin. Según una tradición egipcia, sirvió esta palabra como un *mantran* para la iniciación de los Mystos, que al pronunciarla como es debido, se producían una anestesia instantánea.

Los judíos tienen esta misma tradición en el *Toldot yeshu*. Jesús demuestra que había sido iniciado en la magia egipcia, por el modo en que tenía las señales en las manos. Según la tradición de Lydda, Cristo fue crucificado por haber sido acusado de mago. Con éstas, o parecidas palabras, todos los pueblos hablan de la crucifixión del Lagos, que metido en el cuerpo místico obra estigmáticamente. Por esta razón la pronunciación de esta palabra insensibilizaba a los Mystos y les permitía la salida del cuerpo astral. Heráclito vio en el fuego (Espíritu) la creación de todas las cosas, Anaxímenes la creyó descubrir en el aire. Tales en el agua y Empédocles en la tierra.

La trinidad: espíritu, fuerza y materia, se nos muestra a través de todos los cultos. El fuego que radica en el hombre es un fuego sagrado; es el fuego del Espíritu santo que puede destruir o elevar al hombre, según obren los hombres. Usted entre nosotros tendrá ocasión de estudiar los secretos íntimos de la naturaleza. Los hombres en la Sociedad dependemos unos de otros; no podemos vivir aislados y de aquí la obligación que al vivir en ella contraemos de ilustrarnos, comprendernos y auxiliarnos mutuamente en nuestro desarrollo individual.

Dirigiéndose entonces a todos los demás, siguió diciendo el Maestro:

—Quisiera interrumpir por unos breves momentos nuestra reunión para que todos nuestros hermanos tuvieran lugar de saludar al neófito que acabamos de recibir entre nosotros.

Montenero, que conocía a muchos de los presentes, sentía verdadero placer al estrecharles la mano, tanto más, cuanto que entre ellos había algunos compañeros de sus años de escolar. Después de diez minutos de cariñosos saludos, Rasmussen volvió a tomar la palabra: —Queridos hermanos —dijo—: tiempo es ya de que, por esta noche, demos por acabada nuestra reunión. Quisiera, no obstante, antes de terminar, que hablase el que de vosotros tuviere algo que comunicar.

Entonces habló uno de los hermanos:

—¿Ha intervenido ya nuestro Maestro en lo referente al horroroso crimen que trae preocupados a todos los habitantes de la capital?

Montenero se dio cuenta inmediatamente de lo que se trataba, pues durante algunos días los comentarios del crimen habían llenado las páginas de los periódicos de todo el país.

El hecho era el siguiente: Hacia unos ocho días que en la Legación de Alemania se había declarado repentinamente un incendio, y sea por la tardanza de los bomberos, sea por la inaudita voracidad del fuego, quedó totalmente reducido a cenizas. De las investigaciones policíacas habíase desprendido que el incendio no había sido casual, sino intencionado. El incendiario dejó huellas precisas del crimen. Se decía que partes principales del edificio habíanse rociado de petróleo. Fuera así o no, era el caso que junto a la caja de la Legación, se había encontrado un cadáver carbonizado, que según todas las señas era el del Secretario, bacón de K. la caja se hallaba abierta y junto al cadáver se había encontrado un cuchillo que pertenecía al mozo de la Legación. La versión mas generalizada del crimen, era que el mozo al intentar robar la caja de caudales, vióse sorprendido por el Secretario, al cual asesinó en lucha cuerpo a cuerpo, para lo cual se había valido del puñal encontrado y que llevaba sus iniciales. Después, tal vez para borrar los rastros de su crimen, había incendiado el edificio, rociándolo con petróleo.

El caso había agitado las emociones de casi todo México. El telégrafo llevó de uno a otro confín, los detalles referentes al crimen, con noticias y pormenores de la victima y del presunto autor.

A aquella se le dio sepultura en el panteón, con los honores de coronel del ejército. El ministro de relaciones exteriores, hizo el panegírico en un brillante discurso y aseguró que el gobierno tomaría todas las medidas necesarias para capturar al criminal. La viuda recibió del gobierno una fuerte suma y fue propuesta para una pensión vitalicia, que le fue inmediatamente concedida.

Como acostumbra suceder en casos análogos en México, la policía demostró su actividad con gran copia de aprehensiones. Casi todos los parientes del mozo de la Legación, habían visitado la cárcel. Ningún indicio de tal mozo se había obtenido. No obstante, la policía seguía algo desconcertada. Era desde luego imposible que todos cuantos en la cárcel habían ingresado, se hallasen complicados en aquel crimen.

Esta era en especial la causa por la que uno de los hermanos Rosa-Cruz hiciera aquella pregunta al Maestro.

Rasmussen al escuchar la pregunta guardó silencio por un momento y cerrando los ojos pareció concentrarse.

Tomó luego la espada flamígera y ordeno que todos los asistentes se dieran las manos formando un círculo mágico. Entonces el maestro pronunció algunas palabras, dando a las vocales una entonación particular. Tomó luego un frasquito de una caja de arcanos, del cual vertió en el cáliz algunas gotas, del que a su vez ascendió un humo denso. Entonces pronunció tres veces el nombre del mozo con voz potente. Los hermanos creían que, puesto que la noche era ya muy entrada, se encontraría el mozo sin duda alguna durmiendo, lo que facilitaría el que se pudiese presentar en cuerpo astral.

Apenas se apagó el eco de la última sílaba, la tercera vez que el señor Rasmussen lo pronunciara, cuando en la sala se produjo un viento con el zumbido característico en las evocaciones. El humo que del cáliz ascendía fue entonces condensándose gradualmente y poco a poco tomó la forma del individuo evocado: el mozo de la Legación. Entonces una voz sepulcral resonó en la estancia:

—¡Aquí estoy! ¿A qué me sacáis del mundo de los muertos? ¿Por qué habéis turbado mi reposo con vuestro poderoso magnetismo? ¿Qué queréis de mí?

Rasmussen que esperaba encontrar un espíritu agitado por los remordimientos, preguntó: —¿No sientes remordimiento por el horroroso crimen que has tenido la audacia de cometer?

—Yo no he cometido crimen ninguno. Antes al contrario, he sido víctima de él. El Secretario de la Legación me asesinó después de robar la caja, vistió mi cadáver con sus mismas ropas para que todos le creyesen a él muerto y huyó después de incendiar el edificio.

Todos los que escuchaban las aclaraciones del espectro quedaron estupefactos, pues ninguno de ellos esperaba tal solución.

Entonces el Maestro levantó la espada dirigiendo la punta hacia el fantasma y exclamó: —Hermano, por los poderes que me son conferidos quedas libre: regresa al lugar de que viniste, purifícate y que la paz sea contigo.

La sombra desapareció tal y como se había presentado, gradualmente. Rasmussen entonces dirigiéndose a los hermanos les dijo: —Procuren concentrar más sus energías; intensifiquen la cadena.

Acomodóse en su sillón y respirando varias veces con cierta intensidad provocó en sí mismo el estado de éxtasis.

—Concéntrense bien y no rompan por nada del mundo la cadena mágica hasta que vuelva el Maestro —dijo uno de los hermanos que había tomado la dirección de la dicha cadena.

Transcurrieron unos momentos al cabo de los cuales Rasmussen volvió a respirar profundamente.

—Ya está —dijo después de un momento—. He podido ver al asesino en cuerpo astral y me ha prometido que él mismo se entregará a la justicia para que el asunto se aclare y se ponga en libertad a los que ahora se encuentran presos sin motivo alguno.

Uno de los Rosa-Cruz, que, como más tarde supe, tenía el título de hermano mayor, y que estaba junto a Montenero, le dijo entonces a éste en tono confidencial:

—¿No le parece a usted que si nuestros jueces tuviesen a su disposición éstos y otros medios parecidos, sería muy otra la administración de justicia? Nuestros antepasados los aztecas conocieron estos medios y en su tiempo los emplearon.

Montenero, que había presenciado todo esto con ojos de estupor, no pudo por menos de exclamar:

—Es una verdadera sorpresa para mí el poder que he descubierto en los Rosa-Cruz esta noche. Me encuentro muy agradecido de que como neófito que soy, se me haya permitido presenciar todos los fenómenos y ceremonias que esta noche he presenciado. ¡Qué dirán los jueces cuando mañana se descubra el verdadero asesino!

Se disponía el Maestro a cerrar la sesión de la noche, cuando uno de los presentes manifestó el deseo de ocuparse unos momentos en un asunto de caridad.

—Sí —dijo Rasmussen—; hagamos manifiesta nuestra caridad cada vez que de ello tengamos ocasión. Díganos los hermanos de qué se trata.

—De una pobre madre que lucha con la muerte presa de una fiebre puerperal y en un estado tal que los médicos han declarado inútil toda intervención. Con su muerte, un hombre digno, modelo de esposos y de padres, se verá abandonado a la desesperación, con cuatro niños pequeños. ¿No podríamos ayudarle?

Los circunstantes todos, que habían escuchado las palabras del que tal solicitaba, miraron entonces al Maestro en espera de su decisión.

—Ayudémosle, hermanos —dijo brevemente Rasmussen.

A una señal suya, todos volvieron de nuevo a formar la cadena y Rasmussen, cerrando los ojos de nuevo, pronunció unas palabras dando a las vocales una entonación que Montenero jamás había oído. Siguió a esto una a modo de conversación, para él incomprensible, después de la cual dijo Rasmussen volviendo a dirigirse a los hermanos:

—Nuestro Gurú se encargará de la enferma y mañana los médicos verán con asombro que la moribunda se ha salvado.

Después de unos momentos de silencio exclamó:

—Hermanos, formemos una cadena fraternal alrededor de la Rosa y de la Cruz, para que los efluvios bienhechores del Santo Graal nos alcancen. Juremos mantener el sigilo de todo cuanto esta noche hemos visto y oído. Juremos perseguir por doquiera la mentira y la ambición; proteger la verdad, la virtud y la inocencia. Juremos hacer todo cuanto en nuestra mano esté, para lograr mayor progreso en el camino del amor y de la pureza.

—Juramos —dijeron los hermanos a coro extendiendo la mano.

Rasmussen, en respuesta, levantó las manos en actitud de bendecir, diciendo:

—En nombre de la cadena universal de los Rosa-Cruz y bajo los auspicios de vuestro venerado Gurú y de los hermanos invisibles, se cierra esta sesión. Que la rosa florezca sobre vuestra cruz.

Así se dio la reunión por terminada.

—Ya es tarde —dijo Rasmussen—. Mañana tengo mucho trabajo y debo levantarme temprano para hacer los preparativos de mi viaje.

.....

Los Rosa-Cruz salieron del cerro de Chapultepec por la misma entrada por que entraron Montenero y el indígena y con las mismas precauciones que este último guardara para no ser visto. Atravesaron luego el parque que rodea al castillo para tomar el tren en Buenavista.

Montenero quedó con Rasmussen después que todos los demás se hubieron despedido de él, y aprovechó esta circunstancia para entablar de nuevo conversación movido por su deseo de inquirir.— ¿Va usted a salir de viaje? —dijo Montenero—. Mucho desearía que no fuese éste tan pronto como parece. En verdad, tengo muchas cosas que preguntarle. No puede usted imaginarse cuán agradecido le estoy por haberme iniciado esta noche.

Comprendo que mi instrucción verdadera comienza hoy y espero con ayuda de usted poder saciar la sed de conocimiento que tanto tiempo he sentido.

—Lo que yo pueda hacer por usted, querido amigo, —contestó Rasmussen— lo haré sin duda; pero habrá de ser en las sesiones inmediatas, puesto que pronto partiré para Alemania. Hace ya muchos años que no he visitado a Europa. Debo ir allá para arreglar algunos asuntos de familia además, la Orden de los Rosa-Cruz me reclama también en el viejo continente. Debe usted saber que anualmente nos reunimos, ya en Bohemia, ya en las montañas de Harz, en el Tiflis o en Montserrat, o bien, en el Yucatán, en el Perú o en la India: allí tenemos Logias Blancas. Los miembros se presentan todos allí en cuerpo astral; solo a algunas sesiones se asiste en cuerpo físico. Estas reuniones son muy necesarias después de la gran guerra; pues ahora hay mucho empeño por nuestra ciencia.

—Diga señor. ¿No cuentan que el Tíbet tiene todas estas sociedades? —preguntó Montenero.

A lo que Rasmussen repuso:

—Tíbet, la tierra sagrada de los hindúes, el país incógnito del Gran Lama, ha sido estudiado detenidamente y hasta más; se ha tomado una serie de películas cinematográficas que demuestran que hemos sido engañados por siglos y los que creían en los misterios de Llasa, se han tirado una plancha.

El Tíbet es un país situado en la cumbre de los Himalayas; nunca o rara vez se había podido llegar allí, porque bastaba que un europeo se acercara a la ciudad sagrada para que lo mataran. Así, por los menos, se decía. Esta incógnita la explotaron muchos.

Había sociedades teo y filosóficas que decían que allá en Llasa todo era sagrado; Que allí vivían los grandes Mahatmas conductores de la humanidad.

Recuerdo haber asistido a una serie de conferencias en París donde el conferenciante pintaba a Lhasa como el “non plus ultra” de la civilización y afirmaba que allá se tenían los grandes inventos de la telepatía sin hilos, aeronaves, piedras filosofales y “tutti quanti”.

Muchos creían aquello o solo esperaban morir para ver las maravillas del Tibet. Pero parece que el Dr. William Mac Govern tenía sospechas de que aquello eran cuentos para explotar incautos y no temiendo ser muerto por los santos tibetanos, pero, por si acaso, tomando sus precauciones, se vistió de obrero hindú, escondió un aparato cinematográfico y se encaminó por los Himalayas.

Regresado recientemente a Europa ha publicado una obra en alemán e ilustrándola con una cantidad grande de vistas, ha hecho caer la venda de los ojos de los que creían en las maravillas de los yogis y faquires tibetanos.

No es que yo no crea en lo que se dice en el “Hamlet”, de que hay muchas cosas entre el cielo y tierra que nuestra filosofía no sospecha; al contrario, yo estoy convencido de fenómenos supra-físicos, pero creo que la tierra de ellos no solo es el Tibet.

Si hay tierras de Jinas como lo describe tan soberbiamente el escritor madrileño doctor Mario Roso de Luna, las hay, sí, en otras partes de la India, en el Perú, México y España, donde se puede uno poner en contacto con esas ciencias raras, pero no hay que dar gato por liebre, sino resulta como el Tibet, al que creíamos tierra muy adelantada y resulta que allí vive un pueblo ignorante, que carece de toda civilización y que no mata a los viajeros para ocultar algo, como no sea para esconder su salvajismo.

Curioso es lo que cuenta de los brujos hechiceros de allá, que hacen lo mismo que los menes de Yucatán y los Huiracochas del Perú, que entre sí tienen mucho de parecido. Hasta los tipos de la gente tienen mucha semejanza con los de México y sería interesante ver si en el Maya y en el lenguaje de los tibetanos hay voces semejantes. Montenero, que escuchaba con gran interés, le rogó le diese una oportunidad para conversar, acaricióse Rasmussen la blanca barba un tanto pensativo y dijo:

—Me parece que pasado mañana por la noche estaré libre. ¿Qué le parece, amigo mío, si nos encontrásemos en algún sitio? Si no se me presenta nada imprevisto... De todos modos le enviaré a usted una esquelita mañana fijando el lugar y la hora. Montenero le dio las gracias, despidióse de él y marchó a su casa.

Aquella noche le fue imposible conciliar el sueño. Su mente se encontraba fuertemente impresionada por todos los acontecimientos de la noche. Las pruebas habían llegado a sobreexcitar su cuerpo astral hasta el extremo de trastornar un tanto su cuerpo físico. No obstante, durante los días siguientes fue poco a poco sintiendo que un creciente bienestar invadía todo su ser; su organismo parecía funcionar mejor, su mente estaba mas clara, su actividad mas despierta. Era el resultado de la cadena que formaron los Rosa-Cruz y en la cual él había tomado parte. La unión con su espíritu le producía un estado de felicidad inefable, poco tuvo que esperar, pues a los tres días Rasmussen había dado una cita a Montenero, y en ella trató sobre el problema trascendental de Fuerza y Materia, principiando el Maestro la conversación, de la siguiente manera:

—Cuando hablamos de experiencias científicas o de simples hechos, no solo debemos tomar en consideración lo que se puede demostrar empíricamente con nuestros sentidos, sino que es menester sacar conclusiones, consecuencias inductivas o deductivas.

En el estado actual de la ciencia, no hay que concretarnos parcialmente a los hechos desde el punto de vista objetivo, sino que debemos valerlos de nuestro entendimiento.

Si quisiéramos esperar con las indagaciones filosóficas hasta haber acabado todas las observaciones objetivas, no llegaríamos jamás a un progreso filosófico.

—Puede que tenga usted razón, señor Rasmussen; pero yo hasta ahora habría sido partidario de hechos, y sigo pidiendo hechos, como acaba usted de realizarlo en la noche de mi iniciación, con el criminal y la enfermera —dijo Montenero; agregando enseguida; entonces, la especulación filosófica nos sale sobrando.

—No... no, señor...

Es menester que la observación práctica de los hechos, vaya acompañada de la especulación filosófica.

—¿No podría bastar uno solo de los dos caminos?

—Un naturalista, biólogo o un estudiante de fisiología, iría al fracaso sin filosofía; un filósofo sin ciencia natural, sería un nuevo Icaro. La ciencia debe estudiar con los sentidos la parte material de los fenómenos, ayudada de aparatos como el microscopio y telescopio. La filosofía por su parte debe indagar en las alas de la mente, del pensamiento, la causa de estos fenómenos y sacar consecuencias lógicas.

—La ciencia ha hecho esto, Maestro; sí, sí...

—La ciencia ya ha cumplido esto en gran parte; sabemos lo que es sólido, líquido y gaseoso; hemos estudiado no solo las leyes que rigen la materia invisible, puesto que dominamos la electricidad, el magnetismo, el calor, la luz; conocemos aparentemente a fondo la materia, desde el punto de vista mecánico, físico y químico, pero el modo de obrar de las fuerzas señaladas, no lo conocemos.

Nuestra ignorancia respecto a la vida y el alma es tan absoluta, que da pena confesarlo. Pero que esa ignorancia es real, lo prueban la diversidad de escuelas que se contradicen.

Con todo lo que ignoramos en ciencias naturales, se podía formar un mundo nuevo.

—La labor de la ciencia, el análisis, señor Rasmussen...

—Ya lo he dicho: incumbe a la ciencia descubrir la Génesis de todos los fenómenos; y al hacerlo, se encuentra con el átomo... El átomo, que definimos como la parte más pequeña e indivisible, que se concibe a la Materia, está muy bien para el Químico, pero sale perfectamente sobrando para el Físico. —El átomo es un impulso eléctrico, señor. —Hace años que domina la tendencia de querer convertir el átomo en un impulso eléctrico, es decir, en electrón.

Tenemos aún los protones, que para mí serán siempre Materia... Se ha sostenido, que quitando al átomo todas sus propiedades, restaría nada más que un pedacito de Materia, esto es verdad en parte; para ello no hay separación posible, puesto que una de las propiedades de la Materia es el movimiento. “Quod no agit, non existit”. En el Universo, todo es movimiento, y así tenemos Materia y Energía.

Gustavo le Bon escribe: “Quand l’atome électrique a rayonné toute son énergie, il s’évanouit dans l’éther et n’est plus rien”. Si no fuera que yo sé respetar todas las opiniones, me darían ganas de silbarle por esta frase. *Rien*. La Nada... ¿Qué es la Nada? La Nada... es la nada.

—Tiene usted razón, señor —replicó Montenero—; la Nada no se concibe. —Opino igual —asintió Rasmussen, y prosiguió: Ahora, en el átomo debemos buscar, puesto que en él reside la Génesis, el engendro de todo. “Ex nibilo nihil fit”. (De la Nada, nada se hace). No se puede separar la materia de la fuerza, como tampoco apartar la fuerza del movimiento, puesto que el Kosmos es una vibración eterna.

Es en el éter, como decía yo en otra ocasión a mis discípulos, donde se sintetiza todo; sin embargo, comprender todo esto como realidad, es difícil. Podemos, mi amigo, comprender los conceptos unidos; pero, *per se*, separado, no es ninguno de ellos una realidad. El monismo haeckeliano apoya esto al considerar Materia y Energía o Fuerza y Materia bajo el concepto de Sustancia. Esta Sustancia la considera el monista como Deidad del Universo y como *causa causarum* de cuanto existe.

—Allí tenemos el nebulium, señor Rasmussen. —Ahora, esta sustancia, aglomerada en mundos y soles, marcha con admirable y excelsa armonía; y esa armonía supone la predisposición a una ley, una conciencia, una inteligencia, que anima el movimiento armónico; de manera que, indudable, forzosamente, nos encontramos con un ternario: Materia, Energía y Conciencia. Montenero se había quedado pensativo y de pronto objetó: —Estas tampoco son válidas. —Si volvemos a lo mismo, ¿qué es Materia? ¿Cuál es la Fuerza?, ¿Cómo actúa la Conciencia? No lo sabemos.

Separadas unas de otras, no son realidades, sino atributos abstractos, como Hermosura y Bondad, que no se pueden analizar de por sí, hasta que son sentidos. Montenero había tomado cada vez mas interés por las explicaciones del Rosa-Cruz, y no queriendo dejarle toda la conversación, dijo al Cónsul en tono informativo: —Hay escuelas que señalan la Fuerza, solo como condición de la Materia, como vehículo; pero, señor, mientras necesitamos a ambas, Fuerza y Materia, para explicar los fenómenos de la Natura, nos encontraremos siempre con una raya infranqueable para la explicación.

El monismo haeckeliano, al encontrarse con este problema, brinca y dice: Fuerza y Materia son la misma cosa, y la Conciencia es latente, inherente al Gran Todo, residente, en cuanto a nosotros, en las celdillas cerebrales; y pertenecen como problema, a la Fisiología anímica. Rasmussen había escuchado atentamente y se interpuso replicando: —Durante algún tiempo, la ciencia tapó el ojo al macho con esta definición, pero a la larga fracasa ante el criterio analítico.

—¿Como usted a Hirn? Últimamente cayó un libro de ese hombre en mis manos. —Sí..., sí. Lo conozco. Hirn los separa y dice: El espíritu obra sobre la fuerza y la fuerza a la vez sobre la materia. Pero ¿qué es lo que obra? Debe ser una realidad, debe ser un algo, para diferenciarse de la nada; de otra manera llegamos a un círculo vicioso, un callejón sin salida.

De todas maneras, la causa de las causas, el principio en sí, queda para nosotros ignorado, puesto que pertenece al infinito y el infinito, lo ilimitado, no puede ser abarcado por nuestro cerebro limitado. Hay una incógnita, y ésta es el espacio. —Muy bien, señor, pero del espacio ¿qué sabemos? —Del espacio solo sabemos que existe y que en el infinito reside todo lo que fue, es y será.

De manera, que Ser es la causa causarum de todo, pero es imposible sin movimiento, resultando, pues, uno, Materia en movimiento. Este movimiento sería rotatorio y no espiral, si no existiera un tercer impulso consciente, inteligente, ya reconocido por Pitágoras, al asentar: La espiral es

la curva de la vida. Todos los hombres de ciencia están contestes en que es inútil, infructuoso, especular, fantasear sobre lo que hubo antes de la verificación de los fenómenos del mundo. El espacio es eterno e infinito y todos los cálculos con potencias infinitas, en este sentido, resultan ilusorios.

No pasa lo mismo con lo que palpamos; ello es real; tiene fines y límites. Por eso es que cuando el *Chaos* se convierte en *Kosmos*, se presenta en el anfiteatro de la ciencia, el Átomo, como una hipótesis especulativa; pero siempre como un trío o ternario de Materia, Fuerza y Conciencia, envuelto en sustancia etérea, sutil. Esta hipótesis ya fue aceptada desde mucho tiempo. Un celebre hombre de ciencia describe al Átomo como una esfera, una zona energética, en la cual circulan los electrones.

—¿No fue Iklé, quien también escribía algo sobre el Átomo, señor? —Iklé, hablando del Átomo, dice: Tenemos que verlo con rayos magnéticos, con pequeños magnetos elementales. El Átomo, en si neutro, está construido de un Ion positivo, alrededor del cual circula un electrón negativo, como un sistema estelar doble.

—Esto de comparar los átomos con los astros, creo es de un americano. —Yo no soy partidario de los ford-americanos, que nos dan tan poco en ciencia. Últimamente parece que se animan algo más. Los intelectuales americanos, que generalmente tienen una instrucción superficial, haciendo un aglomerado de mediocridades científicas, han tenido soberbias excepciones; citaré a J. N. Keely de Filadelfia; este hombre presenta el átomo como un sistema planetario en miniatura, consistente en ternarios ultra-atómicos, que giran con inconcebible rapidez alrededor de centros neutrales, todo envuelto en torbellinos radioactivos.

—Este Keely tiene cosas muy atrevidas, señor Rasmussen. ¿No resolvió él algo sobre las fuerzas internas de los átomos? —Sí. En sus estudios sobre fuerzas inter e intraatómicas comprueba que el sonido actúa sobre estas fuerzas, y, mediante un diapason y una cítara, llegó a convertir 4 gotas de agua en vapor etéreo, que le dio una presión de 27.000 libras sobre una pulgada cuadrada. Presenta además hipotéticamente 7 diferentes etéreas intramoleculares, es decir, de fuerza radioactivas.

Los alemanes, basados en las observaciones keelyanas, presentan entonces los átomos así: Alfa, Beta y Gamma. —Me han contado lo siguiente, señor: Estando construyendo un edificio en Nueva York y terminado el armazón, un ingeniero que conocía estas cosas, afinó un violín en correspondencia con la vibración del hierro del edificio y se puso a tocar una cuerda siempre con el mismo sonido. A los diez minutos se observó que el armazón comenzaba a temblar más y más, y si no deja el violín, dicen que la mole edificada se habría venido abajo.

—Es muy posible eso, señor Montenero. vea usted: La aspiración suprema de las Ciencias naturales, es fundar todos los fenómenos en la Mecánica. Los grandes observadores, y entre ellos el sabio mexicano don Alfonso Herrera, pretenden eso y se basan en principios científicos. Yo voy más lejos: la Psiquis, cuya causa escapa a todos los aparatos y reactivos conocidos hasta ayer, *debe pasar por el mismo cartabón*.

—Dios... Dios, esta entidad espiritual, ¿cómo se la estudia, señor? —La Materia se estudia y se comprende por la Materia. La Psiquis debe estudiarse, para comprenderla, entrando en el dominio de lo supra-físico. Pretender reducir la en absoluto al matraz del laboratorio, es imposible: sería tanto, como si, para analizar la electricidad, se estudiara la cuerda de un reloj. —He visto una obra, no sé de quien, que diferencia estas cosas. —Sí. La ciencia diferencia, generalmente, procesos mecánico-físicos y químico-físicos. —¿Y el calor, señor Cónsul? —Ahí entra también el calor, puesto que se considera

como movimiento molecular irregular, y lo mismo la electricidad y la luz como vibración etérea transversal.

—¿Y las reacciones químicas? —Como proceso químico-físico, admitimos las reacciones químicas, que suponemos ocasionan cambios en la agrupación atómica, que siempre presentan desarrollo de calor, luz o electricidad. Así se transmuta la energía de afinidad química, en energía física. —Estos detalles son muy interesantes, señor. ¿Qué más me puede decir sobre esto?

—Sería muy largo, y quizás muy hondo, seguir en estos detalles; pero llamaré la atención a usted sobre esto; que, como se considera la afinidad química de carácter eléctrico, se aleja la frontera entre fenómenos químicos y eléctricos, y, como para la electricidad, luz y calor, rigen las mismas leyes, cae el valladar entre las fuerzas mecánico-físicas y las químico-físicas, y todo se presenta como Energía mecánica. Faraday ya suponía la existencia de Materia en condiciones de abarcar un estado, más allá de la forma gaseosa, y Crookes comprobó ese aserto, al presentar en sus tubos la Materia en estado radiante, que podríamos llamar preatómico, o más bien, corpúsculos retroatóicos.

Siguieron las investigaciones. Le Bon y otros nos hablan de átomos eléctricos, de electrones e iones. Durante un tiempo, nos confundíamos entre el laberinto de hipótesis más o menos aceptables o disparatadas; hasta que nos dejó atónitos Curie con el descubrimiento del Radium. —Estos Curie fueron unos héroes, señor. —No quiero, amigo, relatar las investigaciones que llevaron a cabo el Mártir Curie y su sabia y abnegada esposa, ambos justo orgullo de los franceses. Quiero pasar a las observaciones hechas por Kelvin, fundándose en Curie.

Kelvin probó ante la *British Association of Science*, que el radium emana, esparce calor y luz a tal grado, que en una hora se observan 9 décimas de calorías en un gramo de radium, si se prolonga ese proceso durante 10.000 horas, aumentarían 900.000 gramos de agua en un grado Celsius. —Este calor, ¿sale del Radio mismo, señor? —Es imposible, señor, admitir que ese calor salga del mismo Radio y es forzoso aceptar que el ambiente es quien lo surta.

Un artículo publicado en una revista que compré en San Francisco, bajo el nombre de “The light of the future”, sustenta la misma teoría, diciendo que el Uranio y el Radium reciben el acrecimiento de su actividad, de ciertas ondulaciones etéreas que emanan del sol y que no hacen sino cambiar la ligereza de sus vibraciones. Montenero no se sabe si se había distraído; pero Rasmussen notó en su cara cierta incertidumbre y entonces, para ser más claro, prosiguió: Voy a poner un ejemplo claro: El sol atraviesa un vidrio de nuestra ventana sin que se caliente. Lo pintamos enseguida de negro, y ya no se puede tocar de calor. El asunto es claro; los rayos solares, al encontrarse con el color negro, se rebajan de tal manera hasta ponerse al igual de las vibraciones de calor, y se transforma la luz en calor.

Otro ejemplo: Si se hacen pasar los rayos solares por una rejilla que permita el paso de todo el prisma, con excepción del ultravioleta, y anteponeamos allí un pedazo de óxido de uranio, se cambia el color ultravioleta en verde: de luz invisible, se logra hacer luz visible. Lo mismo pasa con el radio: la luz invisible se transforma en fosforescente. (Rayos energéticos, Agus el Niton).

—Pero ¿qué se saca en limpio de estas experiencias? ¿Qué se aprende con ellas?

—Ah, señor...

Hemos aprendido aquí, que existen rayos invisibles: nuestro ojo es incapaz de percibir colores antes más allá del rojo, o antes más allá del violeta. Lo mismo pasa con el oído: no podemos oír tonos

de más de 40.000 vibraciones por segundo. Una cosa muy curiosa he observado como aficionado a la fotografía, y quisiera exponérsela, señor.

Me refiero a lo parecido que debe ser en su intimidad nuestro cerebro con las placas fotográficas. Cuando tengo una placa poco expuesta, que no me dé detalles, basta ponerle unas gotas de amoníaco para que se avive, para que reaccione. Muchas veces no es necesario ponerle gotas al desarrollados; basta poner el frasco cerca de donde estoy desarrollando mis fotografías para que se aviven. Esto me hace recordar que a un enfermo inerte, apático, un coma alcohólico, le pongo amoníaco debajo de las narices, y hace lo mismo; se reaviva, reacciona.

Por otro lado, usted conoce el efecto del bromuro sobre las excitados, sobre los nervios; cómo los aplica y domina. Igual pasa con la placa fotográfica, si la hemos expuesto demasiado y los detalles salen demasiado chillones: basta poner algo de bromuro para que se suavice y se calme.

¿No es curioso esto? Mas cuando veo las sales en mi cámara oscura, paréceme ver luz o algo radioactivo. Sí...

Estudios más recientes comprueban que toda la Materia orgánica e inorgánica es radioactiva; solo nos faltan aparatos para ver sus emanaciones y entonces se abrirá un campo nuevo para las ciencias físicas.

—Tiene usted razón, señor. Ahora veo que todo resulta entonces vibración del éter, que mientras más ligera y más sutil es, invade el campo de lo espiritual, y mientras más lenta, representa la Materia; pero todo, en ultimo término, es el Átomo, que no debe considerarse como solo Fuerza y Materia, sino unido a ello la Conciencia; Para darnos cuenta de la pequeñez del átomo, basta recordar que una partícula de polvo de licopodio, es un millón de veces más grande que un pedacito de sustancia construido de un billón de átomos y después cada átomo se compone de millones de billones de electrones. Fuerza y Materia son indestructibles, eso es un axioma científico, pero hemos visto que no pueden existir sino unidas a la Conciencia.

Ahora, lo que pase en la unidad Átomo, debe repetirse en lo compuesto, siempre inseparable de Conciencia, o llamenle las religiones Alma o Espíritu.

Cuando tomamos un átomo de oxígeno de la composición agua, no solo tendremos el átomo en sí, sino también el movimiento inherente a él, su afinidad y tendencias, lo mismo como si separamos de un bloque de fierro magnético un pedacito insignificante, siempre tendrá sus polos, Norte y Sur, como todo fierro magnético.

Los hindúes dicen que todo es maya, ilusión, y que la Materia apenas se percibe; y en esto tienen razón al poner nuestros principios en acción, hipotéticamente, se comprende.

Si tomamos, por ejemplo, un bloque de platino, una de las sustancias consideradas como más sólidas, y si pudiéramos quitar de él todo lo que en los átomos comprendía a energía y conciencia y con ello todas las sustancias inter e intraatómicas, se reduciría a un pedacito de un miligramo, o sea, apenas visible.

Materia, Energía y Conciencia residen, pues, en todo, tan inseparables del ión como de las grandes masas planetarias.

Al hablar del radium, hemos sostenido que recibe algo del ambiente, que, en último término, viene del sol, que mediante unos rayos vibratorios determina una serie de fenómenos meteorológicos que desgraciadamente ocupan más la atención de la ciencia, que el mismo sol que los produce.

—Ahí sí que el astro Rey es algo maravilloso —opinaba Montenero; y luego siguió Rasmussen:

El sol es la materia prima de todo cuando existe. La materia planetaria no es sino fuerza solar transformada. La tierra es un pedacito de sol.

Asimismo, el hombre es en cierto modo hijo del sol, puesto que la mayor parte de sus elementos le vienen del astro Rey.

El sol es el núcleo, el depósito, el generador, al impulso del cual todo se remueve, todo se transforma. Debemos considerarlo como un centro energético de electromagnetismo. Sus rayos, al llegar a la tierra, atravesando el espacio infinito, traen átomos materiales, animados de fuerza e impregnados de conciencia.

Ahora, el Universo está poblado de millones de soles, cada uno de los cuales constituye un esparcidor de átomos materiales, que vienen a formar la Materia cósmica; difunde en sus átomos fuerza, lo que se titula energía universal, y emana conciencia, lo que presenta la conciencia infinita o Dios.

El Sol de nuestro sistema no es mas que la hechura de otros soles. Tras ellos hay otros, y otros, hasta el infinito.

Sicut superius, sicut quot inferius, decían los antiguos. Es decir: El hombre microcosmo, es la manifestación sintética del macrocosmo; es la repetición del Universo. El hombre es un mundo pequeño; le animan los mismos átomos que a los millones de planetas.

—Es sublime esto, señor —volvió a interrumpir Montenero; y Rasmussen siguió:

En él se condensa el mismo ternario, en él cada celdilla es un pequeño centro distinto, dotado de vitalidad que emana de la vida universal, no solo consciente en sí, sino dotado de inteligencia, de emoción y de sensación, y que hace el trabajo a él encomendado, consciente e inteligentemente, y de una manera infatigable. “Los huesos, los nervios, los músculos, todos los tejidos, son diferentes aspectos de una energía común; se diferencian en nuestro organismo, como se distinguen en la sociedad los hombres de letras, los comerciantes, los soldados y los obreros.

“Son diferentes todos, pero pertenecen a un conjunto, en que cada uno tiene sus deberes, sus obligaciones, su quehacer que llenar.

“En un sentido íntimo, las enfermedades residen en los átomos, o en las celdillas.

Cuando estos pequeños seres vivientes sufren, cuando son desgraciados y su desgracia se traduce en nosotros por los sufrimientos, cuando el estado de ellos puede entrar en el dominio de nuestra conciencia normal, entonces la enfermedad resulta un grito de imploración, que nos dirigen aquellas pequeñas criaturas; pidiendo socorro, clamando por piedad, se dirigen a nosotros, al conjunto, pues somos sus maestros, sus dioses, que nos dan las funciones y tenemos el deber, la obligación de protegerlos”.

—Esto lo ha leído usted en alguna obra, señor.

—Puede que tenga usted razón. Muchas veces, al leer algo se graba en nuestro cerebro y después lo damos como nuestro. No importa, las cosas bellas deben esparcirse; y, si el autor de esa frase la escuchare, que perdone.

Nuestras celdillas están con nosotros en una relación análoga con el Universo.

Esta idea me ha venido muchas veces, pero no la puedo poner en un concepto, tal como usted lo hace ahora.

Así como cada ser es una célula del Gran Todo, un microcosmo enfrente del macrocosmo; el hombre, en su conjunto, es el gran todo dominante de la celdilla.

Esta idea que encierra la síntesis de la solidaridad más hermosa, hacemos comprender que, si consideramos así a nuestras células, en pago de toda la atención que les prodigamos, nos dan buena salud, y a sus esfuerzos debemos la continuación de nuestra existencia en esta tierra.

Montenero que parecía no fatigarse, lo mismo que Rasmussen, interrumpió de nuevo para decir:

—La función, descubierta hace muchos años, de los glóbulos de la sangre, la fagocitosis que ya he descrito en otra ocasión y que consiste en perseguir, atrapar y devorar a los microbios perjudiciales, que han logrado introducirse en nuestros vasos sanguíneos, nos da idea de la deuda contraída por nosotros, con esas vidas minúsculas.

Lodge dice: La vida viene y se va, anima a la materia y la abandona, como el rocío se deposita sobre las flores y luego desaparece.

Haeckel, el autor de “El Enigma del Universo”, que sostiene que la vida es solo una función de la materia, se parece al niño que cree que el viento es una función de los árboles, cuando sus hojas se mueven al impulso de la brisa.

—Este Haeckel es un poeta, pero sus concepciones en su Enigma del Universo, no puedo aceptarlas del todo. Principalmente, la cuestión de la vida es la que me ha preocupado siempre.

La vida existe en condiciones preexistentes en el Universo, y se anida allí donde encuentra las condiciones apropiadas; y ahí estará el triunfo del sabio Herrera, en la construcción de sus células artificiales: el día en que encuentre las sustancias químicas requeridas para ser un receptor de la vida universal, entonces habrá corrido el gran velo de Isis. —Así usted se refiere a don Alfonso Herrera. Este hombre es rabiosamente antivitalista; pero, al leer sus obras, uno está de acuerdo con él, pues al fin y al cabo todo se reduce a que la diferencia está en la expresión y no en los conceptos.

A toda su monumental obra le sobran dos signos para quedar perfecta.

Rasmussen en tono de convicción, continuó entonces:

—Thales de Mileto, fundador de la escuela Jónica, en los albores de la filosofía griega, definía la vida y el alma, con la palabra Kimeticón (*kineo*, movimiento). Hasta en la Biblia, en sus primeras

páginas, atribuidas a un iniciado en la sabiduría de los antiguos egipcios, la relación entre la vida, el movimiento y la conciencia, es patente.

—Esta idea ya es antigua, señor.

—Resumiendo lo expresado, debe quedarnos la impresión de que todavía resta un campo amplio que estudiar; que nuestro saber representa un círculo luminoso, circunscripto por un marco de intensa oscuridad, y que, mientras más ensanchamos el radio luminoso, mayores proporciones toma el marco que encierra.

Que debe existir una conciencia en todo lo que se agita, y que el evangelista acertó al decir: “¿No sabéis que sois templos de Dios y que él habita en vosotros?”

No, por cierto, en la forma antropomorfa de las creencias del carbonero, sino que Dios existe en el Átomo como existe en el Cosmos, y debemos felicitarnos de poder reconocer estas verdades que enseña ya la psicología moderna y que resultan en perfecta armonía con las opiniones de todos los sabios, de todos los países, estableciendo así el cumplimiento de un sueño de Virgilio en que decía: “Ya vuelve la edad de oro y una nueva progenie manda”.

Debemos aceptar: Que no hay divorcio entre la Fuerza y la Materia. Que la construcción del Átomo y su modo de ser en el Cosmos, representan torbellinos de fuerzas indiscutibles, porque el solo suponerlas desunidas, sería la destrucción del Gran Todo, o sea, Dios.

Tiene razón un escritor latino al decir: En todas las cosas la mentira anda constantemente a pasos gigantescos y arrastra las multitudes imbéciles tras de sí, aprovechando su vulgaridad irremediable, pero la verdad es todo lo contrario, parece reservarse el derecho de llegar a todas partes a última hora, anda despacio, se tarda un poco, pero al fin llega como el sol, teniendo al tiempo por bastón.

Que por último el hombre tiene en sí un ego interno, que radica en la conciencia, de átomos susceptibles al desarrollo individual, cuya finalidad consiste en desechar la parte grosera del hombre animal, para que la parte divina obre sin estorbo, y, dueña de su albedrío, realice las omnipotencias que le están destinadas.

Con este fin, aconsejo a mis hermanos en ideales y esperanzas y sobre todo a usted, que lo es desde ahora, que dispongan siempre el pensamiento a la excelcitud, el carácter al deber, el corazón al bien y el albedrío a la razón.

Es menester romper la neblina de supersticiones, con que el error ha envuelto el espíritu, desgarrar esos vapores de malevolencia que oprimen el corazón, irradiar en la virtud y elevarnos sobre esa atmósfera baja y pestilente de pasiones viles, en donde ruge la tormenta del odio, vibra el rayo de la intolerancia, y retiembla la tempestad de los exclusivismos. Busquemos lo bueno, lo bello, lo noble y verdadero, que está siempre en la altura, subamos allí, no intentando el camino del reptil rastrero que escala la roca, sino como el águila de nuestro emblema nacional mexicano, majestuosa, de limpio vuelo, y allá donde el alma, libre de groseras atracciones terrenas, pueda dominar el inmenso horizonte de la Ciencia y contemplar mas de cerca el sol inextinguible del ideal eterno.

Ahora, en cuestión de química, todos los días se hacen muchos adelantos.

Se ha logrado un nuevo descubrimiento al haber encontrado dos nuevos elementos a los que han dado el nombre de “masurio” y “renanio”.

Los descubridores son tres y entre ellos una señorita relativamente joven, la doctora Ida Tacke, que trabajaba con el sabio Koddack, sirviendo de ayudante el doctor Bergs.

Si el número de los elementos base, es, como se cree, 92, solo faltarían tres.

Mendeljeff y Lothar Meyer probaron que entre los elementos químicos había una relación periódica dependiente del peso atómico respectivo y que el átomo debería estar hecho de una sustancia arcaica universal.

Los antiguos Rosa-Cruz comparaban la actividad de la materia y energía con la actividad planetaria y los modernos han tenido que darles la razón.

Sicut superius, sicut quot inferius, era el principio antiguo. Es decir: “Así como el macrocosmo, el mundo en grande, así es el mundo pequeño, el microcosmo”. Y, sin saberlo, los químicos modernos se han aproximado a este principio.

Ya el descubridor del oro sintético nos dio una gran alegría y esperábamos de él nuevos descubrimientos, pero ahora salta a la palestra una mujer, una hembra descubriendo elementos. Se habrá equivocado Napoleón, que creía que las mujeres solo servían para tener niños y que su puesto era la cocina.

Bueno que se metan en política, porque al fin y al cabo, el mundo se compone de hombres y mujeres, y no es justo que solo nosotros hagamos las leyes, pero a que descubran elementos, ¡no hay derecho!

La señora Curie era una excepción; era casada, y aprendió lo que sabía de su marido; justo y hermoso que le ayudase a trabajar y que le reemplazase al morir.

Pero la señorita Tacke es jovencita. No tiene marido, ni lo encontrará ahora. Porque yo quería ver qué valiente se casa con una mujer que descubre nuevos elementos en química.

Los que conocemos algo de los hombres que trabajan en este orden de ideas, nos descubrimos reverentes ante la señorita Tacke.

Montenero había quedado más que satisfecho de las explicaciones del Maestro, quien le había seguido dando enseñanzas amplias y siempre más profundas, sobre el problema del alma y de sus relaciones, tanto con el invisible como con su estado después de la muerte.

Comprendió que al escuchar o leer a un maestro, es menester saber oír, mas que lo que dice, lo que calla, y saber leer lo que no escribe.

Muchas cosas no se pueden probar; lo que hay, es que hay que vivirlas, experimentarlas en sí, adentro, y que esa experiencia subjetiva es incomunicable, no se puede describir con la voz ni con la pluma. Hay experiencias en que acaba el Yo y empieza el Lo, que corresponde a la esfera del subconsciente.

Comprendió, empero, que no es el camino del espiritismo con sus mediums el que nos puede llevar a un convencimiento; pues que éstos dejan las puertas abiertas a muchas explicaciones divergentes y contradictorias. Lo único seguro, es lo que se ve sin ellos, sin mediums, en la aparición de fantasmas y Gurús. Hay en esto que abandonar el campo de lo subjetivo e irse derecho a lo objetivo; pero estas demostraciones tienen que ser a su vez solo para uno o para los iniciados.

Ya hay muchos hombres de ciencia, que han tratado los asuntos psíquicos con las reglas de las ciencias exactas. Recuerdo a Telekinese, de Schrenk, Natzing, que prueban que la generación de la especie es psicógena. Rasmussen hizo desfilar ante él las figuras del sabio Flomnoy; del francés Richet; después Morselli, Myers, el autor del “Human Personality and its Survival of bodily Death”. Oliver Lodge, James, Geley, Lombroso, Osty, Fichte, Perty. Le contó la forma poética cómo tratan estos asuntos el astrónomo Flammarion y el español Comas y Solá.

II

El Cónsul Rasmussen no pudo asistir a las reuniones Rosa-Cruz de las últimas semanas. Sus preparativos de viaje le habían absorbido cuanto tiempo tenía.

Los hermanos le enviaron una carta saturada de afecto filial y firmada también por Montenero, el cual se encontraba cada vez mas agradecido por las trascendentales enseñanzas que había recibido.

En el Consulado todo se había arreglado satisfactoriamente. El vicecónsul se había hecho cargo de todos los asuntos durante su ausencia; y cuando los periódicos anunciaron la partida de Rasmussen, se hallaba éste ya con su esposa en alta mar.

El paso por el mar de las Antillas fue un tanto agitado. El mareo hizo presa en casi todos los pasajeros, y por efecto de la mala mar, todos empezaron a temer que el buque viniese a topar con alguna de aquellas malhadadas minas que pasada la guerra europea seguían flotando en algunos mares, con grave riesgo de navíos y navegantes. Rasmussen, por el contrario, se encontraba en completo sosiego y tranquilidad.

El Rosa-Cruz había sido la personalidad alrededor de la cual giraba todo el interés de a bordo. Todo el mundo estaba convencido de que este hombre era enciclopédicamente sabio; infundía una confianza tal, que los pasajeros temerosos de temporales y otros inconvenientes que puede presentar la navegación durante este trayecto, no preguntaban al capitán si el tiempo iba a cambiar. Todo el mundo sentía intuitivamente que Rasmussen podía responder mejor a todo. De noche, cuando la bóveda estelar se reflejaba sobre la superficie del agua del mar, el Maestro era acosado por las preguntas; qué constelación era ésta o la otra, cuál era la estrella dominante, etc., etc.; y puede decirse que Rasmussen parecía incansable para responder a todas las preguntas. Una noche, el cielo estaba más despejado que nunca, una atmósfera agradable había llevado a la mayor parte del pasaje sobre cubierta, pero inútilmente se buscaba entre ellos al Rosa-Cruz. Su asiento en el comedor, al lado del capitán, también había permanecido vacío aquella noche y se temía que hubiese enfermado. A uno de los pasajeros, que se creía que tenía más confianza con él, le indicaron que fuera al aposento, para que viera lo que pasaba, y éste, cumpliendo el encargo de los demás, fue a llamar a la puerta del camarote de Rasmussen. En el camarote no se percibía ruido alguno, parecía que su ocupante hubiese salido, sin embargo, al llamado, el Cónsul contestó: “—¡Un momento!” Y le dejó entrar. Al penetrar en el camarote, apenas había pasado el umbral del mismo, un perfume de incienso agradable esparciase por el ambiente. Rasmussen no estaba solo. Frente a él, sobre una silla, encontrábase un personaje raro. No estaba vestido a la europea; mas bien, llevaba un manto que podía recordar a los habitantes del Norte de África: era una túnica blanca; sobre la solapa, había una cruz con siete rosas, y sobre la frente, bordado en una especie de capucha plegada se veía un cáliz radiante. Sorprendido más que asustado, quiso retirarse el recién llegado; pero el misterioso personaje le dijo: “—¡Que la paz sea contigo!. Entra. No hemos tenido inconveniente en que interrumpieras nuestra conversación, pues si nos hubieses tenido que molestar, no habríamos permitido que naciera en tu cabeza el pensamiento de haber venido. Te hemos dado este privilegio de ver un Gurú en astral, porque eres español y el Maestro tiene especial interés por Montserrat, que es su montaña, es terreno sagrado. “El español, halagado en su patriotismo, quiso darle la mano para agradecerle la deferencia, pero notó al darle la mano que ésta no se detenía en su cuerpo, sino que por el contrario, entraba, y, asustado, miró a Rasmussen, quien le dijo, sonriendo: “—Amigo mío, ahí tiene usted un fenómeno para usted hasta ahora desconocido. El traje que veis corresponde a la orden de la Rosa-Cruz, de la cual el Maestro forma parte. Viene de la montaña de Montserrat, donde existe una especie de convento invisible que se ha dado en llamar Logia Blanca. No es un fenómeno alucinatorio lo que veis; la formación de este cuerpo se debe a la acción del

fluido magnético, que atraído por ciertos procedimientos que yo poseo, ha venido aquí, donde he podido detener ciertas vibraciones de naturaleza magnética; y así ha podido quedar el Maestro aquí conmigo durante algún tiempo. Es, sin duda, una manifestación supranormal de telestesia auto cognoscitiva que no se ve todos los días, pero que nosotros podemos provocar. El Maestro puede, cuando cree conveniente, valerse como médium de un cuerpo cualquiera y comunicar algo a la humanidad. A este respecto, es bueno recordar que en el año 1870, apareció una obra titulada “La historia y las Leyes de la Creación”, por Hudson Tutler. Esta obra llamó la atención al sabio Büchner y a varios hombres de ciencia, y el célebre Docor Aschenbrenner la tradujo al alemán. Años más tarde, el traductor, consciente de que la obra de Tutler había dado giros nuevos a la ciencia, indicaciones sabias sobre geología, quiso conocer al autor y se encontró al ser presentado a Tutler, con un payés ignorante, que solo pudo decir que había sentido, de noche, después de venir rendido de su trabajo del campo, necesidad de escribir, que él mismo no sabía lo que escribía. He ahí, pues, un medio curioso de que se valen los Maestros invisibles para actuar sobre la humanidad actual”.

El español, sin salir de su sorpresa, volvió la cara para mirar al Astral; pero éste había desaparecido. Rasmussen, que notó la sorpresa, le dijo que se había marchado ya por haber terminado su conversación y que sobre lo que había visto guardase silencio.

Entonces el Rosa-Cruz, como si nada hubiese pasado, subió a la cubierta con su amigo y todos felicitaron a éste por el éxito en el desempeño de su comisión, pues creían que debido a su invitación, Rasmussen había vuelto entre ellos.

Días mas tarde, el español, siempre lleno de curiosidad, preguntó a Rasmussen cuál era el procedimiento más eficaz para lograr la evocación de estos astrales.

Rasmussen le respondió con otra pregunta: ¿Cuál es el sistema mejor para aprender a tocar el piano? ¿No es verdad? —siguió, dando él mismo la respuesta—, que para ser buen pianista se necesitan ciertas condiciones y vocación y luego empezar a tocar la escala musical, siguiendo poco a poco con ejercicios difíciles, hasta llegar a poder tocar la Novena Sinfonía de Beethoven. Pero ante todo, lo que se necesita es un piano. Por suerte, el piano lo tenemos todos, porque es nuestro cuerpo mismo; pero, para abrirlo, o sea, ponerlo en condiciones de poderlo tocar, se necesita la pronunciación de ciertas palabras con que basta para que el Maestro acuda a nue stra llamada. Es de advertir, que con la evocación abrimos las puertas, no solamente a los maestros, sino también a seres inferiores que nos pueden hacer daño, y para protegernos de ellos, es necesario saber formar un circulo alrededor de nosotros, que sería completamente cerrado si no estuviera interrumpido en una parte con el sello de Salomón. Pero, señor; si existen estos seres sin necesidades físicas, entonces podrá haber otros planetas habitados, con seres como éstos.

—Sí, mi amigo —continuó Rasmussen—. La pluralidad de los mundos es un asunto que ha preocupado a muchos hombres de ciencia, entre ellos al célebre Flammarión.

Hay astrónomos que creen que nuestra tierra es uno de tantos planetas habitados y que en miles y miles de estrellas vive gente pare cida a nosotros o en forma astral.

Otros rechazan esta teoría como absurda, afirmando que no hay mas hombres que nosotros y que aquí todo se acaba.

¿Así, por ejemplo, en pro y en contra, el planeta Marte ha dado mucho que hablar a los observadores del cielo; y ahora, cuando en el mes pasado este planeta se encontraba tan cerca de la

tierra, por todas partes han realizado experiencias. En todos los observatorios sacaron sus telescopios para mirar, para deducir.

Antes habían sido los alemanes los que se ocuparon mas en estos estudios; pero, como esto requiere gastos, y los alemanes están tan pobres, han tenido que ceder el puesto a los yanquis, y en las ultimas revistas se ven algunas noticias sobre lo mucho que vieron.

Lo principal es que ya de una vez por todas quedó confirmado, no como cosa resuelta, que en el planeta Marte este viviendo gente, pero que las condiciones atmosféricas sí son favorables para la vida, por eso se puede deducir, con seguridad, que Marte está habitado.

El sabio investigador sueco Arrhenius había sostenido ante las Academias de Ciencias, que sobre la superficie de Marte había un frío tal, que toda vida se hacía imposible. Arhenius afirmó que invariablemente en verano y en invierno, el frío que hacía allá arriba era de muchos grados bajo cero, y que el frío a veces era de muchas decenas de centígrados.

Hace meses, los astrónomos del observatorio de Lowol, en Flagstaff, midieron los grados de temperatura en Marte y constataron 9 centígrados de calor por la mañana y que a mediodía y en la tarde, la temperatura fue mas o menos como la de Barcelona por el mes de febrero. Así que es perfectamente habitable.

tendremos interés en saber como se sacan los grados de calor que pueda haber sobre un planeta tan distante, puesto que nadie pudo llevar un termómetro allá y me salen con el versito aquel de “El mentir de las estrellas”, etc., etc.

No; la ciencia tiene medios de medir los grados de calor sobre la superficie de los astros, sin salir del observatorio. ¿Como?

Un alemán, el Dr. Coblenz, inventó el radiómetro y con él se mide.

Se sabe que cuando se sueldan dos metales y se calienta después la soldadura, se produce una corriente eléctrica que se puede medir con el galvanómetro, aparato con el cual se pueden apreciar corrientes muy insignificantes.

Ahora, si por un medio especial se concentran los rayos luminosos de un astro sobre una soldadura y se conecta allí un radiómetro, nos da el calor que desarrollan estos rayos.

Este fue el procedimiento empleado por los americanos, que les dio un resultado tan favorable.

Existen, pues, todas las probabilidades de que en el planeta Marte vivan seres.

¿Cómo serán? Si hablan, si se alimentan y si procrean como nosotros, es asunto muy difícil de saber; pero es de suponer que bajo las mismas, o por lo menos, parecidas condiciones, es decir, que hay de todo. El día está lejos, pero vendrá de seguro, en que nos podamos comunicar con los marcianos, y quizás podamos trasladarnos allá.

Los Rosa-Cruz creemos con Flammarión en la pluralidad de los mundos, admitimos la existencia de seres sobre todos los planetas. No quiere decir que aceptemos que hay hoy seres vivientes

u hombres en todas las estrellas; no. Pero puede haber habido una época en que las condiciones de tal o cual planeta, le hubieran hecho apto para albergar seres; o, tal vez, siéndolo hoy, puede, si sus condiciones atmosféricas se modifican, recibirlos.

Como era natural, el Rosa-Cruz Rasmussen fue mas y más el personaje que despertaba creciente interés entre los pasajeros del barco, todo el mundo ansiaba relacionarse con él, escuchar sus instructivas y amenas conversaciones.

III

No obstante, las diversiones y pasatiempos a bordo, fueron bastante aliciente para que la mayor parte de los viajeros olvidaran pronto toda clase de temores; y así, después de un par de semanas de ligeras zozobras y múltiples motivos de recreo, ancló el buque en el puerto de Hamburgo.

La familia Rasmussen tenía intención de quedarse en aquella ciudad por algún tiempo, el Rosa-Cruz habíase comprometido a dar varias conferencias publicas sobre la ciencia oculta.

Rasmussen, por lo demás, no tenía otro pariente que una hermana residente en Berlín.

Era ésta, viuda de un comerciante apellidado Kersen, que al morir la dejó con una sola hija, la cual a juzgar por las cartas de la madre, no gozaba de muy buena salud.

Rasmussen había escrito a su hermana antes de su llegada a Hamburgo, invitándola a reunirse con él en aquella ciudad, no obstante lo cual nada había sabido de ella a su llegada.

estaba ya unos días en el hotel, cuando recibió la inesperada visita de un joven que le entregó una carta con el siguiente texto:

“Querido hermano:

“Según te he indicado varias veces, mi hija además de su ceguera no está bien de salud. Ahora se encuentra bastante delicada, lo que no me permite abandonarla. Esta ha sido la causa de que no me encuentres en Hamburgo a tu llegada.

“El joven que te hará entrega de la presente, es hijo del propietario de la fábrica donde estaba mi marido. Su nombre es Bernardo Reiman y es estudiante de medicina.

Siempre le he prodigado cariño de madre, le tratamos como si fuese de nuestra familia; así te suplico le trates con igual sentimiento.

“Con ocasión de otros asuntos que llevan al joven Bernardo a ésa, he pensado que podía enviarte esta carta por su mediación, lo que te facilitará saber de nosotros, pues él puede darte detalles de nuestra vida.

“Con la esperanza de poder abrazarte pronto en Berlín, te envía un cariñoso abrazo tu hermana.

MARTA”

Fue desde luego Bernardo recibido cariñosamente por Rasmussen, y ambos simpatizaron pronto, a pesar de la diferencia de edad, conocimientos y experiencia.

Quiso la fortuna que una noche en que Rasmussen habló de ciencias ocultas y trascendentales, se hallase Reiman delante. El joven estudiante ya había oído hablar de tal cosa; pero siempre en forma no tan precisa como ahora; por eso despertó tanto más su interés, y tanto el tono como la forma en que aquel hablara, dejaron una honda impresión en su ánimo. Esto hizo nacer en su mente el presentimiento, casi la convicción, de que Rasmussen podría curar a su sobrina la señorita Kersen; a la

que él, aunque nunca lo había manifestado, amaba con gran ternura; mas al mismo tiempo se dio cuenta de que podría ser un auxiliar precioso para sus estudios de medicina, puesto que tal vez podría guiarle en un mundo que le era por completo desconocido.

La misión que le trajera a la ciudad de Hamburgo estaba ya cumplida; sin embargo, el atractivo que para él tenía Rasmussen, le obligaba a prolongar su estancia en ella.

Fue necesario que su madrastra le enviase una carta un tanto impertinente, en la que le hacía ver que su padre exigía su inmediato regreso.

Cuando llegó nuestro joven a Berlín se hallaba transformado. A todos cuantos hablaba de su estancia en Hamburgo les refería su encuentro con Rasmussen, con tal fervor, que era para todos un enigma.

No era el mismo Bernardo al regresar, el que había ido a Hamburgo. ansioso esperaba la llegada de Rasmussen, pero...

El Maestro de los Rosa-Cruz parecía no tener gran prisa en dejar a Hamburgo. Para ello había varias razones. Era una, que en aquel gran puerto vivían varios Rosa-Cruz, y que había en la ciudad multitud de bibliotecas, con libros para él interesantes; y había también otra razón de gran valor para los iniciados, y es que cuando se llega a un país extraño o del que por largo tiempo se ha estado ausente, es de suma conveniencia detenerse unos días en el puerto en que se desembarque, si se entra por mar, hasta tanto que el individuo se acostumbre a recibir las corrientes magnéticas del país, del nuevo medio ambiente. Con todo, al cabo de unas semanas de su llegada a Hamburgo, salió en el tren expreso para la capital de Alemania.

Rasmussen, que estaba acostumbrado a cierta independencia, no se alojó en el domicilio de su hermana; eligió como residencia el hotel Adlon, que es, sin duda, el de mayor confort del imperio germánico. No era él, sin embargo, hombre de grandes necesidades, pues las cosas del mundo no tenían para él gran atractivo. Pero le gustaba rodear a su esposa de todo género de comodidades, a lo que, por otra parte, no se oponían sus medios pecuniarios, que eran ilimitados.

Al día siguiente de su llegada a Berlín, hizo la primera visita a su hermana; y el joven Bernardo que el día anterior había tenido noticia de la hora de esta visita, era natural que no pudiese por menos de asistir a ella.

Nuevos temas tuvo que tratar el Rosa-Cruz a petición de Bernardo, entre ellos le preguntó algo sobre Astrología.

—¿Cree usted en la Astrología, señor Rasmussen?

—La astronomía moderna ha hecho solo en parte ahuyentar a la antigua astrología, ciencia que daba consuelo, temor y confianza a los bardos medievales, cuando profetizaba el porvenir.

Digo solo en parte, porque todavía hoy día existe gente, y hasta hombres de ciencia, que se ocupan de ella.

Extrayendo de los archivos folios empolvados, ven como calculaban los antiguos la marcha de los astros, poniéndolos en relación con los acontecimientos diarios.

En este año han habido muchos accidentes ferroviarios en Alemania y del resto del mundo nos vinieron noticias de temporales, inundaciones, etcétera. Un astrólogo célebre que ha hecho el horóscopo de la República alemana, ya había anunciado todo esto diciendo que Urano era un planeta maligno, el de las explosiones, y que a influencias de él venía todo esto, que para la primavera cuando Marte era el responsable, sobrevendrían graves acontecimientos en África y así ha sucedido.

Estando Marte en oposición con Saturno como se ha visto últimamente, vienen todas estas calamidades.

Lo peor es que todavía no estamos al final de la maléfica influencia de los astros; al contrario, en los meses venideros nos esperan acontecimientos peores.

Hay algo de verdad en todo esto. Todo el mundo conoce los efectos del sol sobre las plantas; menos conocidas son las influencias de la luna y de los demás planetas y uno de los astrólogos alemanes ha hecho estudios especiales sobre esta materia, buscando días propicios para la siembra, publicando con este objeto un calendario astrológico Tatwas.

Un jardinero de plantaciones en Baviera, valiéndose de este almanaque y de los tatwas para hacer sus siembras, buscando los días más favorables, pero quiso la casualidad que las faenas de la siembra no se acabaran en los días señalados y que cambiasen absolutamente las influencias planetarias; y entonces, a pesar de esto, se siguió la siembra, dejando una señal para saber el terreno que se sembró primero y el de después.

Es decir, bajo influencias buenas y malas.

Con curiosidad se esperó luego la cosecha y entonces se vio que realmente la parte sembrada bajo la constelación propicia, fue superior, abundantísima, mientras la otra, la puesta al suelo bajo la influencia de planetas malos y tatwas adversos, escasa y de malas condiciones.

Cuenta el director del jardín, que ya ha hecho varias veces la misma experiencia, siempre con resultados admirables, y por eso dice que es un partidario decidido de la astrología.

Dice el autor del “Hamlet” que hay muchas cosas todavía entre cielo y tierra que nosotros no sospechamos; yo creo que hay muchas cosas útiles de los sabios de antaño que vale la pena volver a estudiar.

Es curioso que ciertos accidentes suceden como con periodicidad epidémica, y si nos pueden predecir los astrólogos estos tiempos fatídicos, podremos precavernos, es decir, podremos, sabiéndolo, ponernos en guardia y tener más cuidado.

Todas estas enseñanzas traídas por el Rosa-Cruz, eran nuevas para sus parientes y amigos en Berlín.

En las primeras visitas que hiciera Rasmussen a la casa de su hermana, pudo formarse juicio de la vida habitual de ésta, y de las relaciones que tenía.

Ya él sabía que su difunto cuñado Kersen, había sido empleado de un industrial Reiman, pero no había sabido que se trataba del padre de Bernardo. Este le había contado de su madre y de su madrastra.

En conversaciones íntimas con su hermana, había podido deducir que su matrimonio no había sido por amor, puesto que el verdadero sueño de su corazón era Reiman, quien embaucado por su actual mujer, la había abandonado.

La actual señora Reiman era una especie de rival de la madre de la ciega, o sea, la señora Kersen. Con pena se dio cuenta de los amores de Elsa y Bernardo, que eran combatidos pérfida y sordamente por la madrastra del último.

IV

La señora Reiman, madrastra de Bernardo, se hallaba en su comedor nerviosa y excitada. En su frente arrugada mostraba una sombra de inquietud.

El empeño de toda su vida había sido conquistar el corazón del hijo de su marido.

Ella, mucho más joven que su marido, sentía ansias de amor, que no podía satisfacer el viejo Reiman; el cual tenía cifradas también todas sus esperanzas en el joven estudiante de medicina. Si bien él tenía confianza en su hijo, y sabía de sobra que su cariño paternal era justamente correspondido, la mujer era celosa, más con el hijo que con el padre: temía que le quitaran el afecto del joven, y vio como una especie de sombra amenazadora en el Cónsul Rasmussen, del cual el muchacho trataba en todas sus conversaciones.

Con todo cálculo e intención, la señora Reiman, para conquistar a su hijo, habíase procurado ciertos conocimientos en Medicina, para discutir con él y a veces se sentía vencedora sobre el muchacho. Pero Bernardo a cada momento más entusiasmado por el Rosa-Cruz, había conversado durante la comida, sobre los conocimientos médicos que decía poseía el recién llegado, pues Rasmussen le había enseñado en Hamburgo un nuevo método de diagnosticar enfermedades, por medio de los signos de la mano;

y lo primero que hizo cuando se encontraron juntos en casa de los Kersen, fue pedir que viera la mano a Elsa.

—Pero ¿es de tomar en serio la Quirología? —preguntó al Rosa-Cruz.

—No quiero repetirle, mi joven amigo, mi opinión propia. Le daré la autorizada de un sabio español. Me refiero al Dr. Mario Roso de Luna. quien dice muy bien:

Aunque afirmemos, con Letamendi, que el cuerpo es un solo órgano y la vida una sola función, hay que tener por evidentes, ciertas locaciones de preferencia en el organismo -*chacras*, que diríamos los orientales siguiendo a la *Sucruta* y la *Karaka*—

, y entre ellas ninguna tan indiscutible como la que establece la ligadura del pensamiento con la acción y de sus órganos respectivos entre sí.

La acción está en la mano. *Man*, es “pensamiento” y “hombre” en las lenguas troncales indoeuropeas derivadas del sánscrito. *Hulman* o *humano*, equivale al “dios-hombre”, a la estirpe divina nuestra, que dijeron David, Platón y Jesús; estirpe siempre reflejada en el pensamiento y en la acción.

Ningún animal tiene mano, es decir, extremidades torácicas con pulgar oponible, salvo el mono, quien, por eso, es el inmediato antecesor del hombre para darwinistas positivistas, o una progenie degenerada del hombre, para los que seguimos las ideas de Oriente.

De aquí la extática admiración de Newton ante la mano del hombre, admiración que le llevó a decir: “Si yo no tuviera otras pruebas de la existencia de Dios, la mano —

es decir, el pulgar oponible que la caracteriza— me convencería”.

“En las palmas de la mano le tengo esculpida”, se dice en Isaías. “El Señor pone un signo en las manos de todos los hombres, a fin de que todos en ellas reflejen sus obras, sin dar lugar a duda”, consigna Job en su célebre elegía que es el tema wagneriano de la Justificación del hombre por su pensamiento y por las obras de su mano. Y glosando al Dr. Preyer, de Jena, afirma: “Si cada emoción produce contracciones musculares, apreciables con el micrómetro, en la palma de la mano, ¿por qué las enfermedades no han de dejar en la misma su huella? ...”

“Hay que buscar horizontes nuevos” “Meissner y Krause, estudiando los corpúsculos de Pacini y los cilindros de los órganos táctiles, descubren la relación entre la mano y el cerebro. La quirología, por eso, es una de las pocas cosas matemáticas que tiene la Medicina” “_Huyendo de suposiciones gratuitas y sin admitir nada que se salga del campo de la perfecta observación comprobada por los hechos, un solo caso de enfermedad claramente diagnosticada por tres signos de la mano, es suficiente para despertar la admiración en el alma del médico que logre hacerlo”.

Recuerda a Artajerjes, persa, cuyas manos eran largas, aunque no tan enormes como su altura moral, y a quien dieron el sobrenombre de *longimanos* o *macrocheir*; a aquel quirósofo Artemidor, de tiempos de Antonio, citado por varios clásicos, y a aquel Julio César, destructor de la República romana, que no admitía a nadie a su servicio sin antes examinarle las manos, quizá para ahorrarse el trabajo de tenérselas que examinar después, de bien diferente modo, al tiempo de despedirle...

Por eso también recuerda a Hipócrates, el padre de la Medicina, y su diagnóstico mediante la observación de las uñas; a nuestro Arnaldo de Villanova; al jesuita-quirólogo Kircher; a Harlidt, primer tratadista de la referida materia; a Indagine, de la Universidad de Halle, primero en sentar cátedra acerca de ella, y, sobre todo, al incomparable Paracelso, al “amigo de gitanos y de verdugos”, que dijo su traidor discípulo Opporino, al genio revolucionador de la Medicina como de la Filosofía, genio que, en la excreta del enfermo, supo hallar uno de los más preciosos elementos de diagnóstico con gran escándalo de los pedantes de su tiempo, a quienes hizo mostrar entre dos platos, en célebre banquete, lo que no puede ser nombrado más que del modo técnico que acabamos de hacer nosotros.

Todo ello, para venir a la consecuencia lógica de que, así como se examina la lengua del paciente a fin de deducir de ella el estado del aparato digestivo, o el iris en escuela tan moderna como discutible, o, por último, otras partes típicas del organismo, natural en el observar la mano del paciente, dejándose guiar por ella para el diagnóstico, como, en otro sentido, el ciego se guía por ella para caminar, ya que no vanamente ha puesto en la palma de la mano la Madre Naturaleza hasta muy cerca de trescientas mil terminaciones protoplásmicas por donde la fuerza bio-química u ódica, de Reichenbach, se derrama al espacio, en prodigioso magnetismo, como experimentalmente lo ha comprobado este sabio descubridor de la parafina y la creosota.

Y no solo hay que observar médicamente la mano, sino también como caso hartamente extraño de teratología evolutiva. Si todos nacemos con cinco dedos en cada mano para testimonio elocuente del sistema decimal en ellos fundado, no deja de ser chocante la supervivencia, en Inglaterra mismo, del sistema duodecimal, o a base de doce. ¿Tendrá ello relación con gentes de seis dedos por mano, en total doce, como las que aun hoy abundan, según testimonio nuestro, en la región castellana de Somosierra, especialmente en el partido judicial de Torrelaguna, donde familias enteras muestran semejante teratología?. Tras las famosas líneas semiastrológicas de la Vida, de la Cabeza, de Venus o de Mercurio, y de las que acaso no se sabe hoy nada positivo de lo que pensaron o supieron de ellas los antiguos, es indudable que hay algo muy serio por estudiar. no ya la buenaventura del gitano supersticioso - conservador inconsciente, acaso, de míticas verdades perdidas—, sino lo que existe ciertamente detrás de ese trazado misterioso, que es al hombre, lo que al mineral las aristas, vértices y ejes cristalinos, o lo

que al astro remotísimo las rayas de Franhauffer, por donde hemos venido en conocimiento de su composición química y de su historia, a pesar de los millones de leguas que le separan de nosotros...

Fibra, arruga, cicatriz, huella, línea o lo que fuereis, ¡vosotros encerráis escrita en nuestro incomprensible alfabeto la historia entera del ser a quien pertenecéis...!

Las líneas de la mano nos dan a conocer a los hombres, sus tendencias, inclinaciones, virtudes y vicios, el estado de su salud y las condiciones de su mente.

Todo el mundo debería estudiar algo de quirología, para estar resguardado de accidentes y prevenido contra las enfermedades.

Esta ciencia es muy antigua; ya los caldeos, llamaban el del medio, dedo de Saturno;

el índice, de Júpiter; el anular, del Sol; el meñique, de Mercurio y el pulgar, de la Luna; porque estos pueblos consideraban a los astros, no desde el punto de vista heliocéntrico, sino geocéntrico; es decir, poniendo como centro nuestra tierra.

Sabemos que Saturno como más elegido, dista 1275 millones de kilómetros de nosotros; Júpiter 628; el Sol, 149; Mercurio 91 y la Luna 1/3 de millón; faltan Marte y Venus por una parte y Neptuno y Urano por otra; para los primeros se tienen regiones en la palma de la mano, que corresponden a estas distancias, y los otros están tan alejados, que su influencia es tan poca, tan débil, que no la consideramos.

Hoy día, que está tan en boga la telegrafía sin hilo, y que sobre cada casa vemos extenderse antenas donde se detienen las ondas enviadas de las estaciones centrales, podemos considerar a los dedos como antenas, donde se reciben las influencias de los astros, con los cuales estamos en íntima relación.

Los que pululamos sobre esta tierra, nos consideramos súbditos de aquí, cuando en realidad somos cosmósomas, es decir, ciudadanos del Cosmos, ya que nuestro mísero planeta no es más que una partícula del Universo, un pequeño pedacito del Sol, como este no es más que una tajada de otro sol central.

El Universo, por lo demás, deja sus señales, en todo, al través del tiempo y del espacio. Así el diagnóstico se fija casi con una seguridad matemática, cuando el medico tenga ocasión de formarse un cuadro clínico del caso, haciéndole múltiples preguntas al enfermo; pero lo que no se había hecho, era fijar las enfermedades, que haya padecido un sujeto muerto hace miles de años.

Pues hasta eso se ha logrado ahora.

Los doctores Elliot Smith y Damson han hecho un examen patológico de las momias de Egipto, y han constatado que los egipcios sufrieron mucho de la vejiga, pues se encontraron cálculos en la vejiga de varias momias.

El reumatismo fue otra enfermedad de aquella época lejana, y se ven hasta hoy las deformaciones causadas por este mal.

Uno de los Faraones debió haber sufrido mucho de dolor de muelas, pues al examinar la momia se vieron todas sus muelas cariadas. Cicatrices en la encía dieron a comprender que el pobre Faraón debió haber estado en manos de dentistas que le operaron... con o sin dolor.

El padre de Tutamhamons, el rey Amenofis, tenía una dentadura detestable, y, como en aquellos tiempos no se conocían dientes postizos, el desdichado rey debió haber sufrido lo indecible para comer.

Curiosos son los estudios y observaciones que ha hecho Smith en los restos momificados de los niños.

En el estómago de muchos niños encontró ratoncitos, lo que prueba la efectividad de los datos históricos, que relatan que aquellos pueblos eran muy supersticiosos y que creían que las enfermedades eran espíritus malignos, que quien comía ratones podía salvarse, pero que debía usarse esto como último recurso, debiendo tragar los ratoncitos enteros, con lo que, naturalmente, morían más pronto los pobres niños egipcios. Raro es que este remedio del ratoncito no se encuentre en muchas tribus y pueblos antiguos y en diversas partes del mundo. Con razón dice el arqueólogo que se dedica a estos estudios, que esta superstición es una de las pocas que se han conservado por tradición a través de seis mil años.

Si bien había en Egipto muchas supersticiones, la ciencia de curar había llegado a cierta altura. En eso el Oriente tiene mucho parecido con el Perú, donde los Incas hacían trepanaciones perfectas, como se puede ver en las huacas momias peruanas, que encontramos en todos los museos.

¿Qué relación hubo entre México y Egipto? No se puede saber de fijo, pero curioso es que en uno y otro país haya pirámides, siendo las de San Juan de Teotihuacan, en la línea del ferrocarril de Vera Cruz, tan soberbias como las que sirvieron de tumba a los faraones de Egipto.

Dos antiguos médicos que vivieron en aquellos parajes, han dejado señales de sus actividades; eran al mismo tiempo Astrólogos y conocían los signos de la mano.

La Astrología y la Quirología, tan despreciadas a veces, pueden ser, especialmente esta última, de mucha utilidad a la ciencia médica. No hay una sola enfermedad que no se señale con alguna línea, enrejado, cruz o signo en la mano, y todo el mundo debería estudiarla. (Véase Tratado de Quirología, del mismo autor).

A pesar de los anunciados adelantos y escritos de la medicina. —Cabot, de la Universidad de Havard, comprueba que las autopsias practicadas en los cadáveres de individuos diagnosticados antes del fallecimiento, han demostrado que el diagnóstico fue verídico solamente en un cincuenta por ciento.

Es decir, que la mitad de la gente se muere sin saber de qué.

Muchas enfermedades tienen remedio si se acierta con tiempo el diagnóstico; pero, ¡pobre de aquel al cual le dan remedio para una enfermedad y resulta que lo que tiene es otra distinta! Aun hay muchos órganos internos cuya función es ignorada por los médicos; hay muchas enfermedades difíciles de constatar.

La Quirología es lo único matemático para ver a un enfermo lo que tiene; para hacer un diagnóstico, es lo único seguro.

Pero no solamente esto. La observación sobre las líneas y signos de la mano, ha demostrado que por este medio se puede pronosticar el porvenir. La Quirología nos puede, pues, poner sobre aviso de lo que nos pueda ocurrir.

La casualidad no existe para el Rosa-Cruz, todo efecto proviene de una causa, y la causa de todo lo que acontece a nuestro cuerpo queda señalada en la mano. Hasta dónde va ya la medicina en cuestión de diagnóstico lo demuestran los estudios del Doctor Muck de Essen, quien para comprobar lúes, epilepsia y, en general, las simpático-pertonias locales, frota la mucosa de la nariz con adrenalina o suprarrenina (1:1000) que produce naturalmente una inflamación local; entonces frota dos o tres veces suavemente con la cabeza de una sonda, procedimiento que hace salir una raya blanca en los enfermos indicados y en las embarazadas, mas nunca en personas sanas.

Este método de diagnosticar la sífilis es más seguro que la R. W., y recomiendo su experimentación a todo especialista de nariz. (Véase Münchener medic Wochnschrif, 1925. Nro. 237. Páginas 1543-1544).

Todas estas cosas que parecen nuevas, son sin embargo viejas, y ahora las volvemos a estudiar.

V

Pero volvamos a casa de la madrastra del joven Reiman.

El reloj dio cuatro campanadas y para apreciar con mas exactitud la hora, dirigió una mirada desasosegada a la esfera. Eran las cuatro y su hijo no se encontraba aún en casa, a pesar de que la clase acababa a las doce.

Su esposo, que como ya saben nuestros lectores era el propietario de una fabrica de tejidos, la miraba con algo de indiferencia. Tenía él ocupaciones serias que su esposa no podía comprender. El señor Reiman había sido en sus segundas nupcias un tanto desgraciado, pues su esposa no era una de esas mujeres con las que pueden compartirse penas y alegrías. No era ella madre de Bernardo. Sin embargo, y como quiera que había sido la única madre que éste conociera, habíale tomado cariño hasta el extremo de que nada había tan penoso para ella como recordar que no era madre, sino madrastra del joven. Hoy se encontraba más intranquila que de costumbre. El proceder de Bernardo era tan desusado que a ella le parecía inaudito. No podía en modo alguno comprender lo que pasaba por el joven Bernardo.

Por fin no pudo por menos de dirigirse a su esposo un tanto indignada:

—No sé qué interés tendrá Bernardo en pasar horas enteras en casa de Elsa. Ahora que está en vísperas de terminar sus exámenes y que debería intensificar sus estudios... Pero es natural. Como tú le dejas que haga cuanto quiere, sin reprenderle.

No tienes carácter para dirigirle.

como su marido callara, ella continuó:

—Cuando días pasados se quedó en Hamburgo, no se te ocurrió decirle nada. Si yo no le escribo instándole a venir inmediatamente, Dios sabe el tiempo que le hubiésemos estado esperando. Quizá aún estaría allí. Poco tiene él ni tú tampoco en cuenta, que cuando se quiere ser algo de provecho en el mundo, se han de concentrar los esfuerzos. Mucho más cuando se trata de una carrera como la suya, si es que no ha de ser una mediocridad.

El señor Reiman seguía escuchando con paciencia, mientras ella seguía el curso de sus propios pensamientos.

—¿No hubiera sido mejor que se hubiese dedicado a la medicina en general? Tan solo con el ansia de curar a Elsa, se ha empeñado en dedicarse a los ojos; y luego, ¿para qué? ¿Acaso puede tener cura un ciego de nacimiento?

Al llegar a este punto Reiman no se pudo contener y exclamó:

—Deja que las cosas sigan su curso natural, que la vida no la podemos sujetar a nuestro capricho. Deja que el muchacho obre, que quizá no va tan mal guiado como tú te figuras.

Estas palabras que fueron acabadas con una sonrisa, un si es no es irónica, exasperaron algo a la señora Reiman.

—Ya sé que tú no harás otra cosa que reírte cuando con razones trato de indicarte el peligro que corre tu hijo. Todo lo que él hace te parece bien, cuando te estaría mucho mejor prohibirle sus idas y venidas a casa de esos pobretones de Kersen.

—¿Qué quieres decir con eso de pobretones de Kersen? ¿A quien te refieres?

—¿A quién me he de referir, sino a esa despreciable señora Rasmussen, viuda de Kersen?—
Augusta, te suplico que te refrenes —dijo en tono excitado el viejo Reiman—.

Vergüenza debería darte expresarte de esa manera. Sabes tú muy bien, que su marido, el padre de Elsa, toda la vida ha trabajado para nosotros; y tengo la convicción íntima de que lo que poseo se lo debo a ellos; que, para sí mismos, si no hicieron mayor fortuna, fue en primer lugar por culpa nuestra. Yo estoy persuadido de que constituye un deber mío velar por esa mujer, y lo haré, pese a quien pese. Y en cuanto a tu repetido tema de la pobreza, no es tanto como a ti te parece. La viuda de Kersen tiene su hermano en México, del cual se dice que posee inmensas riquezas, y del que Elsa ha de ser, sin duda, la heredera. A propósito, dicen que actualmente se encuentra en Alemania. Yo por mi parte celebrarí­a que la familia Kersen encontrase el apoyo de alguien; lo necesita, sobre todo Elsa, que se encuentra privada de la vista.

—Sí —dijo la señora Reiman riéndose sarcásticamente—; ¡ahora podrá comprar la señora Kers en vestidos mas lujosos!

—Te suplico, Augusta, que dejes esa actitud, —dijo el señor Reiman, con tono enérgico.

—¡Ah! ¿Con que tanto interés tienes por la señora Kersen? También creerás, sin duda, que no hay nada que decir, si Bernardo pierde el tiempo lastimosamente en su casa.

—¡Siempre con el mismo tema! —exclamó él con manifiesta impaciencia—. Ya de tiempo sabes que si va allí Bernardo, es a dar lecciones a la niña.

—¡Lecciones! ¿eh? —exclamó su esposa—. ¡Y a la niña! ¡Una niña de dieciocho años! ¡Ya es hora de que aprenda algo! ¡No ha dejado de darle clases desde que tenía cinco años!

—El tiempo de jugar no es el tiempo de aprender.

—No, no creas que confundo las edades; pero no las confundas tú tampoco, y ten en cuenta que ya no son niños, y que, si no pones remedio y evitas el que se vean con tanta frecuencia, no se dejarán esperar las consecuencias.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Reiman, a quien no se le escapaba el alcance de las últimas frases de su esposa.

—Nada, sino que el mejor día puede a Bernardo ocurrírsele que quiere casarse con ella —contestó su esposa tratando de suavizar su intención.

—¡Bah! —contestó encogiéndose de hombros el señor Reiman —dejemos esta cuestión. Elsa es ciega, y mi hijo podrá casarse con aquella que su corazón le indique.

Tenía él intención de acabar aquel asunto y tornó a emprender una lectura que antes comenzara. su esposa, sin embargo, continuó:

—Pues si lo crees así, no sé a qué consentir que Bernardo esté allí siempre. ¡Nada tenemos que ver con esa gente!

El señor Reiman suspendió de nuevo la lectura.

—Tener que ver, sí que tenemos. Tú sabes muy bien que yo conocía a la señora Kersen antes de conocerte a ti, y que fue tu mejor amiga antes de casarse con Kersen. Ella misma te presentó a mí. Además sabes también, que en los primeros años de su matrimonio, nuestra amistad fue de las más íntimas.

—Lo pasado, pasado está.

—Sí, es cierto; pero, con todo, no extrañes que me alegre y me satisfaga el que mi hijo sea consecuente con una amistad de su infancia. Prefiero que sea así a que sea como la mayor parte de los jóvenes de su tiempo. Reconozco un mérito en su proceder. Te aseguro que no he podido por menos de sentir alegría y casi orgullo al ver cómo la carita de la pobre ciega se iluminaba de alegría tan solo al sentir la voz de Bernardo.

Hizo una pausa el señor Reiman, y, como su esposa callara también y él no quisiera volver de nuevo a reemprender la conversación, se levantó de su asiento y salió del comedor.

Pensando dónde se dirigiría, se detuvo un momento indeciso y encendió un cigarrillo.

Cogió después el sombrero con el propósito de marcharse a la fábrica, cuando oyó pasos, en la escalera, de alguna persona que rápidamente la subía.

—Buenos días, papá —dijo Bernardo abriendo violentamente la puerta del comedor.

—Buenos días —contestó el señor Reiman—. Ya me figuraba que eras tú quien subía. El mejor día vas a subir de un salto toda la escalera.

Contempló a su hijo un momento con satisfacción. La mirada viva, franca y noble del joven le dio a él la misma confianza que ella expresaba. Había en sus ojos azules un brillo de energía y decisión, que denotaba al hombre cuyo pensamiento no está manchado y que tiene confianza en sí mismo.

—¡Qué! ¿Estudias mucho?

—El doctorado no cae del cielo; y estos últimos días de preparación de examen, me tienen bastante atareado.

—Bien, bien; no te descuides en tus estudios. Hasta la vista.

Bernardo marchóse a su cuarto.

Cuando entró en él, estaba toda la habitación inundada de luz solar. El aspecto interior denotaba que su dueño era hombre de gusto. Había en ella dos sillones de cuero que parecían formar juego con un sillón del mismo color, dos o tres cuadros de algún pintor notable, una mesa y un diván. Unas amplias cortinas de color blanco verdoso cubrían las ventanas, que venían a dar sobre la fronda de los tilos del jardín.

Toda la estancia parecía henchida de simpatía y bienestar.

Bernardo, que amaba la media luz, corrió las cortinas hasta detener la invasión de sol y se sentó sobre el diván soñando en sus propias ilusiones.

La quietud de la estancia, la luz suave y el cansancio del estudio de los últimos días, le hicieron a poco sentir un suave sopor que no tardó en convertirse en sueño profundo.

Su sueño duró un tiempo que él no pudo apreciar; y cuando volvió a darse cuenta de su situación fue atraído por el leve rumor de unos pasos en la puerta de su gabinete.

Abrió los ojos y vio que su madrastra se encontraba allí con el retrato de Elsa en la mano. Su gesto era de enojo, seguramente causado por los celos motivados por la preferencia que su hijastro tenía para la joven.

—¡Hola, mamá! —exclamó Bernardo—. Perdona que no haya ido a saludarte; creía que te encontrabas fuera de casa.

Levantóse entonces y la besó en la frente.

Dejó ella el retrato en el lugar de que lo tomara, con el ceño fruncido.

—Los hombres pronto se olvidan del respeto que han tenido a sus madres cuando niños —dijo.

—Mamá, tú no puedes decir eso de mí —dijo él un tanto sorprendido. Miró entonces con mayor detenimiento a su madrastra, y, viendo su expresión de enojo, que él no sabía a qué atribuir, pensó que tal vez no se encontrase bien.

—¿Qué tienes? —le preguntó entonces cambiando el tono de la voz—. ¿Qué te pasa?

—¿Quieres decirme qué es lo que significa el retrato de una joven en tu habitación?

—¿Te refieres al retrato de Elsa Kersen?

—Precisamente a él me refiero. No veo qué necesidad tengas de ese retrato aquí donde no puede servir de otra cosa que de distracción en tus estudios.

—No, querida mamá, la imagen de Elsa no me distrae ni me aparta de mis estudios.

Casi me atrevería a decir que me ayuda en ellos, puesto que me alienta y sostiene en los momentos de duda.

—¡Bah! ¿esa pobre ciega? Pero, ¿en qué estás pensando, hijo mío?

—¿Es posible, mamá, que me preguntes eso? ¿No movería en tu pecho mejores sentimientos otra cualquiera desgracia? Piensa que la he conocido cuando era una niña y que ha sido la compañera de los juegos de mi infancia. Nunca he gozado más que cuando tú y su mamá me permitíais enseñarla a andar.

—A mí me sorprende tu memoria, hijo mío —fue cuando a la señora Reiman se le ocurrió contestar—. Todo eso pertenece al pasado.

—Pertenece al pasado, ciertamente, mamá; pero sobre ese pasado se ha edificado el presente. Elsa y yo hemos crecido juntos como hermanos y como hermanos nos hemos querido. Además, Elsa es un alma interesante. Sus dotes musicales son extraordinarias. Las más difíciles composiciones las ejecuta tan solo después de oídas, con una precisión extraordinaria. Seguro estoy de que si la oyeras interpretar la marcha nupcial de Lohengrin, te admirarías. Las composiciones de Buttner las interpreta mejor que Marte Fishbach. Para mí es un enigma su rápida ejecución. A veces cuando se cree sola, ejecuta algunas inspiraciones suyas de belleza incomparable. Cuando la escucho en tales momentos me recuerda a la médium musical Miss Chepard, que bajo la influencia de un ser invisible, tocaba al piano las composiciones más exquisitas. Y lo más extraordinario del caso es que Elsa tiene también facultades para el dibujo y la pintura.

—Supongo que no me tienes por tonta. ¿Cómo voy a creer semejante cosa?

—Sí, mamá; puedes creerlo. Es la verdad misma.

—Pero, hijo mío, ¿cómo voy a creer yo tal cosa? Puedo creer que toca bien, pues es cosa frecuente en los ciegos; pero de ningún modo que pinta o dibuja.

—Puedo asegurarte que es cierto lo que ella dijo un día: “No me siento tan desgraciada como ustedes me consideran; a ustedes les ha dado Dios la facultad de ver con los ojos, pero a mí me ha dotado de una mirada interna. Si ustedes tienen ojos físicos, yo tengo una vista del alma”.

—Todo eso, hijo mío, ni lo entiendo yo ni lo entiendes tú. ¿Qué quiere decir eso de una mirada interna?

Bernardo sonrió levemente.

—Sí, madre; hay en efecto miradas internas. ¿No recuerdas tú aquella frase de Hamlet, de que hay cosas en el cielo y en la tierra que no puede saber nuestra filosofía?

—Sí, en efecto, recuerdo esa frase. La he oído usar en diferentes ocasiones como un parche con que espiritistas y ocultistas tapan cómodamente las lagunas de sus teorías. Bernardo sonrió de nuevo; y, antes de que contestara, continuó de nuevo su madre:

—Todo eso deben de ser las enseñanzas que adquiriste en Hamburgo de labios de Rasmussen. Me parece que el tal debe de ser un charlatán de alta escuela. Sin duda alguna, que has venido a dar con un buen maestro.

—Lo que dices es injusto. Todas estas cosas las conozco yo mucho antes de que conociera a Rasmussen y precisamente las conozco por Elsa, quien tiene facultades mediumnimas o suprafísicas, bastante raras, y fue por ella por quien llegué a interesarme en esta ciencia. He leído varias obras espiritistas que explican perfectamente estos hechos. He tenido ocasión de comprobar las profecías del Médium Davies, el cual predijo la gran guerra. Y, sobre todo, lo que más me interesó fue el saber que pensadores tales como Schopenhauer, Kant, Hegel y Naquer, eran ocultistas.

La señora de Reiman escuchó todo este relato y dijo después con una sonrisa un tanto sarcástica:

—Veo que en ti han hallado un buen discípulo que está dispuesto a creer todo cuanto te digan. Yo debo ser que no sirvo para esas cosas; me gusta creer tan solo en lo que veo.

—Tú eres de aquellos a quienes se refiere Jesús cuando dice: “Si no veis pruebas y milagros, no creéis”. Pero puede asegurarte que, si yo creo, es porque he visto estas pruebas y estos milagros. Y no, como tú crees, por Rasmussen, sino por la misma Elsa. permíteme te cuente algunos hechos para que juzgues con mejor conocimiento:

Era ella muy niña todavía, cuando cierto día al caer de la tarde, su madre le preparaba una mesita en el jardín para cenar cerca de la glorieta en que ella se encontraba descansando; y notó que su cuerpecillo se estremecía, y, a poco, se puso de pie, en gran manera agitada. Acercóse su madre por ver lo que le sucedía y oyó que ella decía:

—¡Socorro! ¡socorro! ¡Dios mío...! ¡Pobre gente! ¡Qué desgracia! Un barco tan hermoso y se hunde sin remisión.

Y, al acercarse su madre, continuó:

—¡Qué desgracia! La mole de hielo lo ha destrozado y oigo los gritos desesperados de las madres que piden auxilio por sus hijos.

Cogióla su madre en los brazos, y poco a poco fue volviendo en sí, de tal modo, que al momento no se acordaba del incidente y se encontraba como si tal cosa hubiese pasado. Pocos días después traían los periódicos la noticia del desastre del Titanic.

La señora Reiman escuchaba con atención, Bernardo continuó:

—En otra ocasión, cuando ella ya tenía más de quince años, la acompañaba yo en un paseo por el jardín botánico. Era un día extremadamente caluroso y amenazaba tempestad. La lluvia había ya empezado a caer copiosamente y yo para protegerla la llevé bajo la espesa fronda de unos árboles del jardín. Los truenos comenzaron a retumbar a lo lejos. En esto y cuando yo la creía más tranquila, sale de debajo del árbol diciendo: “Mamá está muy preocupada por nuestra ausencia”. Y echa a andar con una celeridad rayana en la carrera. Intenté yo sujetarla un momento; y, con una energía de que no la creía yo capaz, se desasíó de mis manos, siguiendo, sin desviarse, su camino, mientras me decía: “Apártate de ese árbol, si es que no quieres perder la vida”. ¡Cuál no sería mi sorpresa cuando, a los pocos pasos de seguirla, fui deslumbrado por un relámpago formidable, seguido de una estruendosa detonación!. Volví la cabeza atraído por un extraño crepitar y vi que el roble bajo el cual nos guarecimos, había sido abatido por una exhalación.

—Le debes, pues, la vida. ¿No es así?

—Así es, en cierto modo.

—Y seguramente que tu pintora ciega ha hecho algún cuadro con esas escenas, ¿no?

Pura pose de comedianta.

—No te burles, ama, de estas cosas; créeme que son serias en verdad.

—¡Pues qué! ¿No aseguras que ha demostrado su talento para la pintura?

—Puedo asegurarte que así es en verdad —volvió a decir Bernardo—. Hace unas semanas tuve de ello una prueba muy curiosa: Estábamos sentados en el jardín, una tarde, al oscurecer. Ella tenía sobre su regazo un manojo de rosas. Tomó una de ellas y me dijo: “¿No es cierto que ésta es roja?” Y en efecto así era. Lleno de curiosidad, le pregunté: “¿En qué puedes diferenciar las rosas rojas de las blancas?” Y ella me contestó: “En que las blancas exhalan un aroma distinto del de las rojas”. Después un poco pensativa me dijo: “Quisiera que me expliques qué son las rosas, además del aroma que yo siento”. Entonces yo le expliqué su crecimiento, forma y disposición de sus hojas. Puse entonces algunos de los pétalos que se habían deshojado, en su mano, y ella con honda satisfacción me dijo: “Ahora ya sé como son las rosas. Dame papel y lápiz y verás cómo te pinto una”. Yo puse mi cuaderno de notas sobre la mesita del jardín, y coloqué asimismo mi lápiz en su mano. Apoderóse entonces de ella un estado de nerviosidad extraordinario. Pasó varias veces la mano por su frente y, despacio al principio, luego rápidamente, fue trazando sobre el papel hasta dejar en él magistralmente dibujada una rosa con su tallo y hojas. Yo contemplé admirado el dibujo, que un artista no hubiera mejorado; y ella me dijo que creía que las rosas eran así, pues así las veía con su vista interna.

—Pero esto suena a charlatanismo —objetó su madrastra.

Bernardo repuso:

—Es verdad que suena a charlatanismo de las pitonisas, y todos conocen el significado de “ciencias exactas”, que equivale a Universidad, a matemáticas. Dos campos opuesto y, sin embargo, cercados por los últimos inventos.

Las ciencias ocultas hablaban de telepatía, es decir, de ciertas facultades medicales de ciertos sujetos de hacer transmitir sus pensamientos, sus palabras, al través del espacio, y las ciencias exactas hicieron surgir últimamente la radiotelefonía en que también se transmiten las palabras al través de grandes distancias; solo que esta última, en vez de tener medium, tiene antenas de alambre.

Ahora un gran sabio ha descubierto que el hombre mismo es una antena; y por eso, digo, las dos ciencias se han unido, completado, y entonces lo que se ve es que no hay ciencias exactas ni ocultas, que la ciencia ha de ser una siempre, o lo que es lo mismo, ciencia a secas y exacta, porque si no es exacta, no es ciencia, sencillamente.

Lo que nos enseña, sí, es que no debemos rechazar nada como superchería, por el simple hecho de no comprender una cosa, sino que debemos estudiarlo todo, reservándonos lo bueno y lo útil, y dejando lo demás aparte.

Vamos al grano: Un eminente físico alemán ha descubierto un aparato para enviar radiotelefonemas que son recibidos por los oyentes, sin antenas, solo poniendo un corto alambrito entre el aparato y el hombro; si dos o más se toman de la mano, aumenta la fuerza de la voz que se escucha. Pero, ¿qué será lo que sirva de antenas en el hombre? Pues muy sencillo: el hierro contenido en los glóbulos de su sangre y en todas partes de su organismo en estado coloidal. Este hierro, que por sus radiaciones y permanentes emanaciones forma una red dentro y alrededor del cuerpo humano, ha de ser más sensible que todos los alambres que compongan las antenas colocadas sobre las casas; lo único que se requiere es un emisor especial, que ya tenemos.

Si se piensa que se han hecho ya experiencias de mandar vistas cinematográficas por vía inalámbrica, bastará mañana inventar un aparato para ponerlas ante nuestros ojos: y entonces tenemos la explicación de las apariciones de las cuales también nos hemos reído.

En lugar de reírnos de las ciencias llamadas ocultas, deberemos quitarnos el sombrero, si todo se va realizando con la telepatía. y nos podremos hacer esta pregunta: ¿Qué verán nuestros hijos, de aquí a unos cuarenta años, si las cosas van como van?

Al morir nosotros, el hierro que reside en nuestro cuerpo no se va; quizás se transforme algo, pero luego, al corromperse los tejidos y la sangre difundida por la tierra, va a servir otra vez de alimento a una planta para formar el clorofil que nosotros comamos. Viéndose, pues, que los mismos elementos que nos forman hoy, nos vuelven a formar mañana, entonces tenemos la explicación científica de la reencarnación.

¿Comprendes ahora la explicación de la pintura de las rosas, mamá? —continuó Bernardo—. La imagen de la flor se graba directamente en las celdillas cerebrales, sin necesidad de los ojos.

—Sí; es verdad lo que dices. No deja de ser curioso —dijo la señora Reiman con admiración.

Bernardo, lleno de optimismo, continuó:

—¿Ves ahora, mamá, por que quiero salvarla de esa eterna noche que la rodea, y que la priva de ver directamente las formas de la naturaleza y gozarse en su hermosura? Daría una parte de mi vida, por que ella alcanzara la luz de sus ojos.

Ahora tengo una nueva esperanza desde que he conocido a su tío.

—Pero, hijo mío —dijo la madrastra—, ¿cómo puedes tú, médico próximo al doctorado, esperar nada de un lego en la materia?

Y, con voz más dulce, agregó:

—Tú no debes proponerte imposibles, ni lanzarte seriamente a empresas tan quiméricas. No, no debes seguir por ese camino, que de seguro te llevaría a la pérdida de tu salud. Ten en cuenta, Bernardo, que tu salud y tu vida son sobre todo y ante todo.

—De muy poco me serviría la salud, y aun la vida, sin un objeto que la justificase. Es preciso que le devuelva a Elsa la vista.

Ella le miró sin comprenderle, pues para ella era aquella una empresa irrealizable.

—Si sigues ese camino, te va a pasar como a uno de tus abuelos, que queriendo imitar a Leonardo de Vinci, se propuso hacer un dirigible y perdió toda su fortuna en la empresa.

—Ten en cuenta, que si bien él perdió su fortuna, como dices; no obstante, Zeppelin resolvió el problema. Además, yo no admito la palabra imposible y estoy seguro de que por un medio o por otro salvaré a Elsa.

La señora Reiman quedó un momento pensativa contemplando a su hijastro.

—No veo, sin embargo, el motivo de que hayas de ser tú —dijo al cabo de un rato—

el que haya de sanar a esa muchacha de la ceguera.

—Aunque no fuera más que por compasión, ya habría bastante razón para ello.

—Pues sea el motivo que quiera el que te lleva a ello, ten en cuenta que nunca contarás con mi simpatía para tal asunto.

Y al decir esto, su rostro volvió a tomar un aspecto de dureza, que manifestó de nuevo la mala voluntad que en vano trataba de reprimir. Varias veces había tomado en sus manos el retrato de Elsa y varias veces lo había vuelto a poner sobre la mesa con el mismo ademán de odio.

Ni ella ni el joven podían ya continuar la conversación, que se había hecho por demás difícil. Por lo tanto, después de decir estas palabras, salió ella de la habitación, mientras él tomaba uno de sus libros de estudio, tanto por olvidar aquella escena, como porque aquella noche tenía que ir a casa del profesor Mertin y debía estudiar una lección.

Veamos ahora lo que pasa, mientras tanto, con la rival de la señora Reiman, o sea, la hermana de Rasmussen.

VI

La viuda de Kersen trabajaba en el jardincito de detrás de su casa.

El edificio en que vivían no era de su propiedad. Perteneecía al mismo propietario de la casa Reiman. Por lo menos, así parecía, pues la casa se hallaba hipotecada por unos treinta mil marcos, que era aproximadamente la mitad de su valor.

La señora Kersen, para poder vivir, se había visto obligada a subarrendar parte de su casa; y con esto y un pequeño capital que heredara de sus padres, vivía honestamente.

Desde la llegada de su hermano el Cónsul Rasmussen, había procurado ella poner más orden en su casita. Él, como ya dijimos, no se había alojado en casa de su hermana, sino en un hotel de la ciudad; pero no había dejado de ir a verla todos los días. Solo los dos o tres últimos, no había ido por casa de su hermana.

La señora Kersen se había puesto un sombrero de alas anchas mientras trabajaba, para defenderse de los rayos solares, algo fuertes por la estación. Había estado ocupándose en limpiar los árboles, de orugas, y quería después hacer un ramo de flores para adornar su casa.

Su pensamiento la hizo recordar, mientras contemplaba las flores, la felicidad de otros días pasados y la apartó un momento de aquel lugar, cuando una suave voz que dejaba adivinar la juventud y la bondad, la hizo volver a la realidad.

—Madre, madrecita, ¿dónde estás?

La señora Kersen se sobresaltó un tanto y volviéndose en la dirección de que partía la voz, contestó:

—Ya voy, hijita; aquí estoy.

Y mientras así hablaba se encaminó al encuentro de su hija a mitad del camino.

El semblante de Elsa resplandecía de alegría.

—Mamá, he tenido una lección encantadora. Bernardo me ha descrito algo de España, las montañas de Cataluña, con tan vivos colores, que me parecía verlas;

sobre todo, Montserrat, con sus formas fantásticas que parece hayan sido modeladas por gigantes milenarios. Me han pintado también la ciudad de Barcelona con sus alrededores llenos de elegantes residencias y muy especialmente el Tibidabo.

Bernardo tiene un talento para contarme todas estas cosas, que realmente hace que las vea.

—Pero, hija mía, si Bernardo no ha salido jamás de Alemania...

—Sí, es verdad; pero Bernardo ha tenido, según me cuenta, largas conversaciones con mi tío, sobre esta Montaña, hasta que le ha propuesto un viaje a Cataluña.

Esta Montaña de Montserrat es la que aparece en la ópera de Parsifal, de Wagner, cuya partitura toco con más entusiasmo, desde que Bernardo me ha relatado la importancia de aquel Monte en la ópera. Además, tiene un íntimo amigo de aquel país que se lo ha descrito con todo el ardimiento de que es capaz un meridional y con el cariño de un patriota. Tú ya sabes la imaginación que tiene Bernardo y lo bien que se le quedan impresos todos los detalles. No te puedes figurar lo feliz que me hace Bernardo cuando me cuenta todas estas cosas. ¡Lástima que Bernardo no pueda estar aquí esta noche con mi tío! ¡Somos tan felices cuando estamos todos reunidos!

—No debes, querida mía, distraer tanto tiempo a Bernardo; ya sabes que se prepara para su examen. Esta reconversión dulce, la hizo la madre con amargura; ella también temía un corazón que lo comprendía todo...

Las atenciones para el hermano, habían distraído un tanto a la señora de Kersen, en las últimas semanas.

El Rosa-Cruz había recibido muchas invitaciones, ya de sociedades científicas, ya de casas de particulares.

VII

La elegante residencia del profesor Dr. Johanes Mertin, estaba profusamente iluminada. En el salón de fumar estaban sentados algunos ilustres profesores de diferentes facultades y entre ellos había animadísimo cambio de opiniones, notándose la natural impaciencia con que era aguardada la llegada del Cónsul Rasmussen, de quien el colega Mertin había narrado cosas tan raras, tan sumamente admirables e interesantes.

La hija única del profesor enviudado, junto con la dama de compañía, que era ya entrada en años, revisó una vez más la mesa, ordenó a la criada algunas frutas, pasó la servilleta por encima de una copa que no le pareció suficientemente limpia, dio a los floreros colocación adecuada, y una vez todo en su lugar, se fue de un cuarto a otro, deteniéndose ante un antiguo espejo sumamente valioso, que reflejó su fresca y juvenil figura en toda su radiante belleza.

Con íntima satisfacción miróse en sus grandes ojos castaños, que circundados por unas pestañas grandes y oscuras tenían... algo que atraía. humedecióse el dedo corazón con la lengua y lo pasó varias veces por sobre sus cejas. Su graciosísima nariz algo chatita y los pícaros hoyuelos de la barbilla y mejillas, descubrieron su veleidoso carácter. No se podía imaginar cuadro más bello que esta fresca flor humana, encarnada en jovencita tan graciosa. El ligero vestido de baile, amarillo dorado, ricamente guarnecido con valiosos encajes sostenidos por un cinturón de seda, con rosas encarnadas, hacía resaltar deliciosamente su interesante hermosura.

De pronto echó la cabeza osadamente hacia atrás y riendo burlonamente dijo:

—Así ya le gustaré.

—¿A quién? ¿Al mago Rasmussen, quizás? —preguntó un joven que la observaba desde la puerta.

—¡Vaya, Juan! —repuso sobrecogida Elfrida; y, contrariada, rápidamente quiso escaparse de su primo Juan de Reichenau. Pero éste le cerró el paso.

—¡Ah, ya! ¡Esto quisieras! Pero primero hay que dar contestación, hijita—hostigándola riendo el joven—. Vamos a ver, pues —¿a quién quieres gustar? —Al viejo señor Rasmussen no ha de ser seguramente. Dime, pues: ¿quién es el afortunado a quien quieres cautivar?

—Vamos, a ti seguramente que no— repúsole ella aun algo enojada.

—Bien; esto ya lo sé desde hace mucho tiempo, y no tenías necesidad de decírmelo siquiera. Pero ¿quién es el falso? O, más bien dicho, ¿el infeliz a quien quieres gustar? Ya puedes decírmelo.

—Esto a ti no te importa.

—Pues entonces, no me lo digas, diablillo. A mí, después de todo me es completamente igual. Por mi parte, hasta puedes querer gustar al mago, pues éste puede rejuvenecerse, como Fausto, y entonces tú serás Margarita.

Pero, ¿sabes...? —continuó, después de una breve pausa, en que la estuvo contemplando con ojos ardientes—. No dejas de ser una linda prima. No hay que darle vueltas. Linda, para comerte. Aun el más envidioso tendría que confesarlo.

—No me detengas, Juan. Déjame el paso libre, tengo que hacer —insistió ella—.

¡Pronto! ¡Quiero pasar!.Le dio un suave empujón, pero Juan no se movió. Soltó una alegre carcajada y por de pronto aun no la dejó pasar.

Entonces enfurecióse Elfrida nuevamente:

—Te vuelves insoportable, Juan.

—Vamos, si me vuelvo es que aun no lo soy. Gracias a Dios —repuso él osadamente.

—Pero, Juan, ¿no oyes que quiero pasar? —repitió ella, enojada.

—Así, así está bien. Así me gustas, Elfridita. Ahora vete.

Juan se retiró a un lado. Llena de indignación por su comportamiento, ella no se dignó dirigirle una mirada más, y quiso salir del cuarto. Pero, de repente, se detuvo, pensativa; volvióse hacia su primo, y le preguntó, breve, con una entonación forzosamente amable:

—Tú, dime: ¿conoces a Bernardo Reiman?

—¡Ya! ¡Ya di en el clavo! ¿Es cierto que quieres gustar a Bernardo?

Luego levantó el dedo hasta la frente y repitió dos veces reflexivo: —¿Reiman? ¿Bernardo Reiman?

¡Ah, ya! ¡Justo. Sí le conozco. Dicen que es un verdadero ratón de biblioteca. Él es también quien mejor conoce a este señor Rasmussen. Ahora comprendo. Por eso viene esta noche aquí.

—¿Sí...? —preguntó ella reflexionando. Pero luego, como si quisiera dar otro giro a la conversación, preguntó él: —¿Quién viene además esta noche?

—No lo sé, Juan. La señora Grünfeld, nuestra nueva ama de llaves, me dijo que hoy vendrían más visitas que de costumbre.

En este momento se abrió la puerta entró el profesor Juan Mertin con otros señores.

Los dos jóvenes se callaron en el acto y se volvieron.

—Papá, eres tú —exclamó Elfrida; y radiante de alegría corrió presurosa hacia él, abrazándolo e imprimiendo un beso en su mejilla, sin poner atención en los señores que con él habían llegado. A cada uno de éstos, parecióle como si un alegre pajarillo volase en medio de su corazón. Tanto se alegraron de la natural desenvoltura de la joven, que, sin poder retener su alegría, estallaron en ruidosa risa.

—Esto sí que lo acepto; ser sorprendido por una hijita tan encantadora —dijo, sonriendo complacido, el viejo solterón, profesor Mahlzahn, y fiscalizando a través de sus gafas de oro.

—Colega, tuya es la culpa si ahora tienes que darte mirando cuando se besa — bromeó su amigo, el consejero Schilling—. Si te hubieses casado, habría quizás seis hijos, posiblemente hasta nietos, que se te echarían uno tras uno al cuello, y besarían tu calva.

Todos se miraron unos a otros. El profesor Mahlzahn, apenado, murmuró algo entre dientes, y ya quería contestar con una réplica; cuando la señora Grünfeld anunció la llegada del señor Rasmussen.

Todos se miraron unos a otros. el profesor Mertin dijo:

—¡Ah, ya está allí!

Abrió la puerta que daba al salón, y suplicó a los señores que pasaran. En el mismo momento entró Rasmussen por la puerta principal, acompañado de Bernardo Reiman. El joven candidato de medicina fue el primero en presentarse al viejo profesor.

tendiéndole la mano, dijo, con una reverencia:

—Buenas noches, Maestro.

—Buenas noches, señor Reiman.

Luego, colocándose entre Rasmussen y el profesor:

—Permitan los señores que los presente... El señor Cónsul Rasmussen... El señor Mertin.

Enseguida fueron presentados los demás señores, y el profesor rogó a todos que tomaran asiento.

Después de su regreso de Hamburgo, Bernardo había contado las cosas más admirables de Rasmussen y ante el profesor Mertin había sostenido que el Rosa-Cruz era un verdadero y efectivo mago. Afirmaba haber visto en Hamburgo con sus propios ojos, como había derretido plomo, que luego transformó en oro. Aseguraba que debía tener conocimientos extraños y que disponía de fuerzas que nadie conocía.

Entre los profesores de la Universidad, la anunciada visita de Rasmussen había constituido la conversación de todos los días y toda la curiosidad iba dirigida de pronto hacia las fuerzas ocultas del cónsul. Sin embargo, al profesor no le pareció lícito abordarle enseguida a boca de jarro y pedirle inmediatamente una repetición del enigmático experimento. Más bien se propuso conquistarse indirectamente el favor de tan curiosa personalidad. Como Rasmussen sabía que Mertin había sido profesor de Bernardo, comenzó a hablar sobre medicina. Mertin le informó:

VIII

—La guerra europea requirió los servicios de muchos médicos, y se les dieron a los galenos muchas facilidades para sus exámenes. Posteriormente, tuvieron ocasión de aprovechar las experiencias de la campaña, y al final de la lucha hubo un número crecido de buenos cirujanos.

Parece que estas mismas facilidades para la carrera de la medicina, indujeron a muchos jóvenes a no cursar esta ciencia, por temor a no encontrar una labor remuneradora después; ya que se creía que muchos jóvenes irían a estudiar medicina.

En Alemania y en España, creo que hay médicos de sobra; no así en los Estados Unidos, donde reina actualmente una gran escasez de hombres que se dediquen al arte de curar.

Las facultades de Medicina de la República del Norte, eran antes más numerosas, pues hace veinte años se contaba con 159 colegios, habiendo cerrado sus puertas 77 de ellos, en los últimos años.

La estadística da cuenta de que en los Estados del Sur y del Oeste, los médicos en general son de edad avanzada y que al morir no tienen quien los remplace.

En Filadelfia hay por cada seiscientos habitantes un médico, en Pitsburgo uno por quinientos, pero en el Estado de Pensilvania a razón de uno por mil.

La falta de médicos en el Estado de Nueva Hampshire es una verdadera calamidad, pues ese Estado cuenta con 236 ciudades, de las cuales 110 están sin médico alguno.

No debemos olvidar que en los Estados Unidos hay una libertad sin límite para el ejercicio de la medicina; no es necesario allá que tengan título, si es que no se dedican a la alopatía. Los homeópatas no necesitan examinarse siquiera; basta comprarse un botiquín, y adelante.

Hay miles y miles de “healers”, una especie de curanderos, que curan con oraciones religiosas. Son ellos miembros de la iglesia de la ciencia cristiana, tan popular en la República del Norte.

Los estudios de medicina eran sumamente sencillos en las Facultades norteamericanas, y había Facultades de dudosa reputación, en las cuales, mediante paga, se conseguía patente de médico. Pues con todo esto, la escasez de galenos es enorme en los pueblos señalados, y ofrece un brillante porvenir a los médicos extranjeros.

En muchas ciudades del Centro, los habitantes cotizan una suma mensual para ofrecer un sueldo especial a los médicos que se deciden a establecerse, remuneración que no baja de ciento cincuenta dólares mensuales, cantidad más que suficiente para vivir una familia.

Pero dejemos todo esto aparte.

—Mucho celebro, señor Cónsul, poderle saludar esta noche en mi casa y lo considero como un especial honor. Mi discípulo, el señor Reiman, nos ha contado muchas cosas de usted y de su país.

Está lleno de entusiasmo por México; ya está hablando de emigrar y nos quiere llevar a todos.

Rasmussen había escuchado con sonrisa satisfactoria y con inclinación de cabeza el saludo efusivo del profesor y contestóle jocosamente:—Efectivamente, México es cuatro veces y media más grande que Alemania y puede aprovechar aún inmigrantes. El señor Carranza tenía intención de apoyar una inmigración pasiva, es decir, ayudar y proteger a todo extranjero que acudiese allá.

Pero México tiene también sus defectos. Nosotros, mexicanos, recibiremos con los brazos abiertos a todos los que buscan una segunda patria. Y digo “nosotros”, porque mi familia emigró a México hace un siglo, vivieron allí mis padres y yo le tengo a mi México un amor entrañable; amor que no ha podido ser aminorado, a pesar de haber sido víctima gratuita de los hombres de los últimos gobiernos, que me han perseguido tan injusta como tenazmente, y todo porque no he podido ser tan cruelmente ingrato como alguno de ellos, con la memoria del mártir Carranza. Las colonias alemana y española son las más numerosas allá y son respetadas por todos. Pena da de que algunos elementos españoles hayan sido como yo perseguidos fanáticamente.

No son siempre los mejores elementos los que emigran de un país; y los españoles en México que fundaron aquel virreinato, tuvieron mucho de aventureros; mezcláronse en algunas partes, con indios crueles, que sacrificaban miles de seres a sus dioses, y arrancaban el corazón latente de sus víctimas aun con vida. Parte de los mexicanos de hoy, son el resultado antropológico de esas dos razas. Por eso se ven excesos como los de los zapatistas o los crímenes de un Villa.

Las eternas revoluciones tienen un fondo de justicia: es el oprimido que se rebela contra su opresor. Carranza fue el que comprendió aquello.

El gran enemigo, la causa de sus eternas revoluciones, el origen de todos sus males, no son sus riquezas petroleras, ni los yanquis; si no que la causa de todo es, más bien, el compadrazgo.

Allí no valen los buenos o malos antecedentes, el saber o la ignorancia de un individuo, ni importa casi su filiación política. Todo depende de que tenga uno o varios compadres que le ayuden. Si el compadre del contrincante es más fuerte, se puede dar por perdido; pero si el compadre es un ministro, o el jefe del estado mayor presidencial, o el mismo presidente, entonces le están abiertos todos los puestos.

Para un protegido se hacen todas las alcaldadas posibles, para el considerado como enemigo todas las ignominias.

Hubo un gobierno allá, que aun en sus efectos olía a sangre y aguardiente, y durante el cual se cometieron los crímenes más espantosos, en aquel entonces...

Las personas que ayudaron a aquel gobierno, deberían haber quedado descalificadas para toda su vida. Hubiera sido, no solo obligación revolucionaria, sino de patriotismo, que a estas personas se las hubiese declarado inhabilitadas, a perpetuidad, para ocupar puestos públicos.

Después del movimiento revolucionario iniciado por Carranza, para vengar la muerte de Madero, lo lógico sería que los gobiernos posteriores hubiesen buscado como él sus colaboradores entre los elementos revolucionarios; pero sucede todo lo contrario: los últimos gobiernos han rechazado los elementos revolucionarios, y los que están hoy en primera fila son los huertistas, los enemigos de antes.

Los emigrados tienen en estos elementos heredados de Victoriano Huerta, sus más encarnizados perseguidores, y es natural; en sí son enemigos de todos, solo con la máscara de amigos para aquellos que están en el poder, porque de ellos reciben la comida. Pero el odio político tiene que encontrar su víctima y entonces, todo va contra el pobre expatriado, que por cariño sincero a Madero o a Carranza, lleva cadena perpetua y come el amargo pan del destierro.

Cuando se trata de perseguir a un llamado contrario, solo se hacen alcaldadas. Las leyes no se respetan.

En todas partes, cuando una persona, renunciando a su personal nacionalidad, obtiene su carta de ciudadanía firmada por el propio presidente de República y refrendada por el Ministro de Relaciones, esta persona adquiere los derechos inviolables de la ciudadanía, como hijo del país mismo.

Allá no es así. Como en las monarquías más dictatoriales, como antes en Rusia o Turquía, el emperador puede dar una orden; un úcase; en México, el Presidente, cuando se le antoja o le viene en gana, lanza una orden o un decreto, diciendo: "A fulano de Tal, ya no lo considero como mexicano, ordeno a los Consulados o Legaciones le retiren su documentación". Es verdad que muchos empleados consulares, por no perder las prebendas, se prestan a las cosas más ignominias.

México es la tierra más rica y hermosa, y el mexicano en general un hombre caballeresco y noble. Lo malo es que ha tenido y tiene políticos tan apasionados y faltos de patriotismo.

Al triunfo del presidente Carranza, los *leaders* del partido socialista organizaban mitines, donde se daba de latigazos a la burguesía y al capital. No era posible para el socialista que unos privilegiados tuvieran haciendas, palacios y dinero y el resto trabajasen. Cada uno de los partidarios de Marx se consideraba un Tolstoy, lleno de ideales. Ver en aquella época a un hombre bien vestido, con cuello y con una sortija, hacía el mismo efecto como al toro el paño colorado. Todos se trataban de hermanos; el lema era: Libertad, Igualdad, Fraternidad; el club de los aristócratas, la casa de los azulejos, se transformó en talleres y todo el mundo predicaba el establecimiento de la pequeña propiedad, se hacía guerra contra el latifundista.

Pasaron cinco o seis años, y se logró efectivamente quitar el dinero a los ricos, que hasta entonces lo habían sido; se les quitaron sus casas y sus haciendas a aquellos antiguos agricultores que conocían su tierra. Pero no por eso se acabaron los hacendados, ni los ricos, ni los privilegiados. Lo que pasó, es que ahora lo eran los *leaders* socialistas, los magnates, los que habían acaparado el dinero, y sin saber muchas veces de agricultura, se habían posesionado de las haciendas. Sería curioso tomar un lápiz y sacar la cuenta a los políticos de ahí, a ciertos generales que hace diez años no tenían una peseta, ni un palmo de terreno que llamar suyo, y hoy día sus dominios se pueden comparar con provincias europeas: Viven en palacios, ya orgullosos pasan por las Avenidas en autos, adornados con brillantes inmensos y para sus adentros, se mofan del pueblo imbécil. Uno con otro se ayudaron mutuamente, y si mañana viene otra revolución, es probable que vuelva a suceder lo mismo. No tiene remedio aquello. Ya éstas son cosas que las tienen en la sangre.

Mientras no tienen nada, son comunistas y quieren repartirlo todo por igual, y tan pronto han robado lo suficiente, y tienen algo que conservar, se vuelven conservadores.

Sé que esto pasa en todas partes; pero en ninguna con tanto cinismo como en México. Allá basta muchas veces tener una mujer bonita o una casa bien puesta, que otro codicia, para que se mande fusilar al dueño; y así la transmisión del dominio no falla: es una cosa segura. Yo he definido siempre

la política como “servicio divino en el altar de la patria”. Al contrario de mi definición, Voltaire dice: “La política es el arte de sacar la mayor cantidad posible de dinero a todos los individuos de una nación, para repartirlo entre unos pocos”. Yo quisiera ser más escuchado que Voltaire.

De boca del gran Juárez, los mexicanos recibieron una gran frase, una monumental sentencia: “El respeto al derecho ajeno, es la paz”. Pero en ninguna parte del mundo se respeta menos el derecho ajeno, que en México, en los últimos años.

Los que, como yo, hemos tenido simpatías por el socialismo, las hemos tenido que abandonar al ver lo que ha sucedido en México y Rusia; que en ambos países se logró difundir la miseria y el hambre.

No es mi intención hacer ninguna alusión personal, sino marcar una generalidad. Allá hay también gente noble y buena, honrada y con desinterés. Y el día en que lleguen éstos a ser admitidos en la tarea de gobernar, entonces será México la verdadera tierra de promisión.

Yo, cada vez que hablo de México, me entusiasmo; conozco sus grandes riquezas, y muchos hombres que tienen, para mí, un inmenso valer, pero que están alejados de la acción política, porque no es posible hacer causa común con el bolchevismo reinante allá.

—Usted es alemán de nacimiento, señor Cónsul, ¿no es verdad? —interrumpió el Consejero Schilling—; y ahora es mexicano, es decir, ciudadano de tres Estados: de origen, alemán; luego, mexicano, por sus largos años de permanencia allá, y, noruego, por su cargo de Cónsul.

El consejero Schilling sentía un rencor inexplicable contra Rasmussen, y había hecho esta exposición de su múltiple nacionalidad, con un acento marcadamente agresivo.

Para ser más claro aún, agregó:

—Tales aventuras, no son, seguramente, raras allá en los países de las ilimitadas posibilidades...

El Rosa-Cruz no se dejaba desconcertar fácilmente; y contestó, con tanta dignidad como sosiego:

—Usted puede designarlo como quiera. Yo soy alemán de nacimiento y lo sigo siendo en mis sentimientos y modo de pensar. Hace varias generaciones que vivimos en México, y, por lo mismo, políticamente soy mexicano. Mis negocios y demás asuntos, en cuyos pormenores no puedo entrar aquí, me han retenido en México desde largos años. Si el destino o mi suerte —como usted lo quiera— no me retuviesen en México, también sin ello me quedaría yo en aquel país, pues México es el país más paradisíaco que existe. Con su clima —que ofrece una primavera eterna—, y su superabundancia de las más preciosas frutas y flores, puede llamarse verdaderamente un edén. Los habitantes de México son gente honrada y celosa que, en tiempo de Carranza en una lucha justificada, trató de conquistar su libertad política y social. Lo único que ocurre, como ya referí, es que se descomponen cuando se meten a políticos.

El profesor Mertin sentíase incomodado por la inmiscuición de Schilling, que con sus observaciones había desviado la conversación del objetivo que quería darle.

Interrumpiendo, pues, también por su parte, a Rasmussen, manifestó:

—He leído las obras de Schleir, y, como médico, me ha interesado ver registrada en la mitología mexicana el origen de la sífilis. Allí tuvimos a un Dios sifilítico...

—Efectivamente, señor profesor, las antigüedades de México, las ruinas de sus templos y sus pirámides, constituyen un segundo Egipto. La arqueología ha constituido siempre una de mis preocupaciones favoritas; por lo demás, esta ciencia está en México aún en sus comienzos.

Pero el consejero Schilling aun no se pudo dar por contento y se creyó llamado a asestar otro golpe a Ramussen:

—Señor Cónsul, nos hemos apartado de nuestro tema.

—¿Cómo? —respondió Rasmussen.

Pero el consejero no se dejó desconcertar, sino que continuó:

—¿Me permite usted la pregunta de cómo ha llegado usted a este cargo?

Rasmussen lo hubiera podido despachar con una breve frase, diciendo: “¡Y a usted que le importa!” Pero el asunto le pareció demasiado insignificante para ello.

Contestóle, pues, tranquilamente:

—Los señores saben que antes de la guerra, los alemanes gozaban de gran consideración en la América latina, ofreciéndoseles consulados con mucha frecuencia.

Por consiguiente tampoco yo tuve inconveniente alguno, después de la muerte de mi antecesor, aceptar el cargo de cónsul honorario, ante las repetidas súplicas del Ministro de Relaciones Exteriores, de Cristiania. Pero para ello no tuve necesidad de hacerme ciudadano noruego, lo que, como es sabido, solo se pide a los cónsules de carrera. El que haya llegado a ser ciudadano mexicano, debese a la insuficiencia de las leyes alemanas para el extranjero, que parecían procurar adrede, que, dejando de inscribirse ante la autoridad alemana, se perdiera la ciudadanía como alemán. Yo me tengo por mexicano-alemán, y a gusto he intervenido en favor de mi nacionalidad alemana y de mi México!

Un teólogo presente, el cura Bromm, habíase molestado también algo con la conversación entre Schilling y Rasmussen, y, para apoyar al profesor Mertin, no dio tiempo a Schilling para continuar su coloquio, preguntando por su parte:

—¿En qué condiciones se encuentra el cristianismo en México? La religión del país, es seguramente la católica? Pero yo he leído informes de misioneros, según los cuales, los yanquis han establecido muchas iglesias protestantes y en que se afirma que también la conversión de los indígenas prosigue prósperamente gracias a dichas misiones.

—Efectivamente, señor cura, nuestros indios se convierten todos. Los misioneros pueden registrar resultados brillantes. Conozco a un metodista que con sus grandes conocimientos de la Biblia y la difusión del evangelio, ha llegado a poseer dos grandes fincas, la menor de las cuales tiene un valor de más de un cuarto de millón.

Ya ve usted, pues, a donde van a parar los fondos de las misiones. Pero con mi parecer desdeñoso sobre la labor de los misioneros, no quisiera agraviar a nadie y solo me permito observar que la tarea de las misiones en el extranjero, no constituye casi nunca lo que se describe en la patria, en las ediciones de domingo de los periódicos, señor cura. Hay países, como África, por ejemplo, en donde debe introducirse el cristianismo para lograr un efecto cultivador. En otros países, en cambio, puede hacerse daño con ello, cuando se hace mal.

—¿Sí? Es lo primero que oigo. La doctrina de Jesucristo aun no ha hecho daño jamás. —Esto tampoco lo he dicho, señor cura. Yo solo me he querido referir a la manera y forma de la divulgación y exponer que antiguamente los misioneros eran, en su mayoría, agentes políticos para los Gobiernos que los subvencionaban.

—¿Sí? —dijo nuevamente el cura, admirado—. ¿Puede usted dar una prueba de ello?

—¿Una prueba? ¡A centenares! Piense usted en las misiones inglesas en la India.

Los hombres religiosos, también tienen que ajustarse a la época. vea usted lo que paso con el Canal de Panamá:

Esta maravilla de ingeniería moderna, tiene de mes a mes mas tráfico y por ende ya constituye un negocio para el Gobierno americano.

Debemos acordarnos de los antecedentes de ese canal, cuando estuvo en manos de una compañía francesa, donde los directores robaron los fondos, ocasionando un escándalo monumental, que fue el tema obligado de la prensa mundial, por años enteros.

Después los americanos conquistaron a un muchacho convertido en general colombiano, que de la noche a la mañana, se declaró presidente de una República que llamaron Panamá, y que fue reconocido al día siguiente por los americanos.

Un sainete muy bien representado. Aquel lío es mejor no tocarlo: hubo cosas muy feas que más vale no se sepan. Pero lo que conviene decir, es que el primer proyecto del canal de Panamá fue español y lo propuso nada menos que el celebre conquistador de México don Hernán Cortes.

Hace precisamente cuatrocientos años de la fecha en que Cortés propuso el magno proyecto; y este lo habría realizado, si hubiese encontrado apoyo en la corte. Esta afirmación la aceptarán todos los que han visto las obras colosales que realizaron los antiguos españoles en la América.

Con los indios, entonces esclavos, se pudo hacer todo, sin mayor gasto. Y ¿qué habría sido de España, si hubiera sido llevada a la práctica aquella obra hace cuatro siglos?

De seguro que los acontecimientos posteriores no habrían venido como vinieron.

Pero ¿para qué lamentarse?

“A lo hecho pecho”, decían los antiguos.

Pero es necesario volver a recordar aquellos hechos que enaltecen a Cortes y a España.

En Noviembre de 1520, Magallanes había encontrado la comunicación del Pacífico al Atlántico, y esto despertó los deseos de Cortés de buscar otro camino más ventajoso y entonces, habiendo mandado explorar toda la costa desde México al Sur, dio con el istmo de Panamá, que creyó fácil abrir. Cortés mismo, hizo los cálculos y escribió un informe amplio al emperador Carlos V, en Octubre de 1524.

El emperador se entusiasmó por el proyecto y mandó una comisión de ingenieros a la América central.

Estos hombres aprobaron en todo los planes de Cortes, pero cuando regresaron, Carlos V había sido reemplazado por Felipe II, quien no tomaba ninguna resolución sin consultar a los padres dominicos. Estos sacerdotes recibieron, pues, el proyecto, a su vez, y el informe de ellos echó por tierra la obra de los ingenieros.

Decían los padres dominicos, que este canal no estaba de acuerdo con las sagradas escrituras, y que, por lo mismo, era un pecado grave.

Para opinar así, citaron la parte de la Biblia que dice: “Lo que Dios ha unido, los hombres no lo deben separar”. Felipe II —*¡tableau!*— obediente a los mandatos de los padres, mandó archivar más que pronto el proyecto, para salvar su alma: y así quedó el canal en nada. Cosas de la época.

Hoy día los padres dominicos no habrían opinado lo mismo.

Es cuestión de progreso; pero esto no quita que fuese una lástima grande, que por aquel motivo no sea hoy el canal de Panamá, de España. Por lo cual, cada vez que pasamos por allí, nos viene a la memoria el gran español Cortés y su proyecto rechazado.

IX

Aquí creyó el profesor Mertin haber hallado nuevamente un punto de enlazamiento.

Estaba decidido a no dejarse arrancar más el hilo del discurso, para tratar, por fin, de las fuerzas secretas de Rasmussen. sin guardar miramientos de ninguna clase, mezclóse en la conversación:

—Ya que está hablando de la India, señor Cónsul, este es un país igualmente misterioso. He leído de los fakires, que se dejan enterrar vivos y hacen brotar árboles de la tierra por arte mágica. ¿De seguro que usted también lo considera como embuste?

—No lo quisiera afirmar, señor profesor. Los indios mexicanos, especialmente los de Yucatán, disponen también de fuerzas mágicas, de las que aquí en Europa aun nada sabemos.

—Esto es superstición —objetó aquí el cura Bromm—, es cuento para niños pequeños.

La teología nos enseña a detestar todo esto, por ser cuestión de espiritismo, de aceptar espíritus buenos y malos.

—No creo yo tanto así —respondió Rasmussen, y continuó:

Que el mal espíritu pueda influir en el estado patológico, está fuera de duda. Es preciso negar la verdad evangélica y las afirmaciones de los teólogos más eminentes, para decir lo contrario. Por no hacerme difuso, recordaré solamente el hecho que nos cuenta San Mateo, de un joven que fue presentado por su padre a los apóstoles; el cual joven caía con frecuencia en el fuego y en el agua, a consecuencia de sufrir ataques epilépticos, producidos por un mal espíritu que le invadía. Los apóstoles, según relata el citado Evangelio, no pudieron arrojar del cuerpo del paciente este maligno espíritu, hasta que vino Jesús, y con voz imperativa le mandó saliera del cuerpo de aquel mancebo, el que inmediatamente quedó sano. Se ve, pues, que el causante de la enfermedad del joven mencionado, era el espíritu malo. Como éste, se pueden citar otros casos, del Evangelio, que no ofrecen la menor duda. El cómo o manera el mal espíritu influye en las enfermedades, no o veo claro. ¿Podría ser que el mal espíritu introdujese en un cuerpo, fluidos viciosos, que pervirtieran su armonía, o conmoviese en él malos humores?

Si el diablo tiene poder para concitar y mover las nubes y causar un trastorno atmosférico, ¿cómo se lee en el Ritual de la Iglesia Romana, por qué no podrá inducir fluidos perversos en un cuerpo y hacerle enfermar? Yo creo que sí, y no veo razón en contra. Yo he presenciado el ejemplo de una enferma que años pasados, fue exorcizada con el permiso del Obispo, y que se halla repleta de un fluido viciosos, que le ocasiona un malestar continuo, convulsiones fuertes, gastritis, insomnio y una gran postración, tanto que con dificultad pueda tomar la leche y no sé en realidad como este cuerpo tan acribillado puede vivir, pues apenas toma alimento, y no duerme en tres años una hora seguida.

Esta enferma es natural de aquí, y atribuye su mal a un individuo que, por su explicación, hace trabajos en sentido de mágica negra, el cual individuo, si así fuese, merecería un serio correctivo.

Yo sólo sé que, cuando el padre de la enferma vivía, alguna vez amenazó al tal individuo, y a las 24 horas cesaban los ataques de la enferma, y ésta pasaba bien una larga temporada. Yo no me creo competente, desde el punto de vista de usted, para descifrar este caso misterioso, pero sería humanitario que los médicos que estudian la Metapsíquica, se hicieran cargo de él y le aplicaran oportuno remedio.

He referido esto, porque repito que no hallo fuera de razón que el mal espíritu pueda trastornar un organismo con fluidos viciosos.

Citaré ahora dos teólogos de nota, que casi piensan como yo; uno es San Alfonso de Liguori, y el otro el jesuita Perrone, San Alfonso citado por el padre Neyraguet en su Compendio de Teología, dice: “Contra maleficia *utilicet remediis ex medicina petitis*.”

Plures enim herba ut ruta, et salvia, etcétera, contra maleficia naturalitè prosunt, quia virtute naturali, corrigunt prava humeros, ope demonis commotos, Articulis IV. De Maleficio. Perrone, dice: Nihil enim vetat quominus dicamus interdum qui a clamore agitabantur aut amentia, aut epilepsia laborare, cum et hi morbi a clamore ipso injici posunt, Deo ita permittente, uti plures patres ac interpretes censuerunt.

(Compendio de Teología).

El célebre médico Robert van Der Elst, de Saint-Alban-les Eaux, en la Revista de La Medicine Internacional, ataca al Señor Richet, que, en su obra “Metapsíquica”, explica la aparición de espíritus o fantasmas, por medio del ectoplasma, y sostiene que estas apariciones no desmienten ninguna ley biológica.

Van Der Elst no niega esas apariciones; pero las explica por medio de trucos, y satirizando a los que defendemos la escuela de Richet, y dando a la ciencia el nombre de “metatruco”.

Lo que más le molesta a Elst, es que sean solo unos raros, unos privilegiados, los que gocen del don de provocar estos fenómenos. ¡Qué le vamos a hacer!

Pero el camino está abierto para todos; aunque es evidente que resulta más difícil seguirlo, que ridiculizar a esta Ciencia. Por eso, muchos hombres que tienen solo fama de científicos, eligen el más fácil: el de mofarse, en vez de estudiar y experimentar.

Por lo demás, el truco que hace el Instituto cuyo encargado de cursos es van Der Elst, al valerse de él como portavoz, y lanzar un artículo sentencioso, es más burdo que las fotografías que trae; pues nadie, ni Richet, ignora que se pueden hacer fotografías semejantes. El asunto que expone, pues, el profesor mencionado, no es nuevo, sino muy fiambre.

Yo estoy convencido de que, el día que los médicos sean más espiritualistas, encontrarán la causa de algunas enfermedades misteriosas, que no ceden a las drogas de la farmacia, y como la causa de tales enfermedades es espiritual, han de ser también espirituales los remedios con que han de atacarse, de otra manera es perder tiempo, dinero y paciencia. Este es mi humilde parecer.

—La Teología resuelve todo esto —dijo el cura.

—¿Qué hace la Teología? Señor cura, usted dispensará mi franqueza, pero aquí veo nuevamente que no se puede estudiar Teología impunemente —respondió Rasmussen, y continuó:

Hay muchas cosas, de que la gente aquí en Europa, no tiene siquiera la menor idea, que no son en manera alguna superstición y cuentos para niños.

El profesor Mertin tenía un miedo enorme de que el cura volviera a discutir con Rasmussen y trató de dar nuevamente otro rumbo a la conversación. Después de reflexionar algún rato, quiso unir las ideas del cura con las del Cónsul. —He leído alguna vez, de la célebre Imagen de la Virgen en México (la Virgen de Guadalupe). Según se cuenta, dicha Imagen hace una competencia escandalosa a los médicos de allá.

—Estoy completamente convencido de los milagros de estos balnearios, si se toma la palabra “milagro” como la denominación de algo no trivial, de algo extraordinario. Yo comparo la labor del espíritu humano, con una batería eléctrica. Nosotros podemos determinar la fuerza de nuestra batería cerebral, nuestra energía mental, lo mismo como en la electricidad. Cuanto más fijos tiene dirigidos un hombre sus pensamientos hacia un solo punto determinado, tanto más poderosa es la fuerza mental que puede desarrollar y emitir, de la misma manera que 10 o 20 baterías eléctricas tienen más fuerza que una, es así también cuando 20 y aun 100 personas concentran sus pensamientos a un mismo tiempo, sobre un punto determinado. Alrededor de la imagen de la Madre de Dios de Lourdes, circulan fuerzas vitales y curativas, sobre las que la fe firme de los necesitados y enfermos, ejerce un efecto atrayente.

Las curaciones de la virgen de Montserrat son más notables, y sé que es así. Esa montaña tiene fuerzas desconocidas. Vea usted, en la obra del gran Lienhart, lo que se dice de las curaciones portentosas y de las fuerzas de la Montaña Catalana.

—Esto deben ser seguramente fantasías sin ninguna base científica —interrumpió el consejero Schilling—. La ciencia actual sabe perfectísimamente lo que significa la producción de fuerza. ¿O cree usted, señor cónsul, que estas fuerzas de que usted habla, son de carácter sobrenatural?

—De ninguna manera. No acepto nada como existente, que se halle más allá de la física. Yo no reconozco ninguna metafísica. Para mí, todo es físico; aun el alma y el espíritu, tienen que apartarse, a mi parecer, en consonancia con las leyes físicas.

—Entonces, ¿es usted materialista?

—¡Oh, no! Hasta soy espiritualista convencido. Soy también metafísico; pero sólo en el sentido de que hasta supongo con predilección cosas que tenemos que contemplar con nuestro ser interior, con los ojos del espíritu.

Dios obra por las leyes naturales.

—Pero usted, ¿no ha considerado esta cuestión jamás desde el punto de vista puramente científico? ¿Ve usted? Yo, como médico, estoy acostumbrado a tomarlo todo por el lado práctico —respondió el profesor Mertin—. Yo acepto solo como válido lo que yo mismo y lo que autoridades reconocidas han demostrado.

—Perfectamente, mi querido profesor —contestó Rasmussen—. Pero, en la investigación de tales cuestiones no llegará usted seguramente muy lejos con el saber común y el criterio autoritativo. ¿Qué otra cosa es la ciencia de hoy, que una combinación de creencias, suposiciones, fanatismos, teorías y pareceres, basados en autoridades que se contradicen a cada momento? Y, precisamente y muy especialmente, en lo que respecta a la medicina interna, señor profesor. En esto sobresalen las ciencias ocultas de las ciencias comunes. Ellas no se limitan a los simples cinco sentidos, sino que su radio espiritual de entendimiento, va más allá, y esto por vía especulativa.

—¿Qué significa “vía especulativa”? —preguntó el profesor Mertin—. Yo me atengo a los hechos. Yo no puedo ocuparme en especulaciones. Con preferencia me entretengo con la mecánica de los fenómenos. No es posible que existan dos clases de ciencia: una ciencia exacta, y una ciencia oculta. O bien, una cosa es ciencia, y en tal caso es exacta; o no lo es, y entonces tampoco es ciencia.

—En cierto sentido, tiene usted razón, señor profesor. Las más de las veces, nosotros los hombres, solo disputamos por palabras y conceptos. Para mí, la ciencia oculta significa lo inexplorado, lo que aun está oculto a la generalidad y a los representantes de las universidades, pero que ya se cultiva en escuelas reservadas y en sitios secretos.

El investigador común, suele acrecentar la luz de la ciencia general, pero esta luz no siempre atraviesa también las tinieblas de lo inexplorado. Cuanto más se extiende la luz, tanto mayor va siendo el círculo de la oscuridad bordeada. Los hechos constituyen el esqueleto de la ciencia. La especulación es el espíritu absolutamente.

Los hechos pueden engañar también. Usted como médico tendrá que convenir en ello.

En la ciencia de usted reina un verdadero caos de empirismo, pues una corriente continua de métodos y remedios se empujan entre sí, apareciendo cada mes, por lo menos, una cosa nueva a la que se atribuye un efecto colosal, para que sea sustituida luego, bien silenciosamente, por otro remedio nuevo, destinado a su vez a sufrir la misma suerte. ¿Es, en realidad, ciencia, mi estimado profesor, su medicina interna?

Yo exijo de una ciencia, que esté basada en un progreso y concordancia constantes, como ocurre casi siempre en la física, en las matemáticas. La medicina de hoy, lo mismo que la de ayer, esta directamente, de un modo manifiesto, embrollada en la aplicación de sus medios, tal como si solo se hubiera hecho para un Moliere y sus caricaturas.

—¡Ah! Usted parece estar muy prevenido contra nuestra medicina, señor cónsul!

El consejero Schilling, hacia ya sobrado tiempo que no podía aguardar el momento en que pudiera decir algo también.

—Así les sucede a la mayor parte de los naturalistas, magnetópatas, hidrópatas y homeópatas, y como se denominan todos los demás “ópatas” existentes.

(Risa general).

Últimamente, existen también psicópatas.

—¿Es usted un partidario de ellos? —preguntó el cura Bromm al cónsul.

—Sí, señor.

Es que yo considero precisamente al hombre entero, cuerpo y espíritu. Por consiguiente, pertenezco a una escuela que los señores de la medicina aquí aun no reconocen como justificada. Y fue un Albrecht de Haller quien asentó: “Naturaleza, ni grano ni cáscara es, pues lo es todo de una vez”.

Pero como yo veo que lo espiritual es lo que prevalece, y que abarca tan extremadamente mucho, reconozco la necesidad de dedicar preferente atención a estas consideraciones espirituales.

—Yo aún no he encontrado el alma en el cuerpo, a pesar de haber hecho ya la autopsia de muchos cadáveres —dijo secamente el profesor Mertin.

—En el cadáver no encontrará usted alma ninguna, señor profesor, pero en el lecho del enfermo, allí podrá usted verla. Piense usted, solamente, lo sublime que es observar este aspecto: cómo los glóbulos blancos accionan en el organismo, acosando a los seres microscópicos que han penetrado en la sangre, haciéndolos inofensivos.

Estas células blancas están construidas de átomos. Y un átomo constituye un mundo maravilloso en pequeño, que posee inteligencia en sí mismo; ya sea que represente una parte del espíritu humano o ya de una piedra. Y la ciencia oculta se dedica justamente a dominar la fuerza radicada en el átomo y a dirigirla y manejarla según se quiera. Aducimos los fenómenos de la naturaleza, también a la mecánica, pero conocemos las leyes de esta técnica.

Toda la conversación se había desarrollado entre Bromm, Schilling, el profesor Mertin y el Rosa-Cruz; Rasmussen y el jefe de la casa ya consideraban la cosa como malparada, pues se había prometido otra cosa de la noche. Con sumo gusto hubiera visto que Rasmussen no hubiese sido interrumpido con tanta frecuencia, o que se hubiese presentado una oportunidad para producir alguna de sus ejecuciones mágicas. No solo se habían retirado al cuarto contiguo algunos señores de avanzada edad, a quienes la cosa les pareció hartó aburrída, sino que también Bernardo Reiman, el joven Emmerich y Juan de Reichenau, habían pasado juntos a la galería, encendiendo cada uno su cigarro.

Elfrida que con su coquetería juvenil y veleidosa sentía poco interés por la conversación entablada, y tanto menos cuanto que solo era ojos y oídos para el joven Reiman, cuya conducta modesta y elegante la impresionaba muy agradablemente, respiró con satisfacción al poder abandonar el cuarto sin ser vista, entrando en la galería, desde donde podía contemplarse la bóveda de un cielo admirable lleno de estrellas. Elfrida pudo unirse ahora sin cumplidos a la compañía de su primo para tener oportunidad de platicar con Bernardo Reiman.

También el profesor Mertin se había dado cuenta de este repetido apartamiento, interrumpiendo la conversación general con las siguientes palabras:

—Señores, ¿no quieren ustedes pasar, por algunos momentos, a la galería del jardín?

Hay un aire tan maravilloso afuera y bien podemos continuar nuestra conversación allí. Entretanto, mi ama de casa, la señora Gruenfeld, nos preparará la mesa.

La invitación del profesor fue aceptada con mucha voluntad. El Rosa-Cruz fue uno de los primeros en pasar a la galería.

Elfrida se hallaba entre Bernardo y Juan de Reichenau, comiéndose una naranja que se había llevado de la mesa, cuando su padre se le acercó con los otros señores. ella estaba ocupada precisamente en quitar algunas pepitas de la fruta, cuando la interrumpió el Rosa-Cruz con las palabras siguientes:

—Señorita, ¿me permite usted suplicarle que me dé también algo de la hermosa fruta?

Elfrida quedóse algo confusa ante esta aparente pretensión, pero tomó la cosa burlescamente y le respondió:

—¡Con mucho gusto, señor Cónsul! ¡Tome usted, por favor!

—¡Muchas gracias, pero no quiero tanto, un solo grano me basta!

—Pero esto no se puede comer —profirió Elfrida riendo—. ¿Qué quiere usted con ello?

—Enseguida lo verá usted.

Atraídos por la conversación, casi todos los demás invitados se habían reunido alrededor del Rosa-Cruz, quien señalando una maceta llena de tierra, dijo a Elfrida:

—¿Está desocupado este tiesto? ¿Puedo tomarlo?

—Ya lo creo, señor Cónsul, tómelo, pero no sé de la pena de plantar el grano, pues estos bichos no brotan.

—¡Quizás tenga yo más suerte que usted, muy apreciable señorita! ¿Vamos a probarlo?—Por mi parte, con mucho gusto, señor Cónsul.

Rasmussen se dirigió hacia los demás señores:

—Señor Profesor, espero que no supondrá usted que yo haya preparado esta tierra y me haya entendido con su hijita.

—¡Ca! ¡De ninguna manera, señor Cónsul! Este tiesto lo conozco muy bien; yo mismo he puesto la tierra.

—Quisiera suplicar a los señores, guarden un momento el mayor silencio posible.

Ninguna pregunta, ninguna observación debe estorbarme.

Todos rodeaban, con atención intensa, al Rosa-Cruz, quien había metido el grano en la tierra, y abrazaba el tiesto con ambas manos, como si quisiera calentar su contenido. De repente cerró los ojos y murmuró una oración. Luego, incorporándose, sostuvo las manos como bendiciendo sobre el tiesto y sopló repetidas veces su aliento sobre la tierra. Todos le contemplaban, con la vista inmóvil. De repente, la tierra. Todos le contemplaban, con la vista inmóvil. De repente, la tierra se empezó a mover como si quisiera salir de ella un gusano o un escarabajo. Pero no: era verde, era la planta. Primero, el germen que se bifurcó. Dentro de cuatro minutos habíase formado un pequeño arbolito, que crecía con tal rapidez, que podía verse directamente cómo aumentaba de milímetro en milímetro.

El consejero Schilling se sonrió. Como si hubiese reconocido el truco, tomó al cura Bromm del brazo y lo llevó a un lado.

—¿Sabe usted lo que es esto, mi estimado señor cura?

—No —respondió el teólogo—. Esto no es cosa natural. Este hombre tiene fuerzas diabólicas.

—Pero no; tonterías —replicó condescendentemente el consejero Schilling—. Esto es una cosa muy natural. Este hombre sabe hipnotizar. Esto de la planta es solo un engaño, pues en realidad no existe. Si yo tuviera ahora un aparato fotográfico, haría un retrato y usted vería que no hay absolutamente nada en el tiesto. En la India se hizo lo mismo.

Luego volvieron a fijar su atención en el experimento, Rasmussen parecía estar algo extenuado: tenía la cara colorada, respiró profundamente y dijo con un suspiro:

—Bueno, señorita. Este arbolito se lo regalo a usted como un recuerdo. Lástima que el invierno del norte no le traerá seguramente fruto ninguno. Pero cuídelo, sin embargo; este verano lo sobrevivirá aún, *Tableau...!*

El señor cura miró desconcertado al consejero Schilling. La teoría de la sugestión, en masa, había fracasado cuando Elfrida podía guardarse el tiesto.

Reinaba un silencio general.

La admiración de algunos llegaba casi al espanto, al terror. Otros, en cambio, cuya hipótesis teórica había quedado tan repentinamente tergiversada, sentían un cierto rencor secreto contra el Rosa-Cruz.

Solo Elfrida, que no se hacía grandes cavilaciones sobre lo infinitamente admirable de lo que el Rosa-Cruz había realizado, sintió una alegría verdadera por su regalo.

El profesor Juan Mertin fue el primero en reponerse. Sentíase totalmente arrebatado de admiración, pues estaba convencido de que no había podido tomar parte ningún engaño, y ninguna trama. Pero era hombre práctico, impasible hasta lo más íntimo. de pronto, acordóse de la narración de Reiman, de que el Rosa-Cruz había transformado en Hamburgo, plomo en oro, y con la mayor desfachatez, dirigióse a Rasmussen con las siguientes palabras:

—Señor Cónsul, usted me ha convencido. Me inclino ante los hechos. Ahora permítame usted una pregunta:

¿Es el hacer oro, igualmente tan fácil como esto de ahora?

Rasmussen se echó a reír.

—Mucho más fácil aún. Cualquier criatura puede aprenderlo en cinco minutos.

Opinan algunos que la crisis económica que pesa sobre muchos países del mundo actual, se debe a la escasez de oro y que todo está almacenado en los Estados Unidos.

Las minas ya no producen lo suficiente. Y digo yo: ¿Dónde se halla el oro que produjeron? Es imposible que toda esta cantidad esté guardada en Norteamérica.

En todos los tiempos y por doquiera, sobre el globo que habitamos, se ha sacado oro de las entrañas de la tierra. Este oro existe, ya que nada se pierde. Podrá cambiar de forma, es decir, la moneda acuñada podrá ser fundida para convertirse en alhajas, aunque podemos creer que muchas más alhajas se hayan convertido en monedas, porque los pueblos antiguos amaban más las joyas que el dinero.

Sabemos que muy anteriormente, en la edad de bronce y de hierro, se buscó y se encontró oro en la Siberia. Testimonio elocuente dan de ello multitud de objetos hallados recientemente, que aquellos mineros de edades pasadas dejaron en los socavones que hoy se conservan como especies arqueológicas en los museos. Los romanos tuvieron lavaderos de oro en el Rhin y en la Eder, cuya posesión sirvió muchas veces de disputa entre los hombres venidos de Roma y los germanos.

Durante aquellos tiempos, en Silesia trabajaron en una mina cuatro mil obreros.

También los austriacos explotaron minas de oro para enviar el producto a Roma, por un valor que equivaldría a unos diez millones de pesetas anualmente, según cuenta la crónica.

Francia poseyó también minas de oro riquísimas, y en la antigüedad, cuando la invadieron los romanos, sacaron solamente de un templo de Tolosa, un tesoro avaluado en catorce millones de pesetas.

La aristocracia romana usaba servicios de oro macizo, así como multitud de utensilios de uso corriente, por el estilo de los que hoy se hacen de aluminio.

Asia poseyó tesoros fabulosos, y cuentan que los conquistadores de Nínive, es decir, los guerreros de Babilonia, recogieron un tesoro de más de cincuenta mil kilos de oro puro y cuando se apoderó el rey persa de Babilonia, durante el siglo VI de nuestra era, halló, solo en el templo de Baal, una cantidad de oro evaluada en sesenta millones de pesetas. Pero ¿a dónde dejamos a España? Las minas que existen cerca de la Coruña, de Gijón y Salamanca, dieron a Roma cuatrocientos ochenta mil kilos de oro, y se emplearon sesenta mil esclavos para sacarlo.

Si nos imaginamos toda esa enorme cantidad de oro que se trajo después de México y del Perú durante el tiempo de la ocupación española, consideraremos que no es nada lo que hemos apuntado anteriormente.

Durante el pasado siglo, ¡cuánto oro no dieron los lavaderos y minas de California, Austria y Nevada! Solo el Transvaal, dio, durante siglos, ciento ochenta mil kilos anualmente. Aun hoy día, la cantidad de oro que rinden solamente los Estados Unidos, México, Canadá, Australia y Rusia, es de setecientos mil kilos por año, y para transportar esa cantidad se necesitarían setenta vagones de ferrocarril.

Supongamos ahora por un momento esta cantidad transportada durante siglos y siglos e imaginémonos la montaña de oro que representa.

Reunido, pues, todo lo actual y lo anterior, acumulado durante siglos y siglos, formaríase un montón inmenso, asombroso... y, sin embargo, ¡hay escasez de oro!

Deberíamos descontar, naturalmente, una cantidad desgastada por la acción del tiempo; pero, ¿dónde está todo lo demás restante?

Pues, amigos míos, en los sótanos de los Bancos. Estos institutos parasitarios guardan como usureros el meta amarillo, porque saben que mientras más lo escondan, mas valor tendrá.

Más fuerte, empero, que sus cajas blindadas es el genio moderno. Ya el cable nos trajo la noticia de que un químico alemán convirtió el mercurio en oro, mediante una corriente eléctrica especial. Ya la fabricación sintética del oro, que hasta ayer era hipotética, se ha convertido en algo real, científico. Solo es cuestión de tiempo, y yo digo de poco tiempo, para que sea práctico, es decir, que sea barato, pues hoy pasa con la fabricación de oro, como con la fabricación de brillantes, o, mejor, diamantes sintéticos, que aun salen más caros que los naturales; pero ¿mañana...?

Los químicos de hoy día, si se ríen de la piedra filosofal de los alquimistas, son ignorantes, pues su misma química ya resolvió el problema y su ciencia ya dio con la clave del misterio.

El problema social, que está íntimamente unido al capitalismo, representado por el oro, ¿se resolverá ese día? Yo creo que no. el día en que se derribe este ídolo, otros se levantarán y el destino del hombre será el ídolo mismo, mientras predomine en él la ambición, por encima del altruismo y del amor al prójimo...

—Venga usted —respondió el profesor Mertin, poniendo su mano sobre el hombro de Rasmussen—. La mesa está puesta: vamos allá y explíquenos usted algo de alquimia.

Todos volvieron a entrar en la sala y tomaron asiento alrededor de la mesa de té, elegantemente servida. Enseguida el profesor Mertin tomó la palabra:

—Bueno, señor Cónsul, cuéntenos cómo se hace el oro; pero como Rosa-Cruz, por magia. Yo quisiera ayudar al gobierno a cubrir las cargas de la guerra.

Rasmussen se sonrió, tomó un gran sorbo de té y luego se dirigió a todos los invitados:

—Señores: Permitan ustedes que les conteste con un cuento que mi viejo amigo, don Francisco Hartmann, relataba casi siempre, cuando le preguntaban: ¿Cómo se hace el oro?

—Cuenta usted.

—Una vez, Francisco Hartmann fue visitado por un discípulo. “Maestro” —le dijo éste—, “deme usted la piedra filosofal y el procedimiento para hacer oro”. El maestro le dio un pequeño paquete con unos polvos rojos, indicándole que debía echarlos en el plomo en ebullición, que inmediatamente se transformaría en oro, bastando una cantidad mínima de los polvos. Pero había que echarlos con suma lentitud, es decir, empleando de tres a cuatro minutos, por lo menos, y con una sola condición, *sine qua non*, que, durante la experiencia, no debía pensarse en ningún burro.

“¿Cómo!” —exclamó el discípulo—. “Lo dice usted en serio?”

“Sí, completamente en serio”. Hágalo así.

“Bien, así lo haré”.

El discípulo se marchó. Lo probó y lo volvió a probar siempre de nuevo; pero nada logró. Por más que se esforzara, tenía que pensar siempre en el desdichado burro.

por fin se presentó nuevamente al Maestro, y le reprochó:

“Usted tiene la culpa de que no pueda hacer oro. Si usted no me hubiese hablado del burro, no se me hubiera acudido jamás pensar en ese animal”.

—Así, pues, señores —volvióse ahora Rasmussen hacia el profesor Mertin—, ahí tiene usted la receta.

El cura Bromm dijo:

—Este ha sido un chiste por excelencia.

—De ninguna manera, señor reverendo —prosiguió Rasmussen muy serio—. Lo que les he contado no es ningún chiste, sino la pura verdad. Si el discípulo hubiese tenido tal poder sobre sus pensamientos, que hubiese podido excluir de su memoria la indicación del Maestro, entonces habría tenido el poder de hacer oro. Prueben, por una vez señores, a permanecer un par de segundos sin pensar en algo y verán ustedes que no lo pueden hacer. Yo lo puedo y por eso soy capaz de efectuar estos fenómenos, lo que solo realizo como excepción y obedeciendo a indicación superior.

Estas últimas palabras no dejaron de ejercer una profunda impresión en los presentes.

Se produjo un silencio general y ya nadie se atrevió a dirigir la palabra a Rasmussen.

El profesor Mertin no dejó de dedicar al Rosa-Cruz frases de agradecimiento por la noche tan entretenida y le pidió perdón por si él o alguno de los otros señores se hubiesen propasado en algo, quizás, en sus preguntas y respuestas.

Rasmussen y Reiman fueron los primeros que abandonaron la sociedad, mientras que los demás se quedaron aún, para cambiar impresiones sobre tan interesante noche.

X

Ya en la calle, Bernardo volvió sobre el tema del oro; y entonces Rasmussen amplió sus explicaciones, diciendo:

El matraz, la gran retorta de la Alquimia, en nuestra tierra. El fuego que arde en la transmutación son nuestros sentimientos y pasiones, que hacen hervir constantemente el metal (nuestra personalidad), para que las escorias se aparten y resulte limpio el oro de la iniciación de nuestra individualidad.

El sabio Rutherford ha logrado desintegrar el fósforo, que es el cuerpo con átomo más pesado.

Este átomo contiene 31 protones, y el oro que tiene mucho más, alcanza a 197. Si tuviera más, como el radio por ejemplo, podría estallar, bombardear más manifiestamente.

El átomo del oro se compone de un conjunto de 193 protones y 118 electrones. Después sigue el mercurio con 200 protones y 120 electrones.

Sabemos que todas las transmutaciones se obtienen sacando protones del conjunto; y por eso hizo bien Mierthe en valerse del mercurio para obtener oro, pues quitándole protones y electrones hasta obtener los que tienen el oro, ese metal tenía que resultarle por fuerza.

Ya el hombre no necesita ir a remover las entrañas de la tierra para sacar este metal amarillo, que ha sido la felicidad para algunos y también la desgracia para la mayoría de los que lo han poseído en exceso. El año pasado, las rotativas de Inglaterra habían traído la noticia de que un inglés había logrado hacer oro, pero luego resultó ser un charlatán, que al hacer la demostración había escamoteado el producto poniendo oro natural en su lugar.

El mundo estaba, pues, sobre aviso y al leer la noticia en la prensa, pudo creer que se trataba de un nuevo “bluf”, ya que el oro es un elemento cuya fabricación hasta ahora muchos creían imposible.

Podemos estar sin cuidado; el químico que ha resuelto el problema, no es un desconocido; su nombre solo es una garantía de que cuando él lo ha lanzado a la publicidad, el hecho es real y positivo.

El Consejero del Imperio, Profesor Universitario, doctor Miethe, es una figura conocida en el mundo entero; es una especie de Edison alemán que ha inventado una serie de aparatos ópticos y hasta la luz de magnesio en su aplicación actual se debe al genio de este inventor.

Pocos días antes de estallar la guerra mundial, una expedición de hombres científicos del mundo entero se había trasladado a Noruega para observar el día 21 de Agosto de 1921 el eclipse solar; en aquel entonces el nombre de Miethe estaba en boca de todos, pues él presidía la Junta de estos sabios.

De manera que, al oír el nombre de Miethe, todo el mundo se quita el sombrero, pero los inventores son dos; además de Miethe el cable mencionó el doctor Stammreich.

Si el primero de los mencionados lleva la experiencia de los años, pues ha encarnecido en el laboratorio, Stammreich cuenta apenas veintiún años, él es todo ilusión. Los catedráticos de Alemania son muy exigentes al escoger sus ayudantes, y, sin embargo, Miethe no tuvo empacho alguno de

manifestar ante la Junta Universitaria, que este joven le había llamado la atención durante el curso, por sus atrevidas concepciones.

La química conocía, desde antes del descubrimiento de Curie, la descomposición de las sustancias radioactivas.

El que lee las obras de Mme. Curie, sabe que el radio se descompone en el espacio de 2000 años y que la ciencia era impotente tanto para acelerar como para detener este proceso; el inglés Rutherford deshizo por medio de una corriente eléctrica los átomos del nitrógeno. Más allá nadie se había atrevido aún; hasta hoy día Miethe ha logrado descomponer el azogue, obteniendo oro puro y legítimo.

Teóricamente este asunto ya estaba resuelto hace mucho tiempo, pues todo estudiante de Química conoce la siguiente fórmula: $Hg-He-Ae=Au$, lo que quiere decir; azogue menos helium, igual a oro.

Sabemos que el peso atómico del azogue era 201, y que un átomo de oro pesaba 19.

Restaban, pues, cuatro, que era el peso atómico del beryllium o del hidrógeno. Pero la práctica era lo difícil, ¿cómo transmutarlo?

Solo al pensar en la transmutación de metales parece que salían de los sepulcros los Rosa-Cruz de la Edad media; era despertar de su tumba a un Paracelso, era dar crédito a lo que se llamaba superchería de Nostradamus y Cagliostro, que bajo el nombre de Saint-Germain transmutaba el oro en las retortas de la alquimia.

Así como muchos fenómenos y hechos realizados por aquella gente medieval han sido combatidos por una superchería indigna, y sus obras descansaban empolvadas en las bibliotecas de las Universidades y Conventos, ya hay hombres que sacuden este polvo de siglos, leen entre líneas y se lanzan a experimentar y seguramente que los sabios alemanes no podían esquivar tampoco esta ola que ha invadido la ciencia moderna para escudriñar en el pasado.

En muchos inventos dicen que la casualidad facilitó a los hombres de ciencia el sendero de sus grandes descubrimientos. Yo no soy escéptico, no creo en la casualidad y soy partidario de la causalidad, creo en el destino, acepto la intervención de la mano de un Todopoderoso que guía a los hombres. pero escuchemos lo que dice el inventor:

“El año pasado un fabricante, el ingeniero Jaenicke, me facilitó una lámpara nueva, y ésta, dije, una más; en la práctica vi que dejaba cierto residuo que, poco a poco, la inutilizaba.

“Llamé al inventor de la lámpara para ver como podía subsanar este inconveniente; él me dijo que desconocía la composición de este residuo.

“Como químico inmediatamente lo analicé y ¡encontré oro! De manera que en esta lámpara se había hecho la transmutación. Mi ayudante y yo inmediatamente nos pusimos a construir aparatos donde poner el azogue durante 200 horas bajo una corriente eléctrica de 2.000 vatios y así logramos la descomposición del azogue”.

Este es el secreto de la transmutación del oro, sencillísimo desde el punto de vista teórico; pero debe ser muy complicado y carísimo en la práctica, pues el mismo Miethe dice que, hoy por hoy, su

descubrimiento no tiene aplicación práctica, no es más que una experiencia de laboratorio. Pero yo digo, ¿y mañana?, y no quiero decir con este mañana los siglos venideros, yo tengo la seguridad que es sólo cuestión de años, y este problema será prácticamente resuelto.

Mientras tanto, los químicos deben investigar, deben dedicarse a la transmutación, éste es su campo del porvenir y nosotros, los que no somos químicos, también transmutemos, descompongamos en el crisol de nuestra personalidad nuestros vicios y pasiones para que resalten transmutados en el oro de la virtud y de la caridad; quizás podamos descubrir como el químico en su matraz, cosas encerradas en nuestro yo interno.

XI

Sin que lo supiera nadie, la señora Reiman había tenido una entrevista con la viuda de Kersen, en que la primera había ofendido en lo más íntimo y sagrado a la madre de Elsa, acusándola a ésta, de que solo la guiaba el interés de atrapar a un marido rico para su hija ciega.

En esta ocasión, el alma pervertida y negra de la una, habría herido hondamente la blancura inocente de la otra. Pero podemos sospechar lo que pasó entre las dos, por las frases lanzadas por la señora Kersen a Bernardo, pidiendo a éste no volviera a la casa.

La señora Reiman, que había llegado a su casa después de dar una vuelta, pues quiso que primero se le pasara el enojo ocasionado por la señora Kersen, ordeno esta vez ella misma el aposento de su esposo, con especial cuidado, poniéndole los mejores bocados, como también una fuente con fresas silvestres azucaradas, su fruta predilecta y, además, un ramillete de rosas frescas.

Ella se sonrió al presentir el triunfo que iba a obtener, gracias a su astucia. Le constaba que su esposo volvería a caer en el garlito cuando viera la solicitud y el tierno cuidado de que ella lo rodeaba. El amor del hombre, pensó, entra por el estómago. Esto es universalmente sabido. Así pues, ¿por qué iba a ser justamente su marido una excepción, él que siempre tenía un buen apetito y chasqueaba la lengua cuando sentía olor a buen asado?, calculó ella.

Esta receta es a veces de un efecto sorprendente en naturalezas varoniles.

Él tenía que llegar de un momento a otro. La hora a que generalmente llegaba a casa, ella no la sabía. En los últimos tiempos no se había preocupado de ello, pues ya hacía mucho que el uno pasaba al lado del otro como extraño. Seguramente debía haber algo extraño entre ellos, que los alejaba.

Sus ojos se vitrificaron mirando fijamente en el vacío, cuando se puso a pensar en ello.

De pronto presentóse a su imaginación la señora Kersen. Esta había pregonado a voz en grito, por decirlo así, que era la elegida de su corazón, y ahora quería cautivar además a su hijo.

¡Qué mujer!

Sus pensamientos no pudieron seguir adelante. La puerta se abrió precipitadamente y frente a ella hallábase su esposo, quien con mirada de asombro la contemplaba de arriba abajo...

—Parece que mi presencia poco te alegra —empezó la señora Reiman con una irónica sonrisa.

—Efectivamente, estoy admirado...

De repente se interrumpió.

—¿O es que ocurre algo especial? —preguntó con brevedad.

—Es que, de otra manera, no tienes costumbre de venir a mi cuarto y menos a estas horas.

Hizo como si no viera el cuidado con que estaba preparada la mesa, y no quiso dignarse mirar las rosas.

—Habla, pues. ¿Qué sucede? —insistió él—. Aun tengo que escribir algunas cartas.

Por consiguiente, explícate pronto. Costábale a ella gran trabajo dominarse.

—¿Es que tienes mucha prisa hoy en liberarte de mi presencia? —le preguntó maliciosamente—. Me acuerdo de un tiempo en que me buscabas.

El se rió forzosamente.

—¡Ya! ¡Ríete! Cuando vamos entrando en años, las mujeres solo hacemos un papel secundario ante vosotros.

Extrañado de su reproche, alzó la vista hacia ella.

—¿Cómo te sobrevienen tales pensamientos? En todo caso, yo no te he dado motivo alguno para estas quejas. Tienes todo lo que deseas, riquezas y un muchacho sano y formal.

La señora Reiman notó que su método era falso y que tenía que acudir a una nueva táctica para influir en su marido.

—Tienes razón —contestó después de reflexionar un rato—, estoy desagradecida...

Cuando todo lo que tengo, lo tengo por ti...

Hipócritamente, lanzó un gemido sordo, al pronunciar estas palabras.

—Pero yo estoy enferma, enferma de verdad. Por ello tienes que disculparme.

Él la escuchó admirado.

—¿Tú estás enferma...?

—¡Sí, naturalmente que lo estoy!

—¿Vuelves a tener quizás tus nervios irritados?

—Puede ser... Por lo visto, ya no puedo soportar bien el aire de la gran ciudad, el barullo, el ruido, día por día; hasta de noche me despierto sobresaltada.

—Entonces vete a algún lugar tranquilo, en donde tus nervios vuelvan a recuperar su equilibrio. Nuestro médico ya te indicará alguno apropiado.

Ella quedóse mirando vagamente.

—¡No, no quiero salir! Tengo que quedarme cerca de Berlín.

—¡Ah! Bueno. Entonces...

—Pero bien tenemos nuestra pequeña casita en Schmargendorf. Bien podemos vivir allí —lo interrumpió ella—. Está tranquila y silenciosamente entre praderas y bosques y tiene también un hermoso jardín.

—¡Qué...? Esto no puede ser —exclamó él, levantándose de la mesa—. No vas de ninguna manera. La pequeña casa pertenece a la señora Kersen.

—¿A la señora Kersen? —repitió ella, haciéndose la altamente admirada. y luego añadió:

—Pero solo mientras no la ocupemos nosotros, como los verdaderos y legítimos propietarios, que bien lo somos.

—¿Propietarios? Ya no lo somos. La casa pertenece a la señora Kersen. Su marido me la compró antes de morir.

—¡Ah!, ¿sí? Pues tú no me habías dicho nada de ello.

—¡Cómo! ¿Sostienes que no he dicho nada? Tú estás informada hasta del más ínfimo detalle.

—¿Es que la hipoteca de que una vez hablaste, ya está paga? Bien tenías una suma mayor sobre la casa.

—Efectivamente, y ella me paga los intereses. —Entonces denunciarás tu hipoteca —exclamó ella con dureza—. De esta manera volveremos en posesión de nuestra casa; lo que estamos obligados a hacer por nuestro hijo, nuestro heredero.

Él contempló a su mujer con agudeza.

—¿Me estás hablando en serio? ¿Quieres que denuncie la hipoteca a la señora Kersen?

—Pues sí. Me parece lo natural. ¿Y por qué no?

—Pues yo no pienso, en absoluto, en tal cosa. Yo creo que no tienes tus sentidos cabales.

—¿Y tampoco si lo pido por consideración a mi salud?

—Tampoco entonces. La mujer estaría arruinada. Considera tan sólo, que entró en la casa como mujer joven y allí dio a luz a su desgraciada hija. Allí aprendió su hija ciega a correr y jugar, de manera que conoce camino y sendero. Sabe encontrar todos los rincones de la casa. A esta pobre mujer, ya de por sí tan digna de lástima, le quitaría con ello...

(La señora Reiman rióse con dureza.)

...su único sostén. Le costaría la vida, pues desde la muerte de su marido se ha cultivado ella misma en el pequeño jardín, todas las legumbres, frutas y cuanto necesita. No, no; es un absurdo, no puedo hacerlo. Sería además una vil ingratitud hacia su difunto esposo, que fue para mi fábrica un

funcionario hábil y sumamente concienzudo, pudiéndole nombrar, ya después de pocos años, apoderado mío.

Además, fue mi amigo en el sentido más noble de la palabra. En su lecho mortuario, le juré ser siempre un amigo leal de su familia y esto lo cumpliré absolutamente, tenlo presente. Además, la hipoteca ha sido registrada como no denunciabile mientras vivan las dos.

—¡Pero tiene que salir de allí! —objetó con altos gritos la señora Reiman a su marido—. ¡Tiene que salir a la fuerza! ¿Que se deje comprar una casa por su cuñado rico (ese aventurero venido de México: ese ricacho de que tanto pregonan por aquí, y del que tanto ruido mete)! —gimió ella—. Sí, dicen que tiene dinero a montones; que sabe hacer oro, el charlatán ése. Pero, naturalmente, él... se esquiva, y deja que personas extrañas se cuiden de su hermana.

—No debes hablar de personas que aun no conoces —replicó Reiman, mientras su mujer, al darse cuenta de que el proyecto de su aparente enfermedad, tan bien preparado, quedaba frustrado, mostró ahora sin disimulo alguno todo su odio, e insistió.

—Me lo he jurado a mí misma: esa mujer tiene que salir de allí.

Reiman abrió desmesuradamente los ojos. Hasta llegó a dudar del juicio cabal de su esposa.

—¡Pues sí! —¡Tiene que salir! —volvió a gritarle de nuevo—. ¿O te crees tú que estoy dispuesta a seguir admitiendo vuestras secretas citas?

Esto ya fue demasiado, y Reiman pudo darse cuenta de lo que su mujer se proponía.

—¡Estás loca! ¡No las tienes todas contigo! —dijo, encolerizado.

Pero la señora Reiman no se dejó intimidar por la furia de su marido.

—¡Oh! —exclamó—, yo lo sé todo. A mí ya no me puedes hacer creer este cuento de vuestra pura amistad o tonterías parecidas. ¿Lo que es? ¡Tu querida! Tu concubina, que hasta quiere cautivar a mi hijo para su muchacha. ante tales palabras, Reiman ya no pudo contenerse más —¡Te prohíbo —exclamó lleno de ira— hablar en tales términos de esa mujer, que en todas partes es mirada con el mayor respeto! ¡Vergüenza debiera darte una sospecha tan vil, contra esa mujer que fue lo bastante magnánima para concederte su protección.

—¡Ya, ya! —replicó ella, exacerbada—. ¡Para aprisionarte, luego, tanto más!

—La peor de las bajezas es la ingratitud..., y yo sentiría muchísimo tenerte que contar entre tales naturalezas —profirió él en su manera tranquila y prudente—. Pero —prosiguió elevando la voz—, guárdate de tender el arco demasiado, pues podría romperse y yo lo sentiría mucho por ti.

—¡Ah! ¡Me amenazas! ¡Me quieres echar! ... ¿A tal punto han llegado ya las cosas, que tú me amenazas con echarme? —gritó ella temblando con todo su cuerpo—. ¡Y por una mujer así...

De repente, rompió a llorar desconsolada...

Él dejó tranquilamente que se expansionara. El viejo Reiman se dio cuenta de que el estado de irritación de su mujer era enfermizo. por consiguiente le dijo, compasivo, después de algún rato:

—Lo mejor, Augusta, será seguramente que te vayas a la cama. Tus nervios excesivamente excitados, necesitan descanso.

Con estas palabras, condujo a su mujer, que seguía llorando arrebatadamente, y que, por lo visto, se hallaba histérica, a su dormitorio.

Reiman quedó meditando sobre el matrimonio, el histerismo y la sensualidad.

XII

Mientras las condiciones fisiológicas y psicológicas difieren, nuestro poder de percepción tiene que ser diferente; por eso el músico, el pintor, es un especialista, desde el punto de vista psicológico.

El Rosa-Cruz debe refinar sus sentidos y sentimientos y lo consigue solo cultivando con ahínco los estudios herméticos.

Debe ser soñador, idealista, refinadamente artista. El verdadero Rosa-Cruz será pintor, músico, poeta, aunque no sepa manejar pinceles, piano o ignorarimar, pero todavía no será por eso mago, ni lo llevara al extremo necesario, si no domina la pasión material, mientras no mate su ego animal.

Tenemos, pues, tres categorías de seres: los insensibles, los hipersensibles y el consiguiente término medio; existen aún impresionables solo para ciertas cosas, pero no hay ninguno que no haya sentido la excitación, el deseo de poseer a una mujer;

hasta los eunucos, los hermafroditas, tienen momentos, aunque pasajeros, en que desean hacer suya a una mujer.

Ello es necesario, es una condición biológica en el hombre; pero ahí está el gran problema, de como aprovecharlo, para bien o mal, para alimentar el animal o cultivar a Dios, para denigrarse o elevarse, para ir adelante o retroceder.

La potencia sexual es la vida, el poder, la fuerza; vemos a un tísico que apenas puede levantarse, un reumático a quien sus dolores no le permiten moverse; hasta ponerlos en contacto con una mujer, para que recuperen toda su fuerza, toda su agilidad.

Hay seres inferiores, a los cuales se les pueden mutilar los miembros, una pierna por ejemplo, sin que sientan dolor en el acto sexual.

El esclavo solo puede elevarse a poder mandar, después de ser libre. Un hombre esclavizado por sus instintos bajos, por sus pasiones, no podrá influir, no dominar a otros. Solo los hipnotistas natos, que suelen nacer como fenómenos, pueden influenciar, a pesar de dar rienda suelta a sus vicios; pero el que quiere aprender a hipnotizar, es decir, a dominar a otros, sin haberse dominado a sí mismo, no logrará su objeto.

Veamos cómo influye la potencia sexual sobre la fuerza mental.

La glándula pineal, rompecabezas de los sabios, esa pequeña glándula de nuestro cerebro, según los hindúes, es una ventana de Brahma, es un acumulador para el hipnotista y para el mago. Desarrollada esa glándula, hace efectuar a los fakires aquellos fenómenos tan sorprendentes, de fascinación de masas.

Esta glándula hallábase muy desarrollada en los Santos que operaban milagros, y las tienen agrandadas los negociantes que comercian con éxito, y también los Edison, y todos los que se adelantan a su época. Se halla atrofiada en los idiotas, en los hombres de poca fuerza de voluntad, en fin, en la mayoría de los humanos. Es menester para el ocultista, desarrollar esa glándula, y el secreto lo posee la magia sexual en cumplir la ley: “No fornicarás”.

Pero tiene sus peligros, y por eso es necesario explicarse, para evitar a los aspirantes a Rosa-Cruz el cometer errores, y que caigan en los extremos; creo que es menester abrirles los ojos e indicarles donde pueden hallar algo grande, avisarles que el refrenar demasiado, acarrearía enfermedades nerviosas, muchas veces incurables. Naturalmente, no se puede dar la clave lisa y llana, ésta debe descubrirla cada cual, según su adelanto.

Sucedará que este libro, en manos de cualquiera, será solo novela, una tontería; pero en poder del llamado, será una luz, un faro útil que dejará leer entre líneas un secreto enorme, grandioso, sublime.

La mujer ha sido creada para perpetuar la especie; el hombre halla en ella su dicha, debe ser su compañera, y, como tal, debe desearla, impulsado por el amor; pero ¿sucede en la mayoría de los casos?, ¿es realmente amor o deseo? Ciertamente lo último es lo frecuente. La mujer despierta ante todo, ansias de poseerla; mientras esas ansias no se satisfacen, vibra en el hombre lo más elevado, lo más grande, lo más divino; el amor, una vez satisfecho, generalmente concluye. Se ama al ser ausente; se ama, de verdad, a la mujer que no se consigue; hasta a la que se pierde, como al morir, o al abandonarnos. Si, ya poseída la mujer, el verdadero amor se pierde, y solo se vuelve a recuperar después de algún tiempo al perderla, en esto está el misterio del Génesis. Eva comiendo la manzana, perdió el derecho al paraíso.

Ciertamente, el matrimonio es la unión del sexo masculino con el femenino, para perpetuar la especie; pero es menester que en el matrimonio solo se entregue uno al otro, en un éxtasis de amor inconsciente, pues hasta desear el goce material, para que el hombre se rebaje al animal, que solo apetece la satisfacción de apetitos brutales. Más; se denigra más bajo que el animal irracional; pues éste, por leyes fisiológicas, tiene cierto tiempo de brama, en que solo guiado por el instinto se une con su género opuesto, y el hombre, que tiene en su voluntad cometer ese acto o no, es responsable si hace mal uso de él.

La naturaleza jamás deja de castigar; por eso vemos matrimonios que antes de casarse se amaban y aunque dure la ilusión más o menos tiempo, la reacción nunca deja de esperarse; hay todavía otros que se soportan por rutina o debilidad, pero no gozan la verdadera felicidad a que puede aspirar y tiene derecho el ser humano.

Para el acto se necesitan momentos psicológicos determinados, en que se experimenta una voluptuosidad suprema, en que ambos sienten delicias indiscutibles;

si en ese momento la pareja hubiese experimentado simultáneamente algún deseo, y éste hubiese tomado forma en el plano astral, habrían traído la realización de ese deseo; habrían cometido un acto de magia.

Hay un acto de magia sexual, hay cierto connubio que sabe efectuar el mago, para sus fenómenos, en que puede con su fuerza mental, en este momento preciso, sanar o matar, enriquecer o arruinar, al que se propone. Para ello hay una clave, un secreto, que podéis buscar, yo tendré buen cuidado de no divulgarlo.

Pero esto no interesa a todos los lectores; es menester haber estudiado algo de ocultismo. Para el público sería ese secreto una arma horrible, con que podía impunemente cometer crímenes, sin que la justicia humana le alcanzara.

El matrimonio, que debe simbolizar, en el hogar, el cielo en la tierra, se convierte después del casamiento y en poco tiempo, en más o menos infierno. Si al principio existió la unión espiritual, luego el hombre que esperaba algo superior, lo que no puede satisfacer, busca a otras mujeres, trata de alcanzar la dicha fuera del hogar, vienen las comparaciones, y el castillo de naipes, pompas de jabón, se deshacen, resultando que, generalmente, de una víctima y un victimario, casi siempre el último es el hombre, pero también los hay víctimas. El lazo fluidico de su unión, se deshace poco a poco; y, si no uno, ambos concluyen mal, cuando no saben o no quieren soportarse.

El verdadero amor, no tiene nada que ver, ni con la ceremonia religiosa, ni con el pacto social, éstos son convencionalismos sociales, que a veces hacen más daño que beneficio. La verdadera unión se hace en espíritu; y cuando todas las circunstancias están previstas, por las leyes superiores, se efectúa sin poderlo evitar, siendo la mujer soltera o casada, virgen o no. Es una atracción misteriosa e inexplicable.

Muchas veces los jueces castigan casos de inocentes, verdaderamente irresponsables; mujeres que se entregan, impulsadas por amor, y, ya satisfechas, se arrepienten, acusan y hacen castigar, siendo ellas las principales culpables. Hay ahí un hipnotismo inconsciente, en el cual ya uno u otro obedece irremisiblemente; castigarlos, es igual que condenar a un loco o a uno que cometió un delito en estado hipnótico, que está previsto en la medicina legal. Mucho más cruel es la sociedad, en repudiar o despreciar a estas víctimas. ¿Sabe ella acaso el fenómeno íntimo que se efectúa? ¿Conoce como la serpiente fascina, hipnotiza, al pajarillo que luego devora?

El Rosa-Cruz mago siente la misma excitación nerviosa al operar, que otro ser lleno de deseo. Si supieran los hombres lo que pudieran hacer en este momento de nerviosidad, seguro que lo harían todo, menos seguir a la mujer.

Todo fenómeno en el plano material, es provocado en el plano espiritual y solo las uniones que se efectúan ahí, son duraderas; solo en ellas está el verdadero goce, que los demás humanos ignoran; solo en la unión espiritual, residen el placer, el éxito y el poder.

Por eso, jóvenes, huid, aunque sean hermosas, de las mujeres sin alma e incapaces de unirse espiritualmente. Evitad casaros por interés o por otros motivos. Examinad primero, si vuestra amada os pertenece en espíritu; sin ello, no podéis ser feliz por tiempo indefinido, ni acaparar fortuna, sino en raras ocasiones...

¡Cuántos fueron hombres de suerte o fortuna antes de casarse! Después, desde que se unieron a su mujer, todo fracasó: los persiguió una mala estrella, debido a que antes sus empresas eran manejadas por fuerzas mentales potentes, que perdieron al gastarse en la unión sexual. A la inversa, hombres que nunca consiguieron antes nada, bastó que se casaran, para que el éxito, la fortuna, les fuese favorable, debido a que el fluido sexual de la mujer les faltaba, y ahora el de ambos estaban afines, y el poder de que carecían, les vino inconscientemente.

Otro problema necesario de advertir y que hace tan decrepita, enfermiza, impotente a la generación actual, es el vicio de la masturbación, tan arraigado en la juventud de ambos sexos. Si supieran los padres y los maestros el grave daño que hacen al no advertir el peligro a sus hijos y discípulos, tomarían medidas adecuadas para el caso.

Todos, en los primeros años en la escuela, lo hemos tenido, y comprendemos el perjuicio que nos ha ocasionado; pero una cobardía moral mal comprendida, nos impide abrir los ojos a nuestros pequeños.

¡Cuántas voluntades se agotan, cuántos rostros, que pudieron haber sido bellos, se marchitan, cuantas existencias se truncan, por no dar la voz de alarma!

Los estudios de Rosa-Cruz nos enseñan que el semen es el astral líquido del hombre, es la vida, encierra el poder.

Si no hacéis uso de vuestros órganos genitales, se atrofian y ya no sois hombres, os convertís en seres impotentes. Por eso el problema es tan difícil, y no existe mas que este dilema: O cometéis el acto, como un acto necesario, como el comer, con un ser al cual no queréis, ni apreciáis, y sin mezclar vuestros sentimientos espirituales; o lo hacéis en un éxtasis de amor, con el ser a que estáis seguros de permanecer unidos por toda la vida.

En la patria de Sócrates, en aquella hermosa Grecia pagana, la hetaira era sagrada, era elevada al rango de sacerdotisa del amor: ella servía para satisfacer las necesidades de los Atenienses, sin que éstos gastasen sus energías intelectuales. Y, como tal, la prostitución es hasta hoy una necesidad social, en lo único que hacemos mal es en humillar y escarnecer tanto a esos seres y enaltecer demasiado a ciertas mujeres casadas. Mal que nos pese, debemos aceptar la definición de Pablo Robin, que dice: “La principal diferencia entre las mujeres consiste en que, las calificadas de honradas, trafican al por mayor, y las prostitutas, al menudeo. Estas venden sus besos por necesidad a todo el mundo, aquellas los suministran a un contratista vitalicio”.

Pretender satisfacer el acto con el ser querido y experimentar goces animales, no es posible, más fácil es juntar el aceite con el agua. El mismo espíritu lo castiga, acabando vuestra fuerza de voluntad, trayendo dolores y enfermedades, y así perdéis el paraíso prometido.

El Gran Todo, el Alma Cósmica, es el gran almacén universal, de ahí se reparte todo, como por reflejo. La vida individual es solo una parte de la vida universal, como el amor particular es una chispa del gran amor universal.

Con amar a un ser, hacemos vibrar todas las vibraciones del amor universal y siendo el amor origen, principio, energía impulsadora de todo, los átomos químicos no son en su principio íntimo sino compuestos de amor, y al unirse el átomo oxígeno e hidrógeno en agua, se realiza un maridaje pasional.

El amor, como ya he dicho, es el origen de todo lo que se agita y muere.

Dios es amor y su amor realizó la creación.

Cuando el hombre se une en el acto secreto a la mujer, es un Dios, pues en este momento se convierte en creador. Los videntes dicen que en el momento preciso del amor, del espasmo, ven a los dos seres envueltos en una ráfaga de luz, muy brillante;

se envuelven en las fuerzas más sutiles y potentes que hay en la naturaleza. Si saben aprovechar el momento, si saben retener esa vibración, con ella pueden operar, como el mago para purificarse y conseguir todo. Si no saben respetar esa luz, los abandonará, para recluirse en las corrientes

universales, pero dejando tras de sí las puertas abiertas, por donde se introduce el mal. El amor se convierte en odio, la ilusión deja lugar a la decepción.

Como el amor, todas las manifestaciones de la naturaleza tienen en el plano material sus acumuladores. La mujer joven, generalmente, es un acumulador de lozanía, de salud y belleza, transmisible como todo a otros. Todo ser es un vampiro, que puede atraerse esas cualidades para sí. Las corrientes fluidas materiales, una vez chocadas, una vez confundidas entre sí, se neutralizan y se repelen; las corrientes espirituales, por metafísicas, no son alcanzadas por esas leyes físicas.

Meditad, hombres casados, ¿Habéis alcanzado en el matrimonio el éxito, la satisfacción que esperabais? No os engañéis, no os hagáis ilusiones, no os ofusquéis por la voz de la materia y tengáis que decir: Tiene razón y ahora me explico muchas cosas, que antes no comprendía. En el Perú, en la India y en México hay brujos, hechiceros, de los cuales los que no averiguan se ríen.

Estas brujas o hechiceras han conocido ciertos secretos por tradición de sus antepasados, para hacer mal. Los hay, que hacen muñecos de cera y los clavan con alfileres; yo he conocido casos patentes, en que operaban con éxito, pues la mayor parte emplean la magia sexual, y como primer agente, la sangre, el líquido menstrual y el semen. Hace años, en Santiago de Chile, un amante, por vengarse de su ex querida, operaba en su contra, valiéndose de ropa usada. Llegué a ver en el hospital la muerte del mismo, y al dar cuenta a la justicia se rieron del demandante y el asunto quedó sin castigo. Hoy mismo conozco un caso en que un conocido mío, valiéndose de sangre adherida a un paño y de una capa que usaba su amante, opera contra ellos.

Cuando vea el resultado publicaré mis observaciones, con detalles amplios, por ser estudios curiosísimos, que aunque muchos no creen en brujerías y clasifican estos hechos en el escalafón de supercherías, en el ánimo público esta que son cosas reales y que a cada rato nos vemos enfrente de casos inexplicable de enfermedades, que no encontramos la causa.

Por de pronto, puedo anticipar que la amante de referencia, se volvió loca irascible.

¡Cuántas veces vemos hijas que abandonan el hogar con un tenorio de barrio, que no supieron apreciar el dolor de una madre desilusionada; se enferman o mueren o les acontece cualquier otra desgracia!

Conocí el caso de un galán que perdió la vista, sin que la ciencia pudiera encontrar la causa. Se dice: ¡Castigo de Dios!, imaginando que existe un Dios personal, que con un látigo en la mano, corrige a sus criaturas. No, querido lector; es la influencia de la mentalidad de la madre que vibra sobre el traidor, hasta destruirlo. Si aquel se hubiese unido a su amante en un sentimiento de verdadero amor, las corrientes mentales de la madre no le alcanzarían, pues el amor puro es una coraza férrea que todo lo rechaza; pero si sólo existió el deseo carnal, no hay excepción, serán castigados, tanto él como ella, según la magnitud de la falta y el poder mental que pide venganza.

La magia es la exteriorización de la fuerza de voluntad. Esta puede servirse como vehículo del amor o del odio; el primero lo emplea el mago blanco; el último el negro.

Sus alcances dependen de la intensidad, cómo, y el tiempo que sabe vibrar, pero el resultado es inevitable, forzoso.

¡Cuántas veces llegan a nuestros consultorios estos enfermos que dicen estar embrujados, que alguien les ha hecho daño! Los médicos se ríen de estos casos y para deshacerse del cliente, recetan bromuros, y sin embargo, hay en el fondo una verdad; estos individuos están atormentados, heridos y perjudicados por la corriente mental del que querían impunemente dañar en otros tiempos. Es la ley de Karma que los alcanzó; la mano de Dios que supo castigar. Lo que el brujo hace a sabiendas, ellas se lo proporcionan inconscientemente.

Cuando el Rosa-Cruz ve a mujer bella y hermosa, debe tratar de atraerse esas bellas cualidades para sí, cargarse de fluido bello y sano. No por eso daña a la mujer, porque su poder acumulador no se agota; mientras más esparce, más acumula.

Cuando un viejo decrepito se casa con una muchacha joven, lo vemos de pronto rejuvenecerse, y a ella languidecer; concluye, se agota. Es que el anciano atrae demasiado la vitalidad de la cónyuge. Más tarde se establece cierto equilibrio, hasta que la fuerza prestada se vuelve y ella torna a su esplendor y lozanía. Sucede lo contrario cuando una vieja se une con un hombre más joven, su vejez se precipita y el galán busca de satisfacerse, engañándola.

Para el matrimonio moderno, no se tiene en cuenta nada de estas cosas, ni las condiciones fisiopsicológicas de los contrayentes; lo esencial es llenar las fórmulas sociales; se casa el dinero con el dinero. He ahí el motivo de la degeneración actual, y obligación es de los que saben, incitar una corriente de propaganda en pro de salvadoras ideas a este respecto.

He leído un trabajo sumamente interesante ante el Congreso Internacional de Higiene y Demografía celebrado en Berlín en 1907, sobre la disminución rápida de la población en Francia, en que el autor quiere descubrir causas por todas partes, sin que se le ocurra la verdadera, es decir, el relajamiento de los placeres sexuales. En Francia, donde el refutamiento por conseguir goces ha llegado a un grado tal, que la misma naturaleza se revela, hace que ya no haya hijos; y ese pueblo que lucía en su Metrópoli el nombre cerebro del mundo será el prostíbulo, si el vértigo del relajamiento y la perversión sexual no se detiene. No quiere decir esto que sea aquel el único factor que atrae este resultado. En Francia los matrimonios, generalmente, no quieren tener hijos, y procuran, por todos los medios artificiales, no concebirlos.

A diario acuden a nuestros estudios médicos, ciertos enfermos, cuyo aspecto fuerte y robusto nos lleva a falsas conclusiones. Los creemos completamente sanos y el mismo examen clínico nos confirma la opinión de que este paciente no debía haber venido hacia nosotros; y, sin embargo, estas personas están muy enfermas, sufren lo indecible y la mayor parte de los médicos las declaran incurables.

Eso hacen los honrados. los explotadores, los traficantes de la medicina, suelen recetarles tónicos, unas veces también sedantes, las otras afrodisíacos, aunque casi todos ellos, en su fuero interno, están completamente convencidos de que todo es inútil, que todo sale sobrando.

Los enfermos a que me refiero, son los que sufren de neurastenia sexual. Son hombres que sienten deseos como los demás, ansias de efectuar el connubio. Tienen erecciones normales; pero, en el mismo momento del acto, fracasan; les basta aproximarse a la hembra para que la erección ceda en absoluto, quedando naturalmente con un estado nervioso, con una desesperación espantosa y terrible.

Esta enfermedad puede durar años. No es, como se cree muchas veces, consecuencia de abusos, ni tiene ninguna causa inmediata. Se podría decir que viene esta enfermedad por que sí.

El médico que no estudia el parapsiquismo, es incapaz de comprender este estado patológico y mucho menos de darle un tratamiento adecuado. La corriente nerviosa en el ser masculino, es una electricidad positiva. Eso, en primer lugar. Y, en segundo, en una proporción necesaria, es un magnetismo negativo; el uno representa la materia en nosotros, y la otra, la materia del arcano mater.

Casos iguales pasan en muchas mujeres de temperamento ardiente. Sienten ansias de unirse con un hombre; pero, en el momento de llegar al hecho, sienten una sensación de repugnancia y lo rechazan, dejando al hombre desconcertado. Es que en la intimidad de nuestro ser tenemos que ser algo hermafroditas; hemos de tener algo de hombre y algo también de mujer en proporción normal. Cuando hay desproporciones, se da origen a esta enfermedad que describo. Se ha tratado de curar este mal mediante el hipnotismo, y, en algunas veces, con resultado halagador, pero en la mayoría resulta impracticable, porque es muy difícil lograr un sueño hipnótico en estas pacientes. Para esto, solo hay un recurso único absolutamente eficaz, pero que al mismo tiempo es una gran clave de la magia sexual.

Dado el estado actual de la sociedad, por consideración a los lectores armados de falso pudor, y para esta vez valerme del método de la escuela oficial, daré la receta en latín, que consiste en una suave *inmissio membri virilis in vaginam sine ejaculatio seminis*.

Esto no solamente es un remedio seguro para esta enfermedad, sino que también es un remedio para muchos otros males y a veces el secreto para armonizar los matrimonios, que hace desaparecer las rencillas, del lugar, como por encanto.

Probadlo.

La posición descrita puede durar una hora y se sentirá una sensación de bienestar inefable.

Pecho contra pecho, los dos plexos solares en inmediato contacto, todos los centros astrales sobrepuestos, permiten un intercambio para establecer una justa androginidad.

Me cuesta trabajo contenerme. Quisiera escribir mucho más sobre esto. pero es... prohibido para el iniciado...

Estas cosas se pueden tratar de persona a persona, pero no aquí.

Hay todavía un asunto que debo mencionar y que interesa a todos los hombres.

Cuando se ha llevado el exceso sexual, y esto sucede con frecuencia, al máximo, viene la reacción consiguiente, que llamamos impotencia.

Esta impotencia es diferente de la que dije antes.

La medicina moderna, que ha degenerado en un repugnante comercio, anuncia con grandes caracteres la curación de este mal y emplea los llamados afrodisíacos.

Yohimbina, Fosfuro de zinc, estriquina, cantárida, mirra, asafétida, gálvano, azafrán, etcétera. Estas sustancias atacan directamente al sistema nervioso y al cerebro, agotan las facultades intelectuales y acortan la vida.

¡Desgraciados, infelices, los que caen en manos de profesionales sin conciencia, que os someten por este medio a un suicidio paulatino!

Es evidente que la impotencia es una enfermedad como otra cualquiera, y, al no curarla, no solo los órganos genitales se pueden atrofiar, sino que la preocupación constante de un hombre que ha perdido sus facultades genésicas, acarrea la neurastenia. Pero con los productos artificiales de la quimioterapia, resulta muchas veces el remedio peor que la enfermedad. ¿Qué hacer? Ocurred a la madre naturaleza, buscar los medios naturales, los agentes físicos para conseguir el alivio.

La fisio y la psicoterapia provocan curaciones maravillosas en estos casos.

En las altas llanuras del Asia Central, el almizclero hembra, en la época de celo (meses de Mayo y Junio), percibe a centenares de leguas el olor característico del macho, emanado de un producto que todos conocemos y que es pagado a precios exorbitantes.

En la nariz del animal aludido, se encuentran los ramos nerviosos que provocan esa secreción amorosa que preside a las funciones genitales. Cuando vemos a los toros u otros animales oler antes de verificar el acto, es que se cargan de unas emanaciones vitales que salen de la hembra, que les dan ánimo y potencia sexual.

Sabemos que la perfumería barata, solo inspira repugnancia, sobre todo a las mujeres del gran mundo. Acontece lo contrario con los perfumes finos, cuya base es el almizcle, el ámbar gris, el cipeto, etcétera, y que son de uso íntimo; no tienen otro objeto, para las mujeres, que provocar al hombre, pues les trae la sensación genital por medio del órgano del olfato y estimula esa fuerza misteriosa en que reside el poder genésico de todo lo creado.

La fisioterapia consigue la curación de la impotencia de una manera segura, siempre que no haya ya lesión material del sistema nervioso, ni del órgano sexual.

Malherbe es el inventor de un método curativo, el cual consiste en excitar los puntos genitales de la nariz.

Conocemos todos la suma de conocimientos del gran fisiologista americano Brown-Sequard, cuyo sistema de curación fue tratado de inmortal por espíritus timoratos, que se alejaban de la realidad de la vida, y consiste en excitar el aparato sexual, sin llegar a consumir el acto, y así trata de tonificar el cerebro.

Este sabio no fue ocultista, pero intuitivamente se acercó a un gran secreto.

Excitar el aparato, para producir semen y no derramarlo, sino obligarlo a que se asimile, es nutrir el sistema nervioso y prolongar la vida en general. Se puede decir:

“El semen se cerebriza, y, excitando el cerebro, éste se seminiza”. Pero es menester saberlo hacer; llevarlo al extremo, es de lo más peligroso.

Así como se hace la transmisión por las ondas hertzianas; así como por la telepatía se pueden comunicar los pensamientos a otros, las manifestaciones de un ser bello y sano, pasan a otro, falto de estas cualidades. He ahí un secreto de cómo podréis llegar a la salud, a la belleza y a los poderes deseados. El deseo refrenado hará transmitir el líquido astral hacia vuestra glándula pineal, y, si repetís

ese ejercicio por largo tiempo, os haréis hombres-dioses. Si al contrario, gastáis impunemente esas fuerzas en holocausto de la materia, os acercáis al animal, falto de voluntad y de razón.

Al principio, se siente el deseo, la admiración provoca la pasión, pero poco a poco os convertís en acumuladores inconscientes y tendréis salud, poder, belleza, inteligencia.

La Biblia enseña al hombre el camino de todas las conquistas, por ese decreto: “No fornicarás”.

Me viene un tropel de ideas, reminiscencias de mis estudios sobre magia sexual, pero no me atrevo a escribirlas, por temor de dar armas a manos que no conocen su manejo o por no ser comprendido. Entiendo que son ideas demasiado avanzadas, que no todos son aptos para digerirlas.

Los esposos quedan unidos a sus hijos por toda la vida, bases fluidicas, y por ellas les transmiten constantemente su salud, su saber y su voluntad; si gastan sus energías en placeres inmoderados, no tendrán que transmitirles a los que dieron el ser. Sus hijos serán tontos y enfermos, por culpa del egoísmo de sus padres, que solo deseaban gozar. Igual pasa con los esposos entre sí; gastan y pierden las fuerzas físicas y mentales, y, cuando los necesitan para el éxito de sus negocios, fracasan. El éxito de nuestras empresas, sean cuales fueren, depende de nuestras fuerzas mentales, y éstas a su vez del desgaste de nuestra potencial genital. De manera que “No fornicarás” quiere decir: Sin abandonar los órganos sexuales, para que no se atrofien, no abuséis de ellos, para no perder el poder material ni mental. No lo hagáis con un ser que no haya sido o no sea siempre de vosotros, porque esas fuerzas son esencialmente individuales. Si se mezcla el fluido con el de otro, con un antecesor, recibiréis la influencia de todos sus males, es el vehículo donde se transmite su desgracia, su mala suerte.

El mago al principio de su iniciación puede querer, pero solo una vez y cultivar ese amor. Si sabe el secreto íntimo puede cortar las malas vibraciones anteriores y amar de nuevo sin perjudicarse. Pero ¿son tan raros los que saben ese secreto! Menos los profanos, para ellos, todo el éxito, todo su bienestar depende del cumplimiento de ese mandamiento: “No fornicarás”, que no exige abstinencia absoluta, pero no permite la fornicación material. Para el abusador, para el pasional, no hay poderes posibles.

Nuevas encarnaciones tendrán que purificarlo.

La iniciación avanzada nos lleva a un estado de sentir todos los goces del amor, sin contacto. Entonces comienza la verdadera introducción de la alta magia; entonces nos elevamos a semidioses.

Al principio basta con una abstinencia de cuarenta días al año; son los cuarenta días que Cristo se recluyó en la montaña y fue provocado por Satán, que no fue un ser personal, sino la excitación de sus sentidos sexuales. En el resto del año, solo debía buscarse la satisfacción por necesidad, los días viernes, pues ese día preside el planeta Venus, y éste, como nos enseñan los astrólogos, preside el amor. En los demás días hace, más bien, mayor daño, ese contacto carnal.

El presente problema, desde cualquier punto de vista que se tome, es tan complicado, tan arduo, que ha sido muy poco estudiado, y menos dado a la publicidad por los ocultistas. Existe, sin embargo, una sociedad secreta, rama de los Rosa-Cruz: “Los Hermanos Herméticos de Luxor”, que reparten entre sus afiliados manuscritos que contienen grandes secretos y por los cuales se obtienen misteriosos poderes.

Como no es dado divulgar lo que yo he podido saber de estos secretos; por razones de higiene, y para indicar a los estudiantes del ocultismo un camino de alta trascendencia, donde deben inquirir, creo no hacer mal dando las primeras ideas para desarrollarlas poco a poco.

¡Hoy, solo, meditar! El amor como impulsador del acto material y como fuerza creatriz de todo lo existente, es la clave del éxito, de la vida material e intelectual, es la llave con la cual el hombre puede entrar al anfiteatro de la ciencia trascendental y elevarse al plano divino. ¿Queréis espiritualizaros? ¿Queréis poderes? ¿Queréis salud, belleza, talento...? Escuchad a los iniciados que escribieron en la Biblia: “No fornicarás”.

XIII

Los días siguientes transcurrieron en indolente monotonía. Parecía como si la noche se hubiese tragado la disputa. Ninguno de ambos esposos volvió a tratar de la cuestión. Pero la señora Reiman evitaba aún más que antes el encuentro con su marido. Interiormente estaba enojada por haberse comprometido tanto delante de él.

Ahora, él sabía con certeza, que no era enfermedad el aliciente de su conducta, sino celos y que ella sentía odio hacia la Kersen, haciéndolo todo para disputar a Bernardo a la ciega. Entonces sus pensamientos volvieron a dirigirse nuevamente contra la señora Kersen.

“¡Oh, esta mujer!” Ella estaba junto a la ventana torturándose los labios a mordiscos.

Todo estaba girando en caos tenebroso a su alrededor, sofocando irremisiblemente el renacimiento de pensamientos mejores. De todas maneras, quería influir sobre su hijo, para que suspendiera todo trato con los Kersen. Pero, ¿cómo?, ¿con qué medios?

—¡Dios mío! ¿Es tan débil mi voluntad de madre que no pueda hacer ningún uso de ella? — pensaba.

También aquí sentía la pared divisoria que se hallaba entre su hijo y ella. El concepto de “madrastra” no era, por cierto, ninguna palabra hueca y sin sentido. Ella trataba de encontrar el puente que pudiera conducirla hacia él. Una risa sardónica reflejóse en su semblante mientras desechaba uno que otro medio para tal objeto. Su impaciencia incitante la hizo marchar de la ventana. De repente, un pensamiento la hizo estremecer. Su faz se esclareció. El profesor Mertin, el maestro de su hijo que tanta influencia tenía sobre él. A él se había de confiar. Ahora en los días antes del examen, había llegado el momento oportuno para ello. El ya hallaría la manera conveniente para curarlo de su insensato fanatismo por la ciega, y una vez librado de estas trabas, se pondría por sí mismo al lado de ella y pediría con ella al padre la denuncia de la hipoteca.

Efectivamente, éste era el único recurso salvador con el cual saciaría su venganza.

Esta tonta, tenía que venir irremisiblemente en su busca a pedirle perdón por la ofensa que le había hecho. No había sido increíble que la señora Kersen se saliera corriendo dejándola en medio del cuarto como a una tonta, gritándole aún que ella había sido la elegida por su esposo. ¡Qué necio había sido de su parte hacerle recordar esto nuevamente; cuando debía saber muy bien que la más fuerte era ella, pues el dinero confiere al que lo tiene, al mismo tiempo, un cierto poder!

Echó la cabeza hacia atrás y sus ojos brillaron llenos de triunfo. con una mirada a su reloj cubierta de brillantes, exclamó:

—Aún hay tiempo. Si no me equivoco, el profesor recibe a esta hora.

Y, rápidamente decidida, llamó a su doncella para que la ayudara a vestirse.

Antes de salir, le encargó que cuando su marido o su hijo preguntaran por ella, les dijera que había ido a visitar a su amiga, la señora del consejero Wilckens.

Y enseguida se puso en camino, sonriendo llena de confianza.

Al entrar en la casa del profesor, dio con su hija Elfrida, con la cual se conocían de vista; y parece que una corriente telepática se comunicó entre ambas mujeres.

Elfrida pensó: “Esta es la ocasión de influir a la madre para conquistar a su hijo Bernardo, de quien sabemos estaba enamorada”. Y la madre se dijo: “Esta es la mujer que debo elegir como esposa de Bernardo, para poder quitar a la ciega de en medio”.

La conversación entre ambas mujeres fue un *totum revolutum*, pero la radio telepatía entre ambos cerebros excitados, había establecido su comunicación, y, al levantarse, la muchacha al llamado del alma de llaves, tanto ella como la madrastra de Bernardo, creían haberse entendido.

XIV

El semestre de estudios acababa de llegar a su fin a causa de los exámenes que iban a celebrarse, de manera que el profesor Mertin, que aun daba clases complementarias a varios de sus discípulos para prepararlos para el examen, estaba doblemente ocupado. Esta era la época en que el exceso de labor excitante y el poco descanso nocturno, lo tenían muy fatigado y de mal humor. Estaba justamente en su hora de consulta.

La señora Reiman era la última. Reflexionaba si debía fingir alguna enfermedad cualquiera, para tratar el asunto de su hijo como asunto secundario, o si fuera mejor que tratara directamente del asunto que allí la había llevado. Repetidas veces se levantó nerviosa, yendo de un lado a otro, pero no lograba tomar decisión alguna. El tiempo de espera se le hacía larguísimo.

Por fin, el último de los pacientes había abandonado por otra puerta el cuarto de consulta y el profesor Mertin entró en la sala de espera con su traje blanco de operaciones, con las siguientes palabras:

—Bueno, señora, ¿quiere usted pasar? Es usted la última. Señalóle una silla y con legítimo acento profesional prosiguió:

—Y bien, ¿qué es lo que le pasa?

—Señor profesor, no se trata de mí. Yo vengo por mi hijo.

—¿Sí? ¿Qué le sucede a ese joven? ¿No podía usted traerlo consigo?

—No, señor profesor.

—Bueno, pues entonces cuénteme usted lo que le ocurre. A ver si nos arreglamos sin su presencia.

—No, señor profesor, mi hijo no está enfermo.

—Pues entonces, ¿qué es lo que usted quiere de mí, señora? —preguntó él algo incomodado.

—Mi hijo es un discípulo de usted, señor profesor... Bernardo Reiman.

—¡Ah! ¡Eso...! ¡Ahora lo comprendo! —exclamó el profesor Mertin—. Es muy grato para mí conocer a usted, señora, pero no debe usted preocuparse para nada, puede estar absolutamente tranquila. Su hijo de usted, no necesita mi ayuda, pues hará un examen brillante. Es uno de mis mejores discípulos.

—No, no, señor profesor. No se trata del examen, sino de un... un... amorío que mi hijo tiene.

—¿Qué me dice usted! ¿Un amorío? —y añadió para sus adentros: ¿Y qué me importa a mí todo eso?

Sólo, para decir cualquier cosa, terminó:

—¡Ya, ya! La juventud, señora. Pero en su mayoría son cosas pasajeras. Ahora iniciará pronto su profesión de médico y entonces ya olvidará a las muchachas.

—No, señor profesor; ya está demasiado prendado de esta mujer. Perdóneme usted si le hago algunas aclaraciones sobre las circunstancias inmediatas.

Fue quizás cierta curiosidad la que indujo al profesor Mertin a dejarse relatar por la madre de Bernardo algo sobre esta cuestión.

Y la señora Reiman se puso ahora a exponer al viejo profesor el asunto, con aquella nerviosa minuciosidad histérica, que le era característica. Allí tuvo que salir la historia de su propia vida, y luego, toda la historia de la familia Kersen; de manera que el pobre profesor, ya dejó de escucharla a la tercera frase, prestándole únicamente un poco de atención, cuando creía que iba a concluir.

Fueron muchas las muestras de impaciencia que hizo; pero ella no parecía comprender que el asunto tenía que ser sumamente aburrido para él, y que lo consideraba como un robo de su tiempo tan precioso. Por consiguiente, aprovechóse él de la primera pausa que la señora hizo para tomar aliento, para interrumpirla:

—Lo siento muchísimo, señora, pero he de declararle que no puedo mezclarme de ninguna manera en cuestiones particulares de mis discípulos. Por consiguiente, lamento de veras, no poderla servir y he de suplicarle me exima usted de este asunto.

Usted ha de comprender, señora, que ahora tengo mis atenciones y preocupaciones en los exámenes.

—Ya, señor profesor, pero...

Mertin ya estaba fastidiado de la cosa. No quería escuchar nada más y no la dejó proseguir.

—Señora Reiman, lo siento muchísimo. ¿Me hace el favor...?

En vista del enojo que se marcaba ahora tan visiblemente en las facciones del profesor, la señora Reiman no tuvo más remedio que despedirse sin haber logrado su propósito.

Al abandonar el cuarto, habíase ruborizado hasta la frente.

El profesor sin haber escuchado nada de lo que le había contado la señora Kersen, exclamó, cuando se vio solo:

—¡Qué latosas son algunas mujeres!.

XV

Entretanto, Bernardo había hecho una visita a Elsa. Quería exponerle aun antes de su examen el propósito suyo de emprender un viaje a España. Ya en otras ocasiones habían hablado con Elsa de este proyectado viaje que había aconsejado el Cónsul Rasmussen con el objeto de ampliar allí sus estudios sobre la ciencia Rosa-Cruz; si bien Bernardo estaba obligado a guardar sigilo de muchos de los secretos y comunicaciones del maestro Rasmussen, otros podían servir de motivo de conversación, después, entre la pareja. Cuando llegaban a este tema, eran horas inefables. Se sentían transportados al espacio, y convivían con los hermanos mayores, en aquellas esferas. Teóricamente, ya sabían cómo dar el paso — que para la humanidad es tan siniestro— de la muerte; pero Bernardo necesitaba iniciarse, para poder llevar a la práctica tan hermosas teorías aprendidas. Rasmussen habíale ofrecido darle instrucciones precisas para su viaje a Barcelona y su iniciación en la montaña de Montserrat.

Encontró a la ciega sentada en el jardín en una silla, haciendo labores de mano.

Estando aun a veinte pasos de distancia, ya recibió los saludos de su amada. con el oído atento, y torciendo la cabeza, exclamó:

—¡Bernardo..., Bernardo! Está bien que vengas, justamente estaba pensando en ti.

—¿Es verdad, Elsa? Fue seguramente una excepción.

Pero Elsa iba poniéndose visiblemente más triste cada vez, pues no podía resignarse a tener que pasar semanas enteras sin la presencia de Bernardo. De pronto, extendiendo el brazo en el aire, buscó su mano.

Bernardo que había comprendido su movimiento, vino en su ayuda. Pero luego ya vio que a Elsa se le saltaban las lágrimas. sujetándolo convulsivamente, dijo ella:

—Bernardo, Bernardo mío, no debes dejarme sola; ¡yo te amo!

Bernardo quedó completamente sorprendido del arranque sentimental de Elsa, sintiéndose invadido de una compasión profunda hacia ella. Lleno de ternura llevó su mano de alabastro, en la que se distinguían venas azules, a sus labios. Ella se sintió dominada de una profunda felicidad, y un intenso calor le llegó hasta la frente.

—¡Niña mía! Yo estoy siempre contigo, aun cuando esté lejos de ti. ¿No sabes eso?

Él contempló su cara ardiente, sobre la que las pestañas oscuras yacían como velos de luto, y se sintió dominado de un sentimiento de dolor. Involuntariamente tuvo que pensar en las estrellas brillantes de Elfrida, que en aquella noche le habían sonreído tan llenas de promesas. ¡Ay! ¿Por qué faltaba a la carita de Elsa este brillo? ¿Por qué sus estrellas debían quedar sumergidas en noche eterna?

—¡Elsa querida! —prorrumpió en su dolor—. Yo parto para lograr estudios que aquí no me pueden enseñar. Tú eres la blanca flor por la que vivo y muero. Si no es permitido traerte la luz como te lo prometí, la vida no tiene, para mí, valor alguno —

dijo él, abrazándola dulcemente.

Elsa bajó la cabeza y unas lágrimas, como nacidas de una santa revelación, humedecieron las rosas en su seno. Bernardo vio cómo su pecho de color de marfil subía y bajaba de emoción. Entonces alzó su barba y besó las perlas húmedas que pendían de sus pestañas, haciéndolas desaparecer. Fue el primer beso que la pareja se daba. Desde el jardín llegaba el regocijo de las aves y el chirriar de un grillo. Elsa no oía nada. En sí misma había tan poderoso zumbido y campanilleo y canto, que dominaba todo lo demás. En su corazón había brotado el amor, cual un despertar de primavera.

—¡Si tú pudieras verme! —exclamó él—, ¡qué feliz sería yo!

Una dolorosa sonrisa pasó por el semblante de ella.

—¿Quién te dice que no te veo? Yo te veo por medio de tu alma que habla conmigo.

El acento de tu voz me revela tu imagen. ¡Tu voz es tan suave y flexible, y, no obstante, llena de vigor...! Según eso, tu exterior tiene que ser muy hermoso. Y, cosa curiosa; a veces te veo verdaderamente, y ahora se presenta tu imagen con toda claridad ante mi alma. Cómo sucede esto, yo mismo no lo sé. Es tan precisa, que podría dibujarla como las rosas y otras flores. dime: ¿No llevas hoy un traje gris?

—Efectivamente —confirmó él—. ¿Cómo es posible que lo veas?

—Veo tu rubio cabello que hoy se levanta en rizos insubordinados.

—Sí, sí; muy cierto.

—Y tu nariz, tan recta y hermosa.

—Por cierto, recta lo es, y no puede ser fea, si tú lo dices.

De pronto se ofuscaron sus facciones y horrorizada se levantó, exclamando:

—¡Oh, veo un gran peligro para ti! Bernardo, te lo suplico; no te vayas.

—Espero que en este respecto seas una profetisa falsa.

Notábase cierta seriedad en su voz, por más que trataba de dar a sus palabras un aire de broma.

Pero luego volvió Elisa a exclamar en alta voz, cubriendo su cara con ambas manos:

—¡No quiero ver nada! ¡No quiero ver nada! ¡Dios mío! ¡Eso sí que no! ¡Eso no!

Luego se puso a temblar con todo su cuerpo. Su cara estaba desencajada y su respiración era jadeante.

—¡Oh, qué terrible es todo esto!

Tenía que haber visto un cuadro espantoso. Bernardo se sintió tan conmovido, que no pudo proferir palabra alguna. Silencioso la tomó del brazo y la condujo hacia el jardín.

El sol poniente fulguraba en un rojo sangriento en el cielo. No se sentía el menor aleteo de aire. Bajo su luz dorada caminaban los dos por los caminos circundados de flores del jardín.

—¡Elsa amada! —con estas palabras interrumpió el silencio—. Estamos solos y no sé lo que los próximos días nos aportarán; si tendré otra vez ocasión y tiempo de hablar a solas contigo. Por consiguiente, prométeme una cosa Elsa. No debes entregarte ya tanto a estas cosas místicas.

Elsa que aun se hallaba bajo la impresión dominante de lo que acababa de ver, le escuchaba admirada.

—Yo no puedo hacer nada en pro ni en contra, y además doy gracias a Dios, que en medio de mi permanente tenebrosidad, me concede momentos de esta visualidad espiritual.

—Bueno. Entonces prométeme que quando veas algo que te asuste, no te preocuparás por ello.

—Muy bien. Te lo prometo.

—Perfectamente. No olvides que en pensamiento estoy siempre contigo, y conserva siempre la fe en que, cuando regrese, haré todo lo posible para darte la vista, y que tengo que lograrlo. Cree en ello, Elsa, lo mismo que crees en Dios. Y luego te pediré, en cambio, como esposa mía. Quiero poseer mi obra y guardarte como mi joya más preciosa, hasta el fin de mi vida.

—¿Y si no lo logras? —preguntó ella en voz baja.

—Tengo que lograrlo.

—Pero, ¿y si no lo llegas a lograr? ¿Seguirás pretendiéndome aún como a tu mujer?

¿A la pobre ciega?

Su corazón latíale hasta el cuello, al hacer esta pregunta y hubo una pausa. Él volvió a pensar en los risueños ojos pardos de Elfrida en que brillaban ardores tan fugaces.

—¿Por qué no me contestas? —insistió Elsa compungida.

—Porque leo la duda de tu pregunta.

—No, yo no dudo de tu saber, y aun menos de tu voluntad, pero yo sé que aun los más grandes exploradores han buscado inútilmente la solución de su problema, hasta que la muerte los sorprendió en ello. También a ti podría ocurrirte igual.

—Fácil no lo es —objetó él, algo contrariado por las dudas de Elsa.

—No, no lo es. Así, pues, esperare hasta que hayas conseguido la gran obra.

—Yo ya quisiera acceder inmediatamente a tu ruego, pero me parece como si con ello me viera trabado en mi afán explorador, puesto que ya tendría la recompensa por anticipado. Así, en cambio, me

estimula doblemente a conquistar la joya, por medio de un esfuerzo incansable, y creo que tendré razón.

—Sí, seguramente la tendrás —replicóle Elsa con un cierto tono de amargura.

—¡Querida mía! ¡Sé prudente! —contestóle Bernardo, a quien no se le había escapado el vibrar de su voz—. Tú sabes muy bien que eres lo más precioso que tengo. Mis aspiraciones y mi vida tuyas son.

La atrajo hacia sí y selló esta promesa sosegada, nuevamente con un largo y cálido beso.

En este mismo momento se acercó la señora Kersen, rápidamente, desde un camino lateral. Había visto a los dos desde lejos y estaba a punto de llamarlos al emparrado, en donde la cena ya estaba servida. Su frente estaba llena de arrugas y sus ojos contemplaban asustados a su hija. Luego, se posaron casi amenazantes sobre Bernardo. Quería hablar, pero parecía como si no hallara palabras sobre lo que acababa de ver. por fin y con acento amargamente serio exclamó:

—¡Bernardo! ¡Venga usted! Tengo que hablarle.

Sin proferir una palabra más, tomo a Elsa de la mano y condujo a su hija a un banco que se hallaba a lo largo de la casa.

—Espérate aquí hasta que vuelva —le dijo.

Cuando hubo llegado con Bernardo al cuarto, cerró primero las ventanas, para que no pudiera pasar ninguna palabra de lo que tenía que decir al joven.

—Ya veo, Bernardo —empezó con acento doloroso—, qué desgraciadamente ha ocurrido lo que yo me figuraba.

Bernardo, inconsciente de agravio alguno, insinuó:

—Permítame usted, señora Kersen, estoy totalmente confundido. Yo no sé de verdad...

—...Déjese de disculpas, se lo suplico —interrumpióle ella—. Usted ha abusado de mi confianza, haciendo concebir falsas ilusiones a mi pobre hija. Bien tiene que decirse que ha obrado sin conciencia con su deslealtad hacia esta pobre ya tan desgraciada, haciéndola más desgraciada aún, pues usted sabe tan bien como yo, que en un matrimonio jamás hay que pensar.

La señora Kersen solo le indicó que había tenido una entrevista con su madrastra.

bernardo quería replicar, pero ella le cortó la palabra:

—No bastaba ya con que su señora madre me ofendiera con inculpaciones ignominiosas; también usted me ofende, pues mi hija no es ningún juguete para usted —dijo ásperamente—. Me sabe muy mal que justamente ahora, que está usted en vísperas de su examen y su partida, tenga que prohibirle la entrada en mi casa.

Bernardo había empalidecido hasta los labios.

—El honor me lo impone —prosiguió ella—, pues como mujer que está sola, tengo que evitar toda sospecha; y más, por lo que respecta a mi hija. Usted bien lo sabe, el honor de una mujer es como un espejo: un soplo y queda empañado.

Llena de emoción, vio su cara llena de espanto. Un sufrimiento sordo se expresaba en sus ojos.

—Señora Kersen, por favor: permítame una palabra tan solo.

—Hable usted.

—Espero que no habré descendido tanto en su consideración, que ya no pueda dar fe a mis palabras.

Y viendo que ella callaba, prosiguió:

—Usted sólo ha visto, estimada señora Kersen, que yo abrazaba a Elsa y le daba un beso. Esto me degrada ante sus ojos como un hombre frívolo. Y efectivamente, si esto hubiera ocurrido con intención sensual, tendría usted mucha razón. Pero siento profundamente que no haya usted oído la conversación que antes sostuvimos, pues creo que entonces hubiera usted sido más indulgente conmigo. Desde hoy me considero como prometido de su hija. Yo no me casaré jamás con otra que Elsa, venga lo que quiera.

La señora Kersen quería entrar en objeciones; pero Bernardo, imperturbable, prosiguió:

—Y ningún poder del mundo podrá hacerme cambiar de parecer. Solo una cosa he jurado a Elsa; esto es; no pretenderla como esposa mía, sino después de haber logrado que pueda ver.

—¡Pobre hija mía! —dijo la señora Kersen, sonriendo amargamente—. ¡Entonces no se casará nunca!

—Pues sí señora —respondió Bernardo, lleno de confianza—. Yo quiero estudiar el caso y espero que su hermano me ayudara en ello.

Una sonrisa incrédula deslizóse rápidamente por el semblante de la señora Kersen, al decir enseguida en tono serio:

—Yo, naturalmente, nada puedo objetar contra su voluntad, pero lo que sí tengo que exigir, es que desde ahora se mantenga usted alejado de Elsa; y, en lo que se refiere a los esponsales, usted seguramente convendrá conmigo, en el punto en que está.

Espero que juzgará usted mi conducta debidamente y que nos separaremos. Y alargándole la mano, prosiguió: Realmente, no puedo ni debo obrar de otro modo. No solo tengo que causar una pena enorme a mi hija, sino que también quiero el bien de usted, pues su vida no está hecha para ligarse a una ciega. Por de pronto, está usted aún en la edad que todo lo puede (en que nada es irrealizable, que no conoce obstáculos de ninguna clase), pero después y a medida que vaya entrando en años y pueda

distinguir el amor verdadero de la compasión, entonces, si no ha cambiado usted de parecer, me será muy bien venido como yerno, como hijo querido.

Al pronunciar estas palabras, volvió a estrecharle la mano en testimonio de perdón, y él correspondió con solemnidad.

—Mucho le agradezco la noble opinión que de mí tiene. Yo no puedo ni quiero contestarle más que asegurarle que Elsa será, para mí, siempre, el acicate de mi vida, hasta que haya logrado mi objetivo. Y ahora permítame usted, señora Kersen, que me despida de usted, igualmente que de Elsa. Quizás será por largo tiempo, puesto que primero nos separará mi viaje, y luego tengo que corresponder a sus deseos.

E inclinándose, besó respetuosamente la mano endurecida por el trabajo, de la señora Kersen. Luego se dirigió al jardín para despedirse de Elsa. Pero, ¿qué era aquello?... El banco estaba vacío. Se fue al pabellón que tan bien conocía, pero tampoco estaba. fuése entonces siguiendo el camino, pero no se la veía en ninguna parte.

La señora Kersen salió también de la casa, y se puso a buscar a Elsa, pero todo fue en vano. La llamaron en altas voces. La buscaron dentro y fuera de la casa. Por último, fueron acompañados también por algunos vecinos. Pero todas sus llamadas resultaron inútiles.

La señora Kersen estaba completamente desconcertada. ¿Dónde podía hallarse su hija? Seguramente se había marchado por sí sola y había equivocado el camino, y, en su ceguedad, seguramente se había extraviado.

—Allí, ¡oh, Dios misericordioso! ¿No se habrá ido al puente? —reflexionó ella de pronto—. Entonces de habrá caído al río y se ha ahogado.

—¡Corred al puente, al puente! ¡Mi hija se ha caído al río! —gritó la señora Kersen, con voz penetrante, que se oía hasta muy lejos.

Bernardo, cuya frente se había cubierto de un sudor frío a causa del terror que sintió, corrió a más correr y pronto alcanzó el puente. Una mirada, un salto, y cuando la señora Kersen llegó lamentándose grandemente, él ya tenía a Elsa en sus vigorosos brazos y marchaba con ella hacia la próxima orilla. Efectivamente, bajo la impresión de su acceso sonambulístico, Elsa había abandonado su lugar como soñando, llegando así al camino que conduce al puente, y, a causa de un mal paso, se había caído al agua. Gracias a Dios, Bernardo había llegado a tiempo, en el momento preciso.

XVI

La señora Reiman había esperado en vano la influencia del profesor Mertin acerca de su hijo, había regresado a la casa, con un humor peor que antes. Había logrado justamente lo contrario de lo que había querido. Si su hijo llegaba a enterarse por alguien del paso que ella había dado, tenía que producirse una tirantez entre ambos, que ya no tendría remedio. Y la situación podía ponerse peor aún, si su hijo era aprobado en los exámenes, pues en este caso, adquiriría una cierta independencia al titularse doctor Reiman.

En estos días Bernardo estaba muy raras veces en casa. Luchaban en su interior las ideas aprendidas de antaño y las enseñanzas nuevas que aportaba el Rosa-Cruz.

Había mucho de apegado, de aferrado, de encariñado, en la filosofía consoladora que recibió en los bancos de la escuela; y había, por otro lado, mucho que rayaba en lo fantástico, en lo que predicaba Rasmussen. Y, sin embargo, la lógica y la ciencia estaban de parte del último. Pero se estableció en su interior un divorcio de dos épocas: se desligaba el pasado del presente. Había momentos en que se sentía con impulsos de propagandista, de predicador.

—Yo no puedo quedarme contemplando tranquilamente, cómo va fermentando y ensanchándose en todas partes la mentira, y cómo va progresando siempre más —

decía. Y, con esta excusa, se lanzaba siempre a la calle. Había en él, y alrededor de él, un desasosiego que el comportamiento de los suyos aumentaba. La madrastra, al hablar con él, solo traía el eterno tema de Elsa.

Y aunque en el interior de la señora Reiman se levantaba un remolino que casi le paralizaba el corazón, ¿quién se interesaba por ello? Cada uno seguía solo su propio camino.

Llena de odio interior por esta causa, los ojos se le arrasaban en lágrimas. Furiosa, se ponía a patallar la suave alfombra. ¿A quién se debía que nadie, ni siquiera su marido, la comprendiera? No la quería comprender y solo tenía siempre reproches para con ella. A él le era completamente igual lo que atraía a su hijo hacia la ciega; y lo excusaba, y hasta alababa todo lo que ella, como madre, quería mantener lejos de él, por creerlo peligroso e inadecuado. Ella no pensaba en absoluto en la seriedad terrible de estos días; en que Bernardo estaba amenazado por la espada de Damocles, que iba a acabar con todos los proyectos para el porvenir, poniendo fin a cuanta discordia existiera en el seno de las familias. Tan vehemente era el odio que la dominaba, que todo lo demás le era completamente igual, no dándose cuenta de los grandes acontecimientos de esos días.

De pronto abrióse la puerta y Bernardo atravesó el umbral con la tez pálida como un muerto, sin poder proferir palabra. En sus brazos sentía aún la carga del cuerpo, extenuado hasta la muerte. Unos momentos más, y, ya su Elsa hubiera sido arrebatada de este mundo.

El no vio como su madre se le acercó con sonrisa amorosa y no notó el cuidado que por él sentía. Él veía tan solo el semblante, blanco como la cera, de Elsa, rodeado de su largo y chorreante cabello cual si fueran serpientes negras.

—¿Qué te pasa, Bernardo? Tienes un aspecto terrible. ¡Si hasta tienes fiebre! ¿Es que tienes miedo por los exámenes? ¡No faltaba más; con tus conocimientos...!

Pero, al acercarse más, se dio cuenta de que estaba totalmente mojado. —¿Qué ha pasado? — exclamo.

—Elsa ha sufrido un accidente. Yo la he sacado del río —exclamó confundido.

Y como su madre, asustada de lo que acababa de oír, le mirase sin proferir palabra, prosiguió:

—El médico no sabe todavía si quedará con vida, pues esta como muerta y casi sin respirar. ¡Ay, Dios mío! ¡Y yo probablemente tengo que partir y no podré verla más!

Al pronunciar estas palabras le saltaron las lágrimas y oscilante y agotado se dejó caer en la silla.

Era la primera vez, desde los años de su infancia, que ella veía llorar a su hijo, y esto a causa de una ciega, cuando al parecer de ella, toda persona cabal solo podía alegrarse de que hubiera una desgraciada así menos en el mundo.

Ella no comprendía a su hijo. Solo ahora se dio cuenta de hasta dónde había llegado el “entrampamiento” de parte de los Kersen. Y sintió como un gran alivio al ver que el destino venía en su ayuda.

Casi no podía dominar la alegría por lo ocurrido cuando dijo:

—¿Cómo puede afectarte esto de tal manera? Pues, si Elsa muriera, la señora Kersen se vería libre de una carga.

¿Era esta su madre, que tan inhumanamente le hablaba, sin sentimiento de ninguna clase? No, sólo ahora lo reconocía; así podía hablar únicamente una persona extraña, una madrastra. Pero ¿no sabía ella que Elsa formaba parte de su vida? ¿Que era por medio de Elsa, como quería llegar a ser maestro? ¿Uno de quien todo el mundo hablaría? ¿Y le decía entonces palabras tan inusitadas?

Se levantó indignado.

—¡Madre! —profirió entre dientes—. Si no fueras tú, te diría: “¡Qué vergüenza que exista una falta tal de sentimientos!”

Y enseguida se precipitó fuera del cuarto, sin proferir una sola palabra más. Tan solo oyó aún la carcajada penetrante de su madrastra. Pero las palabras se le perdieron.

XVII

Para Bernardo vinieron ahora semanas bien pesadas. Se había dejado entregar por el profesor Mertin, el tema para su doctorado, que tenía que efectuar para alcanzar el grado académico. Como el candidato se interesaba con preferencia por la oftalmología, el profesor le dio naturalmente un trabajo en este terreno. este se denominaba:

“Análisis del oftalmoscopio en caso de otitis media purulenta”.

Bernardo se dedicó con gran celo al trabajo. El no quería obtener el “rite”, ni tampoco el “magna cum lauda”, pues lo que quería alcanzar era un “summa cum laude”.

Durante semanas enteras se enterró en las obras de un “Margagnis” sobre “otorrhoea cerebialis, Itard”.

Después, con las obras de Schiess, Gemuseis, Laqueur, Buchanan, Leslic, Wood, Grossmann, Ware y Virchow, estudió el interesante tema del proceso inflamatorio de las membranas oculares y la formación ósea intraocular. Nuestro joven oculista buscó cuanto pudo, en autores célebres, para ensanchar sus conocimientos médicos.

Ante todo, le interesaron, y muy especialmente, los fragmentos de osificación del hueso temporal, innatos, y nada raros, que se suelen formar con frecuencia en la cavidad del oído, en la extremidad del conducto auditivo, pero también en el canlis caroticus y en el canalis facialis, casi siempre en la que permiten la libre entrada de la inflamación en nervus acusticus y los faciales, o por medio de las venas aqueductus vestibuli y cochleae.

Y luego proseguía:

Como factor principal en el origen de las alteraciones del fondo del ojo en casos de encefalia, recalcó V. Graefe el estrechamiento de espacio en la caja del cráneo y el aumento de la presión intercraneal. Pero en ello se daba perfecta cuenta de que el estancamiento, por sí solo, no podía dar, en muchos casos, la explicación para los sucesos patológicos, sino que frecuentemente había de estar también de por medio un proceso de inflamación. Así distinguió dos formas de neuroretinitis en casos de afección cerebral. La primera la llamaba papila de estancamiento, que era atribuida a desórdenes en la circulación; la segunda, neuritis descendens, que no debía ser otra cosa que la propagación de una inflamación de las meninges hasta el ojo a lo largo de las vainas de los nervios ópticos. Desgraciadamente, en la práctica era difícil distinguir a ambos entre sí, pues en muchos casos se presentaba estancamiento e inflamación a la vez.

Trató asimismo sobre tres casos, con análisis patológico, en la papilla nervi optici, y, por fin, mencionó la neuritis óptica, cuya importancia depende ante todo de la circunstancia de que ya puede presentar una afección intracraneal, en una época en que aun no se distinguen otros fenómenos de irritación cerebrales, sobre todo en la región de los demás nervios cerebrales.

Por último Bernardo dio las gracias al profesor Mertin por el tema asignado; y por la amable facilitación del material.

Nuestro candidato para medico había entregado su trabajo escrito, y se había anunciado para el examen de doctor, pues el examen verbal era inevitable, toda vez que el reglamento de promoción indicaba que una “promotio in absentia” no estaba permitida en ninguno de los casos.

Los días de exámenes se fueron acercando... y comenzaron por fin.

Bernardo debía someterse al examen “rigorosum”, que se componía de una parte práctico-clínica y de otra teórico-verbal.

El examen práctico-clínico se extendía a medicina interna, cirugía y a obstetricia y ginecología en la cama de la enferma. Tuvo que establecer el diagnóstico en dos enfermos, sin hacer ninguna interrogación, a lo que siguió otro examen más, riguroso también.

Concluido, tuvo que abandonar por algún rato el cuarto del rectorado, a fin de que los señores examinadores pudieran cambiar opiniones y ponerse de acuerdo.

Impaciente, iba Bernardo de un extremo a otro del largo corredor hasta que, por fin, el bedel superior le rogó que volviera a entrar.

Cuál no sería la alegría del candidato, cuando de boca del presidente de la Comisión, le fue comunicado que se le había otorgado el calificado de *summa curri laude*.

Conmovido y lleno de alegría estrechó las manos del profesor Mertin y salió apresuradamente para dar a sus familiares la grata noticia.

En casa le esperaba una mesa opíparamente puesta; el comienzo de los festejos y de las visitas a los parientes y conocidos que irremisiblemente habían de verificarse. Su nueva categoría había que celebrarla y rociara detenidamente. Bernardo cumplió las palabras de “Goethe en el “Buscador de Tesoros”:

“Tras semanas fatigosas, Alegres fiestas han de seguir”.

Entre los compañeros de estudios, habíanse percatado que Bernardo se ocupara de Ocultismo últimamente, algunos muy católicos dudaban si el estudio de esa materia era malo o no. pero Bernardo sabía muy bien que:

Los católicos sinceros, los de fe y convicción, no los de simple bautismo, que tienen la conciencia dormida, sino aquellos que saben la responsabilidad en que incurren ante la autoridad religiosa, y sus sucesores, habían tenido hasta ahora cierto recelo para participar en los estudios del ocultismo, relacionados con la orden Rosa-Cruz.

Organizado por “Das neue Licht” (La nueva luz) revista que se edita en Viena, se organizó una especie de congreso católico de ocultismo bajo la dirección del sabio padre jesuita doctor George Bichlmair, firmándose unas conclusiones después de su celebración, que en síntesis dicen: “La iglesia católica, apostólica y romana, reconoce las investigaciones de un ocultismo serio y le da la importancia que se debe dar a todo estudio científico que pretenda un esclarecimiento verdadero; acepta todos los fenómenos parapsíquicos; declara como posibles todos los fenómenos psíquicos y psicológicos, y solo establece la diferencia que existe entre la aparición de los santos y los fenómenos espiritistas”.

No hace mucho tiempo, el catolicismo y sus representantes, declaraban guerra abierta al ocultismo; y son satisfactorias para todos, católicos, y amigos del ocultismo, las declaraciones del padre jesuita, que ponen en claro la verdadera situación de los que quieren y desean cumplir con la Iglesia.

XVIII

Después de algunos días empezó el joven Reiman a hacer las visitas de obligación, en las que tenía que presentarse como médico aprobado.

Es ésta una costumbre alemana muy inveterada.

Su primera visita lo llevó, como es de estilo, a casa de su maestro, el profesor Mertin.

Al atravesar la puerta, fue recibido por Elfrida, que, tendiéndole la mano, le dijo:

—¡Ah! ¡El flamante señor doctor! ¿Por fin se le vuelve a ver a usted alguna vez? ¡Yo ya creía que usted de había marchado y que nos había olvidado ya!

Bernardo quedó totalmente aturdido, pues en su voz se oía resonar la más franca alegría.

—Según he oído, quería usted hablar a papá, pero él está aún lejos de aquí, gracias a Dios. Pero ante todo, quiero felicitarle por el “cum laude”. Me alegro con usted.

Sírvase sentarse. Tiene que esperar aún una media horita y conformarse con mi compañía durante este tiempo —dijo en su manera francachona.

—Lo que es sumamente grato para mí, señorita —contestó Bernardo, contemplando sonriendo la cara sonrosada, y los ojos castaños, alegres, que aun ninguna pena habían conocido.

Los rayos del sol jugueteaban con su cabello; y el vestido ligero de azul claro que se ajustaba suelto a su cuerpo gentil, permitía adivinar lo bien desarrollado que estaba este capullo. Una ola ardiente le invadió. ¿Sería el bochorno del mediodía o el vino que había tomado? No lo sabía.

—Pero ¿usted me ha echado, realmente, tan de menos, que el tiempo le haya parecido tan largo? —le preguntó en voz baja, para decirle algo.

—Naturalmente que sí —respondióle Elfrida con toda sinceridad—. A diario he tenido que pensar en ustedes; pues estuvo muy interesante la noche en que Rasmussen realizó su milagro.

—¡Ah! ¿Por esto, usted ha pensado solamente en el Rosa-Cruz? —interrogóle Bernardo con marcada intención.

—No, Reiman; es a usted a quien no he podido olvidar, el interés que tengo por el uno, no es el mismo, respecto del otro.

—Pues francamente, en verdad que yo no sabría por qué hubiera podido merecer esta distinción —replicó Bernardo, con el corazón alterado.

—Pero, ¿es que todo debe merecerse?

—A decir verdad, sí.

—¡Ea! Déjeme usted tranquila con su filosofía —respondió Elfrida con un cierto mohín—. Se da y recibe, sin preguntar mucho, si se merece o no.

Bernardo se echó a reír divertido. “Es como una mariposa abigarrada cuyas alas tornasoladas se admiran en la lumbre del sol” —pensó él.

—De seguro que usted no me ha echado de menos durante todo este tiempo—
preguntó ella con acento provocador.

—¡Pues ya lo creo! Muchas veces he tenido que pensar en sus ojos —respondió Bernardo con un cierto acento de flirteo inconsciente, pero al mismo tiempo había algo doloroso en su voz, que contrastaba curiosamente con la expresión radiante de su semblante. La mirada de ambos se encontraron.

Las sienas de Elfrida fueron invadidas por ardiente sangre. En este momento atravesó el profesor Mertin el umbral de la puerta.

—¡Ah! ¡mi querido doctor Reiman! Así, pues, que se va a marchar pronto. Su viaje a España es una idea excelente. A ver si nos trae algo de nuevo.

Tengo noticias de allá, de un ocultista de fama universal, el Dr. Barraquer, que hace operaciones sorprendentes.

El espanto marcóse en la cara de Elfrida. Casi azorada, interrogativa, contemplaba a Reiman.

—Para mí representa un viaje de estudio, que más adelante me ha de ser de utilidad.

Solo he venido, para expresar a usted, señor profesor, por todo lo bello y magno que he podido escuchar en sus clases y conferencias, mis más sentidas gracias, rogándole al mismo tiempo, que también en lo sucesivo quiera serme un buen consejero y maestro en el ejercicio de mi carrera.

—Usted tiene que volver pronto. ¡Tiene que volver! —prorrumpió Elfrida con vehemencia, de modo que su padre la miró admirado.

La muchacha giró la cabeza hacia un costado. No quería que viera las lágrimas que se le saltaban.

La cara del profesor cubrióse de una débil sombra. Vio claramente que su hijita se había enamorado del joven Reiman. se pasó la mano por su barba gris, y luego se dirigió a Bernardo, con las siguientes palabras:

—Puede usted estar seguro de que se ha erigido en mí un recuerdo imperecedero.

—Y en mí aun mucho más —intervino Elfrida.

El profesor Mertin quedó muy confuso y contempló a su hija lleno de admiración.

—Pero si es la cosa más natural, toda vez que el señor Reiman es amigo de nuestra casa.

Con estas palabras quería el padre debilitar la franca confesión de Elfrida.

—Muchísimas gracias, señor profesor, por el honor que siempre sabré apreciar —

respondió Reiman, con una ligera inclinación.

—Ya lo sé... Pero, hija, estamos aquí sin nada que tomar. Ve, dile a la señora Gruenfeld, que nos haga preparar algo para comer, con una botella de buen Tarragona. Aun tiene usted tiempo, ¿no es verdad, mi estimado Reiman?

—Bueno, señor profesor; si usted lo permite, una horita —respondió Bernardo mirando al reloj.

Elfrida se había levantado inmediatamente para responder al deseo de su padre. Una íntima alegría llenaba todo su ser, al ver que Reiman aun se quedaba.

A éste es a quien amo. Será mío se dijo, sonriendo al salir. De si encontraría su amor correspondido, de esto no dudaba siquiera. Hasta aquí todos sus deseos los había visto realizados. Entonces ¿por qué no éste? Su padre no podía tener nada contra Reiman, pues era rico y de buena casa. Hoy mismo tenía que hallar claridad sobre ello, hoy mismo. Pues ¿no había leído con frecuencia en novelas, del amor a primera vista, de parejas que quedaban prendados inmediatamente? ¿Por qué no podía sucederle así a ella? ¡Si este Reiman no fuera tan exageradamente tímido, o, por lo menos, algo más accesible...! Bien tenía que haber notado cómo ella le quería...

La señora Gruenfeld se le acercó con lentitud. Ya hacía algún tiempo que padecía de dolores reumáticos. —¡Papá me encarga que le diga, que procure usted un almuerzo especialmente bueno, para tres personas, con una botella de Tarragona, y enseguida!

—¡Ah, ¿sí? Pero supongo que, por lo menos, me lo suplica...

La señora Gruenfeld cuidaba de su persona y exigía ciertos comedimientos.

—Sí, sí; naturalmente —contestóle Elfrida con acento desdeñoso. Ella vivía siempre en discordia con la señora Gruenfeld, que siempre tenía algo que reprenderle como si aun fuera una niña de teta, no obstante que, por decirlo así, ya estaba a punto de prometerse.

Bien pronto la señora Gruenfeld tuvo puesta la mesa en la fresca galería; fiambres, carne asada, huevos y una lata de sardinas. Todo esto quedaba aún como sobra del día anterior. Y puso una botella de vino, en una cubeta de hielo. La criada trajo algunos panecillos frescos, con algo de pan negro. Elfrida, que había ido presurosa al jardín, puso un precioso ramo de rosas encarnadas sobre la mesa, una de las cuales colocó en su cabello, y le daba a su carita un encanto mayor.

Rápidamente regresó al lado de los que la aguardaban.

—¿Quieren tener la bondad de pasar? ¡Ahora vamos a celebrar al nuevo doctor!

Con estas palabras y la gracia que le era propia, se colgó del brazo de su padre, mientras que contemplaba a Bernardo con una mirada radiante.

El almuerzo y el vino eran del sumo agrado de Bernardo; y ello tanto más, cuanto que, desde muy temprano, solo había tomado muy poca cosa y su garganta se le había secado con el calor y así el fogoso vino le desató pronto la lengua.

Encontraba a Elfrida soberbiamente hermosa. con entusiasmo contemplaba sus ojos encantadores, en los que había un mar de felicidades.

—¿No es cierto, papá? ¿No es tu mayor felicidad la de hacerme feliz? —exclamó de pronto la niña, sin motivo alguno.

—Naturalmente. Y espero que lo seas también —contestóle su padre sonriendo.

—Pero podría faltarme aún algo para ello, repuso Elfrida.

Su sangre joven corría demasiado impetuosamente por sus venas, y su fantasía estaba, como siempre, rebosante de las historias de amor leídas.

—Indudablemente, su señor padre cumplirá todos sus deseos, en cuanto esté a su alcance; pues no todos están en posesión de una hija tan hermosa y encantadora —

dijo Bernardo con ojos llenos de ardiente brillo.

Elfrida se puso roja como la rosa que llevaba en su cabello.

¡Me ama! decía regocijada para sí misma—. ¡Me quiere! Hoy arreglamos esto...

Mertin levantó la cabeza. El acento con que el joven acababa de pronunciar sus últimas palabras, era algo extraño, y quedó bastante sorprendido.

Luego volvió su mirada lentamente hacia Elfrida, diciéndole:

—Yo quisiera saber qué clase de deseo es el que he de cumplirte.

Las miradas de Elfrida se dirigían a Bernardo solicitando su ayuda. pero como éste permanecía callado, dijo ella con candidez obstinada:

—¿No te das cuenta de que ya no soy ninguna niña, y de que, para la felicidad de una joven, se requiere algo más, papá, que bonitos vestidos, conciertos y un estómago satisfecho? ¿No piensas que aun existen otras cosas que están fuera de todo alcance de los placeres comunes?

Admirado oyó el profesor la acusación de su hija, y los ojos se le abrieron, se dio cuenta de lo que pasaba. No, así no hablaba ninguna niña. Esto era la exclamación de un corazón que, indomado, despierta, ansiando al ser amado. Pero, sin embargo, en ella se oía más la fogosa obstinación, que a la joven señorita. Sentía, apenado, que le había faltado la madre que supiera guiar con sentimientos fino el despertar de su joven hija, por el justo camino.

Pero luego se consoló con el pensamiento: “¡Si aun es una jovencita en agraz...!”

Ya vendrá el tiempo de buscarle marido, pero como una ráfaga le pasó por la mente, que este marido podría ser Bernardo y acentuó:

—Hija, ¿qué es lo que hoy tienes? No te comprendo —dijo todo asombrado—. Me parece que no es el momento adecuado para tales conversaciones y deseos.

—Pues sí, justamente ahora —replicó Elfrida—. Mañana ya será demasiado tarde, ¿no es así, señor Reiman?

El interpelado se estremeció. Apenas si sabía lo que ella le preguntaba. Estaba en una disposición de ánimo estúpida en que como si le hubieran atontado la cabeza de un golpe, hubiera dicho que sí a todo, aun al mayor disparate.

—Sí... ¡Ah...! ¡Seguro! ¡Sí! —balbuceó Bernardo, a quien la pesadez se le hacía cada vez más grande en la cabeza—. Mañana ya será demasiado tarde. La señorita tiene mucha razón —agregó sin pensarlo. Qué y para qué serían demasiado tarde, él mismo no lo sabía, el buen cielo lo aclararía.

Elfrida moviase nerviosa e intranquila, de un lado a otro, en su silla.

—Vemos que usted se queda tranquilamente sentado y esperando que las estrellas se caigan del cielo. ¡Y que tenga yo que ponerle cada palabra en la boca...! —se le escapó con áspero acento.

De súbito, sonó vigorosamente la campanilla afuera.

Y enseguida presentó la criada una tarjeta al profesor.

Este, después de leerla, se levantó de pronto con las siguientes palabras:

—Usted me dispensará, querido Reiman, un momento.

Y se fue al salón, en donde le esperaba un señor de edad.

¡Gracias a Dios! —pensó Elfrida—. ¡Por fin se va y nos deja solos!

Ella misma ya no sabía casi cómo salir de esta situación tan cómica.

—¿Qué clase de deseos tiene usted, señorita? —preguntó Reiman en voz baja, a la vez que se sentaba a su lado.

—¿Y usted no lo sabe?

Un asombro desmesurado estaba en sus ojos interrogadores al ver que Bernardo se sonreía.

Pero ya estaba resuelta; si Reiman, como ella esperaba, no decía nada; aunque mujer, estaba dispuesta a invertir los papeles, y declararse.

Bernardo, entonces, continuó:

—¿De dónde quiere usted que lo sepa? Pues no, no sé leer los pensamientos.

—¿Y tampoco es conocedor de los corazones? —preguntóle burlona Elfrida.

—Pero ¿por qué?

—Porque, si no, tendría usted que comprenderme —dijole ella con voz baja y doliente.

El se inclinó hacia ella sintiéndose invadido por el aroma que emanaba la rosa en su cabello.

—Pero ¿no puedo yo cumplir sus deseos? —respondióle Bernardo galante, pues algo tenía que decir. —Sí, sí; únicamente usted puede hacerlo.

Y se lo quedó contemplando con sus grandes ojos oscuros, fascinantes, con una mirada fulgente y anhelosa...

Bernardo empezó entonces a comprender. Pero ya era tiempo de reflexionar. En su interior, ya no era él; y, de repente, le subió una ola erótica por su interior; la sangre se puso a hervir ardorosa en todo su cuerpo... El no sabía como fue.

Fuerzas extrañas operaban allí.

Las miradas de Elfrida tenían en este momento algo de fascinador, y le robaron toda reflexión. Inconsciente, como si actuara en él otra persona, una voluntad extraña, de pronto tomó su esbelta figura en sus brazos, la estrechó fuertemente y, dominado por una pasión repentina, casi inconsciente, la besó frenética y fuertemente.

Era la bestia humana en acción.

Una de las cualidades especiales de Elfrida, había sido siempre la de dejarse arrebatar. Jamás había aprendido a imponerse a sus sentimientos. Además, como ya se dijo, estaba la joven bajo la influencia de malas e incitantes novelas que sabía proporcionarse secretamente. En este momento parecía ser también presa de un sentimiento parecido al de Bernardo. Llena de anhelo y pasión, le cogió de la cabeza posando un ardiente beso sobre sus labios.

En este preciso instante abrióse la puerta. El profesor Mertin estaba como enclavado en el umbral contemplando el cuadro que Bernardo y su hija le ofrecían.

El pobre Bernardo repetía la escena ante el profesor Mertin, como pocos días antes en el jardín de la señora Kersen, cuando igualmente llegó en el fatal instante en que tenía a Elsa en sus brazos.

Elfrida había oído seguramente los pasos de su padre. Pero era astuta. se volvió hacia él, sin delatar el menor susto, y, mirándole medio confusa y semidichosa, le dijo:

—¡Padre...! ¡Padre...! ¡Nos amamos! ¡Nos hemos prometido!

—¿Qué, estás loca? —se le escapó.

Para Mertin era también una situación embarazosa.

Bernardo sentía que todo giraba a su alrededor. Estaba como embriagado. ¿Qué podía hacer? ¿Contradecir a Elfrida? ¿Confesar al profesor que no la había amado nunca? ¿Que este beso había sido el resultado de una excitación momentánea inconsciente...? Algo tenía que decir. ¡Una disculpa! Pero no hallaba palabras, un algo invisible le anudaba la garganta.

Para el profesor Mertin la situación seguía también penosa. Pero ¿qué podía hacer?

No quería continuar en el tono comenzado; después de todo, el nuevo doctor Reiman era un partido brillante para su hija. La agitación extraordinaria de Reiman, se la explicaba por fin como pasión verdadera hacia su hija y por tanto dijo brevemente:

—¡Vamos, hijos! ¡Qué rápido ha sido! —Y pensó para sí: Pero me parece que mejor se me hubiera preguntado a mí. Que alguna vez se me hubiera hablado de esto, pues debo aceptar que los jóvenes desde tiempo se entendían—. Luego prosiguió:

—Así, pues, el compromiso de esponsales que mi hija quiere celebrar con usted, admite aún algún tiempo, señor Reiman. Esperemos, primero, que regrese usted de España. Por de pronto, lo guardaremos secreto; todo tiene que quedar entre nosotros. Al escuchar estas palabras, Bernardo sintió cómo su espíritu se despejaba. Poco a poco fue dándose cuenta de la tontería que había cometido, y de que ahora estaba prometido secretamente dos veces.

Efectivamente, en todo caso, nadie debía saberlo; sobre todo Elsa, ¡tu Elsa! Y ya quería presentársele la imagen de su verdadera novia ante su vista espiritual, cuando el profesor Mertin continuó:

—Yo ya sé, señor Reiman, que es usted un caballero. Y si usted ama a mi hija verdaderamente y mi hija a usted, no tendré más tarde nada que objetar.

Bernardo sentíase como azorado y solo supo balbucear:

—Muchas gracias, muchas gracias, señor profesor.

Y tomando su sombrero, despidióse brevemente de los dos y se marchó.

En la calle hubiera podido atropellar a cualquier persona. No miraba ni a derecha ni a izquierda. Llegado a su cuarto, volvió a deslizarse ante su mente el suceso en la casa del profesor y la cuestión con Elfrida fue pareciéndole sumamente ridícula. Pero seguía sin poderse dar cuenta de cómo había sido posible que se dejase arrastrar tan lejos. ¿O era que quizás amaba a Elfrida en verdad? ¡No! ¡De ninguna manera! El solo amaba a Elsa. Pues a las dos, no podía amarlas. Por fin adquirió dominio en su corazón esta última, la magnífica, casta, tierna e inocente flor humana, que hasta entonces había llenado toda su existencia. Pero ¿cómo iba a escaparse de este lazo en que él mismo tan voluntariamente se había dejado coger?

Era una suerte, por lo menos, que tuviese ya hecho su examen de doctor. De no ser así, ahora le hubiera resultado imposible. En su fantasía volvía a revivir las dos escenas amorosas con Elsa y con Elfrida, y las consiguientes explicaciones con los padres respectivos.

Pues bien; no había que darle vueltas. Hacía un par de días había solicitado la mano de Elsa, y hoy tenía que agradecer la buena disposición de su maestro y futuro suegro. El doctor Bernardo Reiman sentíase ya casi como polígamo; era que efectivamente tenía dos novias.

Pensativo y cabizbajo, hallábase de pie ante su escritorio frotándose la frente con la mano. De pronto llamaron a la puerta y la sirvienta le trajo una carta.

¿Qué es esto? —murmuró—. La letra le era desconocida. Era la de Elfrida. en un pequeño papel de carta, había escrito lo siguiente:

Queridísimo Bernardo:

Papá tiene que ir esta noche a una conferencia. También la señora Gruenfeld está fuera de casa. Vente a las ocho y media, estoy completamente sola.

Mil besos de tu novia.

ELFRIDA”.

¡Qué disparate, novia! ¡No faltaba más! ¡Lo que haré es no ir nunca más—fueron los primeros pensamientos de Bernardo, y, colérico, echó la carta sobre la mesa.

Pero luego reflexionó y se dijo:

No... Será mejor que vaya. Así tendré oportunidad de poner las cosas en su punto. Sí, voy a decirle, ahora para siempre, que no la amo, que no la amaré, que no la podré amar nunca, que la escena de esta mañana ha sido sin reflexión y que mi corazón pertenece a Elsa.

La tarde se le hizo larga. No podía esperar el momento en que hablaría con Elfrida.

Ni al mediodía ni a la noche había tomado parte en las comidas en casa de sus padres. Sin encontrar reposo, había errado por el parque municipal, y, medio cansado, entró a la hora fijada en el piso de Mertin.

Elfrida lo recibió llevando un tocado verdaderamente fascinador. Se había puesto un precioso vestido de seda, color rosáceo, que con su corte extremado delataba las exuberantes formas de su cuerpo seductor. El escote cubría en parte el lozano seno de la joven, en parte dejaba adivinar provocante la división de los dos pechos.

habíase envuelto en una verdadera nube de perfume de saúco sensual y embriagador.

En el momento en que bernardo se presentó, estaba su cara revestida de un color sonrosado subido. Apenas lo vio, lo atrajo hacia sí, cubriéndolo de ardientes besos, que le hicieron perder el juicio. Todos sus buenos propósitos se habían acabado ahora.

Al pobre enamorado fuéle del todo imposible pronunciar la menor palabra. Era como un pajarito que se sentía atraído por la mirada hechicera de una serpiente.

Elfrida trajo pronto licores y antes de que bernardo se hubiera dado cuenta, el consumo de alcohol lo había vencido.

La araña en el centro del cuarto estaba dispuesta de manera que las cuatro lámparas superiores esparcían una luz blanca, pero la inferior una luz encarnada. Elfrida apagó pronto la blanca y penetrante luz; y a ambos los alumbraba, en cambio, la luz de su rojo ardor y amor sensual con tanta más fuerza... Y entonces sobrevino lo que tenía que sobrevenir.

.....

Elfrida había sido irrevocablemente suya.

Primero, Bernardo no había sabido lo que le pasaba; pero ahora, después de gozar el amor carnal, le vino a la conciencia con tanta más claridad, terror y arrepentimiento, lo que había hecho y a lo que se había dejado seducir.

Ambos se creían las víctimas irresponsables de una fascinación erótica. Y a él le sobrevino una verdadera aversión contra esta muchacha tan joven y fresca. Ella parecía que no quería darse cuenta de sí misma, y solo quería besar y ser besada, para cambiar nuevos fuegos de amor.

Bernardo se sintió convencido por asco contra ella, contra sí mismo, contra la situación toda. La repelió y salió corriendo con precipitación, sin despedirse siquiera.

En la calle, bernardo recordó de repente la visión que había tenido días antes. Al decirle Elsa que no fuera a España, ya en aquel momento se dio cuenta que, entidades del espacio, elementales, que actuaban sobre la mente de su novia, querían estorbarle el camino de la Iniciación. ¿No sería hoy lo mismo? ¿No serían aquellos demonios, de los cuales habían sido ahora juguetes y víctimas, él y Elfrida? Ya Rasmussen le había advertido, varias veces, que las entidades bajas se valían de todas las ocasiones y de todos los medios, para distraerlo de su objetivo...

Era cerca de media noche cuando volvió a encontrarse en su cuarto. En el camino ya se había pintado las consecuencias inevitables de su conducta. A pesar de que había obrado bajo la influencia de un poder extraño diabólico, no podía evitar su arrepentimiento.

¿Cómo se portará Elfrida? —era uno de sus pensamientos principales que le ocupaban—. De seguro que no expondría a su padre el transcurso verdadero del suceso, sino que le haría creer que él la había seducido, y aun posiblemente que la había violentado. ¿Qué es lo que el profesor Mertin haría? En todo caso, exigiría, con toda seguridad, que se casara inmediatamente con ella.

Luego vio en su espíritu las consecuencias que el acontecimiento tenía que producir en la pobre Elsa, tan digna de lástima. Vio cómo su corazón tenía que partirse. Creía oír ya las justificadas amonestaciones de la madre de la una, previendo asimismo cómo el padre de la otra la castigaría por su increíble ligereza.

Una voz interior le dijo después que quizás había puesto en peligro todo su porvenir:

Si aun hubiese podido amar a Elfrida, entonces todo hubiera podido arreglarse casándose. Pero él sentía un aborrecimiento irresistible hacia esta muchacha de una sensualidad tan excesiva. De tanta constricción y arrepentimiento, no sabía a dónde escapar de sí mismo. el único consuelo se lo daba la idea de su próxima partida a España y entonces se decía:

—¡Quién tiempo tiene, tiene vida!

Por el momento no le quedaba otra solución que tener paciencia.

Iba a desnudarse para poder acostarse, cuando vio que sobre la mesa de noche había una carta. Era de Rasmussen e inmediatamente supo de que se trataba. era indudablemente una contestación a su última carta, en que Rasmussen, a título de epístola didáctica de maestro a discípulo le decía lo siguiente:

“Mi estimado amigo Reiman:

Mucho me alegró la noticia de que usted haya sido aprobado en su examen de una manera tan brillante y de todo corazón le expreso mis mejores albricias por su título de doctor en medicina, y que, para su porvenir, sea un emblema que lo lleve de éxito en éxito a cumplir la misión de la cual un filósofo latino decía: *Opus sanctus est sedare dolorem*. Que le sea a usted permitido ser un verdadero samaritano en el camino de la vida.

Me pregunta usted qué debe seguir haciendo para que logre la iniciación en la orden del Rosa-Cruz en España y como debe prepararse.

No hay que confundir la hermandad de los Rosa-Cruz, con otras sociedades, digamos, por ejemplo: una sociedad de geografía estadística, una orden religiosa, la francmasonería, un centro espiritualista o de la Sociedad Teosófica. A todas éstas se logra entrar mediante pago o por vocación, en que uno adquiere compromisos con la sociedad u orden en que entra y por otro lado la orden o sociedad tiene deberes con el nuevo admitido. Como sacerdote, basta recibir las órdenes regulares y ceñirse el hábito. En una sociedad se extiende el título de socio; en la francmasonería, dicen que dan patentes, etc. etc.

Generalmente es cuestión de recomendaciones y pagos más o menos.

Ciertamente que existen también sociedades en Europa y en Estados Unidos que llevan el nombre de sociedad Rosa-Cruz, muy respetables algunas de ellas pero aunque de estos centros se logre a veces la admisión en la verdadera congregación astral, no es necesario pertenecer a ellos.

Ya sabe usted, la verdadera fraternidad Rosa-Cruz existe invisible para los ojos materiales en el plano astral y la iniciación solo se puede lograr cuando se esta preparado. Para el Rosa-Cruz el dinero no existe... todo depende del adelanto del neófito, que se conoce por su aura, por las señas de la mano, y por aviso del Gurú.

El primer grado, se obtiene en ciertos centros, uno de ellos es el que existe en el Cerro de Chapultepec, en México, donde recibió Montenero, del que le hablé, su primer grado. En Espoña, tenemos un centro más elevado todavía. Este existe en la provincia de Cataluña, la montaña de Montserrat. Ahí puede usted recibir el segundo grado.

Esto que le han dicho sobre la alimentación, es tontería. Naturalmente, que la alimentación vegetariana sea la más conveniente para el hombre desde el punto de vista físico, es incuestionable; pero cuando el chela esta preparado para la iniciación de encarnaciones anteriores, puede comer y beber de todo. Como dijo muy bien Jesús, no es lo que entra por la boca, sino lo que sale, lo que hace daño al hombre.

¿Que provecho puede hacer a los miembros de cierta sociedad, propagar la alimentación de cosas crudas, y que en las relaciones con sus llamados hermanos todo sea hervido, y no haya más que disidencias, discordias y difamaciones? Ya cuando logre usted la clarividencia, después de la iniciación, verá qué diferente es todo, y cómo vivimos engañados, respecto de los hombres. Verá que el aura de uno que se tenía por bueno y santo, demuestra que es malvado y perverso; y que en torno de otro, a quien difamaba y despreciaba, relucen los colores puros del Maestro.

La orden de la Rosa-Cruz no tiene nada que ver con la masonería de que usted me habla. Verdad que también la francmasonería tiene en el grado 18 príncipes de Rosa-Cruz y que lo tomó del Cristianismo.

Rosa-Cruz puros eran los grandes príncipes de la Iglesia, en la Edad Media; y lo siguen siendo ocultamente muchos, hoy día, a los que no les es dado exteriorizar su filiación.

No podré dar a usted más detalles. Ciertos sueños, lúcidos algunos, otros cuyo contenido no ha podido usted recordar al día siguiente, fueron motivados por cierta labor hecha por usted por los maestros, Gurús del invisible, de una manera preparatoria.

Puede usted ya, cuando crea conveniente, emprender un viaje a Barcelona, y atenerse a las instrucciones verbales que le he dado; lo más conveniente será que pase usted por París, donde el maestro Papus dejó ciertos iniciados en las ciencias herméticas, que se reúnen en la rue Savoi, en el salón del barrio latino. Ya los hermanos, allá, saben quién es usted, y pasarán con usted una noche. En Barcelona irá usted a alojarse mejor al Hotel Majestic, en el Paseo de Gracia, y esperará allí los acontecimientos.

sin que me sea posible dar a usted hoy mayores detalles, tiene mucho gusto en saludarle su amigo, RASMUSSEN". Antes de decidirse a verificar el corto viaje que había emprendido Rasmussen a la provincia desde donde ahora escribía, habían proyectado ambos que Bernardo fuese también a la América del Sur: al Perú. le decía el Maestro:

Cuando llegue a Cuzco, por lo menos así era cuando yo pasé por ahí, los indios le ofrecerán ídolos que dicen haber excavado en uno de los templos antiguos.

Al examinar aquellos dioses, generalmente se descubre que son hechos en Alemania y llevan aún la marca de fábrica de su reciente manufacturación.

Londres posee un Museo más y los que visiten hoy día la capital británica, deben aprovechar su estancia para conocerlo. Es un Museo de las falsificaciones, del Burlington Fine Arts Club.

Sabemos que los Museos de arte antiguo son muy exigentes en la admisión de objetos y que existen en ellos peritos especialistas de mucha experiencia para examinar la autenticidad de las obras, y hasta, por ejemplo, que prueben que un cuadro de pintura es una copia, para ser rechazado, y ya no tiene valor alguno.

La Exposición que se ha inaugurado recientemente en Londres, se empeña en hacer todo lo contrario; ella solo admite y premia las falsificaciones, las copias, las imitaciones y las premia muy bien.

La empresa ha tenido gran éxito; acuden de todas partes del mundo los visitantes, en su mayor parte artistas, pero sobre todo los propietarios de casas que trafican con objetos de arte.

Las ventajas que tienen los visitantes de semejante Exposición, es conocer las cosas falsificadas, pues allí pueden comparar y estudiar las imitaciones célebres.

Existen artistas acabados, que falsifican, que hacen imitaciones de cuadros antiguos, con una destreza, con una habilidad admirable.

En Alemania hay fábricas enteras, donde imitan muebles antiguos, que junto con los cuadros nuevos, es decir, recientemente pintados, se ponen como si se tratase de un jamón en la chimenea de la cocina para que el humo le dé apariencia de antiguo.

Luego a estos objetos les falsifican documentos, en que consta que proceden de conventos, de castillos feudales, etc., y documentos acompañan a las obras como una especie de fe de bautismo que facilitan encontrar incautos que compren los cuadros.

En la exposición, el Berlington Club ha traído los originales de muchos cuadros para ponerlos al lado de la falsificación y así poner mas de relieve el timo.

De tiempo en tiempo han sido robados cuadros de autores célebres, cuya autenticidad estaba fuera de duda; pues ahora en esta exposición se han encontrado que estos cuadros habían servido para ocultar bajo un cuadro imitado, otro bueno; fue suficiente raspar uno para que quedara libre el primero.

Se ha visto en esta exposición, que Rembrandt es el pintor antiguo más difícil de imitar, y que las copias se conocían enseguida.

De todas partes del mundo han acudido los hombres de ciencia y los peritos de pinturas de mas fama, y el museo va a quedar como permanente.

Ahora viene otro aspecto práctico. Los ingleses ricos que tienen dudas sobre la legitimidad de alguna obra de arte de su propiedad, las mandan para hacerlas examinar.

En Madrid he tenido ocasión de visitar muchas casas de aristócratas, donde me han enseñado cuadros de Murillo, de Goya y Velásquez, y yo creo que una exposición semejante no estaría mal por aquí, pero se debería buscar un local amplio... muy amplio.

XIX

Elfrida estaba radiante de alegría, por más que su prometido secreto, como ella solía denominar a Bernardo, no se había dejado ver ya desde algunas semanas. Estaba en su carácter probablemente, que permaneciera tan callado, a la manera de las grandes naturalezas; y con toda seguridad iba a ser un gran hombre; su mismo papá se lo había dicho y éste sabía siempre muy bien lo que decía. Lo que sí no le gustaba, en absoluto, era que a nadie, ni siquiera a su primo Hans ni a la señora Gruenfeld, podía explicarles que estaba prometida. Por esto, estaba cavilando cómo podría hacer cambiar de parecer a su padre, pues de otro modo Hans podía llegar a figurarse que él era su único pretendiente. Y en cuanto a alusiones, bastantes había hecho ya.

Nada; sería la esposa de Reiman. Como hija que era de un profesor, su marido tenía que ser más tarde profesor también y no un triste hidalgo de polaina, como lo era Hans. Y tuvo que echarse a reír ante la idea de que ella, como él muy probablemente se lo figuraba, y quién sabe en lejana finca, se estaría inspeccionando las cuadras, con las faldas arremangadas, vigilando a las sirvientas, ayudando a desatar la leche y manipulando en la cocina lo mismo que en las bodegas. Eso le faltaba, que en vez del fino perfume de las rosas, la envolviera el vaho de las cuadras.

—No, Hans; en mi vida seré yo moza de cuadras. ¡Yo soy la prometida de Bernardo!

—díjose a sí misma en alta voz—. Que se enteren los vientos que soy su prometida.

Rechinó la puerta del jardín; y Hans con quien justamente estaba conversando en pensamiento, se le acercó con paso acelerado a través del jardín.

—¡Pero, si estás corriendo como si se te hubiesen desbocado los caballos! —exclamó ella sonriendo.

Un momento después, hallábase Hans von Reichenau a su lado, con la cara toda encendida; y puestos sus negros ojos investigadores en ella, interrogóla brevemente:

—¿Es cierto lo que hace un momento dijiste, en alta voz para ti, antes de que yo penetrara en el jardín?

Elfrida retrocedió asustada unos pasos, mirándole de hito en hito con sus grandes ojazos. Jamás había visto a su primo de esta manera. Le parecía todo extraño con su respiración jadeante, la mirada casi amenazadora y la tosca seriedad que se leía en su semblante.

—¿Cómo puedo yo saber que los caballos se te han desbocado? —respondióle ella con forzada sonrisa.

—¡Disparate! —la recriminó—. Quiero decir: si es cierto que eres la prometida de Reiman.

Elfrida sintió cómo su corazón le palpitaba hasta el cuello.

—Pero ¿tú has oído algo? —le preguntó.

—¡Vamos! —insistió Hans—. ¡Dime la verdad! Bien claro lo he oído, gracias a Dios.

—Y si así fuera, ¿a ti qué te importa? —replicó ella con acento arrogante.

—¡Oh, pues, mucho! Tu madre nos ha prometido a los dos en su lecho de muerte, cuando tú aun estabas en pañales. Nosotros pertenecemos el uno al otro, y ningún extraño podrá separarnos.

Un deseo irresistible de burlarse se apoderó de ella y se echó a reír de su chiste, como ella lo llamaba. —Tú te ríes de ello... pero, no obstante, es la pura verdad. Pregúnta a tu padre, que él mismo me lo ha dicho.

Elfrida púsose seria al momento. ¿Mi padre a ti? ¿Y a mí no me ha dicho una sola palabra siquiera? ¿Sólo a ti?

—Pues claro, porque tú eres demasiado niña aún.

—Entonces, ha sido un grande error, de parte de los dos, que vosotros, y tú sobre todo, tendréis que expiar ahora. Yo soy la prometida de Bernardo Reiman. Mi padre está de acuerdo con que nos casemos después de su regreso de España.

Ya lo sabes, pues. ¡Y tienes que conformarte!

Con plena decisión se lo dijo.

—Pero yo no me conformo con ello —profirió él—. Primero me lo tiene que decir tu padre mismo.

Quiero tener certeza completa.

—Además, y ante todo, tendrías que preguntarme, primero, si te quiero yo, si mi corazón siente por ti... Seguramente que yo te quiero mucho como mi primo y amigo, pero como esposo..., nunca, jamás. Como futuro esposo mío, no entras en absoluto en consideración.

El se la quedó contemplando perplejo. ¿Era éste el gato silvestre, la rapazuela, que él quería amansar? ¿Era ésta la Elfrida, con su cabecita caprichosa? Parecióle, de pronto, otra; que se había vuelto otra. después de una breve pausa, preguntó, con ronco acento:

—¿Es ésta tu última palabra, Elfrida?

¡Singular la dolorosa impresión que le hizo esta pregunta! Desvió su mirada de él y se puso a contemplar el jardín. Al pie del manzano floreciente, una ardilla subía alegre por el tronco, haciendo murmurar el follaje. Algunos petirrojos saltaban de rama en rama preocupados en su juego de amor. El sol estaba en declive, inundándolo todo con sus rayos dorados.

Como aun siguiera callada, volvió a preguntar, con más insistencia que antes:

—Elfrida, escucha lo que te digo: ¿Es ésta tu última palabra?

Y, como ella prosiguiera en su mutismo, agregó:

—¿Te has olvidado ya de nuestros juegos infantiles en que jugábamos a marido y mujer? Aun te veo como joven madre en que tan encantadora eras con tus muñecas, por lo cual ya de muchacho te adoraba yo como un ser superior. Y poco a poco el amor fué arraigando y tomando un incremento cada vez mayor, hasta tal punto, que hoy no puedo ni siquiera ya vivir sin ti. Tú sabes, yo soy rico. Puedo y quiero cuidarte como si fueras una princesa. Todo lo pongo a tus pies. Ya conoces las grandes y tan extensas tierras señoriales de mis padres, cuyo único heredero soy yo. Todo es para ti, solo para ti ha de ser. Es por este motivo, por la que he aprendido la agricultura, y tengo alegría con ella; asimismo, bien seguro estoy de que tú, justamente, con este sentimiento que tienes por la naturaleza, la llegarías a amar de la misma manera.

Ella lo contempló toda extrañada. En sus ojos se veía una gran admiración.

—Mucho me extraña que sólo hoy me hables de amor.

—Pero ¿es necesario que se diga esto? ¿No lo sientes ya desde años el amor que te profeso?

—No puedo, Hans —profirió—. ¡Soy la novia de Reiman!

Hans de Reichenau lanzó una ronca carcajada. —¡Pero eso son tonterías, Elfrida!

—No, nada de tonterías, es la pura verdad —articuló ella toda compungida.

Se oyeron pasos y ambos dirigieron la vista hacia la puerta. Era el profesor Mertin que, de regreso de su cátedra, atravesaba el umbral.

—¡Hola, hijos!

Al ver que los dos callaban, levantó la vista.

—¿Qué os ocurre? ¿Qué habéis vuelto a reñir? —díjoles burlonamente.

—Tío... yo..., yo...

Hans no supo cómo proseguir, y se limpió el sudor de la frente. Extrañado contemplaba Mertin a su sobrino.

—Pero ¿qué tienes?

—¡Ah, sí; justo! ¡Mis felicitaciones más sinceras, mi enhorabuena! —balbuceó Hans de Reichenau.

—¿Felicitaciones? Pero ¿para qué? Mi santo ya pasó, bien lo sabes.

—¡Por haberse prometido Elfrida! —exclamó Hans.

—¿Por haberse prometido Elfrida? ¡Si estáis locos...! ¿Y tú te crees eso?

—Ella misma me lo acaba de decir hace un rato, que se ha prometido con Reiman.

—Y efectivamente lo estoy —dijo ella, llena de obs tinación—. ¿O se te ha olvidado ya que nos presentamos como prometidos? Solo nos exigiste que nuestra unión permaneciera secreta, si bien no sé por qué motivo.

El profesor Mertin se echó a reír.

—¡Ah! sí; justo. Eso fue el día en que Reiman nos hizo su visita de despedida y en que, embriagado por el vino, dijo que sí a todo lo que tú proponías. Cierto, muy cierto; fue entonces cuando tú me anunciaste haberte prometido con Reiman, no él;

lo que naturalmente no tomé en serio. Yo estoy casi seguro de que Reiman ya no se acuerda para nada de toda la cuestión.

—Pero esto es enorme de tu parte, papá. Parece increíble que digas una cosa así —

exclamó ella toda excitada—. El asunto es serio, y sigue serio; pues yo solo me casaré con Reiman y con nadie más en el mundo.

—Pues entonces, tranquilízate un poco, hija mía —prosiguió su padre—, y escucha, pues tengo que contarte un epílogo ocurrido después de haberte tú prometido con Reiman: Has de saber, que ha poco recibí la visita de la madre de Reiman, la que me suplicaba influyere sobre su hijo Bernardo para que dejara a una joven que estaba ciega. Pues por amor a esta joven, hasta quería hacerse oculista para tratar en lo posible de curar su ceguera. Como era natural, le he dicho a su madre que yo no podía ocuparme en los asuntos particulares de los estudiantes, en cuanto no perjudicasen el buen decoro de los estudiantes en general, o fuesen de carácter deshonroso. Cada uno de estos jóvenes tiene su muchachita; y mucho tendría yo que hacer, si quisiera contentar a todas las madres. Lo único que pude prometerle fue que guardaría silencio de su visita. Pero ahora que veo que mi Elfridita aun sigue encaprichada en esta idea, le tengo que hablar de esta rival y espero que esto la curará.

Y repito, yo no he tomado en serio el incidente cómico con Bernardo Reiman.

Elfrida había escuchado con celo creciente. De la verdad de lo que su padre le decía, ni que dudar había. De la vergüenza que sintió, se le subió una oleada de sangre a la cabeza, incendiándosele las mejillas al pensar que era engañada, y que era desatendida a causa de una pobre ciega. Ahora ya sabía el porqué. Pero, sin embargo, quería atenerse hasta el último extremo a su derecho, hasta que él mismo se retractara.

—Qué importancia tiene si un joven, y sobre todo un estudiante, tiene una amiguita, esto poco me importa. Ahora que soy su novia, seguramente se abstendrá de tales tonterías —dijo, consolándose a sí misma con tal argumento.

Hans se echó a reír con despecho mal disimulado, pero luego se le escapó el juramento de que ya se la pagaría quien engañara a su prima. De ninguna manera podría él aceptar esta situación. Exigía que se jugase con las cartas abiertas; si no, pasaría una desgracia. Y aquí las cartas estaban mal, y todo, solo por culpa de Elfrida; pues era ella la única responsable de ese acto. El mismo lo había encontrado en las primeras horas de la mañana. Luego habían celebrado la despedida con otros colegas, tomando ya entonces más de una copa de vino. Y después, nuevamente en su casa.

—Es muy natural que cualquier joven se prometa contigo, si tú te echas en sus brazos —le objetaba para luego agregar: Vamos, pues, primita, dame la mano y no nos acordemos más de la broma de haberte prometido. Ven acá; sé razonable.

Su acento era suave como el de un niño. Ya iba a tenderle la mano, cuando su obstinación recrudeció.

—¡No! —exclamó y retiró su mano—. Primero quiero saber a lo que he de atenerme y quiero cerciorarme de cómo está la cosa con la ciega.

—Bueno, entonces esperaré —contestó Hans, respirando con alivio, pues ahora volvía a tener esperanzas. Y quiero saber la determinación de mi madre.

¿Qué es eso? ¿Es que Hans había dicho algo?

Su mirada dirigióse interrogadora a su sobrino.

—Yo le he hablado a Elfrida de ello porque creía que ya lo sabía —contestó Hans.

—Lo que por él has sabido —le dijo su padre—, es el deseo de tu madre por el gran cariño que os profesaba cuando niños.

Cuando ella murió, tú tenías tres años. Pero yo me quedé callado porque quería que tú misma te eligieras al compañero de tu vida. Y solo te habría hablado de ello, si tu elección hubiese recaído en Hans. Sin embargo, no te apruebo ni acepto el haberte prometido con Reiman. Ahora ya conoces también los motivos que tengo para ello.

—Sin embargo, he de rogarte que no te opongas a que me considere como novia de Reiman, mientras no esté aclarada la cosa con la ciega. Iré a ver a la señora Reiman y me proporcionaré pormenores sobre ello.

—Hazlo así, no tengo inconveniente; además no tiene importancia. Lo principal parece que tú no quieres comprenderlo; esto es: que Reiman tiene que pedirme tu mano en toda forma a mí mismo, a no ser que haya hecho ya anteriormente otra elección; sólo entonces podremos hablar de que estás prometida con él.

Elfrida comprendió que su padre tenía sobrada razón, lo que la enfadó a causa de Hans, que estaba presente en este altercado.

—Esto me es completamente igual —objetó con obsesión—. ¡Pero a un hidalgo de polaina lo aceptaré aun mucho menos!

Y, con estas palabras y lagrimas en los ojos, salió precipitadamente del aposento, cerrando la puerta violentamente tras de sí. —¡Deja que se apacigüe, Hans! ¡Si es tan cándida aún...! Cuando haya pasado el primer tumulto, con seguridad que volverá hacia ti, pues en el fondo de su alma es a ti a quien ama. O, si no, tendría yo que ir muy equivocado, lo que no puedo creer. Pero una cosa tienes que prometerme, Hans. En caso que la cosa saliese en contra de nuestros deseos, tú tendrás que soportar, como un hombre, lo que no se puede remediar y seguirás siendo siempre mi muchacho querido.

Mertin le tendió la mano, la que Hans tomó cordialmente con las siguientes palabras:

—¡Muchas gracias, querido tío! Que todo se trueque en nuestro bien.

Con estas palabras despidióse Hans de Reichenau del padre de Elfrida.

XX

...Bernardo pasó una temporada rara, su periodo preparatorio...

.....

El Maestro Rasmussen le había dado instrucciones prácticas, tan exóticas, tan desconocidas en absoluto...

.....

De noche, tenía sueños curiosos, que a veces recordaba con toda lucidez; a veces, solo a medias...

.....

Comprendió, de pronto, que la visión que había tenido Elsa —el incidente con Elfrida—, había sido provocada por seres invisibles, para estorbarle la Iniciación...

.....

Muchas cosas que hasta ahora habían sido oscuras, incomprensibles para él, se aclaraban...

.....

Comprendió también que, para su Iniciación, el matrimonio no solo no era prohibido, sino que se imponía...

.....

Su mujer, algún día, sería sacerdotisa...

.....

Vio que le habían sido necesarias todas las personas con quienes había vivido: su padre..., Elsa..., y hasta su madrastra...

.....

Sintió que, aunque había sido vencido en las pruebas físicas; en otras a que le habían sometido en el Astral, durante el sueño, había salido vencedor...

.....

La prueba más difícil había sido la decisiva: y fue la que le permitió ir a Montserrat...

.....

Había sabido callar...

.....

Callar...

Comprendió que también es malo, cuando es preciso hablar...

.....

El misterio de Wagner...

Parsifal no llegó a ser rey del Graal, porque no preguntó el porqué de los dolores de Amfortas...

Si hubiese sido *Parsifal*, habría preguntado. Y esta sola pregunta, este solo momento de hablar, le habría valido lo más grande, lo más excelso y divino que se puede lograr en este mundo.

LA INICIACIÓN

.....

XXI

Bernardo descendía del tren en la estación de Francia y se encaminó al hotel Majestic.

No se había valido de ningún Baedeker para informarse sobre la ciudad condal.

Había tenido cierto prejuicio contra España. La frase: “El África principia en los Pirineos”, la había tomado muy en serio, y se sorprendió al atravesar bulevares tan elegantes como el Paseo de Gracia. Enfrente del hotel, ante su vista se destacaba el Tibidabo, y la Atalaya le parecía que indicaba la verdad de la frase de donde ha tomado el nombre, de la leyenda bíblica, cuando Jesús estaba con el demonio en la punta de la montaña y le decía: “Toda esta belleza de la tierra te daré, si te arrodillas y me adoras”. Y, para conquistarle, decía: *Tibi dabo*.

En el hotel se dejó indicar cualquier pieza, ya que le era igual el piso que podían darle, pues como el Rosa-Cruz le había dicho que esperara en el hotel, que lo iría a buscar para darle el segundo grado y éste sería dado fuera de Barcelona, se dijo:

Para estar un día aquí, me es igual y no exijo confort.

Barcelona era una de las ciudades más hermosas del mundo.

Observó que los catalanes eran un pueblo trabajador y de talento. Entre ellos, había algunos desequilibrados que soñaban con separatismo, olvidando que, ni por la tradición, ni por la historia, ni por razones étnicas, pueden jamás atentar contra la integridad de su patria. Por si esto fuese poco, hasta el mismo móvil egoísta debía impeler a los tales, a no dejarse arrastrar por esas ideas absurdas y antipatrióticas.

Encantadoras encontró las costumbres regionales; las sardanas; las típicas fiestas mayores, con sus clásicos entoldados (*envelats*), con los que las muchachas, sin distinción de clases, sueñan todo el año, teniendo como único acicate, el firme y decidido deseo de rivalizar entre ellas, con sus mejores galas.

El idioma catalán, tan armonioso y rico, que parece inventado para los cantos épicos, por su melodiosa fuerza, sedujo a Bernardo. Y no podía comprender cómo esos hombres, tan buenos y laboriosos, que al través del lenguaje veía contagiados por aquellos ilusos, a quienes antes aludí, gritaban: “Visca Catalunya!”; y no gritaban:

“¡Viva España!”

La majestuosidad del Mediterráneo llama la atención de todo el que viene a Barcelona, y nos despierta ideas sobre esta gran laguna.

Bernardo se había puesto a meditar sobre la inmensidad del Océano.

El mar es una masa de agua que cubre las dos terceras partes del globo, en íntima conexión con todos sus Océanos, a tal grado, que un médico homeópata de la escuela oficial de México, creía que cuando se botaba un globulito de remedio en la bahía de Vera Cruz se deberían sentir sus efectos en las aguas de Vizcaya.

Así como la superficie de la tierra está poblada de seres, desde el interior de la mina más profunda hasta la cima del Himalaya, el mar, a pesar de los millones de peces que observamos, tiene partes completamente despobladas, grandes, inmensas regiones donde la vida se hace imposible por falta de luz.

Estas partes que se asemejan a un inmenso desierto, son las grandes profundidades y de éstas las hay que son de grandes dimensiones, ya que una comisión de alemanes, sobre un barco de observación, pudieron sondear profundidades de 5.000 a 6.000

metros, que son frecuentes, pero en las que la vida es casi nula o por lo menos incomprensible para nosotros, porque toda vida requiere luz y ésta solo traspasa los primeros 300 metros; mas allá todo es oscuridad y frío, queda siempre alrededor de cero grado.

Los peces y otros animales marinos buscan las aguas poco hondas y aman las proximidades de las costas donde encuentran mas alimentos.

En ciertas regiones del mar, viven verdaderos monstruos y si muchos naturalistas han negado la existencia de la serpiente marítima, han tenido que corregir su juicio al leer la obra del inglés Mitchell Hedges que realmente vio aquellos monstruos.

Hedges vio peces que pesaban 50 quintales.

En el océano Pacífico existen escorpiones marítimos de 9 pulgadas de largo y muy venenosos. En otros mares existe una especie de murciélagos acuáticos cuyo peso también pasa de 40 quintales.

Pero no solo esos monstruos que recuerdan épocas prehistóricas, sino que hay especies marítimas que recuerdan animales domésticos. Así, por ejemplo, en ciertas islas del Pacífico hay vacas marítimas; después hay elefantes y una serie de animales que atacan a los hombres, tan pronto encuentran ocasión para ello.

Durante el verano, esos peces peligrosos que de común viven mar afuera, buscan las costas. Por eso, siempre es un peligro nadar demasiado lejos: nunca se sabe lo que puede acontecer, ni qué se puede encontrar.

Parece que las aguas del Mediterráneo son las más inofensivas. Sin embargo, hay una especie de tiburones que viven aquí cerca y que pueden llegar hasta las aguas de Barcelona; por lo mismo, siempre es recomendable conformarse con los baños de la costa misma y nadar cerca, sin buscar el peligro.

En el Astral existen estos monstruos que el Rosa-Cruz puede evocar.

Bernardo tenía facultades para llevarla varita adivinadora; siendo estudiante en Alemania había descubierto corrientes de agua, en terrenos al parecer secos.

Aquí en Barcelona, vio un sistema completamente nuevo para esas labores provechosas.

Sabemos que desde el centro de la tierra hay corrientes magnéticas que todavía se registran a muchos kilómetros en la atmósfera.

Actualmente, existe una balanza de torsión para explorar el interior de la tierra y descubrir arterias de agua o vetas de metales.

Todos sabemos cuán costoso es a veces buscar una veta argentífera. Los mineros gastan miles y miles inútilmente, cuando tienen la desgracia de dar con bolsones de metal, semejantes o confundibles con una veta cortada; y entonces siguen la dirección a ciegas, y gastan en esos trabajos, muchas veces, toda su fortuna.

Para encontrar agua en Alemania se usaba mucho la vara adivinadora; una especie de barrita de madera o metal que llevaba una persona con facultades especiales, caminando sobre un terreno dado. Si bien es verdad que con este medio se descubrieron muchas veces fuentes de agua y se dio con buenas minas, el resultado no era matemático; dio unas veces resultado; otras veces, no. La balanza nueva, dicen que es un invento absolutamente seguro y que se han encontrado vetas de metal en Escandinavia, en el fondo de un lago profundo y que, además de estar tapado por el hielo tenía una capa de arena en el fondo.

Dice Derstorf, que esta balanza mide por el grado de torsión, a la cual queda sujeta un hilito extraordinariamente delgado de platino-iridio. Por ejemplo: concreciones salinas, en relación con las rocas que las rodean representan una falta de masa. Pues bien; estas concreciones salinas, en comparación con la roca estéril, son mucho menos espesas y producen así una modificación en el campo de gravitación. Al revés: las vetas metálicas representan excesos de masa, en comparación con la roca, y muestran modificaciones en el campo de gravitación.

Parece que el aparato es sencillo y que no lo venden a precio exagerado, de modo que todo minero lo puede adquirir.

Las montañas de la península ibérica encierran grandes tesoros en plata y oro. Los antiguos han explotado minas que hoy ya no se conocen. El inventor tiene, pues, en España, y en la América latina, un gran campo de acción. Pero no solo en la minería;

en la agricultura falta agua, y sabemos que existen por todas partes corrientes subterráneas, difíciles de encontrar hasta ahora.

La balanza de torsión, pues, es un invento de mucha importancia, y pronto sabremos el resultado que ha tenido en las diferentes partes del mundo.

Nuestros antepasados tenían la costumbre de enterrar el dinero para esconderlo de los ladrones y se supone que en muchas murallas de edificios antiguos, se encuentran monedas de oro guardadas. Ahora, con la balanza, se podrá ver al través de los muros, sin destruirlos. Y, con este aviso, damos la voz de alerta a las personas que habitan casas sospechosas; porque, con la balanza alemana, pueden ganar la lotería de Navidad sin jugar.

Tanto en el cuerpo humano como en los instrumentos, solo es cuestión de aumentar la sensibilidad.

El individuo que puede llevar con éxito la varita, no es nada más que un hipersensible.

Un americano que recibió sus enseñanzas en Charlottenburgo, ha hecho un invento notable, al presenta a la Academia un instrumento con el cual se puede medir la millonésima parte de un

milímetro, es decir, observar algo con mucha más precisión que con el ultramicroscopio más perfecto. El ultramicroscopio hará una revolución, no solo en la física, sino hasta en la química y biología.

Por de pronto, ha podido medir el crecimiento de una planta durante diez minutos; y se vio que los vegetales no se desarrollan uniformemente, sino a saltos, y que luego decrecen, según la influencia de la luz. Describe el crecimiento de la planta una especie de espiral.

Para los agricultores, es de importancia el invento, porque con el micrómetro se podrá ver la influencia efectiva de los abonos de una manera absolutamente matemática. Asimismo, se acabarán las discusiones sobre la influencia de la luz ultravioleta, porque ahora se vera lo que hay de cierto.

Todo lo que se ha discutido sobre la construcción o constitución del átomo, recibirá una explicación precisa; pues el ultra micrómetro podrá medir objetos mucho más pequeños como los que hemos tenido por átomos.

Como, por influencia del calor, los cuerpos se dilatan y nunca se pudo saber con precisión hasta qué grado; ahora, con el ultra micrómetro, se verá eso admirablemente. Por tal circunstancia dará explicación y nortes nuevos a los químicos, en muchas materias. El aumento de la temperatura se podrá medir en su grado mínimo, lo que aprovechará la meteorología.

Admirables son los sismógrafos, y con ellos podíamos, en Barcelona, saber cuando se verificaba un temblor en el Japón. Pero allí cabían dudas sobre la localización; se sabía que había habido un movimiento sísmico, y no se sabía dónde. Ahora sí:

aplicando el nuevo aparato, se sabrá enseguida el lugar exacto.

Bazzoni, que así se llama el inventor, pudo localizar un camión cargado que venía a muchos kilómetros de distancia.

En mecánica, el resultado fue colosal.

Un eje pulido que servía para un instrumento de precisión y que se creía redondo, resultó una verdadera montaña rusa, donde habían subidas y bajadas enormes.

Medidos de ahora en adelante estos ejes con el ultra micrómetro, y lográndolos realmente redondos, evitando todo roce, toda frotación, nos acercamos al movimiento perpetuo.

En fin, es incalculable el alcance de este nuevo invento y lo mejor es que no resulta caro; cualquiera se lo podrá construir en su laboratorio, puesto que se trata de una combinación de espejos fácil de montar.

Nunca se habían inventado tantas cosas y tan notables como en los últimos meses, y, sin embargo, no se ha dado a todos estos adelantos importancia como antaño se hacía, porque el mundo está ocupado en asuntos políticos, pero como un invento se enlaza con otro, dentro de poco se verán verdaderas maravillas.

Si la humanidad hubiese gastado el dinero que se derrochó en la guerra para matar, en la aplicación de estos inventos, cada uno de los cuales sirve para hacernos la vida más llevadera, ¡qué

bien estaríamos! Pero las naciones no aprenden; de nuevo se gastará en máquinas de guerra, y todo el mundo se armará. Sin embargo, los inventos beneficiosos, alguna vez se abren paso. Este último —el ultra micrómetro— tiene una aplicación enorme, para la Quirología.

En los hombres se logra aumentar la sensibilidad, por medio del ejercicio de Tatwas.

Toda realización de fenómenos ocultos, tiene por base el manejo de los Tatwas (véase mi libro el Tatwametro o las Vibraciones del Éter). La vida planetaria no es más que consecuencia de vibración del éter, él es la liga física universal, el vehículo de todas las fuerzas. El éter gobierna la electricidad, el magnetismo, la cohesión y la gravitación. Verdad es que la ciencia oficial, aun no sabe lo que es el éter, pero la orden Rosa-Cruz lo conoce hace siglos y siempre se ha valido de él para realizar sus milagrosas operaciones.

Así como el estudiante de letras deberá principiar por el A B C y el que quiere aprender las matemáticas ha de haber aprendido la tabla de multiplicar, el chela Rosa-Cruz debe ejercitarse en el manejo de los Tatwas.

El conocimiento de los Tatwas es muy antiguo.

Los arqueólogos han podido comprobar ciertos principios y métodos Rosa-Cruz, al hacer sus excavaciones. En Egipto, era costumbre en los sacerdotes escribir reglas instructivas sobre tablillas, para que les sirviesen de guía a los muertos y supieran comportarse al despertar en el más allá. De estas tablillas se ha formado una obra que se llama el “Libro de los Muertos” y que ha dado mucha luz para la magia práctica. Es de advertir, que los hermanos mayores cuidan indefectiblemente de que cuando son tablas demasiado peligrosas las destruyan antes de que los arqueólogos den con ellas. Generalmente las llevan a los centros nuestros. Por el “Libro de los Muertos” se ve cuán adelantados estaban los Egipcios.

El hombre, para sus observaciones, solo puede valerse de sus cinco sentidos para adquirir una convicción, pero la ciencia ha probado que hay animales que no tienen más que dos sentidos y aun hay algunos que solo poseen uno. Si la teoría de Darwin llega a confirmarse y yo no lo dudo que en parte sucederá, el hombre antes carecía de ciertos sentidos que actualmente posee. El hombre de la cueva no puede compararse con un sabio actual. Así, pues, como los sentidos se han ido desarrollando poco a poco en el pasado, para conocer el mundo actual, en otro lapso del porvenir, desarrollaremos otros sentidos, para conocer el mundo invisible.

Los hombres de ciencia, siempre han creído encontrar una identidad del alma con el cerebro, y creen que, mientras más voluminosa o más perfecta y normal sea la masa encefálica, más inteligente tiene que ser el hombre. Esto no siempre es verdad; pues no debe olvidarse que, cuando se hizo la autopsia de los cadáveres de Brummssen y Mommsen, se vio que tenían la masa cefálica completamente reseca.

Últimamente en el Middlesexspital de Londres, se han hecho experiencias muy concluyentes sobre la relación que existe entre el dador de la sangre y el receptor en las transfusiones, pues el enfermero Lee que en veinte casos había prestado su sangre a enfermos graves, pudo decir con certeza matemática si el paciente moriría o viviría, más aún, cuando la persona moría después que llevaba sangre de él, aun estando muy distante, él lo sabía. Esto es una prueba que la sangre en su parte astral no se desune, fenómenos que es completamente desconocido por la medicina.

Dos días hacía que Bernardo regresaba a cada instante al hotel, a enterarse, en la portería, de si alguien había preguntado por él. Pero siempre la misma respuesta: No ha venido nadie, señor.

La situación era desesperante. ¿Qué habría pasado? ¿Se habría olvidado Rasmussen de escribir oportunamente a sus hermanos de aquí para que le dieran el segundo grado o se habría perdido la carta?

Todavía le perseguía la idea de que en todo debía de haber alguna equivocación.

Quizá debió haberle confundido Rasmussen con otro. Esto de insistirle siempre que debía recibir el segundo grado, cuando no había recibido todavía el primero, le preocupaba.

Para conocer el medio, había ido a visitar los centros teosóficos, pero la recepción que le hicieron la última vez, le obligó a no volver más.

Al llegar la tarde del cuarto día, se dijo: Ya mañana no esperaré aquí en balde. Me iré a visitar la montaña de Montserrat.

XXII

Muy de madrugada, tomó el tren en la misma estación de Francia, donde había llegado, siguiendo el consejo del mozo del hotel. Salió para Martorell. Era una mañana hermosa, día 27 del mes.

Muchas veces el Rosa-Cruz le había dicho, que este día se debía reservar para las oraciones, que era el día predilecto para ponerse en comunicación con los maestros del invisible. Muchas veces había formado la cadena con los maestros y lo que le daba pena era que hoy se encontrara tan solo. ¡La decepción que le habían causado algunos teósofos de Barcelona, los que se hacían llamar espiritualistas y hasta Rosa-Cruz, había sido tan grande...! Hacía años que se repetían en sus obras las mismas cosas, nada más que cambiando la frase, ensanchándola de vez en cuando, pero siempre alrededor de un círculo vicioso, entre el dogma del Karma y la reencarnación. Hoy se sentía inclinado a la meditación. ¡Los ensueños que había tenido todas las veces anteriores, durante los seis días que esperó, fueron ensueños tan raros...! Había visto seres que se aproximaban a su lecho, había despertado muchas veces con cierta angustia, etcétera...

Bajó en Martorell, donde le habían dicho que había automóviles. Buscó por todas partes, pero no pudo ver ninguno, hasta que de pronto divisó una especie de auto de turistas con imperial y se dijo: Allá arriba me voy, pues estaré solito y nadie me molestará para tomar la impresión de Montserrat. Abajo, el conductor estaba acomodando a la gente. Creía Bernardo que no habría nadie que quisiera compartir con él los asientos de arriba. Más, de pronto, salen del edificio de la estación un grupo de seis viajeros más, y entre ellos un médico a quien había consultado una noche, y una señora que en varias ocasiones había creído ver en la Rambla. todavía no había salido de su sorpresa, cuando el médico que había levantado la cabeza le dijo:

“—¡Qué, amigo! ¿También a Montserrat? Pues allá vamos, para estar con usted”. Y, en un santiamén, se habían acomodado los llegados últimamente.

—Voy a tener el gusto de presentarle a la señora Saisa.

Señora, ahí tiene usted a un colega alemán que ha venido a conocer nuestra tierra.

El camino iba, primero, a Esparraguera, por una calle angosta por donde a cada paso había el peligro de atropellar a alguien: las bombillas del alumbrado se podían coger con las manos. Después, a los tres pueblos del Bruch.

Al último, ya están cerca de la montaña, y se divisa en la piedra un triángulo, como si la montaña tuviera una ventana al espacio infinito. ¡Qué vegetación tan rara! Sigue el camino una especie de serpentina que circunda a la montaña, hasta de repente llegar al patio mismo del convento.

Primero fueron todos a la Iglesia a recogerse ante la santa Imagen. La señora le había contado el cuento de Fray Garí. con elegante dicción había dicho:

El conde de Barcelona tuvo una hija de rara belleza, pero a la muchacha le daban ataques epilépticos. Se consultó a todos los médicos, para curar aquellos ataques, pero nadie podía curarla. No se trataba de una epilepsia común. Era una especie de posesión; pues, tan pronto la muchacha perdía el sentido, hablaba un ser en ella: era la voz del demonio; y, después del exorcismo, hecho por un sacerdote de aquí, la entidad que se valía de la boca de la muchacha enferma, decía que no se curaría, hasta ser llevada ante un santo sacerdote que a la fecha dirigía o era abate del convento de

Montserrat. El mismo espíritu le había dicho que debía confiar a la muchacha por varios días al Abad, y que si éste se opusiera, por ser un quebrantamiento de la clausura, el conde de Barcelona debía imponer toda su autoridad y obligar al fraile a que admitiera a la muchacha.

El conde de Barcelona obedeció la indicación y llevó a su hija a Montserrat. Como creía el padre, opuso resistencia, pero el conde le obligó a desistir de ella y le entregó a la hija. Sola ésta ya con Fray Garí, que así se llamaba el sacerdote, a éste el demonio le abrió los ojos físicos y quiso contemplar esta belleza extraordinaria. En la noche siguiente, la muchacha cae con sus ataques de epilepsia y fue a tentar con sus carnes voluptuosas al fraile. Este al principio huyó y se escapó; pero, al fin, fue vencido y comió el fruto del árbol prohibido. Consumado el acto, la entidad que se había posesionado de la criatura, lanzó una carcajada infernal, burlándose del sacerdote que había faltado a sus deberes de celibato; y éste, entonces, llevado por la cólera, se echó encima de aquella, le puso las manos en la garganta, y la estranguló.

El estertor de la muerte se confundía con la carcajada lanzada por el demonio. Pero luego vino el espanto al fraile; y entonces, por el temor del castigo que podía venirle por parte del conde de Barcelona, sigilosamente, se llevó el cadáver y lo enterró junto a una roca de la montaña, cubriéndolo, primeramente, con la tierra fresca, y después con unos matorrales silvestres.

Al querer regresar al convento, sintió una voz que decía: “Te convertirás en un animal, hasta que una criatura te perdone tu crimen”.

Al acercarse al convento, la transformación ya se había efectuado. Vio que unos leñeros que estaban trabajando en la montaña, huían espantados; y entonces advirtió que la ropa le había desaparecido, cubriéndole el cuerpo una espesa pelambre.

Llegado al convento, los legos tomaron palos para espantarlo, y el animal no tuvo otro remedio que refugiarse en la montaña.

Allí quedó; pero nadie sabía que el criminal y el fraile eran idénticos.

La desaparición, pues, de Fray Garí y la de la criatura, llamaron poderosamente la atención en Cataluña. El conde de Barcelona hizo todo lo posible para saber el paradero, pero todas las investigaciones resultaron inútiles. El Abate convertido en animal merodeaba por la montaña y la hija del conde de Barcelona yacía sepultada en el matorral desconocido.

Siete años habían pasado. Leñeros y cazadores habían visto muchas veces el animal raro en la montaña de Montserrat, pero nunca nadie pudo cazarlo. El conde de Barcelona, que había sufrido mucho con la pérdida de su hija amada, tuvo que conformarse al cabo de tiempo, y este consuelo fue más efectivo el día en que la esposa del conde estaba en vísperas de ser de nuevo madre.

Con este motivo, el conde había invitado a muchos amigos a una cacería, que se hacía en la montaña de Montserrat, y en ella se logró lo que no había logrado nadie: los cazadores pudieron agarrar el animal vivo, y se lo llevaron al conde. Este dio orden de que llevaran la presa a su casa, pues quería dar una sorpresa a sus invitados, para el próximo bautizo de su hija.

Llegó el día del bautizo y el momento de presentar el animal en el salón, donde se encontraba la recién nacida. ¡Ante la expectación de las gentes, se operó entonces un milagro! La criatura que sólo contaba días, levantó la cabeza y, con voz de persona mayor, dijo: “Fray Garí, estás perdonado”.

Instantáneamente, desapareció la envoltura de oso y volvió a ser el viejo sacerdote desaparecido.

La sorpresa de los circunstantes fue estupenda.

Con la transmutación, le volvió el recuerdo, y acercándose al conde, le dijo: “Vamos a buscar a vuestra hija, que aún está en Montserrat”.

Como era natural, los interesados se trasladaron inmediatamente a la montaña.

Al acercarse Fray Garí al lugar donde la enterró, se vio que estaba cubierto de rosas hermosísimas. Salió la hija viva, para colgarse al cuello del padre. En reconocimiento de este milagro, ella hizo votos; y fue la primera Abadesa de Montserrat.

La leyenda da cuenta aquí, primero, de una posesión, estado patológico que ha combatido eficazmente la Iglesia, por medio de exorcismos. A pesar de esto, lo niegan muchos sacerdotes, cuando lo afirman los espiritualistas. Después, se habla de la aparición del diablo, como se habla muchas veces, en las crónicas religiosas, de la aparición de Ángeles.

¿Es posible esto?

Ángel, quiere decir mensajero. Un ángel, pues, es un espíritu, de quien Dios se sirve para transmitir sus órdenes o mandatos.

¿Tienen cuerpo los ángeles? Me dirán que no la inmensa mayoría de los teólogos. Y ¿por qué? Porque son espíritus, y un espíritu no tiene cuerpo. “Un espíritu no tiene carne, ni huesos, como veis que yo los tengo”, dijo Jesús, una vez que se apareció a sus apóstoles después de resucitado. Convengo en que un ángel, Gurú, o ser astral, no tenga un cuerpo compacto como el nuestro, con carne, huesos, nervios, cartílagos, sangre, linfa y demás humores; pero sería adelantarse, asegurar o suponer que pueda tener un cuerpo astral, aéreo o fluídico. Si el espíritu del hombre va envuelto de un cuerpo grosero, y esto es evidente, ¿por qué razón no podrá un ángel o un Gurú tener como envoltura un cuerpo tenue, fluidico o aéreo, astral? Además, esto no contraria para nada el dogma católico.

La Biblia, que es la fuente principal de la Teología, nos declara infinidad de casos, en que los ángeles se aparecieron con cuerpo. En forma de estrella se apareció a los Reyes magos, pero en forma humana a los pastores de las cercanías de Belén, a Tobías y a Abraham en el valle de Mambré. pero para que nadie crea que soy un iluso o hablo de mi cosecha, citaré un párrafo de San Agustín que da pie a grandes consideraciones:

“Sí, es creíble que los ángeles de sustancia espiritual, se enamoraron de la hermosura de las mujeres y se casaron con ellas, y de ellos nacieron los gigantes”.

Dice sobre este texto bíblico, lo siguiente: “Que hace Dios ángeles suyos a los espíritus y a sus ministros fuego ardiente”. Si añadió o entendió *sus cuerpos*, o si es que sus ministros deben hervir en caridad como en fuego espiritual, aunque la misma verísima Escritura afirma que los ángeles aparecieron a los hombres en tales cuerpos, que no solo los pudiesen ver, sino también palpar. Pero, porque es fama vulgarísima, y muchos lo confirman, o porque lo han experimentado, o porque lo han oído a los que lo han experimentado, en cuya fe no se debe poner duda, que los silvanos, panes y faunos, a quienes el vulgo llama incubos, han sido muchas veces traviesos con las mujeres, que las han

pretendido y conocido carnalmente, y que ciertos demonios a quienes los franceses llaman *duisios*, procuran y en efecto cumplen con ellas esta inmundicia, porque lo afirman tales y tantos, que negarlo parece falta de vergüenza; no me atrevo a determinar cosa aquí inconsideradamente, en razón de si algunos espíritus de cuerpos aéreos, pueden padecer esta torpeza, de manera que como les es posible, se mezclen sensiblemente con las mujeres. (Libro 5 de la Ciudad de Dios, c. 23).

Con la conversación amena de Saisa, la cual hizo gala de sus grandes conocimientos folklóricos, y dejó entrever un alma desarrollada de artista, le entraron sospechas de que Saisa conocía algo de ocultismo; y, sin más preámbulos, le preguntó si conocía algo de la sociedad de los Rosa-Cruz.

Sin inmutarse, sin dar muestra de sorpresa, dijo:

—Sí, sé algo; pero no hablemos ahora de esto. El Doctor que nos dirige en estos estudios, nos ha aconsejado el silencio; y yo sé que usted ha sabido callar, y sigue callando. Y mire mejor las montañas. Vea usted; ahí se destaca el Cavall Bernat. De esta piedra cuentan que, al subir el hombre, baja mujer; o al revés; las mujeres que suben, se convierten en hombres.

—¡Ah! Esto quiere decir que el cambio se efectúa arriba, en la parte más alta... Por ello, arriba se es asexual o hermafrodita.

—Precisamente allá regresamos al origen, a la creación. ¿No dice la Biblia que Dios hizo a la criatura, hombre y mujer; añadiendo enseguida: “Y lo hizo a su imagen”...?

Quiere decir que en la leyenda del Cavall Bernat hay encerrado un gran misterio de la Magia sexual. El Dro siempre dice que el Cavall Bernat es un *falus* natural, y debía llevar la inscripción: “No fornicarás”.

El desarrollo de los poderes latentes en el hombre, la conquista de la magia práctica, es la aspiración de todo aquel que haya leído obras herméticas, que haya visto experimentar, alguna vez, a un iniciado.

Los ocultistas, los teósofos, hallan por todas partes claves, y suponen que es necesaria la alimentación vegetariana; otros piensan que los ejercicios respiratorios, aspirando el aire por la ventanilla derecha y expulsándolo por la izquierda, pueden ser el camino.

¡Sí! ¡sí! Es un camino, cuando se hace sin saber que lo que se hace conduce al manicomio; que provoca el desequilibrio.

El 95% de los ocultistas no escriben más que por vanidad. Su mayor placer es contar a otros sus proezas, sus experiencias, y llegan a adquirir cierto delirio de grandeza, en que se consideran superiores a los demás seres humanos. Por su filosofía, son más felices que otros; pero poco tiempo después, viene la rutina, y sufren, desean como los demás, porque su responsabilidad fue mayor; conocían fuerzas, habían adquirido teorías que no llevaron a la práctica, en su desarrollo; les pasa con los poderes, como con los negocios, que se chotean.

Sin género de duda, los ejercicios de Prana y otros métodos son medios que coadyuvan, pero no son esenciales: hasta salen sobrando, cuando se conquista la verdadera clave.

Solo hay un camino que conduce a la luz; el dominio de las pasiones, el dominio de los deseos. “Claro —dirán los ocultistas—. Verdad de Pero Grullo”. No; el asunto es más hondo, inmensamente más trascendental. Dejar de fumar, no comer carne, eso es dejar pequeños vicios; pasión es otra cosa. Yo he visto hasta morfinómanos que han dejado su vicio por cinco o seis años y después volvieron con mayor fuerza; hay quienes principian por fumar menos y lo dejan, pero no por eso fueron magos. ¡Ah!, si todos los vegetarianos, y los que no fuman, fuesen magos, no necesitaríamos devanarnos los sesos, para arrancar los grandes secretos a la naturaleza; no sería necesario observar el dogma y el ritual de la magia.

Es menester cumplir la ley de Dios. “Otra verdad de Pero Grullo”, “Yo no robo, yo no mato, yo no codicio la mujer de mi prójimo”. En fin, todos son dechados de virtudes, cuando se trata de juzgarse a sí mismos. ¡Cuántos hipócritas pasan por buenos! ¡Cuántos otros lo son por vanidad o conveniencia! Aunque por naturaleza, el Rosa-Cruz, es decir, el aspirante, sea bueno, relativamente, no le basta.

Fijaos en que los mandamientos bíblicos son diez, y el complementario de Cristo:

“Amarás a tu prójimo como a ti mismo”. Más aún: “Amarás a tu enemigo”.

El que realmente desconoce el odio, la envidia, es algo más avanzado. Pero, de ahí, a amar a sus enemigos, hay una gran distancia.

El mundo está tan pervertido, que generalmente las personas por las cuales nos hemos sacrificado, las que no deben más, saben corresponder menos, nos guardan hasta un rencor íntimo, por haberles servido, por debernos alguna atención. Un corazón bien dispuesto puede perdonar, olvidar las ofensas; pero amar al enemigo, besar el látigo del verdugo, ¡cuán difícil es! Y, sin embargo, para la alta Iniciación, es preciso, indispensable. Todos esos peros son generalidades. pasemos, pues, a la esencia de este precepto:

“No fornicarás”.

¿Quién ha cumplido, o, más bien, quien ha comprendido ese mandamiento de Dios, estampado en la Biblia, que es uno de los libros ocultos, uno de los textos herméticos sagrados de más importancia?

El amor a la belleza, es indispensable para el ocultista, para el Rosa-Cruz. Sin él, no se llega a nada; sin él, no hay adelanto posible.

Ahora el summum de la belleza está personificado en la mujer ideal. Una flor, un cuadro, una escena, la naturaleza en su conjunto, podemos contemplar; la música nos hiere espiritualmente. Pero la mujer nos habla, nos mira, nos provoca, nos alcanza más intensamente; y es, por lo tanto, el conjunto que más nos impresiona.

Hay hombres que son incapaces de sentir la música; les es, como a Napoleón, el ruido más soportable. Ver la vida de un cuadro es mucho más difícil: Son mucho más frecuentes los seres incapaces de comprender la pintura, que la música.

Yo no sé pintar, pero he descubierto centenares de matices verdes en un árbol, en donde otros solo verán verde común.

¿Quién siente con todas las delicias de los perfumes, el olor del pasto después de una lluvia, cuando sale el sol?

Como hay inimpresionalbes, también encontramos personas hipersensibles. Yo he conocido a alguien que puede formar verdaderas sinfonías de perfumes de flores. Los místicos han escrito algo sobre esto. Pero, ¡cuán raros son los que entienden el misterio de tales cosas!

El trío “Materia, Energía y Conciencia”, se impone en los alimentos desde el momento en que los ingerimos. Ya en la boca, mezclado con saliva, el bocado va encaminado ya a aumentar nuestra carne, o sea, materia o grasa, o a convertirse en cerebro, o sea, fuerza mental o nerviosa, o va a convertirse en semen, o sea, potencia sexual, que debe representar la conciencia. Saber comer, es saber lograr la transmutación según las necesidades de cada uno.

Saisa hizo entrever algo del Templo oculto de Montserrat, y que allá le había llamado la atención la difusión de luz sobrenatural en que vio aquí las emanaciones de las piedras. Parecía que todo Montserrat estuviese hecho de piedras preciosas; que de cada uno surgía una emanación especial, emanación que correspondía al amor de las personas. Ya con eso pudo explicarse el resultado benéfico o maligno de ciertas alhajas.

Y, en cierto efecto, así como los signos del Zodíaco corresponden a los hijos de Jacob; sucede lo mismo con las piedras, o sea, de la siguiente manera:

Rubén-Carneol Simeón-Topacio Leví-Esmeralda Judá-Rubí Isachar-Zafiro Sebulón-Diamante José-Ámbar Benjamín-Ágata Dan-Amatista Neftalí-Turquesa Gat-Ópalo Asser-Jaspe.

Estas piedras, que deben usarse como amuleto, corresponden a los meses del año y a los 12 Apóstoles; a saber:

San Pedro-Jaspe San Pablo-Esmeralda San Jacobo-Calcedonio San Felipe-Ópalo San Bartolomé-Carneol San Mateo-Crisolita Santo Tomás-Berilo, o Agua marina San Tadeo-Crisoprasa San Jacobo-Topacio San Simón-Ámbar San Andrés-Amatista San Matías-Diamante.

La importancia que tienen las piedras para la Iniciación, se desprende asimismo del Apocalipsis de San Juan, que, como es sabido, es un libro iniciático.

Allí dice, en el capítulo 21, vers. 18-21:18. “Y el material de su muro era de jaspe; mas la ciudad era de oro puro, semejante al vidrio limpio”.

19. “Y los fundamentos del muro de la ciudad estaban adornados de toda piedra preciosa. El primer fundamento era jaspe; el segundo, zafiro; el tercero, calcedonio;

el cuarto, esmeralda;

20. El quinto, sardónica; el sexto, sardio; el séptimo, crisolita; el octavo, berilo; el nono, topacio; el décimo, crisoprasa; el undécimo, jacinto; el duodécimo, amatista”.

21. “Y las doce puertas eran doce perlas, en cada una, una: cada puerta era de una perla. Y la plaza de la ciudad era de oro puro como vidrio transparente”.

Volvieron otra vez a hablar de la S. T. fundada por Blavatsky, y que con tanto celo la maestra cuidaba. Blavatsky estuvo en conexión con los verdaderos adeptos. Ella tuvo su Gurú que se llamaba K. H. y ella misma confiesa que de él recibió instrucciones precisas para fundar la sociedad teosófica. No era ella, pues, nada más que un intermediario entre los maestros de sabiduría de la Logia Blanca, y los miembros de la sociedad teosófica misma.

No debe confundirse esto como se ha pretendido en algunos países, con la simple mediumnidad. Para ser el representante visible de los maestros de la sabiduría, se necesita ser más que médium: se requiere ser iniciado. Es indispensable pertenecer a la Sociedad Rosa-Cruz. Blavatsky fue Rosa-Cruz, y en ella hemos tenido una de las iniciadas ostensibles del siglo pasado.

Muerta Blavatsky, los sucesores, o, digámoslo claro, la señora Besant, debe haber perdido la conexión. No vamos a creer que el Gurú K. H. haya muerto. Para estos maestros, la muerte no existe: y, si el Gurú se ha retirado, si no asiste con igual eficacia a la señora Besant como a Blavatsky, sus razones tendrá.

No quiere decir esto que la señora Besant no tenga sus méritos. Los tiene, y muy grandes; sus libros son interesantes, han esparcido luz en las tinieblas, y su labor ha sido impecable. Pero, durante la última guerra, olvidaron los miembros de la sociedad teosófica y aun lo siguen olvidando, uno de los principios fundamentales de la sociedad: la fraternidad universal. Mientras en Alemania los teósofos eran perseguidos, encarcelados por su labor pacifista, Besant y los suyos en Inglaterra, excitaban a la lucha, animaban a la guerra. Ella misma tuvo epítetos, comparaciones y adjetivos, de lo más denigrante y ofensivo que se puede concebir, contra los alemanes; y el que siembra vientos, no tiene mas remedio que recoger tempestades.

Las desuniones que han venido después, en cuestiones teosóficas, en todas partes, dan a la par pena y vergüenza. En América creen que allí la S. T. anda mal, y que aquí en España, todo es color de rosa. Pues sepan que, si allá están mal, aquí están peor; estadísticamente cuentan con muchos miembros, pero a las reuniones solo asisten unos cuantos curiosos, intolerantes y fanáticos.

Yo he tenido la rara fortuna de haber sido amigo personal, discípulo unas veces, condiscípulo las otras, de Franz Hartmann, el conde de Des, de Papus: y recibí mi patente de la Sociedad Teosófica, de manos de Olcott. Steiner, Franz Hartmann, Papus, Sarak, yo y muchos otros, hemos sido los más calumniados por los teósofos, ya en particular o como centro. Que esto dista mucho de fraternidad, no cabe duda.

La S. T. tuvo origen Rosa-Cruz: la misma maestra lo confiesa. Si los sucesores se desvían del camino, como se están desviando, no tendremos más remedio que volver a tomar el pendón primordial que hemos dejado: volver a ceñirnos el manto de Rosa-Cruz.

Sucede casi siempre que unos se interesan por el psiquismo y se afilian a los espíritus: luego, desilusionados, se pasan a la teosofía, donde después de nuevos desengaños concluyen por ser buenos Rosa-Cruz. Cuestión de progreso.

Mario Roso de Luna es un coloso. Intelectualmente, poniéndolo en una balanza, no subiría un ápice del suelo, si en otro platillo se pusieran todos los teósofos de España juntos, y, sin embargo, cuánto ha tenido que luchar este verdadero teósofo, y cuánta pena le habrá causado, cuando decía, en un diario de Madrid, que él nunca estuvo conforme con la señora Besant y clasifica el último manejo de la sociedad teosófica, de un verdadero golpe de estado.

Añade, que ve el porvenir de la S. T. muy oscuro, en que los blavatskianos tiren por un lado, y los besantinos, por otro; y que él cesará definitivamente de ser miembro de la S. T., sin que por eso deje de ser teósofo, como ya ha sucedido a tantos hombres de ciencia en todos los países.

Hay Logias Blancas en las diferentes partes del mundo. No es que unas valgan más que las otras; la iniciación es una; y así como la Blavatsky escogió el ambiente favorable en la India, otros lo han hecho en Yucatán. Hartmann en Bohemia, y yo, más vale confesarlo, en la montaña de Montserrat.

Que haya cierto grado de intimidad entre el Gurú y el chela, es muy posible.

Blavatsky conoció de nombre a su Gurú, el ya varias mencionado K. H.; y el que aparecía al conde de Das, se llamaba Saki. Yo he estado con él cuando lo invocaba.

Por eso, poco daño le han hecho los calumniadores. Alberto de Sarak, o conde de Das, tendría sus humanos defectos, como los tuvo Franz Hartmann, y como los tengo muy sobrados yo. Pero ¿qué nos importa el juicio del mundo si a los adeptos, nuestro maestro y Gurú, aquel ser excelso, depurado, no nos abandona y nos perdona, y cada vez que acudimos a él en solicitud de algo, ya sea para nosotros o nuestros amigos, nos ayuda como el padre ayuda a sus hijos, como el maestro socorre al discípulo? Si logramos muchas veces un éxito, si logramos la curación de una enfermedad que para los humanos es imposible, a él se debe que nos ha socorrido. No es nuestro el mérito.

Todo elogio corresponde a aquel maestro, conocedor de las fuerzas psíquicas y de las leyes eternas que con nosotros aplica, y del cual, a veces, solo somos instrumento.

El filósofo que no está en contacto o relación con un Gurú, no es más que un pobre lector de libros que se llena la cabeza de ideas ajenas, pero no realiza progreso alguno, paga cuotas y casi se puede decir que pierde el tiempo.

Lo juicioso, racional y justo sería que los teósofos, en vez de combatirnos como Rosa-Cruz y considerarnos como una especie de competencia, que es ridículo, nos debería tomar como especialistas, siendo teósofos como somos, en la verdadera acepción de la palabra, y abrirnos las puertas de sus centros, ya para aprender algo, si creen que nos pueden enseñar, o aprender de nosotros, ya que es sabido que en general, somos más adelantados.

Lo mejor de la S. T. es el estudio comparativo de las religiones.

Todas las religiones tienen una base común. Solo se diferencian en la manera de presentar sus dogmas y principios. Es a semejanza de levantar un edificio un arquitecto, en que una vez usa columnas egipcias, o se vale del estilo dórico bizantino, romano, o puede sentir más inclinación por el estilo cosmatesco o los del claustro de Santa Escolástica; pero, todos, no tienen mas objeto que sostener un edificio.

Las columnas son las únicas que difieren en su modo de ser y el aspecto del adorno es diverso.

Igual son las religiones: en sí, todas son una; si alguna vez es una columna cristiana o budista, otra vez la de Confucio o la de Mahoma que se nos presenta, eso ni pone ni quita mérito al edificio levantado.

El sentimiento religioso es innato en todos los seres. Lo que es repugnante es un ente sin religión.

La palabra religión, viene de *religare* volver a ligar nuestro ego interno con Dios en el Gran Todo.

Los religiosos en la antigüedad, eran la salvaguardia de la sabiduría, eran los que conocían los secretos íntimos de la naturaleza, los que tenían la clave de los arcanos, dentro de su sistema religioso.

No siendo posible que todas las grandes masas, que por su estado intelectual difieren, pudieran conocer estos secretos, tuvieron que hacerse forzosamente selecciones; no era posible enseñárselo a todos, sino iniciar a unos pocos, a unos privilegiados.

Estos llamábanse Maestros de la Sabiduría.

Si indagamos la historia, encontramos completamente confirmado esto, y que una, quizás la más antigua, que es la hermandad de los Rosa-Cruz y ella es a mi ver la más antigua, porque no es de esta tierra, como dijo el Gran Nazareno: "Mi reino no es de esta tierra". La verdadera congregación, con sus adeptos, o mahatmas, o Gurús, Rosa-Cruz, existe en Jinas, en el Astral invisible para el vulgo y solamente tienen acceso a ella, algunos que logran el paso de la puerta del Santuario, por la iniciación. Son los que dejan pasar los guardianes del umbral.

Esas sociedades herméticas han tenido en la parte externa, exotérica, sus asociaciones, que dedicadas al estudio, preparan a los asociados para que puedan penetrar en las hermandades invisibles, ocultas, llamadas las Logias Blancas.

Sicut superius, sicut inferius (lo que hay arriba hay abajo), es un principio muy antiguo. Lo que vemos aquí, viene de allá. Ciertas ceremonias que hacemos aquí en la sociedad y en las religiones modernas, se hacen y hacían también en el mundo invisible, en el mundo de Jinas.

Una de esas ceremonias, de origen divino, es la que se celebra, con algunas variantes, en nuestra religión cristiana, en el Sacramento Sagrado de la Misa, constituido por el Nazareno en casa de José de Arimatea.

Cuenta la Biblia, que cuando llegó el día de Pascua, Jesús mando a uno de sus apóstoles a preparar la santa cena, y ésta se verificó en casa de l senador romano José de Arimatea, muy adicto a las enseñanzas de Nazareno.

La conspiración contra Jesús comenzaba en los mismos momentos en que los congregados en la casa del senador, los miembros de la congregación, los hermanos esenios, pues a esa sociedad oculta pertenecían Jesús y los apóstoles, celebraban un ágape, y después tuvieron que partir precipitadamente.

Fuera que José de Arimatea fuese avisado, o que él ya estuviese al tanto del ambiente político, escondió los servicios que pertenecían a esta ceremonia, y, en primer lugar, el cáliz que usaban los esenios, y que tenía según la tradición, un origen tan angelical como diabólico.

Prevenía de aquella revuelta de los ángeles, encabezada por Lucifer, a los cuales hubo que reducir al orden, por las legiones mandadas por San Miguel. Este arcángel tuvo que luchar cuerpo a cuerpo con el Príncipe de las Tinieblas, que así se llamaba desde ese instante, aunque había sido el

Lucifer y hacedor de la luz. De un lanzazo, de una estocada bien dirigida, hizo saltar de la corona de Lucifer una esmeralda hueca que llevaba engarzada en la corona que ceñía su frente.

San Miguel recogió esa joya, y, en recuerdo de la lucha, guardó la lanza vencedora, y aquella esmeralda conquistada, como trofeo.

Los esenios poseyeron después esa reliquia santa, que fue la misma que usaba el Salvador del Mundo en el ágape con sus apóstoles.

Quiso el destino, que la lanza fuese a parar después a manos de los romanos, y la tradición dice que fue la que usó Longinos al abrir el costado del Señor.

Muerto Jesús en el Calvario, la autoridad romana siguió haciendo pesquisas, como hace hoy el capitán general de una región, cuando ha sabido de una reunión secreta de políticos, y encarga a la policía recoger las proclamas, las armas y todo lo que pudiera constituir el cuerpo del delito de la asamblea.

Los conjurados, al adivinar las consecuencias, tratan de ocultar todo lo que puede perjudicarlos; y, generalmente, cuando la policía hace el registro, ya es tarde, y nada encuentra.

Igual pasaría allá en Jerusalén, en la época de que tratamos. José de Arimatea, que no sufrió la persecución inmediata como Jesús y sus apóstoles, tuvo tiempo y ocasión de esconder el cáliz y la lanza; pero la policía no se conformó con las explicaciones que diera el senador. Y cuenta la historia tradicional, o, si mejor queréis, la tradición histórica, que lo tuvieron cuarenta y dos años preso, creyéndolo obligar, por esa medida opresora, a declarar dónde había escondido la lanza y el cáliz. Lo mismo que se hace en México con los alcaldes que tienen armas enterradas. Se los mete en la cárcel; y siempre quedan mal: si declaran las armas que tienen, los castigan por haberlas tenido; y, si no declaran nada, por no haberlas tenido. Y sucede que, tan pronto pueden, voluntariamente se expatrian, para unirse en el extranjero con sus partidarios políticos; y comen allí el pan amargo del destierro. Igual lo hizo nuestro senador José de Arimatea: llevando lo único: el cáliz y la lanza; y así se fue en busca de cristianos a Roma. Allá se encontró con las persecuciones neronianas, y tampoco pudo unirse con ninguna asociación secreta.

Buscar otro refugio, partir de allí, y juntarse con correligionarios, era su constante anhelo.

En aquel cáliz, había recogido el Hermano Esenio la sangre del Maestro, de Nuestro Señor. Era *sang-real*. En ello ven muchos el origen de la palabra San-Greal. El Santo Hombre, José de Arimatea, portador del divino cáliz, dejó en su peregrinación rastros en Italia; y sostiénese, hasta hoy en día, la idea de que existe el cáliz del Graal en algunas partes de Italia. Habiéndose dirigido después a Irlanda, volvemos a encontrar, no solamente rastros, sino documentación que patentiza el paso de José de Arimatea llevando el Graal.

Este hombre cumplía una misión. Cierta noche, le había aparecido un ángel que, mostrándole por medio de una visión la montaña de Montserrat, le dijo: “Este Graal lo llevarás a esta montaña, que es sagrada. Este cáliz, no solamente es un objeto de un poder divino, mágico, inmenso, sino símbolo de la pureza del cristianismo primero”.

Y, dicho esto, desapreció. Como entre las instrucciones que le dio el ángel, le señaló el país de Cataluña, y, en él, como dijimos, la montaña de Montserrat, allá fue José de Arimatea a buscar el lugar

predilecto, el lugar escogido por el ángel. Y llegó el día en que pudo dar por terminada su misión: y el cáliz quedó guardado en la montaña de Montserrat, donde sigue escondido.

Vino el tiempo en que, por conveniencias secretas o por degradación de los mismos hombres, la prístina pureza se alteró: y entonces, así como una madre cariñosa se tapa los ojos para no ver los desvíos de sus hijos amados, este caliz se hizo invisible, cualidad que se propagó al templo donde lo guardan y la región inmediata. Lo guardó y depositó allí, hasta que una nueva humanidad se levantara, hasta que el reino de Cristo pudiese volver sobre la tierra.

En la edad media se buscó mucho ese cáliz por caballeros alemanes.

Los antiguos germanos tenían la costumbre de instruir a sus hijos en un doble sentido: en el manejo de las armas, y en el estudio de sus religiones. Las caballerías medioevales no fueron mas que reminiscencias de las costumbres nacidas en los bosques de las orillas del Rhin. Y así como el Caballero luchaba en favor de su Dama, símbolo del ego interno al través de todas las leyendas caballerescas de un Rey Arturo, existe un Graal, un cáliz que se buscó conquistar por las caballerías.

¿Está esta relación folklórica, de acuerdo con lo que hemos dicho de José de Arimatea? Puede ser.

Las copas que hoy día se dan a los vencedores en los torneos, son reminiscencias de aquel cáliz que se buscaba en la Edad Media, pero los conquistadores tenían que ser hombres de temple, hombres de carácter, hombres que valían por sí mismos. Y ahí tenemos la etimología de la palabra “Parsival”: del catalán “per si val”, que se pronuncia con la *e* muy abierta, que casi es a. El ser que vale por sí mismo. Por eso sostengo que la etimología es netamente catalana.

La leyenda de la virgen que estuvo un tiempo escondida de los moros, va pareja con la leyenda del Graal, que se esconde del mundo profano indigno de verlo. Pero, así como Sigilda renació envuelta en rosas del lecho donde la había dejado Fray Garí, después que la inocencia, representada por un niño, la había perdonado; así llegará el día que ante nuestros ojos se descubra esta Santa Señal.

Wagner, que era un genio que perteneció también a una sociedad secreta, recibió la iniciación, vino a Montserrat y vio las escenas tal como las traspasó después a su grandioso Parsifal. Y, así como la misa es una copia de aquel ágape primero, en casa de José de Arimatea; Parsifal es una copia de un templo real que existe en la montaña de Montserrat.

.....

Los turistas habían llegado al laguito de Parsifal, allí donde el héroe del drama de Wagner había herido al Cisne Blanco. El Doctor dijo: Creo que nadie nos verá. Aquí, detrás entre los matorrales, es el punto donde podemos formar la unión.

Muchas veces habían ido los mismos días 27, para formar la cadena; para pedir a los maestros del invisible, que formaran invisiblemente sobre ellos la cadena de protección para así establecer una conexión, dándose unos a otros la mano, una especie de acumulador de energía astral que pudiesen llevar de la montaña santa de Montserrat. Muchas veces habían tenido grandes resultados con este ejercicio. A su regreso y durante un mes, sentían unas fuerzas de salud extraordinarias; personas enfermas, con quienes se ponían en contacto, curaban rápidamente; cada uno parecía una especie de panacea; hasta en los asuntos materiales se establecía un éxito.

Pero algo había faltado siempre, se esperaba algo imprevisto y hoy debía realizarse lo ansiado.

Pero ante todo debían orar.

La oración es un don divino, y por eso somos partidarios de la oración. Nunca dejamos de elevar nuestra voz hacia Aquel que en nosotros mora, piensa y ama.

Muchos ocultistas y teósofos creen que la oración no es necesaria, que nos rige la ley de karma y que esta ley nos da lo que merecemos y lo que necesitamos.

¿Para qué orar?

Los poetas, que vierten muchas veces frases huecas, dicen: ¿Para qué se requiere la oración y las palabras, cuando cada sonrisa del niño inocente, cada lagrima del ser que sufre, es una oración?

No negamos esto; creemos que así sea. Pero nosotros pedimos también oraciones de palabras. No nos satisfacen, por cierto, las oraciones acostumbradas en las iglesias, que no merecen el nombre de tales, cuando son palabras huecas, indignas del excelso nombre de oración.

La verdadera oración es cosa muy distinta. Es algo divinamente grandioso, porque es la comunión con el Maestro; es una conversación con el Ser mismo. Orar es vibrar con la Causa, Ley y Principio divino en nosotros y en el Universo...: es hablar con Dios.

Pero ¿es posible eso? ¿Se puede hablar y conversar con Dios? ¿No significará querer personificar, casi materializar a Dios? ¡Parece éste, a primera vista, tan inverosímil...!

Y sin embargo, se puede hablar con Dios, establecer un diálogo con él... Se dirá que para hablar con otro es necesario que los dos hablen el mismo lenguaje; que, si no, resulta un monólogo, que anula la dialogación.

Dice von Eckarshausen: “El lenguaje es la formación armónica de las palabras o signos fonéticos, para expresar figuras fonéticas, según leyes determinadas y esencialmente fijas; y las palabras son la envoltura expresiva de los pensamientos realizados, son ideas, hechos, consonantes y vocales”.

Las Sagradas escrituras, hablan casi en cada página de la palabra y del nombre de Dios. En muchas ocasiones relata que Dios habló a los hombres. Y, como Dios es la justicia misma, no sería posible que hubiese hablado en tiempos de Moisés, los profetas y Jesús, y que guardase silencio ahora, que callase, valiéndose solo de bocas ajenas, del Santo Padre o de los sacerdotes en el púlpito.

No es posible esto. La causa debe ser otra.

¿No será que hemos olvidado llamarle y hablar con él?

Nosotros así lo creemos.

Dios habló, habla y hablará siempre. Aprendamos pues, a interrogarle y contestarle con su palabra, por la oración.

Dice Eliphaz Levi, que el Universo es un pensamiento eternamente sostenido por Dios. Pero este misterio lo dejó el abate Constat incompleto, pues al realizarse el pensamiento, fue y es la palabra, el sonido de las vocales divinas, lo que sostiene el Universo.

“En el principio fue el Verbo... Yo soy el alfa y la omega, el principio y el fin”, dice la Biblia.

Meditemos sobre esto, ya que tales palabras encierran un gran secreto. La palabra de Dios, son los mantrams sagrados. Ellos significan: *Amor, Sabiduría, Justicia y Armonía*. Y muchas cosas más, todas del concepto elevado y divino. las palabras humanas, que son eco de las divinas, se componen de letras, forman ideas, y el vehículo de estas ideas, son fuerzas, sintetizadas en los devas, en los maestros, en los mahatmas, en los ángeles, en los gurús, que acuden al llamado mantrámico del que sabe llamar...

Dice la Biblia que es necesario que volvamos a ser como los niños, es decir, que primero principiemos a balbucear, deletrear, y después, a hablar.

Ahora, solo pueden entenderse personas que conocen y hablan el mismo idioma. Del mismo modo, solo pueden hablar, es decir, pronunciar las palabras de la oración, los mantrams, los que se identifican con Dios, los que han aprendido su pronunciación en la iniciación.

Los hindúes en sus oraciones, pronuncian esos mantrams, cuyo significado solo ellos conocen y cuya fuerza y poder utilizan.

Nosotros, los Rosa-Cruz, hacemos lo mismo.

Pero, sea cual fuere la forma en que los pronuncien, usan las mismas vocales que posee nuestro idioma: I, E, O, U, A. En estas letras residen las fuerzas ocultas. En estas vocales según el anagrama que formamos, hacemos los mantrams.

Nosotros tenemos en Occidente, iguales mantrams, sonidos y palabras. Busquemos su construcción y origen y entonces *Oremus*.

La misa, en su Kyrie eleison... Sursum corda..., Agnus Dei..., es la guardadora de mantrams poderosos, cuya clave ha perdido la iglesia actual. Hay algunos, aunque raros sacerdotes, que conocen su pronunciación. Yo soy amigo de algunos de ellos que la saben.

Todo el padrenuestro es un conjunto mantrámico para quien sabe rezarlo; es una clave, un poder de un valor inmenso.

Al decir, pues, el divino Nazareno: “Yo soy el alfa y la omega, el principio y el fin”, levantó algo el velo de un gran secreto.

Tratemos de descubrirlo y entonces, podremos hablar con Dios y sabremos orar.

.....

El doctor se dirigió enseguida a los reunidos y dijo:

—Ahora, queridos hermanos, ayudadme a dar forma práctica a un mantram, ayudadme a llamar a los Rosa-Cruz del invisible. Repetid conmigo...

Aum... aum..... aum....

Apenas tomada la mano después de haber pronunciado algunas palabras incomprensibles, mantrams de iniciado, cuatro de los asistentes quedaron sujetos a un sueño hipnótico. Solo el Doctor, Bernardo y Saisa permanecían con conciencia. Un instante hubo que veían toda la montaña envuelta en una nube, una neblina que llegaba directamente frente a sus ojos, pero poco a poco se fue deshaciendo la nube y la montaña convirtiéndose en un Templo magnífico. Algo indescriptible por su belleza.

Los hermanos maestros de la Magia Blanca con su túnica blanca, se habían postrado a ambos lados de un camino central que iba al Templo, y, cogidos de la mano del Doctor, entraban Saisa y Bernardo. En su cuerpo astral, frente al altar, el iniciado mayor los esperaba en actitud de recepción. De una orquesta invisible se sentían los acordes de la marcha nupcial de Tannhauser. Bernardo comprendió entonces por qué le habían hablado del segundo grado: tuvo la facultad de la vista retrospectiva, y se vio, en una vida anterior, en la montaña de Chapultepec, donde recibió de manos de Rasmussen el primer grado. Saisa entonces había vivido en el mismo país, había vivido bajo el nombre de Samuel Santos, en el Estado de San Luis, donde esta familia aun hoy existe. Ambos, pues, habían recibido juntos el primer grado y hoy los hermanos del invisible, los teósofos, los llaman los señores del Karma; los habían juntado otra vez.

La experiencia en el astral era, y no era, nueva para ellos. En sueños lúcidos, habían tenido experiencias, pero no se habían dado cuenta cabal de lo que los invisibles hacían con ellos. En este momento, libres de los estorbos de la carne material, podían llenar el vacío entre sueño y sueño; y ahora comprendían cómo habían sido objeto de enseñanza durante los últimos años. Ahora comprendían los sinsabores del pobre Doctor, que al saber muchas veces lo que pasaba, no podía explicarlo.

No hubo necesidad de pruebas y experiencias. El maestro les comunicó la clave del oculto poder; les dio una serie de palabras, clave con la cual podían acudir cada vez que lo desearan a esta Logia Blanca; salir en cuerpo astral, y regresar a su cuerpo material cuando quisieran. Para las próximas semanas, les dio instrucciones sobre lo que debían hacer y dejar de hacer en su vida diaria.

¡Cosa extraña! Entre los Gurús, estaba Rasmussen, pero por un instante faltaba el doctor. Y es que los dos, Rasmussen y el último, eran uno solo; que en este momento, el Gurú se había valido del cuerpo del medico. Ahora comprendió Bernardo que el Maestro había cumplido, al decirle que lo iría a buscar al hotel.

Era suficiente haber estado en el Templo, para formar parte íntima de la comunidad, para participar de todos los poderes. La energía que salía de una especie de altar radiante, de una luz especial donde guardábase el cáliz que había servido a Nuestro Señor en el Santo Graal, se comunicaba a los asistentes.

No es permitido describir aquí pormenores; el hecho es señalar que aquello existe en estado invisible, en la montaña de Montserrat, y que allí residen grandes poderes.

Súbitamente oyen la frase del Doctor: “Así sea”. Y entonces se disuelve la cadena material. Los cuatro asistentes, cuyos nombres no hacen al caso, no se habían dado cuenta de lo que había pasado. En

ese estado del astral, la noción del tiempo se pierde. Ellos, los cuatro, no se habían dado cuenta de que hubiese habido ninguna interrupción. Bernardo y Saisa, al contrario, tenían la sensación de haber estado semanas en el Templo. Bernardo sentía que su venida a Cataluña no había sido en balde, pues había logrado su objeto. De ahora en adelante sería un hermano iniciado al lado de Rasmussen, esparciendo la luz de los Rosa-Cruz. Saisa había recibido el encargo de fomentar entre un círculo reducido, la fraternidad de los caballeros y damas de Montserrat; y ella, desde ahora, estaba en comunicación directa con los hermanos mayores del invisible. La iniciación en la montaña de Montserrat había tenido en ambas un efecto residual.

Bernardo después de su Iniciación se quedó por algún tiempo en España, visitando la capital y la parte sur del Reino. Como era natural, al regresar de ésta, estaba encantado de sus bellezas y de sus pobladores. Era llegando a Alemania un hombre dichoso.

Podía llamar a su Gurú, y éste vendría siempre a su llamado.

XXIII

Meses habían pasado, Rasmussen había prometido a Bernardo, hacer la curación de Elsa. El día tan ansiado se aproximaba. El Rosa-Cruz se venía preparando desde hacía varios días, guardando cierta dieta. Bernardo había hecho otro tanto.

En aureola de colores verde y oro, brillaba el sol en Oeste. Una inmensa nube, como los brazos de una sepia gigante, trataba de aprisionar al astro rey; pero los rayos penetrantes de Helios, parecían apartarla y dejarse ver sin interrupción. El suelo había quedado húmedo a causa de una llovizna que, como un epílogo de varios días borrascosos, había limpiado la atmósfera, dando al ambiente un olor agradable a ozono.

En casa de la señora Kersen, hallábanse reunidos tres seres que conocemos; el Rosa-Cruz mexicano, Bernardo y Elsa. La conversación era pesada. Se sentía el tictac del antiguo reloj, y el gotear desde el tejado de la casa.

Por la ventana, entraba una corriente de aire fresco, como el aliento de un espíritu, que parecía empujar el aire gastado del cuarto, para reemplazarlo por algo lleno de salud. Era como si los tres sintieran la respiración de la tarde al mismo tiempo. La conversación se avivaba. La mirada de Rasmussen descansaba sobre los bordes dorados de aquella inmensa sepia alrededor del sol.

“La hora es propicia, hoy debe ser, hoy te conjuraré, el ojo del sol volverá brillar para ti: es menester que consuma la oscuridad”.

Om-om-om... En este instante, como el susurro especial de un viento invadía la estancia.

Elsa hacía un movimiento como de escalofríos.

—¿Quieres que cierre la ventana, Elsa? —preguntó Bernardo, con tierna solicitud.

—¡No! —interrumpió súbitamente Rasmussen—. Nuestros ojos no lo pueden ver aún. Mi Gurú Nahuatl hoy me asiste.

—Maestro —interrogó Bernardo—: ¿es uno de aquellos que vi en Montserrat?

—No —respondió Rasmussen—. Mi Gurú reside en México, pero acude aquí a mi llamado.

Elsa concentrada sobre las últimas palabras de Rasmussen, repite quedamente: “El ojo del sol vuelve a brillar: que la oscuridad se va a consumir, él lo ha dicho”.

Después de un corto momento, se llenan repentinamente de lágrimas los ojos de Elsa y poco a poco principian convulsiones que aumentan, haciendo temblar todo el cuerpo delicado de la joven.

—¡Hoy recibiré la luz, Bernardo! ¡Que felicidad! Este, incorporándose, exclamó:

—Sí, Elsa. Desde que regresé de Montserrat, sé que te vas a curar.

Luego guardó silencio hasta que de pronto Elsa, algo sobrecitada, preguntó:

—¿Qué pasa?

—¡Es el Gurú mismo! ¡Yo siento con mis oídos espirituales su voz! —aseveró Bernardo.

—Ya estáis en contacto —dijo calladamente Rasmussen—, la curación comienza y del resultado estoy seguro.

Se había levantado el Rosa-Cruz y con aire majestuoso, levantó ambos brazos, poniéndolos en actitud de oración frente a los rayos solares. Es la hora del Tatwa Prithvi. Elsa irguió la cabeza. Sentía como si le penetrara luz. Sobre su frente había un reflejo bendito. Por fuera de la casa, se sentía constantemente el susurro del viento. El reloj de la Iglesia dio seis campanadas.

—Es la hora de oro —dice Rasmussen.

—¿No ves —dice calladamente a Bernardo— aquella estrella vespertina que principia a brillar y a alumbrarnos la tarde? ¿La ves, Bernardo?

Bernardo contesta:

—Sí. Es Hésperus.

Elsa se había levantado como atraída por una corriente mágica. Su frente parecía ponerse en línea recta con aquel punto señalado en el cielo. “La hora del Tatwa Prithvi, la hora de oro —repetía ella también con voz temblorosa—. Ahora sé lo que es el Tatwa necesario; ahora sé lo que significa la hora de oro”.

Sus manos iban a tientas como buscando algo en el espacio, hasta que encontró la mano de Rasmussen. Temblorosamente apretó esta mano contra su frente.

Callaba...

Levantó más la cabeza. se veía que hablaba con labios temblorosos, sin moverse, como una estatua, como una diosa hecha de fuerzas mágicas y de luz, y sonreía...

Los minutos pasaban. Un silencio absoluto llenaba el espacio. Inmóvil permanecía Elsa con la mano del Rosa-Cruz sobre su frente. Parecía como si todo su cuerpo estuviera pegado a esta mano. Poco a poco cambiaba esta actitud de éxtasis en un sueño tranquilo. Iba a caerse, cuando Bernardo la tomó en sus brazos, depositándola sobre un diván que estaba al lado de la estufa.

El Rosa-Cruz tomó su propio manto, cubriéndola toda.

—Ahora debemos retirarnos, debemos dejar la labor al Gurú Nahuatl a solas.

Las vibraciones de nuestras materias perjudicarían al cuerpo astral del Gurú Nahuatl, cuando viene de tan lejos. Yo, como iniciado, podría quedarme, pero me retiraré con ustedes. Mas tarde, Bernardo, cuando hayas avanzado más, por el camino emprendido, podrás ver muchas veces estas materializaciones de mi maestro, como has visto en Barcelona el tuyo.

Al retirarse los dos, el Rosa-Cruz cerró la puerta, añadiendo:

—Hay maestros que se materializan y andan por las calles de las ciudades, como nosotros; y los transeúntes no se imaginan su existencia.

Al final del corredor, en la puerta de la calle, estaba parada la señora Kersen. Un olor fragante a pastelería recién hecha, salía del comedor. Venía a convidarlos a tomar café, sin darse cuenta de lo que en aquel momento habían tratado. Tanto Rasmussen como el joven habían olvidado participar a la señora Kersen que se iba a tratar de la curación de su hija.

Al ver la casa sería de Rasmussen, interrogó de repente:

—¡Qué! ¿Hay algo de verdad?

—Sí, hemos dejado a Elsa allá dentro. Vamos a tratarla...

Súbitamente se puso pálida la madre, y con acento lastimoso interrogó al Rosa-Cruz:

—¿Crees tú que no pasará nada? ¿No corre mi hija ningún peligro?

Bernardo excitado, no pudiendo esperar la respuesta de Rasmussen, contestó por él:

—Yo estoy completamente seguro del resultado. —¡Qué sea en nombre de Dios! —dijo la señora—. ¡Que el Salvador cumpla el deseo más grande que he tenido en mi vida!

Habían entrado en la pieza contigua y entonces Rasmussen les indicó se tomasen de la mano para formar una cadena.

—Pronunciad conmigo la palabra AUM. Tomad fuertemente la cadena, para que los hermanos del invisible que asisten al Gurú, puedan formar un triángulo igual.

De repente, una sacudida violenta pasó por el cuerpo del Rosa-Cruz.

—Ya está hecho. Al Gurú dirijamos nuestra gratitud. Ya ha venido.

La madre, no pudiendo contener los sollozos, oraba:

—¡Señor, Señor! ¡Cuánta es tu misericordia, si salvas a mi hija! —Ya podemos soltarnos. Tomemos asiento.

Sobre la mesa había un jarrón con violetas de los Alpes, color morado; en la ventana había fucsias, y en el jardín el tornasol se mecía al impulso de la brisa de la tarde. En un cuadro de la pared había una labor de mano, que la señora había hecho de niña, que decía: “Voluntad y Fe”, e indicando el cuadro dijo la madre:

—¡Ahora creo!

—Si tu fe es sincera —decía Rasmussen—, ayudará mucho a la curación.

Luego, continuando la conversación decía:

La humanidad actual, ha perdido la noción de la fe. Lo que está más en boga, es la fe del carbonero, la aceptación sin meditación de opiniones ajenas; la verdadera fe es vívida, es voluntad, es acción. La fe debe asumir una sustancia en nosotros. Voy a enseñarte una cosa interesante, Bernardo. Mírame de frente, un poco más arriba del entrecejo.

Bernardo obedeció.

—¿Qué ves?

—¡Ah!, veo que brota luz.

—Sí, ves; es luz lo que brota.

El vino de luz. Es la fuerza del Santo Graal. Es una fuerza que podemos desarrollar en nosotros, dominando el impulso sexual. Es la sustancia que nos ocupa en nuestras operaciones de magia. Es la sustancia-fuerza, Cristo en nosotros. Es ella la que puede redimirnos, que cura, que sana. En el Universo es la *causa causarum* de todo: En él reside el misterio de la generación universal. Pero espérate. Acompañadme.

Rasmussen se había levantado. Parecía un sonámbulo; y, cogiendo de la mano a Bernardo, lo llevó bruscamente a la habitación donde estaba Elsa. La madre había seguido también inconscientemente. Al entrar, encontraron a la ciega sentada en el sofá, donde anteriormente la había dejado acostada. Su cabeza iba siempre hacia arriba, pero permanecía con los ojos cerrados.

Bernardo, fijándose en ella, exclamó:

—Ahora veo en Elsa también un reflejo de luz en su frente.

—Fue necesario encender la glándula pinealis, la ventana del alma —agregó Rasmussen—. Con este reflejo espiritual, todos los hombres podrían ver, aunque sus ojos se apagasen.

Como médico, deberá saber usted no provocar de una manera periférica, sino por una inducción central. El nervio óptico está en relación con esta glándula tan importante.

Como médico —decía Rasmussen—, yo diría al poner el diagnóstico: Elsa nació con el nervio óptico atrofiado. Estaba demasiado angosto, reducido, estrecho para comunicar el ojo con el cerebro. La labor del Gurú fue cargarla de vitalidad para que la corriente vital, como la electricidad, pasara de la glándula pinealis, por el nervio, hacia el ojo, y la cargara de luz.

Fíjese, mí querido amigo: El noventa por ciento de los ciegos podrían ver, si pudiéramos cargarles la glándula pineal con esa fuerza viril, y actuar desde este centro sobre los ojos.

La ciega que parecía no había puesto atención en la conversación de los hombres, se levantó con los brazos levantados, cual si buscara algo.

—Dame tu mano de nuevo, tío —dijo entonces—. Ya no quisiera dormir, ni soñar, sino despertar y ver. Es ahora cuando me puedes dar la luz, la vista. El Maestro estuvo aquí y me lo ha dicho.

Otra vez había tomado la mano del Rosa-Cruz poniéndosela en su frente, y permaneciendo él en esta actitud que anteriormente hemos descrito.

—Yo soñaba... No, no soñaba, sino veía —dijo Elsa—. Delante de mí había un hombre vestido con una túnica blanca, adornada, creo, con palomas, y en la cabeza un cáliz. En una mano, llevaba también un cáliz que resplandecía de luz. Me dio de beber. Al pasar en mí, esta luz líquida, me invadía todo mi ser, me cargaba de algo divino. Pude ver en el acto.

En este momento la ciega abrió los ojos. Rasmussen pronunció unas palabras desconocidas. Mantrams, en que había cierto acento especial sobre las vocales.

Al que sabe, la palabra da poder. Nadie la pronunció, nadie la pronunciará, sino aquel que lo tiene encarnado. El contenido de la palabra, es poder, omnipotencia.

Luego, pronunció nuevas fórmulas, incomprensibles para los demás; y, de repente, extendió su mano sobre la enferma en actitud de bendecirla, y dijo: “Yo quiero que tú veas”. De pronto, tomó la cabeza con ambas manos, tenebroso, y la acercó a sus labios, como si quisiera besarla. Pero no la besaba; sino que la soplabla en la misma parte que antes había sido objeto de conversación, o sea, en la parte que correspondía a la glándula pineal. En este instante, la pieza era invadida de una luz especial verde. Elsa tornó entonces los ojos hacia los dos hombres; y en ella, en su mirar, se veía por primera vez, vida. Ella miraba; era la primera mirada.

La señora Kersen, que había seguido todo lo que había pasado en sus pequeños detalles, exclamó:

—¡Dios mío! ¡Dios mío!

La hija que por la voz reconoció a su madre, se lanzó hacia ella y se abrazaron y besaron largo rato, después, dando la mano al hermano, dijo:

—¡Gracias a Dios y a ti, se ha salvado mi hija! ¡Qué dicha tan suprema, haber asistido a un milagro semejante! ¡Hoy el Señor nos ha bendecido inmerecidamente!

Elsa, que se había soltado de la madre, empezó a mirar al tío, a la madre y a Bernardo, con expresión interrogante. Paseó luego sus miradas por toda la pieza, deteniéndola en los cuadros, y dijo: —Bien parecidas he imaginado algunas de estas cosas. ¡Sin embargo, otras son tan distintas...!

Un fenómeno curioso hay que anotar:

Todos los relojes de la casa se pararon al mismo tiempo que el Gurú operara el milagro en Elsa.

Este fenómeno de pararse los relojes, se ha observado muchas veces en diversos lugares, al acontecer algún fallecimiento. John Ellig, que ha hecho los estudios detenidos sobre tan extraño

fenómeno, hace notar, en la “Revista Parapsicología”, que también sucede que se paren los relojes cuando los moradores reciben impresiones fuertes.

Una caravana de turistas alemanes fue sorprendida por un alud de nieve, en los Alpes Suizos. Al ocurrir el hecho, se salvó milagrosamente uno de los turistas, por partirse el alud. Pero, en presencia suya, aconteció la muerte accidentada de sus compañeros. Al llegar al hotel y dar cuenta de la triste nueva, supo el sobreviviente que el hotelero había recibido telegramas de la casa del turista, en el que le preguntaban si había muerto; puesto que allí se habían parado los relojes, y había una distancia de ciento cincuenta kilómetros.

¿Cómo explicamos los Rosa-Cruz esto? Pues por la presencia de hermanos mayores, que acuden siempre a los lechos mortuorios, y a los grandes accidentes, y pueden, en tales instantes, por las emanaciones de las víctimas, parar los relojes, a fin de dar, con este fenómeno de efectos físicos, una prueba de su asistencia.

Mientras el Rosa-Cruz, después de haber realizado esta curación milagrosa, guardaba una calma absoluta que parecía extraña a un acontecimiento semejante, en el cerebro de Bernardo estallaba una tempestad. Su ánimo era parecido al de Abraham, cuando éste, según la leyenda, ahogaba los fetiches de sus padres. Todo el edificio, cual un castillo de naipes, había temblando en su base triangular. Él había vivido algo, allá en Montserrat, y hoy aquí, que estaba en pugna con su pensar lógico de médico.

Un nervio atrofiado, anatómicamente enfermo, había recuperado su actividad. Un alambre roto e inservible, había dejado pasar una chispa.

¡Un milagro! No podía ser de otra manera.

Todas las cosas suceden a base de leyes inalterables; y, mientras en su cerebro iban como rayos todos estos pensamientos nuevos, se realizaba algo más extraño todavía, algo más maravilloso.

La mirada de Elsa, interrogante como una efigie que despierta, había divagado por el cuarto, hasta volverse a encontrar con la de él. Pero ¿qué veía en esta mirada?

Nunca podría olvidar, en el resto de su vida, estos primeros destellos de su vista.

¡Qué dichosos se consideraba Bernardo, con que esta primera mirada fuera para él, llena de un amor puro, virginal, ardiente! Era una dicha casi inconcebible, considerar que esa mirada, que era grandiosa, que transparentaba el alma de su amada, era para él.

Bernardo creía que había visto en algún Museo, una mirada semejante en el cuadro de alguna Virgen de Andrea del Sarto, de una madre amorosa de Murillo u otro gran clásico. Era como una Santa María; y a él le atraían estas miradas. Entonces, se postró a sus pies, y, tomando una de sus manos, la llenó de besos, besos ardientes, besos de amor. Elsa, que los sentía, confundida acaso, no sabía que hacer, y quiso postrarse ante su tío, ante su salvador. Pero éste, tomándola amorosamente por una mano, dijo: “Nunca dobles tu rodilla ante los hombres; pero dóblala ante el bienhechor que te ha sacado de las tinieblas y te ha traído a la luz del día”.

Tomó entonces de su bolsillo una cruz de marfil rodeada en el centro con rosas de oro.

—Pon tus manecitas, sobrina mía, sobre este símbolo. La cruz está extendida y la rosa florece en ella. ¡Que las manos de todos los hombres se conviertan en una cruz semejante, que da vida! No fui yo quien te curé; fue la fuerza santa, simbolizada por esta imagen.

Luego agregó: Ahora, hija mía, no debemos exponer tus ojos a la luz, tan rápidamente. Es preciso que tu nervio óptico se acostumbre poco a poco a la luz del día.

Pidió entonces a su hermana un pañuelo negro y le tapó los ojos diciendo: Ahora necesitamos, durante siete días, hacerte mirar al sol naciente; pero el resto del día, debes descansar con los ojos vendados.

Ahora, deja que formemos contigo la cadena para dar las gracias a la Fuerza Omnipotente.

Después de haber formado la cadena, el Rosa-Cruz levantó su mano hacia el Oriente, y en tono sacerdotal dijo: “Benditos sean los que han vivido antes de nosotros, los que estén con nosotros y los que nos sigan; y gracias sean dadas a sus maestros, directores invisibles. Benditos sean también los que están sobre nosotros, los que habitan abajo, a la derecha, a la izquierda; y véngannos las fuerzas incorporadas a ellos. Benditos sean los que nos aman y nos comprenden y benditos los que nos odian porque no nos comprenden; y gracias sean a las almas encarnadas en ellos.

Bendícenos, fuerza concentrada en los Nauas, en la Logia Blanca de Montserrat y las otras esparcidas en el mundo; y permite que los hermanos invisibles cuiden de esta niña, de esta criatura, hasta el fin de sus días. Amén”.

Todos repitieron: “Amén”.

Después de haberse levantado, el maestro siguió: “Lo que ha operado aquí, es la cruz, el símbolo de la cruz, pero no el símbolo de la cruz con la muerte, sino con las rosas en flor”.

Y con eso; volvía a enseñarles el símbolo, la cruz que llevaba en su mano.

“Nosotros somos cristianos, y cristianos de veras, que conocemos todos los misterios, y respetamos y practicamos todos los sacramentos; todavía más que aquellos que lo son porque recibieron el bautismo. Nosotros admitimos la cruz que da vida, y no como símbolo de la muerte. Nosotros sentimos el Cristo, en nosotros, más que los otros que siguen al Cristo histórico. Nosotros creemos que no existe la muerte; los que caen desvanecidos en esta vida, vuelven a renacer como el fuego.

INRI, “*Igne natura renovatur integra*”.

“En la Naturaleza, todo se renueva por el fuego”.

“La tierra nos reclama por cierto tiempo, pero nos hace renacer y reencarnar a cada instante. Los hombres no conocen este fenómeno, y, así como mueren y nacen los hombres, así muriendo y naciendo se suceden los pueblos.”

Dirigiendo un dedo al Sol, que iba poniéndose, dijo: “Allá nacerá un pueblo nuevo, la raza del provenir”.

El Rosa-Cruz, despidiéndose de todos, dio la mano a cada uno y se retiró. También Bernardo dejó a Elsa sola con su madre.

En las semanas que siguieron, Elsa fue poco a poco acostumbrándose a la luz, siguiendo las instrucciones precisas que el Rosa-Cruz había dado.

Un fenómeno curioso era que ella no podía ver la diferencia entre los animales; y así, confundía constantemente los perros y los gatos y también tomaba las plantas cuando se mecían en el viento, por seres vivientes. Cosa extraña le pasaba también con las personas; pues, al principio, le era difícil diferenciarlas por las facciones de la cara.

Por otro lado, tenía la particularidad de ver el aura de las personas; y así, las que eran coléricas, las veía envueltas en una capa de rojo; a los avaros y envidiosos, los veía envueltos en una aura verde sucio. A su madrecita, siempre la había visto envuelta en un color rosado-azulenco, limpio y puro. Cuando recibían visita, no necesitaban que le explicaran la condición de las personas, pues ella misma las veía.

¡Ojalá que esta cualidad la tuvieran todas las personas! Pero solamente los Rosa-Cruz tienen la clave para comunicarla.

Ahora, para Elsa empezaba la vida.

Había puestos sus primeras miradas en este mundo que antes solo había visto en su luz interna. Ahora, vio que existía realmente este mundo de maravillas, tantas veces explicado por Bernardo.

En ella, todo era optimismo. Todo eran bellas esperanzas. Cuando echaba una mirada en este laboratorio de la naturaleza, lleno de preciosidades, que antes mentalmente se había imaginado, sentía una sensación de voluptuoso bienestar, que solo son capaces de sentir aquellos que están animados de puro amor universal.

Cuando en sus paseos diarios iba por el prado, su dicha era inefable, al poder ver las rosas, los claveles, los alelís, los geranios y jazmines, con sus colores rojos blancos y amarillos, que antes solo podía diferenciar por el olor.

Cuando veía el nacer y el morir de las plantas en la naturaleza, en un santo ensimismamiento, elevaba sus oraciones al Cielo. Nunca persona más pura había sido más dichosa, ni persona más dichosa, había sido más pura que nuestra Elsa.

Bernardo era un constante camarada que la acompañaba en estos paseos, y, entonces hacían proyectos y soñaban con el porvenir. ¡Todo lo que había pasado, había venido de una manera tan repentina...!

Él la tomaba en sus brazos; la acariciaba... Ella se entregaba por entero a él; y él, que no había tenido jamás otros amores, se entregaba a ella con todas las fuerzas de su alma...